

PENSAR EN SER LIBRE

**De la filosofía tradicional
a la filosofía transpersonal**

Amador Martos

Pensar en ser libre
De la filosofía tradicional a
la filosofía transpersonal

© Amador Martos

Primera edición: diciembre 2010 (Silva Editorial)

Diseño y composición: Silva Editorial

Dibujo portada:

Varia Commesuración, Juan de Arphe, 1773

Segunda edición: octubre 2017

ISBN: 978-84-697-6230-1

Impresión y distribución:

CreateSpace, compañía de Amazon.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, solo puede ser realizada con la autorización del autor.

PENSAR EN SER LIBRE

**De la filosofía tradicional
a la filosofía transpersonal**

Amador Martos

ÍNDICE

1ª parte: PREÁMBULO METODOLÓGICO

1. ¿Pensar en ser rico o pensar en ser libre?	11
2. Historia de la riqueza	15
3. Concepto de riqueza	26
4. El binomio riqueza-libertad	33
5. Historia de la libertad	35
6. Concepto de libertad	37
7. Riqueza y libertad contemporánea	42
8. El conocimiento: el eslabón perdido	56
9. Metodología filosófica	59

2ª parte: PENSAR EN SER RICO: EL CAMINO ASCENDENTE DE LA CONCIENCIA PERSONAL

CAPÍTULO I:

Pensar en ser rico en la ontología existencial ilusoria	75
1. Objetivo de “pensar en ser rico”	77
2. Riqueza versus libertad	80
3. Riqueza versus felicidad	84
4. Libertad versus felicidad	89
5. El sujeto cognoscente	103

CAPÍTULO II:

Las riquezas en el sujeto cognoscente	109
1. Riqueza material: El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial riqueza-pobreza	111

2. Riqueza intelectual: El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial conocimiento-ignorancia	123
3. Riqueza espiritual: El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial libertad-esclavitud	135

CAPÍTULO III:

Moralidad de la riqueza: Dialéctica de la felicidad personal. . .	151
1. Riqueza sensible y dialéctica sensible	153
2. Riqueza intelectual y dialéctica intelectual.	159
3. Riqueza espiritual y dialéctica espiritual.	162
4. Pensamiento consciente hacia la felicidad personal.	163
5. Dialéctica de la felicidad personal.	164
6. Desequilibrios dialécticos	172
7. ¿Qué hacer?	175

CAPÍTULO IV:

Comprendiendo lo que soy: soy lo que pienso	183
1. Mundo ignorante y libertad personal.	187
2. El sentido de la vida	190
3. Dialéctica de la historia.	194
4. Dos sentidos finales de toda vida humana: herencia personal y herencia transpersonal	196
5. Comprendiendo lo que soy: soy libre.	199

CAPÍTULO V:

Finalidad: libertad personal y libertad transpersonal	203
1. Libertad sensible	211
2. Libertad intelectual.	214
3. Libertad espiritual	219

CAPÍTULO VI: Felicidad personal y felicidad transpersonal	229
--	------------

CAPÍTULO VII:

Evolución de la conciencia:

de la conciencia personal a la conciencia transpersonal	257
1. La conciencia: esa gran desconocida.	259
2. Conciencia personal	271
3. Conciencia transpersonal	276
4. Dialéctica de la conciencia: hacia su propia evolución.	279

**3ª parte: PENSAR EN SER LIBRE: EL CAMINO DESCENDENTE
DE LA CONCIENCIA TRANSPERSONAL**

CAPÍTULO I:

Desarrollo esquemático de “Pensar en ser libre”	287
--	------------

CAPÍTULO II:

Los seis tipos de libertad	297
1. Libertad sensible personal (LSP)	299
2. Libertad sensible transpersonal (LST)	302
3. Libertad intelectual personal (LIP)	306
4. Libertad intelectual transpersonal (LIT)	308
5. Libertad espiritual personal (LEP)	309
6. Libertad espiritual transpersonal (LET)	310

CAPÍTULO III:

Dialéctica de la felicidad material	313
--	------------

CAPÍTULO IV:

Dialéctica de la felicidad intelectual	325
---	------------

CAPÍTULO V:

Dialéctica de la felicidad espiritual	331
--	------------

4ª parte: DE LA FILOSOFÍA TRADICIONAL A LA FILOSOFÍA TRANSPERSONAL

CAPÍTULO I:

La filosofía tradicional: crisis del capitalismo 339

CAPÍTULO II:

La filosofía transpersonal:

El segundo renacimiento humanístico 349

A. Introducción histórica 351

B. Evolución ontológica de la personalidad 356

CAPÍTULO III:

La perspectiva holística 365

1. La teoría holística 367

2. Mi visión holística 372

3. “El colapso del Kósmos” 376

4. Altermundismo y visión lógica 382

5. Hacia la visión centáurico-planetaria 388

Dedicatoria 397

1ª parte

Preámbulo metodológico

- 1. ¿Pensar en ser rico o pensar en ser libre?**
- 2. Historia de la riqueza**
- 3. Concepto de riqueza**
- 4. El binomio riqueza-libertad**
- 5. Historia de la libertad**
- 6. Concepto de libertad**
- 7. Riqueza y libertad contemporánea**
- 8. El conocimiento: el eslabón perdido**
- 9. Metodología filosófica**



1. ¿PENSAR EN SER RICO O PENSAR EN SER LIBRE?

El pensamiento acerca de la riqueza y el pensamiento acerca de la libertad tienen en común una verdad irrefutable: el propio pensamiento. En efecto, es la actividad del pensador respecto a dos objetos: la riqueza y la libertad. En este sentido, es conveniente recordar unas palabras del filósofo estadounidense Ralph Waldo Emerson: “¿Cuál es la tarea más difícil del mundo?... Pensar”. El pensamiento es, en sí mismo, un laberinto donde tiene cabida todas las actividades de naturaleza mental: actividades racionales, abstracciones de la imaginación, lenguaje como expresión del pensamiento así como todas las derivaciones creativas y artísticas del ser humano. El pensamiento es una actividad humana que, si bien nace como filosofía principalmente con Platón y Aristóteles, ha sido objeto de estudio por otros diversos pensadores, desde el “cogito” cartesiano al criticismo kantiano de la razón pasando, entre otros, por la filosofía del lenguaje de Wittgenstein. Cada época de la historia ha tenido, por tanto, su propia corriente de pensamiento. El pensamiento tiene su propia historia y, por ende, se habla de la “historia del pensamiento”, en términos universales, cuando nos referimos a la historia de la filosofía.

Por eso mismo, el contexto actual de este mundo en crisis, al inicio de este siglo XXI, requiere un pensamiento en profundidad acerca del concepto de riqueza y, obviamente, de su opuesto la pobreza, a la vista de la crisis del sistema financiero mundial, con importantes repercusiones en la riqueza de las naciones occidentales, así como en la cada vez más pobreza de los países subdesarrollados. Del mismo modo, se inquiere asimismo un pensamiento exhaustivo acerca de la libertad, pues es un valor moral en nombre del cual unos pocos esclavizan a otros muchos a través de los poderes mediáticos, políticos, armamentísticos, económicos o religiosos. La libertad, a la vista de ello, es un valor en alza pues sirve para jus-

tificar cualquier acción humana hasta llegar a los fundamentalismos terroristas más execrables de cualquier signo político o religioso.

Con el pensamiento acerca de la riqueza y al pensamiento acerca de la libertad, deseo expresar la profunda intención de pensar todos los límites cognitivos posibles acerca de dichos conceptos. Por ello mismo, es un imperativo metodológico “Pensar en ser rico” y, seguidamente, “Pensar en ser libre”. Todo pensamiento se halla ante dicha bifurcación existencial, pues debe orientar sus acciones en un sentido, en otro sentido o, también, en los dos. Riqueza y libertad son dos conceptos muy contemporáneos, los cuales chocan frontalmente en su desarrollo y reparto humanitario: hay pobres y ricos; hay personas con más libertad y otras con menos. Estos grados de riquezas y libertades están bien patentes en las desigualdades existentes a nivel mundial: desequilibrios de riquezas Norte/Sur así como antagónicas libertades entre países técnica y socialmente avanzados respecto a los subdesarrollados. Como ya apuntó Rousseau: “La libertad no es un fruto que crezca en todos los climas, y por ello no está al alcance de todos los pueblos”. La riqueza está directamente asociada a la satisfacción de las necesidades de bienestar físico y social pero, en mayor medida, influye y potencia a las posibilidades de libertad. En efecto, a mayor riqueza, mayor será la capacidad para alcanzar cuotas superiores de libertad. La riqueza es, por tanto, un poderoso instrumento de poder para ejercer en libertad. El objetivo de mi pensamiento, en consecuencia, va a consistir en desentrañar los límites conceptuales, éticos y pedagógicos para este binomio de poder: riqueza-libertad.

Pudiera parecer que los conceptos de riqueza y de libertad deban ser estudiados por separado. De hecho, existen obras sobre dichos conceptos, las cuales serán referidas más adelante. Pero en esencia, son dos conceptos que están intrínsecamente unidos e indisolubles: la historia de la humanidad ha evolucionado cabalgando siempre entre la riqueza y la libertad. El poder ha estado siempre asociado, en todas las culturas, a los ricos. Asimismo, los ricos han sido casi siempre los auténticos privilegiados de la libertad. Como ya dijo Platón: “La civilización es la victoria de la persuasión sobre la fuerza”. En este sentido, la Humanidad ha tenido que descubrir su Libertad a través de la Historia: liberándose primero de la creencia en los mitos, liberando después el pensamiento del hombre

respecto a Dios, transformando seguidamente al hombre filosófico en científico para llegar, finalmente, al hombre socialmente “libre” que conocemos hoy, dando así pleno sentido a las palabras del psiquiatra y filósofo alemán Karl Jaspers: “Ser hombre es ser libre. El sentido de la historia es que nos convirtamos en hombres”. La gran paradoja de esta evolución de la Libertad, es que dicho proceso no se hace consciente en los herederos actuales de la citada Libertad. Vivimos en un mundo que presta demasiada atención a las riquezas materiales, ahora al alcance de todos nosotros (históricamente al alcance de pocos), pero sin percatarnos (o sí) de que medio mundo carece de la misma libertad y riqueza que predicamos en Occidente.

Dicho de otro modo: el ser rico y el ser libre al mismo tiempo antaño fueron un privilegio de muy pocos pero, ahora, es un derecho al cual todos los seres humanos aspiran. Y en ese resurgir de los derechos humanos es donde se libra una dura batalla en todos los frentes: hambrunas en los países pobres frente a sociedades obesas por exceso de alimentación, emigraciones desde los países pobres en busca de alimentos y bienestar social, exiliados políticos en busca de libertad de pensamiento, luchas de países capitalistas por sus cuotas de mercados financieros, sobre-explotación humana en los procesos productivos, etc. El máximo exponente de esta divergencia entre Libertad y Riqueza es la destrucción de nuestro ecosistema: la libertad del ser humano no conoce límites para acumular riquezas.

En el siglo XXI el nivel de conocimiento humano está llegando a los confines de la naturaleza (véase la era espacial, la biotecnología y el genoma humano por ejemplo). Pero, no obstante, todavía no se ha resuelto de un modo filosófico y pedagógico la dicotomía entre Riqueza y Libertad, un binomio de poder que sustenta la relaciones en la naturaleza humana. Pero no se ha resuelto, porque las sociedades y las personas han tratado estos dos objetivos como dos entes separados y como fin en sí mismos. De hecho, estos conceptos no deberían ser intelectualizados por separado, sino estrechamente unidos. Y, ¿cuál es el nexo de unión entre la Riqueza y la Libertad? Precisamente el sujeto que piensa en esos conceptos: el ser humano es el único con capacidad cognitiva para poner orden en tanto caos mundial.

Así pues, el Conocimiento es el eslabón perdido que se ha ido descubriendo, primero en la historia del pensamiento, transformándose luego en la sociedad tecnificada del bienestar y, por fin, disolviéndose en las personas. El Conocimiento, como tal, ha dejado de ser un motor impulsor de la humanidad para convertirse en una dinamo: existe pero sin Existir. El conocer y el pensar ya no es un objetivo prioritario en nuestra sociedad del ocio. Lo importante ahora es consumir y hacer que otros consuman: solo así va ganando, cada cual, su propia cuota de riqueza así como una gradual libertad personal. Con ello, cada cual a su manera, se hacen evidentes las palabras de Platón a este respecto: “La libertad está en ser dueño de la propia vida”. Queda por evidenciar si esta libertad está bien dirigida acorde a una finalidad cognitiva superior, propia del pensar humano. Y a ello vamos a dedicar este ensayo.

Es bajo esta tesitura que nace este trabajo: reivindicando el lugar propio del pensamiento frente a la Riqueza y la Libertad, mediante la recuperación consciente del Conocimiento. Mis reflexiones acerca de la Riqueza y la Libertad no nacen como un pensamiento espontáneo sino como fruto de varias décadas buscando explicaciones racionales a mi existir en este mundo. Es en el laberinto de mi propio pensamiento donde he intentado organizar conceptualmente el desorden mundial descrito anteriormente. De aquí el “Pensar en ser rico” y el “Pensar en ser libre” como títulos acerca de mis pensamientos, en un desarrollo metodológico del uno al otro acerca de una misma materia: el pensar. “Pensar en ser rico” va a reflejar el arco cognitivo del pensamiento, desde las riquezas propias del estadio material, para vislumbrar el camino hacia la libertad. Este camino es, a priori, difícil de pensar, comunicar y hasta demostrar, aunque no imposible. De momento, hay que desbrozar el camino: vamos a pensar en ser ricos, para luego pensar en ser libres pero, en el intento, no nos olvidemos del pensamiento cuya esencia misma es el conocer. Solo así se me antoja que, juntos, con el conocimiento de todos, seremos capaces de repensar la Riqueza y la Libertad.

2. HISTORIA DE LA RIQUEZA

Al abordar la temática de la historia de la riqueza, no pretendo realizar una profunda lectura e interpretación de la historia del pensamiento económico. Sin embargo es necesario realizar un recorrido someramente conceptual, primero, para obtener una visión histórica y, segundo, para poder realizar una interpretación para los propósitos cognitivos de este trabajo. La historia del pensamiento económico es la que es en la propia historia y no va a cambiar para nada las nefastas consecuencias de la crisis mundial actual con la divergencia entre riqueza y pobreza que aumenta día a día. Pero, no obstante, a buen seguro se podrán extraer conclusiones de la lectura de dicha historia, con una finalidad instructiva para este trabajo.

En primer lugar, deseo evidenciar si, de la historia de la riqueza, se pueden obtener conclusiones conceptuales con validez cognitiva para el profundo pensador así como derivaciones morales para la naturaleza humana. El objetivo será comprobar a través de la historia si persiste la oposición riqueza-pobreza como un fundamento ontológico sin solución o si, por el contrario, existe la posibilidad de ser resuelto al estilo de síntesis de la lógica dialéctica de Hegel. En segundo lugar, habrá que abordar la conceptualización de la riqueza como manifestación en nuestra percepción subjetiva y colectiva del sentido de la vida. Por último, en tercer lugar, hay que evidenciar si el binomio riqueza-libertad es indisociable en su dimensión historicista. Si se comprueba que la riqueza y la libertad son dos caras de la misma moneda a través de su discurrir histórico, habrá que conceptualizar este binomio de un modo filosófico para que nos permita, seguidamente, concluir alguna aseveración cognitiva para el posterior discurrir filosófico de este ensayo. Pero de momento vayamos paso a paso, iniciemos nuestra andadura por la historia de la riqueza, para ver si podemos extraer dichas conclusiones conceptuales posteriores.

En su obra *La riqueza del hombre*, Peter Jay nos muestra cómo la humanidad ha luchado por conseguir el bienestar material. Este libro narra esa lucha en una magistral síntesis histórica, económica,

científica y cultural, que nos lleva desde las cavernas hasta el ciberespacio.¹ El desarrollo del bienestar en el hombre ha sido evidente a través de la historia de la humanidad dando lugar, de un modo evolutivo, al nacimiento del pensamiento económico. El pensamiento económico ya era objeto de investigación, desde un punto de vista de la ética o la moral, desde Aristóteles a los escolásticos, perdurando ese juicio moral hasta la Edad Media. En el siglo XV se produce un salto epistemológico con el surgimiento del mercantilismo. Ahora se trata de dejar de lado el juicio moral para recomendar a los gobernantes medidas políticas para enriquecer al país. Así, la economía mundial es vista como que el enriquecimiento de uno implica necesariamente el empobrecimiento de otro. Se produce la acumulación de metales nobles (teoría económica conocida como “bullonismo”), considerándose por primera vez al dinero como una mercancía más cuyo valor viene dado por escasez o abundancia relativa. Surge con ello la teoría cuantitativa del dinero cuyos pioneros son, principalmente, los autores de la Escuela de Salamanca Martín de Azpilicueta y Tomás de Mercado.

A mediados del siglo XVIII, un grupo de intelectuales franceses proponen por vez primera un esquema coherente de funcionamiento del sistema económico, el llamado *Tableau économique*, obra publicada en 1758 por François Quesnay, dando inicio a un pensamiento económico conocido como “fisiócratas”. Estos fisiócratas consideran que la riqueza circula entre tres grupos sociales: la clase productiva (los agricultores), la clase estéril (los artesanos y comerciantes) y los propietarios (la nobleza, el clero y los funcionarios). El estado debe mantener este orden natural mediante tres reglas: el derecho a la propiedad, la libertad económica y la seguridad en el disfrute de esos derechos y libertades. Este *Tableau économique* puede considerarse como la primera contribución importante al pensamiento económico, pues intenta describir el funcionamiento de la economía de forma analítica. Sin embargo, es con la publicación del libro *La riqueza de las naciones* de Adam Smith en 1776, que nace el origen de la economía como ciencia. Para este autor, el estado debía abstenerse de intervenir en la economía ya que,

1 JAY, PETER. *La riqueza del hombre*. Traducción de León Gómez, David. 2ª edición. Editorial Crítica. 2004. ISBN 9788484325840

si los hombres actuaban libremente en la búsqueda de su propio interés, había una “mano invisible” que convertía sus esfuerzos en beneficios para todos. Para Smith, la riqueza tenía un significado concreto: era la suma total de los valores en cambio de los bienes en poder de los individuos o de la nación. La división del trabajo era uno de los medios más efectivos para acrecentar la riqueza, porque es el trabajo lo que produce la riqueza y no la tierra, como pretendían los fisiócratas. Pero a menudo se olvida que, antes de escribir sobre la riqueza de las naciones, Adam Smith escribió en 1759 su obra *Teoría de los sentimientos morales*. Lo que este autor quería decir es que el hombre debe buscar el lucro, pero con ética, no a toda costa. Y precisamente es lo que ha fallado en la economía del siglo XX y principio del XXI: la producción de riquezas, propio del ámbito de la economía real como propugnaba Smith, ha traspasado la frontera de la libertad para instaurar la producción de riqueza desde la ingeniería financiera para beneficios de unos pocos sobre la gran mayoría. Y ahora, ante el derrumbe del sistema financiero mundial, “papá estado” debe acudir al rescate de los lobbys financieros, es decir, se han privatizado las ganancias y se han socializado las pérdidas. Es evidente que la premisa ética de Smith ha sido, en nuestra época, pulverizada y aniquilada pues no hay una moral económica que ponga freno a las ansias de poder económico y al egoísmo extremo para acumular dinero. Ello plantea un reto a la humanidad: establecer los límites morales de la riqueza.

Pero continuemos con la sinopsis histórica del pensamiento económico. Smith tuvo muchos seguidores, los cuales compusieron la llamada escuela clásica. Malthus, estudiando la población y David Ricardo, estudiando las rentas, llegaron a conclusiones muy pesimistas. Consideraban que la fase de crecimiento acabaría en un estado estacionario en el que los trabajadores recibirían como salario la cantidad estrictamente necesaria para la subsistencia. Los clásicos trataban de entender por qué los diamantes tienen un precio superior al agua a pesar de que esta es mucho más útil para la vida del hombre. Distinguen por tanto entre el “valor de uso” y el “valor de cambio”. Estos conceptos serán la base teórica utilizada en la obra *El Capital* de Karl Marx. Este, discípulo de Ricardo, vive la primera gran crisis del capitalismo industrial en la década de 1830 y la consecuente crisis política de 1848. Como bien dijo en

El Manifiesto Comunista: "...desde hace varias décadas la historia de la industria y el comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de propiedad donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía". Y más adelante: "La burguesía no solo forja las armas que han de darle muerte sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los proletarios". Es obvio que con Marx se produce un cambio cualitativo de la concepción de la riqueza, pues predice la evolución socioeconómica futura e invita a los trabajadores a participar activamente en la transformación del sistema económico. Las clases dominantes, con su continua acumulación de capital, provocan la concentración de dicho capital en muy pocas manos. La contradicción, entre esa concentración de capital en pocas manos y los salarios al borde de la depauperación, provocaría necesariamente el estallido de la revolución social y la "expropiación de los expropiadores". Habrá que estudiar más adelante, en el tema de la "riqueza y libertad contemporánea", si esta idea no adquiere hoy en día más vigencia que nunca, a la vista de la creciente divergencia entre ricos y pobres. Veremos con datos objetivos si esta antagónica posición de riqueza frente a la pobreza no representa, en sí mismo, un peligro para nuestro sistema de libertades actuales.

La corriente principal que surgió de los clásicos fue el llamado "neoclasicismo", a partir de la década de 1870, con tres economistas: Carl Menger (Escuela Austríaca), Leon Walras (Escuela de Lausana) y William Stanley. Aportan los conceptos de "coste de oportunidad", "coste marginal", "utilidad marginal" y "equilibrio general", siendo hoy en día todavía el cuerpo de los manuales de economía. Son estos neoclásicos quienes explican satisfactoriamente el problema citado más arriba del precio de los diamantes y del agua. Ahora, el precio de todas las cosas es un resultado del equilibrio entre su oferta y su demanda. En este sentido, Alfred Marshall con su libro *Principios de Economía*, publicado en 1890, fue el primer manual moderno de economía, al englobar las doctrinas neoclásicas como base de la teoría económica.

La Escuela Austríaca, fundada por Menger, algo alejada de la corriente principal de la teoría neoclásica, ha sido muy influyente

por su cuestionamiento de la teoría del comportamiento de dicha corriente. Se ha mantenido durante todo el siglo XX en su tradición metodológica, llegando al rejuvenecimiento y expansión de su influencia y prestigio gracias al Nobel de Economía de 1974, F.A. von Hayek.

Sin embargo, en la década de los años treinta, los países de Occidente sufrieron la más grave crisis económica conocida hasta la fecha: la Gran Depresión. Fue una crisis económica mundial iniciada en octubre de 1929, y que se prolongó durante la década de 1930, siendo particularmente intensa hasta 1934. El neoclasicismo no estaba preparado para explicar este fenómeno. Tras el final de la Segunda Guerra Mundial, los países occidentales trataron de enmendar los errores económicos de los años 30, sentando las bases de un nuevo Sistema Monetario Internacional, abriendo progresivamente, de nuevo, sus economías al comercio. Estados Unidos, habiendo aprendido la lección, pone en marcha el “Plan Marshall”, para revitalizar la economía europea y crear con ello un buen mercado en el que colocar sus excesos productivos. Así fue como triunfó las teorías de Keynes, basadas fundamentalmente sobre la idea de que el gasto gubernamental y el déficit presupuestario podían mejorar la marcha de la economía. Este fundamento económico se impuso en las mentes políticas de todo el mundo: fue el comienzo de las políticas fiscales. En 1936, Keynes publica su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, un libro que, sin duda, ha influido profundamente en la forma de vida de las sociedades industriales tras la Segunda Guerra Mundial. Sus propuestas son que las decisiones de ahorro las toman los individuos en función de sus ingresos mientras que los empresarios toman sus decisiones de inversión en función de sus expectativas. No hay ninguna razón por la cual el ahorro y la inversión deban coincidir. Cuando los empresarios ven expectativas favorables, se producen grandes flujos de inversión en una fase expansiva. Cuando estas expectativas se tornan desfavorables, se contrae la demanda y puede provocar una depresión. Entonces, el estado puede intervenir en la caída de la demanda aumentando sus propios gastos. Para Keynes era natural proponer el uso de políticas fiscales y monetarias activas para contrarrestar las perturbaciones de la demanda privada. Es, por ello, recordado por su aliento a una política de intervencionismo estatal, a través del cual el estado utilizaría medidas fiscales

y monetarias con el objetivo de mitigar los efectos adversos de los periodos de recesión o, dicho de otro modo, intervenir en los periodos de crisis cíclicas de la actividad económica.

De hecho es a lo que estamos asistiendo en la actual crisis mundial del sistema financiero: la intervención del estado con inyecciones multimillonarias para salvar al propio sistema financiero. La cuestión ética que está en el debate social es si estas inversiones deben ir a manos de los mismos que nos han llevado a tal desastre (lobby financieros, bancos, multinacionales, etc.) para evitar el derrumbe de la estructura económica jerarquizada o bien destinar los fondos a potenciar la economía pública a través de las instituciones del estado. Este es un dilema al que los mandatarios políticos de cada país intentan, cada cual con sus recetas, hacer frente en la actual recesión donde el creciente paro, la caída de la confianza y el descenso del consumo, crean dudas existenciales acerca de la sociedad del bienestar logrado por el sistema capitalista. En este sentido, a pesar de la cumbre del G-20 celebrada el 15 de noviembre de 2008, con motivo de esta incipiente crisis del capitalismo, cada país va improvisando sus propios remedios. Ante la crisis, la propuesta keynesiana es que los gobiernos inicien una activa política de intervención aumentando progresivamente sus gastos y el peso en el sector público, tesis que actualmente es comunmente asumida, pero que todavía no vislumbra una solución definitiva a esta profunda crisis financiera global.

En mi opinión, la humanidad está actualmente ante una crisis de dimensiones jamás vista en la historia de la humanidad. Es una crisis de los valores humanos, y debería el valor económico, rector ahora de nuestra convivencia, ser supeditado a unas directrices humanísticas tendentes al bien común y general, en detrimento de unos pocos que detentan el poder fáctico económico. Pero, el análisis de todo ello será aludido más en profundidad en el transcurso de este ensayo, para concluir soluciones filosóficas y conceptuales de utilidad pedagógica en el futuro. No nos adelantemos en el análisis crítico y prosigamos con el hilo de la historia del pensamiento económico.

Durante los años cincuenta y sesenta del siglo XX, la llamada “Escuela de Chicago”, liderada por Milton Friedman, premio Nobel de Economía en 1976 por su aporte a la “Teoría Monetaria”, mantuvo un espíritu crítico, condenando la discrecionalidad en la

política económica y el excesivo peso del estado. Propone alternativas basadas en las tradicionales medidas de tipo monetario. Las teorías de la Escuela de Chicago están detrás de muchas de las políticas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional, instituciones que se caracterizan por el apoyo al libre mercado. A partir de los años 1980, muchos países empezaron a tomar en cuenta esta teoría económica, obteniendo su máximo auge en los años 1990 con las teorías económicas liberales en buena parte del mundo. La crisis económica de los años setenta, al presentar simultáneamente inflación y paro, algo inexplicable para los esquemas keynesianos, les dio la razón en muchas cuestiones. De esta escuela surgen las corrientes “neoliberales” que dominaron la ciencia económica durante los años setenta y ochenta.

El neoliberalismo es un neologismo que hace referencia a una política económica con énfasis macroeconómica que considera el excesivo intervencionismo estatal en materia social o en la economía, defendiendo el libre mercado capitalista como mejor garante del equilibrio institucional y el crecimiento de un país, salvo ante las denominadas fallas de mercado: el cálculo inadecuado de los costos y beneficios que producen distorsiones en las decisiones microeconómicas de los agentes económicos así como las estructuras de mercado inadecuadas. ¿Acaso la crisis financiera mundial aflorada el año 2008 no es, en sí misma, una falla de mercado, al permitir que la liberalización de ese mercado esté en manos de agentes privados que, contrariamente a la generación de riqueza real, estén creando unas “burbujas” financieras que distorsionan los citados mercados y, por ende, influyen en la propia riqueza y libertad de los conciudadanos, sometiéndolos a un poder fáctico económico?

El “imperialismo económico” y la invasión por la ciencia económica de áreas del conocimiento que le habían sido ajenas siguen prestando una atención especial a las instituciones sociales, políticas y económicas que dirigen nuestra vida cotidiana, pero ahora se sigue un estricto “individualismo metodológico”, buscando las explicaciones a los hechos en los objetivos, planes y decisiones de los individuos. Solo los individuos deciden y actúan. Los fenómenos que observamos y describimos a nivel de agregados sociales deben ser explicados como resultado de las acciones e interacciones de seres humanos individuales que buscan sus propios intereses

tal como ellos lo entienden. Por tanto, en última instancia, cada individuo, según su lugar y momento histórico, se debe enfrentar a la solución de sus problemas económicos dentro de un mercado de libre competencia como un supuesto ideal óptimo. La metodología de la corriente ortodoxa neoclásica utiliza el modelo teórico del mercado de libre competencia como un supuesto ideal óptimo frente al que se compara la realidad económica. Eso conduce inevitablemente a los economistas a proponer soluciones consistentes siempre en la modificación de la realidad para acercarla a la abstracción del libre mercado. “El nuevo institucionalismo” rechaza esta metodología y, en cambio, intenta comparar unas instituciones con otras. Lo óptimo no es real ni es alcanzable por lo que hay que comparar y elegir entre soluciones institucionales subóptimas pero posibles. Ante esta nueva metodología, mercado y estado parecen competir en igualdad de condiciones: las instituciones estatales o las instituciones de mercado pueden ser comparativamente más o menos eficientes según el lugar y el momento histórico. Para solucionar los problemas económicos concretos y para estimular el crecimiento económico no es válido proponer medidas macroeconómicas de validez universal. Por el contrario, habrá que fomentar el desarrollo institucional adecuado al entorno concreto.

A la visto de ello, el concepto de riqueza es interdependiente del concepto de libertad, como lo son los vasos comunicantes. La riqueza y la libertad se convierten en derechos inalienables del ser humano y, paradójicamente, existen instituciones que, a través de la historia, van conformando cuotas de bienestar social y libertades para los individuos. En suma, una dicotomía riqueza-libertad en constante proceso de evolución histórica, siendo las instituciones las garantes de los propios límites proteccionistas.

El nuevo análisis institucional de la historia ha enriquecido profundamente nuestra comprensión del desarrollo económico, que es visto como la respuesta a la evolución de instituciones que permiten y fomentan la cooperación y los intercambios comerciales, la formación y la movilidad del capital, la estimación y el reparto de los riesgos. Los mercados de capitales solo pueden florecer allí donde los gobernantes no tienen poder suficiente como para expropiar la riqueza privada. El sometimiento de los soberanos a las leyes y el control parlamentario han sido el paso definitivo que ha reforzado

la credibilidad y el crédito a los gobernantes. El afianzamiento de los derechos y del respeto a la propiedad privada ha sido y siguen siendo imprescindibles para el desarrollo económico. En la inmersión de dicha comprensión de la historia de la riqueza, el hombre contemporáneo debe hallar su propio camino hacia la riqueza.

Hasta aquí, una sintética y resumida visión de la historia del pensamiento económico, de modo que el neófito en la materia pueda tener una base conceptual desde una perspectiva histórica. No es un objetivo entrar en consideraciones más sesudas acerca de las teorías económicas más diversas. Al fin y al cabo, ninguna teoría económica ha conseguido establecer los parámetros perfectos para que todos los individuos puedan acceder a las riquezas, pues la marginalidad de la pobreza ha existido y sigue existiendo todavía. Sí quedan establecidas las condiciones sociales, institucionales y políticas para que, en igualdad de condiciones, cada individuo pueda optar a ser rico. En términos de bienestar social, ha habido una homogeneización de la riqueza entre las diferentes clases sociales, fruto de conquistas en nombre de la libertad e igualdad de oportunidades, a través de la propia historia del pensamiento económico. No obstante, persiste un ideal de riqueza, como objetivo loable a conseguir dentro de un sistema capitalista, como un “idealismo” de vida que propone un seguro de felicidad en base a la satisfacción creciente de las experiencias sensoriales, lo cual lleva inevitablemente al desenfreno consumista. ¿Acaso no será ello un espejismo, al “idealizar” la felicidad exclusivamente sobre un soporte económico desligado de valores humanos? Frente a este abrupto capitalismo, generador de cada vez más numerosos ricos, no se presta demasiada atención a la pobreza, como la propia antítesis del sistema capitalista. Este mundo globalizado, donde el pobre quiere ser él también “rico”, evidencia una antinomia riqueza-pobreza que circunscribe el estado vital de todo ser humano, en un deseo natural de ascendencia en el camino del bienestar físico y social desde la pobreza hacia la riqueza. De algún modo, existen diferentes grados de riquezas y, por tanto, de bienestar físico y social que, en el eslabón más bajo, raya con la pobreza más extrema. Por tanto, en esencia, si bien la historia del pensamiento económico es la exaltación de un posibilismo de la riqueza, su contrario, la pobreza, no es meramente una abstracción teórica sino

que es una evidencia objetiva como demostraremos más adelante en este trabajo. Por tanto, cuando hablamos de “la historia de la riqueza”, lo es en tanto que la naturaleza humana, en su propia dialéctica material, ha desarrollado los medios técnicos, productivos, legislativos y cognitivos para satisfacción de los placeres y bienestar físico o social. Es decir, en última instancia, la cada vez más plena satisfacción de los placeres sensoriales, mediante unos mecanismos económicos para la convivencia productiva, no ha resuelto los profundos problemas morales derivados de los desequilibrios entre la riqueza y la pobreza en sus diferentes niveles: entre las personas, entre países, o entre continentes.

En este inicio del siglo XXI persiste la antinomia riqueza-pobreza, como asignatura pendiente de resolver por la humanidad. Esta antinomia genera un conflicto humanitario de proporciones impredecibles. Y, si bien la “historia del pensamiento económico” no plantea visos de solución para los conflictos humanitarios que se han desencadenado, habrá que recurrir a la “historia del pensamiento” para realizar una restauración cognitiva de la citada antinomia riqueza-pobreza. En palabras de Adam Smith: “Todo hombre es rico o pobre de acuerdo con el grado en que puede permitirse gozar de las cosas necesarias, de las comodidades y de las distracciones de la vida humana”. El régimen capitalista es el resultado de un proceso histórico y corresponde a una época determinada, siendo el dinero un fetiche económico que se manifiesta en lo más simple y en lo más complejo, teniendo su máxima expresión en el imperialismo y la globalización neoliberal de hoy en día.

Este recorrido por la historia del pensamiento económico no hace más que evidenciar un posibilismo de riqueza que, en su afán conquistador, se desinhibe conceptual y subjetivamente de su contrario, a saber, la pobreza, sin caer en la cuenta que la antinomia riqueza-pobreza es una “categoría ontológica existencial”: la existencia de todo ser humano está inevitablemente expuesta a la lucha por conseguir su bienestar físico y social y, esto, pasa inexorablemente por el anhelo de obtener riquezas y no vivir en la pobreza. Es una categoría existencial que nos viene impuesta por la vida misma. La antinomia riqueza-pobreza solamente podría ser resuelta mediante la igualdad pero, este concepto, también está sometido a la dialéctica de la historia y, como tal, ha alcanzado gra-

dos consensuados en derechos humanos reconocidos. Sin embargo, el supremo derecho humano debería ser la extinción de la pobreza, lo cual dista todavía de concretarse como evidenciaré más adelante con cifras objetivas.

La conclusión que se puede extraer de este apartado dedicado a “la historia de la riqueza” es que la naturaleza humana, a través de la “historia del pensamiento” y la “historia del pensamiento económico”, ha desarrollado instituciones de carácter cognitivo, social, técnico, político y educativo para enriquecer y hacer progresar a la raza humana. Pero dicha riqueza no está al alcance de toda la humanidad y, por ello mismo, sobrevuela la antinomia riqueza-pobreza sobre el conjunto de la humanidad. Con ello, podemos establecer las conclusiones conceptuales que perseguíamos al principio:

1. La antinomia riqueza-pobreza es un problema de hondo calado para la propia humanidad y, por tanto, adquiere vida propia en tanto que concepto filosófico para el pensador, pues, a pesar de “la historia de la riqueza”, persiste una profunda divergencia entre ricos y pobres, con un crecimiento desigual cada vez mayor, lo cual puede desembocar en nuevos problemas de convivencia para la propia humanidad: problemas ecológicos, emigraciones masivas, sobreexplotación de unos pueblos sobre otros, desencadenando todo ello guerras con fines estrictamente económicos.
2. Del anterior punto se deriva que el pensamiento económico debe necesariamente conectar con valores morales de candente actualidad para la propia naturaleza humana.

De momento, basta haber expuesto esta primera antinomia existencial riqueza-pobreza, como concepto filosófico, para más adelante tener continuidad con el pensamiento perseguido en este ensayo. Pero, previamente, se hace necesario conceptualizar la propia “riqueza” para el común entendimiento, para un mejor desenvolvimiento en nuestras vidas desde dicha comprensión. Después de ello, intentaremos establecer las relaciones existentes entre la riqueza y la libertad, otro de los objetivos planteados al principio de este capítulo.

3. CONCEPTO DE RIQUEZA

a. El dinero

En todas las sociedades humanas, desde las más primitivas, hay una realidad o, más bien, una idealidad: el dinero. La riqueza es la ganancia por el trabajo de personas o máquinas, siendo el objetivo generar más dinero del que se invirtió en dicho trabajo. De ello se desprende la siguiente fórmula: riqueza es igual a inversión inicial más las ganancias. Todo el mundo puede generar riqueza a partir de invertir su tiempo y dinero. Ahora bien, la pregunta es: ¿cómo se genera la riqueza? Para responder a ello hay que iniciar el camino con otra pregunta: ¿qué podemos hacer con el dinero? La respuesta tiene tres posibles soluciones:

1. Lo podemos consumir, gastándolo para cubrir nuestras necesidades.
2. Lo podemos almacenar, es decir, ahorrar en un banco. Este ahorro, por sí mismo, genera riqueza.
3. Por último, lo podemos sembrar, es decir, invertir para obtener un interés en forma de ganancia por un determinado periodo de tiempo. Este proceso es el que realmente crea riqueza.

La conclusión que podemos obtener de estas tres aseveraciones es que la posesión de un bien, en este caso el dinero, no genera riqueza por sí mismo. Es necesario crear un proceso para transformar ese bien, lo cual genera consecuentemente riqueza. La pobreza es lo opuesto a la riqueza y cualquier persona potencialmente puede salir de la pobreza aprendiendo a generar riqueza. Sin embargo, de ello se desprende una nueva pregunta: ¿quién puede generar riqueza? Solamente aquel que tiene algún excedente para propiciar el intercambio económico puede estar en situación de generar riqueza. La persona que posea excedentes tiene riqueza,

no así la que nada tiene: si no tiene excedentes no puede optar a la pretendida riqueza. Como se ha visto en la historia del pensamiento económico, el dinero es un producto ideado para poder intercambiar productos. La comercialización de productos genera la posibilidad de crear riqueza. El dinero es un medio para medir, almacenar o trasladar la riqueza. Así, el dinero representa la riqueza, pero no es la riqueza. La riqueza es un proceso constructivo que genera la actividad humana en la transformación de la naturaleza para la satisfacción de necesidades físicas y sociales. En este sentido, la “historia de la riqueza” estudiada en el punto anterior desemboca en la época actual, generadora de riqueza más que todas las épocas pasadas, gracias al advenimiento tecnológico muy avanzado, la globalización de mercados y los rápidos sistemas de comunicaciones. En la actualidad, las posibilidades de riqueza son inmensamente superiores a cualquier época pasada. La cuestión que se plantea, entonces, ¿cuál es la fórmula para crear riqueza?

La riqueza depende directamente de lo que cada cual, mediante sus decisiones y acciones, decide emprender en su propia vida. En primera instancia, el trabajo es generador de dinero pero, nuestra riqueza, no está determinada por la cantidad de dinero que ganamos sino que está relacionada con lo que hacemos con dicho dinero. Como se ha visto en el punto primero citado más arriba, si lo gastamos y no ahorramos nada, estamos limitando nuestra posibilidad de generar riqueza. La diferencia entre una persona que genera riqueza y otra que no la genera, se halla en lo que cada uno decide hacer con el dinero. Consecuentemente se puede concluir la siguiente formulación: $\text{trabajar} + \text{ahorro} + \text{inversión} = \text{riqueza}$. Si se carece de alguno de los elementos de esta fórmula, no se logrará la riqueza. Este planteamiento permite ubicarnos en qué sitio se encuentra cada cual de modo que se pueda vislumbrar el camino a seguir para alcanzar una meta financiera.

Muchas personas creen que teniendo un mayor ingreso de dinero, los problemas de gastos y deudas se solucionan automáticamente. Pero esto no es cierto, pues la realidad nos demuestra que las personas con más ingresos también han aumentado sus gastos y sus deudas. Ello evidencia la necesidad de que hay que aprender a administrar el ingreso actual, por otro lado difícil de controlar en esta sociedad capitalista que nos impulsa al desenfreno consumista,

a costa de endeudarnos a largo plazo, como un elemento más, en la actual crisis económica mundial. La administración del dinero presenta tres escenarios posibles respecto al modo de gastarlo:

1. Se gasta más de lo que se gana, es decir, se trabaja para pagar los gastos pasados.
2. El gasto es igual a los ingresos. En este caso, se trabaja para pagar los gastos presentes.
3. El gasto es menor de lo que se gana. Ahora, se trabaja para estar preparado para gastos futuros.

El sentido común nos indica que el escenario ideal es el tercero, es decir, gastar menos de lo que ganamos. Esto es muy sencillo de entender, sin embargo, ¿por qué la mayoría de personas siguen gastando todo su ingreso o más? Las dos principales razones son las siguientes: en primer lugar, la mayoría de las personas no tienen un sentido real del gasto, gastando más de lo que ganan. Este error es debido a que no llevan un registro de sus ingresos y sus gastos. En segundo lugar, se nos ha hecho creer erróneamente que podemos gastar más allá de nuestro ingreso con el famoso eslogan “compre ahora y pague después”. Lo que no se aprecia en ese momento es que pagaremos después, pero a un precio mucho más alto.

La conclusión de todo ello es que debemos gastar menos de lo que ganamos porque, si no, no podremos ahorrar para poner a trabajar el dinero para nosotros. Si siempre nos endeudamos, el dinero estará trabajando, pero para la persona o empresa que nos lo prestó, pues acabaremos pagando más. En este caso, la fórmula de la riqueza estará funcionando, pero en contra nuestra. Por tanto, se evidencia la importancia en aprender que, de la forma de administrar el dinero, va a depender la propia situación económica. La primera condición que hay que respetar para generar riqueza en la vida es, obviamente, estar libre de deudas. La deuda y la riqueza son opuestas y se excluyen automáticamente: donde existe deuda, no puede haber riqueza. Por eso se puede afirmar que quien vive endeudado jamás será rico. Lo contrario también puede afirmarse: quién aprende a vivir sin deudas está asegurando su camino a la

riqueza. Desgraciadamente, el vivir endeudado es algo muy común en nuestros tiempos. Pero recordemos que, de cada cual, depende vivir con las consecuencias de nuestras decisiones. No se puede culpar de nuestras decisiones a quién ofrece un préstamo o una tarjeta de crédito. Lo más inteligente es no tener deudas y, si se tienen, hay que procurar no endeudarse más y comenzar a liquidarlas lo antes posible.

La riqueza es un lugar al que naturalmente se quiere llegar, sin embargo es imprescindible tres requisitos para no perderse en el intento: primero, hay que tener una meta de futuro, es decir, saber a dónde se quiere llegar. En segundo lugar, tener ese firme propósito con energía y vitalidad para acelerar el paso hasta llegar al destino deseado. Por último, hay que establecer un plan con recursos que permitan alcanzar la meta deseada. En este camino hacia la riqueza, son inherentes dos elementos: el conocimiento y la acción. Perseguir un sueño es posible, aun en las situaciones más adversas de la vida. Por tanto, una premisa importante es no rendirse nunca.

Otro concepto acerca de la riqueza es tener en cuenta que está en constante movimiento. Este es un principio muy importante que bien puede aplicarse a un país, a una empresa o una persona. Ello es así por las diferentes necesidades que cubrir, dependiendo del ciclo de vida en el que nos encontramos. Las necesidades de las personas están en constante movimiento, generando una oferta y demanda de productos y servicios. Detectar esas necesidades son oportunidades para la creación de riqueza.

Hasta este momento, hemos aprendido cómo el endeudamiento y el sobreendeudamiento ha puesto en peligro nuestro futuro y el de nuestros seres queridos. Como se ha visto, lo más inteligente es no contraer deudas. La actual crisis financiera evidencia este planteamiento pues las personas libres de deudas podrán afrontar de mejor manera la citada crisis. Pero esto mismo es aplicable a un país, pongamos por ejemplo los Estados Unidos. Con 300 millones de habitantes, representa el 5% de la población mundial y, sin embargo, consumen el 25% de todos los productos fabricados en el mundo. Ha pasado de ser el mayor productor del mundo a ser el mayor consumidor en tan solo seis décadas. Además, el 95% de las familias de Estados Unidos están endeudadas. La deuda de Estados

Unidos crece en 1.400 millones de dólares por día, siendo el índice de ahorro el 0% desde 1997. Con esos hábitos de consumo, ¿se encaminan los Estados Unidos a la pobreza? Inevitablemente sí, si no hay un cambio en sus hábitos de producción, consumo, endeudamiento y ahorro.

b. La redistribución de la riqueza

La redistribución de bienes, y en especial de rentas, de unos sectores a otros de la población, ha dado lugar a una riqueza más homogénea. Esta ideología ha sido influida principalmente por el socialismo. Se ha considerado como una medida de justicia social transferir ingresos desde los más ricos hacia los sectores que viven en condiciones de pobreza. El estado del bienestar aporta, por ello mismo, elementos de riqueza para los individuos. Así como en punto anterior, la generación de riqueza dependía exclusivamente del conocimiento y de las acciones de los individuos, ahora se le puede sumar otro modo de riqueza, entendida esta como un factor de riqueza externo proveído por el propio estado. Con ello se tiende básicamente a cubrir necesidades sociales proteccionistas tales como la sanidad, la educación, el desempleo y las pensiones, para citar las más importantes. En este sentido, el individuo participa y se beneficia de la propia riqueza de su país, al ver satisfechas algunas necesidades sociales básicas.

c. La sensación de riqueza

Pero vayamos ahora al profundo conocimiento del significado de la verdadera riqueza. La riqueza de una persona es actualmente definida por cuán largo es un periodo en el que pueda sostener su estilo de vida sin trabajar. Es decir, la riqueza está directamente relacionada con el factor tiempo. Hemos visto anteriormente que una persona endeudada no es dueña de su tiempo, pues tiene hipotecado su trabajo para hacer frente a las deudas. Consecuentemente lo que está en juego es la propia libertad de la persona, pues ya no es dueña de su tiempo sino que el mismo debe ser dedicado a

intentar cumplir con las deudas contraídas. Por tanto se puede concluir que la verdadera riqueza consiste en tener un largo periodo de tiempo en el que se puede vivir su vida sin trabajar un solo día. Es decir, la verdadera riqueza consiste en disponer cada cual de su tiempo para sí mismo. La verdadera riqueza consiste en disponer de la libertad. Cuando nos referimos a la no obligación de trabajar, no se trata de rehusar el trabajo en sí mismo, sino que el trabajo no sea una condición de esclavitud para hacer frente a las deudas. Es honroso trabajar y, más aún, cuando se realiza desde un estado voluntario de libertad. La situación contraria, el trabajo hipotecado para enfrentarnos a las deudas, cambia la perspectiva, afectando psicológicamente a nuestra percepción de ello. La percepción psicológica pasa de la sensación de “libertad” a la sensación de “esclavitud”. La riqueza así relacionada con el concepto de libertad puede ser definida en virtud de tres cosas:

1. Los gastos mensuales.
2. Los activos líquidos.
3. El ingreso pasivo.

Los activos líquidos hacen referencia a cuanto efectivo o equivalente de efectivo (acciones, bonos, depósitos a plazo fijo) se dispone para pagar los gastos mensuales. El ingreso pasivo se refiere al ingreso que se continúa recibiendo, incluso después de dejar de trabajar. Esto puede incluir intereses, dividendos, regalías y ganancias de negocios. Por tanto, el valor neto de la riqueza no se determina por cuanto se gana, sino por cuánto se ahorra y cuánto se invierte sabiamente, como se ha demostrado anteriormente.

Como conclusión de todo lo expuesto, se puede aseverar que la riqueza y la libertad están estrechamente unidas, siendo dos caras de la misma moneda. Quien posee riqueza, es dueño de su tiempo y, por ende, de su libertad. El dinero ha contribuido enormemente a definir el concepto de sensación de riqueza. El dinero como sistema de medida eficiente permite cuantificar perfectamente el nivel de éxito social, cosa que no puede hacerse con el grado de felicidad, pues es mucho más difícilmente mensurable. La sensación de riqueza es un concepto basado en la comparación entre distintas épocas o con otras personas. Hay quienes se sienten ricos por haber

llegado a alcanzar la tenencia de unos bienes determinados como casas, coches, vacaciones, viajes, etc., que en épocas pasadas eran patrimonio exclusivo de los verdaderamente potentados. Estas personas no entran a considerar que, en el momento actual, el acceso a esos bienes no supone un estatus especial sino un logro de las masas trabajadoras y de la mejora de las técnicas de producción. En esa vorágine de consumismo, se olvida que técnicamente hablando, la verdadera riqueza consiste en ser dueño de su tiempo, es decir, ser libre, como he intentado demostrar hasta aquí.

Un informe de Barclays Wealth, publicado el 10 de diciembre de 2007, afirma que, para que una persona pueda genuinamente considerarse rica, debe tener un patrimonio líquido de 6.800.000 euros. Afirma este informe que este es el nivel perceptivo en el cual las personas afirman que son realmente ricas, en especial porque les permite a su vez la oportunidad de tener influencia en la comunidad donde se desenvuelven y alcanzar un mayor sentido de control sobre el desarrollo de su vida y su destino. Pero el informe va más allá, pues afirma que la investigación demuestra que las personas se perciben como ricas cuando tienen la capacidad de poder realizar metas personales. Finalmente, el estudio arroja un dato muy importante: ser rico debe ser definido más por una condición mental que por la cantidad de dinero que se tiene en el banco.

La esperanza de muchos seres humanos, que viven para sobrevivir, está afincada en el tiempo libre. Huyendo del trabajo que se hace para sobrevivir, piensan como Kafka —que escribía en el tiempo libre que le dejaba un trabajo que odiaba—, que en el tiempo libre podrán hacer lo que siempre han querido hacer o convertirse en lo que siempre quisieron ser. Me suscribo personalmente a este planteamiento y reitero la tesis defendida hasta aquí: la verdadera riqueza del ser humano está en ser dueño de su libertad y esto, en esta sociedad capitalista, pasa por intentar liberarse de la esclavitud productiva que busca la satisfacción de nuestras necesidades físicas y sociales. En este sentido es pertinente recordar que el dinero no debe ser un fin en sí mismo sino un medio para alcanzar la auténtica riqueza: la libertad.

4. EL BINOMIO RIQUEZA-LIBERTAD

Ahora que hemos visto que la riqueza está estrechamente vinculada a la libertad, habrá que intentar saber cómo se articula este binomio riqueza-libertad. Como se ha visto, la riqueza es un desarrollo propio de la civilización humana, aunque a costa de evidenciar su propia contradicción: la pobreza. Esta antonimia riqueza-pobreza, propia de la existencia humana, está esencialmente relacionada con el deseo de libertad, inherente también a la condición humana. Una obra que a buen seguro nos ilustrará la relación existente entre la riqueza y la libertad, desde un pensamiento económico, es *Desarrollo y Libertad* del Premio Nobel de Economía en 1998, Amartya Sen. Este autor dedica su obra a los sectores más desposeídos del planeta. Sus investigaciones, de acuerdo con Kofi Annan, Secretario General de la ONU, han revolucionado la teoría y la práctica del desarrollo, al demostrar que la calidad de vida no puede medirse por la riqueza que se posea, sino por el grado de libertad que puede experimentarse. Son respondidos en dicha obra interrogantes como, ¿cuál es la relación entre nuestra riqueza y la capacidad de vivir según nuestros deseos? o ¿cómo es posible que en este mundo donde se ha alcanzado un nivel de prosperidad sin precedentes, se les nieguen las libertades más elementales a un gran número de seres humanos?²

La perspectiva de la libertad, en palabras de Sen, dice así: “El desarrollo exige la eliminación de las principales fuentes de privación de libertad: la pobreza y la tiranía, la escasez de oportunidades económicas y las privaciones sociales sistemáticas, el abandono en que pueden encontrarse los servicios públicos y la intolerancia o el exceso de intervención de los estados represivos”. En su explicación de la libertad, dado su papel constitutivo e instrumental del desarrollo, el autor nos dice también: “En las visiones más estrictas del desarrollo (que se basan en el crecimiento del PNB o en la

2 SEN, AMARTYA. *Desarrollo y libertad*. Editorial Planeta. 2000. ISBN 9788408035244.

industrialización), suele preguntarse si la libertad de participación y disensión políticas contribuye o no al desarrollo. Una persona que no pueda expresarse libremente o participar en las decisiones y los debates públicos, aunque sea muy rica, carece de algo que tiene razones para valorar”. Con ello evidencia que los fines y los medios del desarrollo, expresados en términos de riqueza, tienen su propia realización en la libertad misma. Respecto a la pobreza, es concebida esta como una privación de capacidades: “La pobreza debe concebirse como la privación de capacidades básicas y no meramente como la falta de ingresos”. En su obra, hace una consideración de las hambrunas y otras crisis humanas así como la cultura y los derechos humanos. La obra de Sen resume sabiduría sobre las teorías económicas, y sobre cualquier otra de las disciplinas de las ciencias sociales. Con la lectura de esta obra, el binomio riqueza-libertad es ya indisoluble, siendo ambos conceptos inherentes a la condición humana en el discurrir vitalista de los individuos, pueblos y sociedades.

La “historia de la riqueza” a través de la “historia del pensamiento económico” ha evidenciado que la prosperidad humana ha proseguido por el camino de alcanzar cada vez más riquezas. Estas riquezas han evolucionado conceptualmente a través de la propia historia, conectando con el concepto de libertad, decididamente instaurado y sustentado por las democracias. La riqueza ya no es concebible sin las cuotas de libertad que fomenten el propio desarrollo económico. Queda por ver ahora cuál ha sido la “historia de la libertad”. Habrá que estudiar si la libertad y su opuesto, la esclavitud, son asimismo una antinomia presente en la condición humana. De momento hemos visto que la antinomia riqueza-pobreza constituye, filosóficamente hablando, la primera antinomia existencial del ser humano, pues aunque hay conciencia de la necesidad de resolverla, no hay visos de una resolución definitiva de un modo inmediato. Siguiendo la misma metodología, veamos ahora si la libertad y la esclavitud constituyen también otra antinomia pendiente de ser resuelta por la especie humana.

5. HISTORIA DE LA LIBERTAD

Francisco Ayala con su obra *Historia de la libertad* nos invita a meditar sobre las fronteras entre el libre albedrío y el sometimiento a las normas. Nos dice este autor: “Todo orden social se impone coactivamente al individuo y comporta, por lo tanto, una merma a su libertad; sabemos también que los conceptos mismos de orden y de libertad buscan su “recíproca anulación”, mediante una estrategia de tensiones siempre dinámica”. Partiendo de estas premisas teóricas, este ensayista granadino nos invita a pasear por la Historia para informarnos de los sucesivos equilibrios y desequilibrios que ambos conceptos han experimentado a lo largo de ella. Nos habla, por ejemplo, de la inexistencia de libertad en el mundo oriental antiguo; nos explica que en el mundo griego, la libertad fue ante todo política y no social; nos comenta que Roma y el cristianismo afianzaron el camino hacia otras libertades e igualdades, hasta entonces desconocidas; nos pasea por el mundo de la Edad Media; nos informa de qué fue el constitucionalismo inglés y de lo que supuso para las libertades la Revolución Francesa de 1789; nos aclara con nitidez en qué consiste la división de poderes; y nos desliza nombres tan importantes para el afianzamiento de la dignidad humana como los de Rousseau o Montesquieu, que no tendrían que ser olvidados por nuestros políticos actuales. La lectura de este ensayo nos sirve, sobre todo, para recordar que las libertades son como el amor o como el oxígeno: elementos por los que debemos pelear día a día.³

La historia ha de tener un sentido y, esa significación que demos a la historia, depende necesariamente del concepto que tengamos de libertad. Existen diversas escuelas de interpretación de lo histórico: el materialismo histórico, la concepción positiva de la historia, la concepción idealista de la historia, la concepción escolástica de la historia. Todas ellas difieren esencialmente respecto al concepto de libertad, y por consiguiente en la diversa interpretación de la

3 AYALA, FRANCISCO. *Historia de la libertad*. 1ª Edición. Visor libros. 2007. ISBN 9788475227283.

dignidad del ser humano. El dramatismo de la historia humana estriba en el misterio de la interpretación e intervención de la libertad humana, conjugada con la libertad divina en el tiempo. Esa misma libertad, por la cual el hombre es dueño de su propio destino, puede entenderse en diferentes acepciones: la visión anárquica, como si se tratara de “animales en libertad”; la visión individualista, que olvida la naturaleza social del hombre; o el absolutismo tiránico en las distintas formas que ha revestido en la historia.

La historia de la cultura humana es la historia de la libertad humana que, en lo social, ha desembocado en las democracias actuales. La libertad es un bello concepto surgido de un conflicto entre el poder hacer y la limitación a ese poder. Basta de momento para el propósito de este trabajo entender que la libertad es un posibilismo para cada individuo, logrado a través de la conquista histórica. Como se ha visto, la libertad es un concepto que puede ser sometido a multitud de interpretaciones, en nombre de las cuales el ser humano domina o es dominado, elige o es inducido, actúa o es manipulado. El objetivo de este ensayo es, precisamente, intentar pensar los límites conceptuales de la libertad. Pero, para llegar a ello, es preciso establecer algunas premisas filosóficas que iremos desarrollando poco a poco. De momento, se puede seguir el mismo argumento metodológico empleado con la antinomia riqueza-pobreza, a saber, que la libertad tiene su propio opuesto: la esclavitud. Si bien la historia de la humanidad puede ser leída desde el presupuesto de la conquista de la libertad, esto presupone que lo ha sido a costa de hacer desaparecer la esclavitud. Pero un análisis objetivo de la propia historia de los pueblos así como de nuestro mundo contemporáneo parece evidenciar que la falta de libertad está bien patente en muchos individuos, países y continentes. Un motivo principal, entre otros, es porque el propio desarrollo económico visto en la “historia de la riqueza” anterior se ha convertido en un “imperialismo económico” que esclaviza a otros seres humanos. Consecuentemente, tenemos una “segunda antinomia existencial”, como nuevo concepto filosófico pendiente de resolución, a saber: la antinomia libertad-esclavitud.

El resumen de todo ello es que, el binomio riqueza-libertad, dos caras de la misma moneda en evolución a través de la historia, realiza dicha evolución desde un binomio más primitivo: pobreza-es-

clavitud. Así, el ser humano individual de cualquier época, contexto social o ideología, se enfrenta existencialmente a dos antinomias: riqueza-pobreza y libertad-esclavitud, siendo ambas antinomias un binomio inherente a la condición humana en su enfrentamiento con la naturaleza. La historia de la humanidad es, por un lado, la “historia de la riqueza”, una evolución en su desarrollo materialista para la creciente satisfacción de las necesidades físicas y sociales; y, por otro lado, la “historia de la libertad”, una evolución “esencialista” de la condición humana, la cual permite, en nombre de la libertad, pensar y actuar desde cualquier presupuesto fundamentado por la razón y, también, desde cualquier ideología o religión. La libertad es por ello mismo, una potencialidad para el pensamiento humano, pero dicho “pensar humano”, no ha establecido todos los límites morales y finalidad de la propia libertad. Queda, por ello mismo, pendiente la asignatura ontológica de “Pensar en ser libre”, objeto cognitivo y epistemológico pretendido por este ensayo.

6. CONCEPTO DE LIBERTAD

En el punto anterior, hemos concluido que la libertad es un elemento que potencia el pensamiento humano y, consecuentemente, todas las acciones que se derivan del pensar humano. Si existiera un consenso cognitivo plenamente generalizado en la humanidad, acerca de los límites interpretativos de la libertad, para una cierta orientación de la ética, la educación, la política, en definitiva, una orientación positiva para los designios de la humanidad, ya no hablaríamos de la antinomia libertad-esclavitud, como se ha concluido. Si persiste dicha antinomia es, precisamente, porque la libertad humana se articula en diversos niveles, pudiendo hablarse de una “filosofía de la libertad”, en función de las diferentes perspectivas del pensamiento humano. El objetivo de este trabajo es precisamente intentar establecer los límites cognitivos de la libertad de modo que, siguiendo el paralelismo de la psicología evolutiva de Piaget, el ser humano tenga una guía psicológica para su libertad con fundamentos plenamente justificados desde la razón y la epistemología. No obstante, es necesario previamente establecer

los conceptos conocidos actualmente respecto a la libertad, desde los diversos ámbitos del conocimiento, antes de llegar a mi propia concepción teórica.

La libertad interpersonal puede ser objeto de una investigación social y política, mientras que el fundamento metafísico de la libertad interior es una cuestión psicológica y filosófica. Ambas formas de libertad se unen en cada individuo. Los diversos niveles de la libertad humana pueden, por lo tanto, abarcar desde la libertad ontológica o trascendental, pasando por la libertad psicológica y, cómo no, la libertad con apertura a la ética y la política. La libertad, en el individuo, tiene por tanto dos aspectos: la libertad interna en forma de pensamiento y la libertad externa en forma de acción. Entrar en la deliberación de los fundamentos ontológicos y sobre las causas de una sobre otra, nos derivaría hacia las diferentes interpretaciones en función de la posición filosófica de los diferentes pensadores. Por ello mismo, el concepto de libertad está abierto a distintas interpretaciones: por la inherente libertad de pensamiento. No obstante, existen ciertos convencionalismos comúnmente aceptados acerca de la libertad, los cuales vamos a detallar a continuación.

Se suele considerar que la palabra libertad designa la facultad del ser humano que le permite decidir llevar a cabo o no una determinada acción según su inteligencia o voluntad. La libertad es, entonces, aquella facultad que permite a otras facultades actuar. Históricamente, desde las revoluciones burguesas de los siglos XVIII y XIX, la libertad suele estar muy unida a los conceptos de justicia e igualdad. Es un estado que define a quien no es esclavo, ni impedido al deseo de otros de forma coercitiva. Que un hombre decida si quiere hacer algo o no lo hace libre, pero también responsable de sus actos. La ausencia de esa responsabilidad equivaldría a un libertinaje.

Por otro lado, la ética filosófica señala que la libertad es inherente al ser humano, siendo un dato fundamental originario de la existencia humana que no se puede eliminar ni contradecir. En la modernidad, se ha identificado ese ejercicio de la libertad con la realización de la persona: se trata de un derecho y de un ideal al que no podemos ni queremos renunciar. Por ello, no se concibe que se pueda ser humano sin ser libre de verdad.

La libertad también puede ser entendida como una autonomía sobre la condición interna, es decir, una condición de soberanía individual con varios significados posibles: la capacidad de actuar de conformidad con los dictados de la razón, o bien los valores propios, o bien respecto a valores universales como el bien y la verdad, por ejemplo, y por último conforme a los propios deseos, es decir, arbitrariamente. Como se puede apreciar, la razón, los valores propios, los valores universales y la satisfacción de deseos conforman un cóctel con infinitas posibilidades, tantas como personas existen. La libertad presupone un complicado dinamismo en el cual se mueve todo ser humano.

A la vista de todos estos planteamientos, la esfera de la libertad no es un concepto cerrado en sí mismo, sino una conquista a través de todas y cada una de las acciones de los humanos. En este sentido, en nombre de la libertad, se establece y se desarrollan libertades subsidiarias: la libertad política, libertades cívicas y derechos individuales incluidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos. La prueba evidente de que la antinomia libertad-esclavitud está plenamente sin resolverse es que, en el sesenta aniversario de la citada Declaración de los Derechos Humanos, se celebra dicho aniversario en medio de una crisis económica mundial así como una hambruna creciente. Fue en París, en 1948 cuando se firmó una Declaración que establece que “todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y en derecho”, y en otros treinta artículos establece que los derechos humanos, civiles, sociales, económicos y culturales son “inalienables e indivisibles”. Sin embargo, la ONU resalta que, a este aniversario, se llega precisamente en medio de una emergencia alimentaria, con 963 millones de hambrientos según la FAO. Algunas organizaciones vinculadas a los derechos humanos han aprovechado este aniversario para recordar los principales retos aún pendientes: además de la pobreza y la hambruna, se producen violaciones de mujeres en el este de Congo, matanzas civiles en Sudán, limpieza étnica en Etiopía, marginación en Somalia, conflictos en Colombia, Israel y Palestina, Sahara Occidental o la misma invasión de Irak. También señalan las zonas candentes de Afganistán, Pakistán e India. Los activistas de los derechos humanos también luchan por erradicar la pena de muerte en países como China, Irán, Arabia Saudí, Pakistán

y EEUU. También denuncian la discriminación por motivo de raza, sexo y cultura. Además presentan a la crisis económica y ecológica como un verdadero reto vital.

Ante este panorama mundial, es evidente que la raza humana tiene mucho trabajo que realizar en el terreno de la libertad, pues en nombre de esta se cometen todas estas tropelías. ¿Alguien puede negarme la evidencia de esta antinomia libertad-esclavitud que sobrevuela sobre la raza humana? En nombre de la libertad, se cometen los actos más inmorales, propio de animales carentes de razón. Por ello mismo, en nombre de la capacidad de raciocinio humana, voy a intentar establecer una epistemología acerca de la libertad, de modo que se pueda vislumbrar un consenso cognitivo desde unos postulados de la propia filosofía. Por eso mismo el “Pensar en ser libre” como objetivo de este ensayo. A ello se llegará a través de las diferentes argumentaciones y postulaciones que iremos viendo poco a poco.

Sin embargo, el concepto de libertad conecta con otro concepto subyacente en el psicologismo humano, a saber: la felicidad. Friedrich Hayek apuntó que la famosa “libertad” ha sido probablemente la palabra de la que más se ha abusado en la historia reciente. En el liberalismo libertario, la libertad se define en términos de interferencias, ya sea por un gobierno o personas, en la búsqueda de la felicidad. Hay una oposición a cualquier interferencia en los actos consentidos entre adultos. Por otra parte, movimientos de la izquierda política hacen más hincapié en la libertad como la capacidad del individuo de realizar su propio potencial en la búsqueda de felicidad mediante la liberación de la miseria, la pobreza, la privación, o la opresión. Lo que quiero evidenciar con ello es que la “libertad” en el individuo busca satisfacer un principio ontológico: la “bondad”. A nivel ontológico se define el bien como algo que le conviene al ser y, esto, en la libertad del hombre, es necesario e indispensable que el ser, en cuanto ser, sea bueno. Este principio conecta también con otro principio ontológico: el de “finalidad”. El fin es un medio que mueve al ser hacia un deseo natural: su propio bien.

Hemos visto hasta la presente que el ser humano está abocado a una primera antinomia existencial: riqueza-pobreza, como advenimiento a la vida misma, en un intento de satisfacer sus necesidades

naturales. Pero esta antinomia conecta con una segunda antinomia: libertad-esclavitud, un devenir azaroso de cada individuo en el contexto de la historia. Y ahora, hemos visto que, desde dicha libertad, el ser humano debe buscar, por principio ontológico, su propia felicidad. Riqueza, libertad y felicidad pueden definirse como un “devenir existencial” al que cada persona debe enfrentarse inevitablemente desde su nacimiento hasta la propia muerte. Este devenir existencial en tratar de alcanzar la felicidad tiene su origen, primero, en la búsqueda de la riqueza y, en segundo lugar, su realización a través de la libertad. Voy a englobar estos tres conceptos, riqueza-libertad-felicidad, bajo un nuevo concepto filosófico que llamaré “ontología existencial ilusoria”. Así, riqueza-libertad-felicidad es una “ontología existencial ilusoria” presente en todo ser humano. ¿Por qué esta denominación? Precisamente porque, en su manifestación ontológica, el ser humano ha obviado otro principio más importante: “el ser es inteligible”. Esta inteligibilidad del ser es llamada verdad ontológica pues conforma a dicho ser con la inteligencia. Pero, lo que ocurre en la práctica es que el ser humano particular persigue una “ontología existencial ilusoria”, a saber, riqueza-libertad-felicidad, obviando un principio con diferencia más importante: la inteligencia que permite conocer toda realidad.

Es a partir de dichos fundamentos ontológicos que distingo, por un lado, la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, que todo ser humano sin excepción busca en su vida; y, por otro lado, el “eslabón perdido” del conocimiento, pues se ha perdido de vista el muy importante principio ontológico de que el ser, desde su inteligibilidad, puede conocer mejor el sentido existencial de la vida. Sin embargo, lamentablemente, no todos los seres humanos nos hallamos en el mismo nivel ontológico. Muchos buscan la felicidad a través de la riqueza y la libertad, persiguiendo una “ontología existencial ilusoria”, sin darse cuenta de que la verdadera felicidad puede ser alcanzada mediante el conocimiento que se desprende desde la inteligibilidad. Esta división conceptual de la ontología será muy importante en el posterior desarrollo de este ensayo, pues de ello se desprende una tercera antinomia existencial para el ser humano: conocimiento-ignorancia. Es obvio que aquella persona que persiga la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad sin la inestimable ayuda de la inteligibilidad

vivirá por ello mismo, en menor grado de conocimiento, es decir, de ignorancia. Es importante dejar aclarada conceptualmente esta tercera antinomia, pues las antinomias riqueza-pobreza y libertad-esclavitud no solo son las únicos causantes del caos mundial descrito anteriormente, sino que la falta de consenso cognitivo es un elemento más a tener en cuenta. Por ello mismo, el “Pensar en ser rico” es un tema que pretende destapar las carencias de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, para evidenciar la imprescindible y necesaria reivindicación del “eslabón perdido”: el Conocimiento.

7. RIQUEZA Y LIBERTAD CONTEMPORÁNEA

El origen y advenimiento del capitalismo, como se ha visto a través de la historia del pensamiento económico, no tiene una línea divisoria nítida sino que se ha ido puliendo durante varios siglos, siendo un fenómeno histórico complejo. No obstante, se pueden distinguir tres fuerzas fundamentales en el proceso de consolidación de dicho capitalismo.

En primer lugar, la gradual extensión del ámbito de la libertad de los individuos, desde la salida del yugo esclavista, pasando por el derecho de las personas a las rentas de su trabajo. Después, se ha instaurado la libertad de pensamiento y la expresión de ideas sociales y científicas. Importante también ha sido la libertad de culto que ha propiciado la separación entre Iglesia y Estado. En segundo lugar, esa conjunción de la libertad de pensamiento e investigación científica junto a la libertad de los individuos para potenciar sus propias actividades económicas, incentivó la inversión y el ahorro de la sociedad. La conquista de las libertades citadas ha derivado en el derecho de cualquier individuo para acceder a la propiedad de cualquier medio de producción, lo que en las sociedades precapitalistas estaba en manos de la aristocracia y el poder eclesiástico. Dicho de otro modo, el capitalismo eliminó el monopolio de la propiedad de los medios de producción que ostentaban los poderes públicos. En tercer lugar, los avances tecnológicos, junto a la creciente libertad de los individuos y empresas, acrecentaron las transacciones comer-

ciales y, por ende, el propio mercado, hasta llegar a un elevado crecimiento económico como señal de identidad del capitalismo.

Esos tres fundamentos denotan que el capitalismo hunde sus raíces en las transformaciones políticas que ampliaron las libertades individuales. A partir de dichas transformaciones, se desarrolló un conjunto de cambios jurídicos que dieron lugar al nacimiento del derecho de propiedad a los individuos, siendo este derecho legalmente reconocido y protegido frente a la invasión arbitraria de otros individuos o poderes soberanos. Con ello, se abrió la posibilidad de negociación y transferencias de bienes mediante acuerdos contractuales entre los propios individuos. El capitalismo ha sido la causa del progreso tecnológico que ha ido de la mano de este sistema económico, hasta llegar hasta nuestros días. Consecuentemente, se puede concluir que la “historia de la riqueza”, junto a la “historia de la libertad” desarrollada anteriormente, establece un binomio riqueza-libertad presente en la naturaleza humana y, por ende, en su propia historia. Pero dicha historia nos plantea, ahora, otra paradoja: es pertinente conocer cuáles han sido las causas que han llevado la actual civilización a una crisis mundial financiera globalizada. Vamos a intentar dar respuesta a ello a continuación.

El comisario europeo de Asuntos Económicos y Monetarios, Joaquín Almunia, ha advertido que “hay que exigir responsabilidades a los gestores que primero provocaron la crisis y después cobran cantidades astronómicas por su gestión”. Preguntado si se puede iniciar un proceso judicial contra los altos cargos de los bancos por las acciones que han provocado esta situación, responde así: “La responsabilidad penal se aplica a quienes han cometido delitos. Las responsabilidades de los gestores de los bancos e instituciones financieras que están detrás de la crisis actual son muy grandes, pero no constitutivas de delito salvo que algún caso se encuentren indicios de delitos”. Preguntado sobre qué ocurriría si un gran banco europeo estuviera cerca de la quiebra, responde lo siguiente: “Los países europeos han declarado solemnemente que no van a dejar caer a un banco de esas características, y para ello se han aprobado en las últimas semanas una larga lista de medidas”.⁴

4 *www.elpais.com*. Artículo de Economía. 27-10-2008.

Estas declaraciones no hacen más que plantear una paradoja: se presta ayuda económica precisamente a los propios responsables que nos han llevado a esta crisis mundial. Esta paradoja plantea un problema moral de fondo, pues ¿cómo puede ser que, por ejemplo, según declara el *The Wall Street Journal*, “quince ejecutivos estadounidenses se embolsaran grandes fortunas antes de la crisis? Estos ejecutivos de financieras y constructoras se llevaron cien millones de dólares cada uno en compensación y dividendos de acciones, mientras se gestaba la actual crisis de mercados”. Este diario examinó las declaraciones financieras de ciento veinte compañías que cotizan en el mercado, en sectores como la banca, financiación de hipotecas, préstamos estudiantiles, corretaje de bolsa y construcción de casas. “El estudio mostró que los ejecutivos principales y los miembros de directorios de las firmas embolsaron más de 21.000 millones de dólares durante los últimos cinco años”, indica *The Wall Street Journal*.

Ante esta crisis financiera global, cuyo principio incendiario arrancó en los EEUU, no es de extrañar que José Saramago declarara que “Marx nunca tuvo tanta razón”. Este escritor portugués, premio Nobel de Literatura de 1998, prosigue diciendo “¿dónde estaba todo ese dinero (desbloqueado para rescatar a los bancos)? Estaba muy bien guardado. Luego apareció de repente, ¿para salvar qué? ¿Vidas? No, bancos”. Para Saramago se está produciendo un “crimen (financiero) contra la humanidad”, ya que “asistimos al avance aplastante de los grandes potentados económicos y financieros, locos por conquistar más y más dinero, más y más poder, con todos los medios legales o ilegales a su alcance, limpios o sucios, normalizados o criminales”. Prosigue diciendo que “el imperio absoluto del Mercado, esa entidad presuntamente autorreformable y autorregulable encargada por el inmutable destino de preparar y defender para siempre jamás nuestra felicidad personal y colectiva, aunque la realidad se encargase de desmentirlo cada hora que pasaba. ¿Y ahora? ¿Se van a acabar por fin los paraísos fiscales y las cuentas numeradas? ¿Será implacablemente investigado el origen de gigantescos depósitos bancarios, de ingenierías financieras claramente delictivas, de inversiones opacas que, en muchos casos, no son nada más que masivos lavados de dinero negro, de dinero del narcotráfico? Lo que está pasando es, en todos los aspectos, un cri-

men contra la humanidad y, desde esta perspectiva, debe ser objeto de análisis ya sea en los foros públicos o en las conciencias”. Mi posición personal está en total acuerdo con lo expresado por este Premio Nobel y, por ello mismo, adquiere razón de ser este trabajo filosófico orientado hacia la comprensión de nuestra conciencia mediante los conceptos de riqueza, libertad y felicidad.

A la vista de todo ello, es notorio que el capitalismo no está exento de fallas estructurales que perjudican grandemente a la mayoría de la población mundial, para beneficio de algunos desaprensivos gracias el uso y disfrute del poder fáctico económico. Vamos a intentar desentrañar cuáles han sido los pecados del capitalismo, es decir, cómo se realiza esta manifiesta manipulación económica con ingentes beneficios a favor de unos pocos que controlan los mercados financieros.

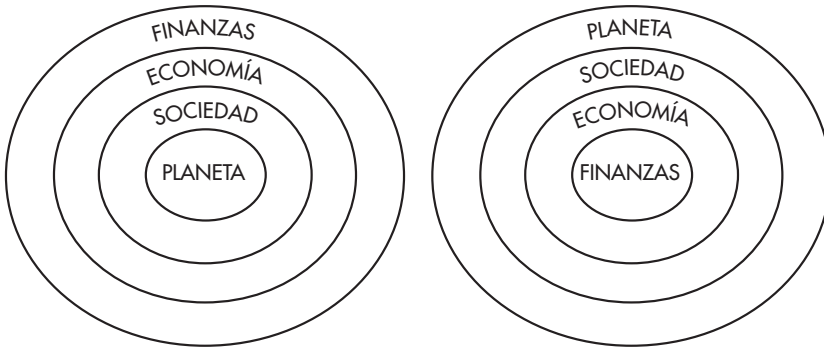
El primer pecado capital consiste en la lujuria especuladora, pues se puede comprar y vender lo que aún no se tiene. Se trata de una especulación sobre mercados de futuros. El segundo pecado consiste en la pereza de los reguladores. Cuando la burbuja del petróleo explotó a mediados del verano del 2008, un pequeño cambio en la regulación de la SEC (organismo que controla la bolsa estadounidense) obligó el 14 de julio a los especuladores que estaban jugando a la baja contra la cotización de los bancos a que respaldasen sus apuestas con acciones, por lo que tuvieron que sacar dinero del mercado de futuros del petróleo para no perderlo en banca. Desde esta medida, que no buscaba atajar la burbuja petrolífera sino proteger a los bancos de los caníbales, el precio del crudo no ha dejado de bajar. Basta con un pequeño cambio regulativo, tan sencillo que ni siquiera se vota en ningún congreso, para evitar comportamientos tan dañinos para la economía mundial, como la burbuja del petróleo. ¿Por qué tanta pereza a la hora de evitar la especulación? Han tenido que temblar las catedrales de Wall Street para que la mayoría de los organismos reguladores, también la CNMV española, se atrevieran a prohibir determinadas prácticas especulativas. Un tercer pecado capital son los paraísos fiscales. En un mundo, donde las fronteras existen para las personas pero no para el dinero, de poco vale que el G20 se comprometa a asumir nuevas normas si no se aísla los paraísos fiscales. Según la OCDE, en estas cuevas de piratas se esconden entre 5 y 7 billones de dólares

procedentes de impuestos, una cifra que equivale al 13% del PIB mundial. Vayamos ahora con el cuarto pecado capital, algo aludido anteriormente: la codicia de los directivos. En palabras de Angela Merkel, “comprendo que gane mucho quien hace mucho por su empresa y sus empleados pero, ¿por qué se debe ahogar en dinero a los incompetentes?”. Es lo que a veces pasa cuando la retribución del primer ejecutivo está supeditada al corto plazo de la bolsa y no al largo plazo de las empresas. En muchas ocasiones (Enron es el ejemplo más sonado pero no el único), los fuegos artificiales que tanto gustan a los inversores bursátiles van contra los intereses de las propias compañías. A la larga, la cotización bursátil también se hunde, pero suele ser después de que el alto directivo haya vendidos sus *stock options*. Veamos ahora un quinto pecado capital: la gula de los inversores. En todas las fallas del capitalismo que ahora han aflorado hay un elemento común: una distorsión perversa en el sistema de recompensas donde no se premia al que genera riqueza sino al que la destruye. El capitalismo ha funcionado sobre una premisa cierta, como ya apuntaba Smith, que del egoísmo individual se obtiene un progreso colectivo. La ambición de los empresarios también es buena para los trabajadores, pues todos ganan aunque sea en menor medida. Sin embargo, el castillo de naipes se hunde cuando la recompensa del que da préstamos hipotecarios a gente sin trabajo no está supeditada a que esas hipotecas se paguen, sino a vender todas las posibles. Lo mismo sucedía en el siguiente nivel, donde el que respaldaba estas hipotecas *subprime* tenía como negocio agruparlas con otras miles y venderlas al mercado. Que se cobrase o no, tampoco era su problema. Tampoco era un problema de las agencias de calificación, que estuvieron garantizando la salud del sistema hasta minutos antes del hundimiento; por algo cobraban de los mismos bancos a los que avalaban. No es problema de nadie y ha acabado siendo un problema de todos. Pero un escándalo mayúsculo, al tiempo que escribo estas líneas, está saliendo a la luz pública: se trata de la estafa financiera piramidal realizada por Bernard Madoff. Se habla de un fraude financiero de 50.000 millones de dólares, de la cual se dice que puede ser la mayor estafa en la historia de la humanidad. Madoff usó su reputación como ex presidente del Nasdaq y como “filántropo” para levantar una gigantesca pirámide financiera que, ahora, salpica a muchos inversores de alto

copete así como a multitud de bancos dispersos en la geografía mundial. Este ejemplo sería el paradigma mayor, si es que no sale otro superior, de los pecados del capitalismo pues, ahora, el cáncer económico se está extendiendo por el mundo entero.

Pero detrás de estos preocupantes fenómenos de la economía, hay otros desastres generados por el cambio climático que afectan a la agricultura mundial. La crisis alimenticia es un problema económico en su realidad más cruda, pues aquí no se pierden ahorros sino vidas humanas. La lucha contra la contaminación es el mejor ejemplo de los males del capitalismo: solo se puede solucionar con regulación estatal y con una coordinación internacional. Pero dicho consenso internacional acerca del cambio climático afecta muy directamente a los poderes fácticos económicos, los cuales no quieren ver resquebrajar sus imperios económicos por una “simple” cuestión ecológica. Este problema nunca será abordado por aquellos que piensan en términos económicos a corto plazo. ¿Pero acaso no es la inversión más rentable, con diferencia, el salvar el planeta? De poco sirve que aumente la riqueza si solo se benefician de ello los que ya son ricos, los mismos que nunca lo pasarán verdaderamente mal por mucho que se agrave la situación económica. Un punto de vista digno de tener en cuenta respecto a este problema es el de Susan George, presidenta de Honor de ATTAC, a través de su libro *Sus crisis, nuestras soluciones*. Aborda exhaustiva y certeramente dicho problema: “...no nos hallamos en medio de una sola crisis sino en una crisis de carácter multifacético que ya afecta, o pronto afectará, a casi todos los aspectos de casi todas las personas y al destino de nuestro hábitat terrenal. Podemos llamarla crisis del sistema, de civilización, de globalización, de valores humanos, o utilizar algún otro término universal, omniabarcador; la cuestión es que nos han encarcelado mental y físicamente y que hemos de liberarnos”. Nos propone una solución desde su teoría de “Las esferas”: “Podemos considerar esta prisión de dos maneras. La primera metáfora que me parece útil es la de una serie de esferas concéntricas colocadas con arreglo a una jerarquía de importancia decreciente. La exterior y más importante lleva la etiqueta de “finanzas”; la siguiente es “economía”, a continuación viene “sociedad”, y por último, la más profunda y menos importante, la esfera denominada “planeta”. Este es el orden en la actualidad. A

mi juicio, la ingente tarea que tenemos en todas partes, un esfuerzo nunca requerido antes en la historia de la humanidad consiste en invertir el orden de estas esferas para que sea exactamente el contrario al actual. Hemos de mirar el cielo, recordar la famosa imagen de la tierra vista desde el espacio, recuperar el sentido de la armonía y establecer con claridad nuestras prioridades. Nuestro bello y finito planeta y su biosfera deben ser la esfera más externa, pues el estado de la tierra, a la larga, engloba y determina el estado de todas las esferas de dentro. Después debería estar la sociedad humana, que ha de respetar las leyes y los límites de la biosfera, pero, por lo demás, ha de ser libre para elegir democráticamente la organización social que mejor convenga a las necesidades de sus miembros. La tercera esfera, la economía, representaría tan solo un aspecto de la vida social, estableciendo la producción y distribución de los medios concretos para la existencia de la sociedad. Finalmente vendría la cuarta y menos importante de las esferas, la de las finanzas, solo una entre las muchas herramientas al servicio de la economía”.⁵



Otro punto de vista a tener en cuenta respecto a este mismo problema es de John Kenneth Galbraith, uno de los mayores economistas del siglo XX, a través de su libro *La economía del fraude inocente*. Realiza, en dicha obra, una crítica radical de la economía,

⁵ GEORGE, SUSAN. *Sus Crisis, nuestras soluciones*. 1ª Edición. Icaria Editorial. 2010. ISBN 0788484526360.

la política y la moralidad pública de nuestro tiempo. Dice el profesor Galbraith que “la distancia entre la realidad y la “sabiduría convencional” nunca había sido tan grande como hoy en día porque el engaño y la falsedad se han hecho endémicos. Tanto los políticos como los medios de comunicación han metabolizado ya los mitos del mercado, como que las grandes corporaciones empresariales trabajan para ofrecer lo mejor para el público, que la economía se estimula si la intervención del Estado es mínima o que las obscenas diferencias salariales y el enriquecimiento de unos pocos son subproductos del sistema que hay que aceptar como males menores”. Es decir, que “nos hemos rendido totalmente ante el engaño y hemos decidido aceptar el fraude legal “inocente”. Pero la realidad es que, el mercado, está sujeto a una gestión que financian y planifican cuidadosamente las grandes corporaciones privadas. Estas, por otra parte, ni están al servicio del consumidor ni las controlan sus accionistas sino los altos ejecutivos, que han desarrollado una compacta burocracia corporativa responsable de escándalos financieros como los de Enron, Worldcom o Arthur Andersen. La distinción entre los sectores público y privado cada vez tiene menor sentido, porque son los grandes conglomerados empresariales quienes controlan el gasto militar y el dinero público”.⁶ Lo que al anciano economista le repugna es la aceptación acrítica de un sistema que retuerce a su gusto la verdad y enaltece la especulación como fruto del ingenio, la economía de libre mercado como antídoto para todos los males del mundo y la guerra como el gran instrumento de la democracia.

Con todo lo expuesto anteriormente se puede concluir que el binomio riqueza-libertad ha sido transformado en la actualidad en un poder fáctico en manos de unos pocos individuos a través de un entramado de corporaciones financieras y económicas y, con ello, se ha abierto una brecha divergente con la pobreza mundial así como la esclavitud capitalista para el resto de la población mundial. Ante esta situación es preciso preguntarse: ¿qué hacer? ¿Cómo reaccionar frente a esta situación de crisis financiera global, creada por el egoísmo desmedido de unos pocos individuos? El cate-

⁶ GALBRAITH, JOHN KENNETH. *La economía del fraude inocente*. 1ª Edición. Editorial Crítica. 2004. ISBN 9788484325697.

drático de Ciencias Políticas y Económicas Viçenç Navarro nos plantea: “¿Hará falta una Tercera Guerra Mundial para resolver la crisis económica?”. Después de haber analizado las causas que han provocado esta crisis mundial globalizada, es necesario intentar saber la situación real para, acto seguido, vislumbrar algún tipo de salida. La situación actual es que los bancos no prestan dinero, provocando con ello una falta de liquidez que está llevando al cierre sistemático de grandes, medianas y pequeñas empresas. “Y no prestan dinero”, en palabras de Navarro, “no por falta del mismo, sino por la falta de confianza. Hay un miedo generalizado de que, si lo prestan, no lo vean de nuevo, pues hay fuertes dudas de que el que pide el préstamo no lo devuelva”. Este miedo está avalado por la falta de confianza existente en los mercados, retrayéndose el consumo de productos y, por consiguiente, el aumento creciente de las tasas de paro al cerrar las empresas. En resumen, una clara situación de recesión, como se ha estudiado anteriormente en la historia del pensamiento económico. Continúa Navarro: “En todos los países del mundo, el número de familias que se declaran en bancarrota está subiendo rápidamente. También suben el número de familias que no pueden pagar préstamos e hipotecas. La mayoría de la población está profundamente endeudada y los bancos son plenamente conscientes de ello. Los bancos no prestan dinero, en general, a personas o instituciones que están superendeudadas... Pero el hecho que la gente esté muy endeudada tiene otro problema: no compran. Con ello, la llamada economía real padece, produciendo entonces una llamada de auxilio por parte de las empresas al Estado. La causa de toda esta situación es el mayor secreto guardado en los medios: la enorme distribución de la renta que ha ocurrido en el mundo (entre países y dentro de cada país) en los últimos treinta años, como consecuencias de las políticas neoliberales que han beneficiado enormemente las rentas del capital a costa de las rentas del trabajo”.⁷

Para ilustrar lo anterior, voy a apoyarme en la persona de George Soros. Este hombre es dueño de una de las mayores fortunas del mundo. Es un buen referente para emitir un diagnóstico sobre la

⁷ www.elplural.com. Artículo de opinión. 28-11-2008.

actual crisis económica y sugerir soluciones. Nos deja perlas como estas: “Sí soy especulador. Especulo en el terreno de las finanzas, pero también en el de las actividades benéficas y en el de la filosofía. Y en este último sentido es en el que más orgulloso me siento de ser un especulador”. “Soy un especulador, pero no defiendo la especulación actual”, “Yo me atengo a las reglas. Y llevo tiempo pidiendo que se mejore el control de los mercados financieros, los criterios para la concesión de créditos, por ejemplo. En este sentido, el presidente alemán tiene razón. Tenemos que regular mejor el capitalismo, de una vez por todas. Si no lo hacemos, él mismo se acabará destruyendo, nos destruirémos todos”. Preguntado sobre si los especuladores son inocentes, nos responde: “No, por supuesto que no. Los especuladores han creado la burbuja sobre la que descansa todo. Han tirado los precios hacia arriba con sus expectativas, con sus especulaciones de futuro, y sus actividades han alterado los precios, los han deformado, sobre todo en el campo de las materias primas. Es como acaparar alimentos en época de hambruna para beneficiarse con la previsible subida de los precios. Esto no debería permitirse. Por eso yo pido que se les prohíba a los grandes fondos de pensiones estadounidenses invertir en materias primas”. Según él, la “superburbuja” empezó a formarse en los años 80, “cuando se asentó la ideología del fundamentalismo del mercado. Según esto, había que confiarlo todo a la libre interacción de las fuerzas económicas, pero los tan alabados mercados empezaron a cometer toda clase de excesos que ya no podían ser controlados”. Prosigue diciendo que “estamos asistiendo al final de la sociedad del bienestar, al final de una era”.⁸

Si bien recojo la opinión de Soros como referente especulador y, aunque su diagnóstico sea certero, no por ello hay que exonerarlo de culpa pues forma parte de los lobbys financieros internacionales sustentados por un neoliberalismo que pretende que los mercados caminen con libertad fuera del control de los Estados. Ello conduce evidentemente a una plutocracia, es decir, el poder basado en la riqueza. Los Estados han posibilitado el desarrollo de los mercados y, ahora paradójicamente, son los mercados quienes

⁸ www.xlsemanal.finanzas.com. Magazine: Entrevista a George Soros. N° 1084 del 3 al 9 de agosto 2008.

marcan las pautas económicas y financieras a dichos Estados y, por ende, hacen titubear a las democracias al imponer drásticas reducciones del déficit público que nos toca pagar, cómo no, a las clases populares. Por tanto, los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

Estas palabras de Soros son premonitorias de un cambio de paradigma en la naturaleza humana, lo cual intentaré demostrar en el transcurso de este ensayo: estamos asistiendo a la agonía de una conciencia materialista y se vislumbra una nueva conciencia humanística, cuyos fundamentos iré desgranando poco a poco a través de este trabajo. En palabras de Joseph Stiglitz, premio Nobel de Economía de 2001, “esta crisis es el fruto de la falta de honestidad de las instituciones financieras y de la incompetencia de los políticos”. “Esto es solo el principio de la crisis y el paquete de inversiones del gobierno de los EEUU no resolverá la raíz del problema”.⁹ En este sentido, el doctor en Ciencias Económicas y Empresariales, Juan Torres López, agrega: “Se ha llegado a una situación tan extrema que ya no cabe más solución que hacer mesa limpia, gobernar al dinero, domeñar a las finanzas, someter a los banqueros al poder de la democracia ciudadana, obligar a que la financiación esté al servicio de las empresas y los consumidores, prohibir el delito financiero continuado en paraísos y evasiones fiscales, imponer la transparencia y obligar a los ricos que respeten también principios elementales de moralidad y equidad”. Pero la paradoja actual es que, “los que están en el poder, no dicen ni quieren hacer nada, no teniendo ni idea por dónde empezar a cortar ni, por supuesto, la valentía suficiente para decirle a los banqueros y financieros que han provocado todo esto que hasta aquí hemos llegado y que tienen que hacer frente al desaguisado. Por ello mismo, tendremos que decirlo los ciudadanos”.¹⁰

Hasta la presente, hemos realizado un intento de acercamiento a la comprensión de las causas históricas de la crisis financiera global así como al conocimiento de la situación actual. Hemos visto a dónde nos ha llevado ese binomio indisoluble riqueza-libertad:

9 *www.publico.es*. Internacional-entrevista.20-09-2008.

10 *www.juantorreslopez.com*. Artículo: “Gigantes financieros: irán cayendo uno detrás de otro”.

a una crisis mundial de consecuencias todavía impredecibles. Pero como he apuntado anteriormente, es evidente una antinomia existencial en el mundo: riqueza-pobreza. Hasta ahora hemos prestado prominentemente más atención a la creación de las riquezas en combinación con las libertades conquistadas a través de la historia. Pero persiste la pobreza como la peor crisis de los derechos humanos del mundo. Más de 1.000 millones de personas viven con menos de un dólar al día. La crisis económica provocará un aumento de los hambrientos. “El hambre se propaga como un cáncer” dicen los expertos. En el África subsahariana, 448 millones de niños y niñas sufren desnutrición y una de cada tres personas sufre hambre crónica, frente al 20% de la población mundial que tiene el 90% de las riquezas.

El crecimiento económico no ha reducido las desigualdades. En España, uno de cada cinco hogares sigue bajo el umbral de la pobreza. Pero estas desigualdades ya no conocen límites culturales, pues un estudio constata que un 9% de los sin techo de Barcelona y Madrid poseen título universitario. ¿Cómo comprender dicha realidad en que, personas con conocimiento, se vean afectadas por la crisis económica hasta tal extremo de pobreza? Quizá podamos hallar alguna respuesta a través de la obra *La revolución de la Riqueza*¹¹ del destacado gurú internacional Alvin Toffler, quien ha contribuido a la nueva corriente de pensamiento sobre gestión empresarial. Este doctor en Letras, Leyes y Ciencias en la Universidad de Nueva York, además de escritor y “futurista”, es conocido por sus discursos sobre la revolución digital, las telecomunicaciones y la singularidad tecnológica. Toffler explica que estamos en presencia de la “Tercera ola”, concepto acuñado en el libro del mismo nombre, que escribió junto a su esposa Heidi. La Primera Ola sería la revolución agrícola, mientras que la Segunda Ola, sería la revolución industrial. El avance hacia la Tercera Ola es la economía basada en el conocimiento, la cual comenzó en el año 1956, poco después del término de la II Guerra Mundial. Según él, porque fue el primer año en el que los trabajadores de servicios, los oficinistas, superaron a los obreros en EEUU, agregando

11 TOFFLER, ALVIN Y HEIDI. *La revolución de la riqueza*. 1ª Edición. Editorial Debate. 2006. ISBN 9788483066744.

que en esa época también se inventaron los primeros computadores para uso empresarial y personal. Además, en aquellos años nació el programa espacial y se comenzó a desarrollar la industria aeroespacial y toda la tecnología necesaria para respaldarla. En esos mismos años, se garantizó la educación universitaria para todos los ex soldados que combatieron en la II Guerra Mundial. También fue la década en que apareció la televisión, internet y el control de la natalidad, lo cual tuvo un impacto masivo en la estructura familiar. Según Alvin Toffler, se trata de una serie de eventos que nunca nadie miró como si estuvieran conectados, pero que se transformaron en cambios revolucionarios presentes, entre otras: en cada dimensión de la creación de la riqueza, en los grados de integración de la economía, en la intangibilidad creciente de la propiedad y en las estructuras organizacionales. “Todas estas cosas han cambiado en forma drástica nuestra definición de economía”, señaló Toffler, añadiendo que “la realidad ha cambiado mucho más rápido que nuestro avance intelectual. Seguimos viviendo en lo que se llama economía de chimenea, un mundo de trabajo repetitivo en donde lo que menos quieren los empleadores de sus trabajadores es la innovación o la creatividad, lo que quieren es que entren en la línea de producción y lo hagan bien para el resto de sus vidas”. Según Alvin Toffler hay que prestar atención a los elementos fundamentales profundos de los países, a saber, la baja inflación, la capacidad crediticia sólida, un presupuesto equilibrado sólido del gobierno y un fuerte sector manufacturero. Según él, se han creado tantos cambios que no entender la existencia de estos elementos fundamentales profundos, es un error esencial. De esta forma, para poder entender y manejar el enfoque de la economía de la Tercera Ola, debemos prestar atención en cómo usamos el Tiempo, el Espacio y el Conocimiento.

Sobre el Tiempo dice que la velocidad plantea grandes cambios en las organizaciones: “la aceleración requiere de una respuesta rápida pues, mientras mayor es el cambio, mayor probabilidad de que todas las formas familiares fracasen. Se necesitan soluciones nuevas y creativas, cuyo factor principal es la velocidad”. En cuanto al Espacio señaló que “estamos cambiando los lugares, estamos en un periodo de turbulencia espacial, donde encontramos una movilidad de la riqueza”. Respecto al tercer elemento, el Conocimiento,

sostiene que “cuando pensamos en la era del conocimiento, tendemos a pensar en la tecnología y en que la riqueza del conocimiento es un recurso revolucionario esencial que no se agota. El conocimiento lo podemos usar todos a la vez, es fácil de transportar, es intangible y es el elemento crucial del futuro y del desarrollo económico”. Añadió que “cuando la Tercera Ola comience a avanzar, vamos a depender aún más del conocimiento y, como componente intangible de la economía, vamos a empezar a crear nuevas formas”. Se trata de la siguiente etapa del desarrollo humano económico y social al cual debemos dedicarle más atención y más energía, es decir, la Tercera Ola, una economía basada en el conocimiento. Según él, “nos enfrentaremos a problemas completamente distintos cuando se madure y se difunda esta Tercera Ola, sin embargo, es un momento fantástico para estar vivos, una época fantástica para vivir en un mundo lleno también de muchas oportunidades. Bienvenidos al siglo XXI”, concluyó.

Con este planteamiento de Toffler, enlazando la economía con su denominada Tercera Ola del Conocimiento, podemos concluir que el binomio riqueza-libertad que hemos leído a través de la “historia de la riqueza “ y la “historia de la libertad” se presenta, en términos económicos y consecuentemente humanos, en directa relación con el Conocimiento. En este sentido, la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, que la humanidad ha perseguido hasta ahora, demuestra que ha fracasado en su intento pues se ha obviado lo que antes he denominado como el “eslabón perdido” del Conocimiento. Esta división ontológica entre “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad y el “eslabón perdido” del Conocimiento está presente en la actual crisis financiera mundial, pues existe un sentido de desorientación mundial que no cubre las expectativas de felicidad para la humanidad en general, salvo, como se ha visto, para algunos desaprensivos que han acumulado las riquezas a costa del resto de la humanidad.

En este apartado dedicado a la riqueza y la libertad contemporánea, he intentado evidenciar que la humanidad, en general, ha perseguido esa “ontología existencial ilusoria” a partir de la concepción historicista del binomio riqueza-libertad, para pretender lograr la tan ansiada felicidad. Pero dicha felicidad, sustentada sobre concepciones materialistas y artificialmente manipuladas desde la ingenie-

ría financiera, nos demuestra que la gran mayoría de los humanos hemos sido unos títeres en manos de unos desaprensivos especuladores económicos, evidenciando con ello que ni disponemos de la pretendida riqueza al estar endeudados ni la pretendida libertad de ser unos esclavos del sistema capitalista. La única solución para salir de dicha situación existencial ilusoria pasa por dirigir nuestra mirada al Conocimiento, con la esperanza de hallar alguna posible solución tanto a nivel individual como a nivel colectivo.

8. EL CONOCIMIENTO: EL ESLABÓN PERDIDO

Hemos visto en el anterior apartado, gracias a Alvin Toffler, que una “nueva civilización está emergiendo en nuestras vidas y hombres ciegos están intentando en todas partes, sofocarla”. La historia de la humanidad, a través de este nuevo desarrollo del pensamiento económico basado en el conocimiento, trae consigo una nueva forma de pensar. Estamos inmersos en una sociedad del conocimiento. Este capital intelectual tiene su aplicación práctica en las nuevas tecnologías y modos de producción adaptados a los modernos sistemas de comunicación. Pero también hemos observado que la riqueza tiene su propia contradicción, a saber la pobreza, como hemos apuntado con datos objetivos. También hemos visto que la pretendida libertad conlleva aspectos de esclavitud en forma de dependencia de esta sociedad capitalista. Sin embargo cuando me refiero al conocimiento como “eslabón perdido”, no voy a pretender seguir por los caminos del pensamiento económico sino intentar desentrañar de un modo epistemológico los conceptos de riqueza, libertad y felicidad que se dan en la ontología del ser humano.

Hemos evidenciado que la “ontología existencial ilusoria” perseguida por la humanidad a través de la riqueza, la libertad y la felicidad, invoca hacia la necesidad de una apertura hacia el conocimiento. Por tanto voy a proseguir metodológicamente con el “Pensar en ser rico” para averiguar hasta dónde nos puede guiar dicho pensamiento. Del mismo modo habrá que “Pensar en ser libre”. El objetivo de ambos trabajos será intentar desentrañar los conceptos de “riqueza” y “libertad” hasta los límites concep-

tales que me permita el propio pensamiento, con la finalidad de extraer posteriores postulaciones filosóficas. En una sociedad del conocimiento como la que disfrutamos actualmente, no basta poseer conocimientos generalmente compartidos, sino que hay que “aprender a aprender”, para seguir aprendiendo formalmente a través de toda la vida. Y, para ello, se me antoja que es necesario seguir por el “Pensar en ser rico” y el “Pensar en ser libre”. Solamente desentrañando las profundidades conceptuales, filosóficas y existenciales de dichos pensamientos, podrá intentarse lograr un conocimiento para establecer la base puramente epistemológica de la propia felicidad personal y colectiva.

La historia del pensamiento (filosofía en términos universales), entre otras ramificaciones epistemológicas, ha desembocado en la propia historia del pensamiento económico, con las trágicas consecuencias para la humanidad, como se ha demostrado a través de la actual crisis financiera global, la cual afecta en mayor proporción a una gran masa de población inmersa en la pobreza más extrema. Para llegar a la interpretación y comprensión de la actual crisis financiera, hemos iniciado nuestro trabajo, metodológicamente, a través de la “historia de la riqueza” así como la “historia de la libertad”. Sin embargo, ese binomio riqueza-libertad, en última instancia, nos ha remitido al propio conocimiento como revulsivo para la interpretación del caos mundial que estamos padeciendo. Por tanto, hay que seguir a través del propio pensamiento para explorar con la razón los conceptos de riqueza, libertad y felicidad, por ser principios ontológicos presentes en el ser humano.

El concepto de “eslabón perdido” en referencia al conocimiento conlleva la pretensión de restablecer dicho conocimiento como fundamento para una verdadera comprensión de la “ontología existencial ilusoria riqueza-libertad-felicidad” a la que se enfrenta la humanidad. En base a la historia del conocimiento, se ha llegado a un nivel de tecnología muy avanzada en este siglo XXI pero, como ha quedado demostrado, la humanidad ha caído por la pendiente del materialismo donde, el fetiche del dinero ha usurpado a los valores morales y cognitivos propios de la condición humana. La humanidad está existencialmente desorientada en las antinomias riqueza-pobreza y libertad-esclavitud y la única salvación posible reside en el propio conocimiento. Ahora bien, dicho conocimiento

tiene que enfrentarse a su opuesto: la ignorancia. Esta antinomia conocimiento-ignorancia está presente, asimismo, en la naturaleza humana pero es la única barca que nos va permitir navegar y remontar la corriente de las otras dos antinomias existenciales: riqueza-pobreza y libertad-esclavitud.

Las tres antinomias planteadas en este preámbulo metodológico, a saber, riqueza-pobreza, libertad-esclavitud y conocimiento-ignorancia, por propia definición, son contradicciones irresolubles. Sin embargo, hay que darle una oportunidad a este humilde pensador para intentar ese camino cognitivo. La humanidad ha vivido multitud de contradicciones a través de la historia y el propio raciocinio humano ha desentrañado y superado muchas de ellas, hasta llegar al actual nivel de conocimiento tecnológico.

Hemos iniciado el preámbulo metodológico con la dicotomía de elección entre el “pensar en ser rico” o el “pensar en ser libre”, como si realmente existiera una posibilidad de elección entre uno u otro camino. La historia del pensamiento económico nos ha demostrado que la riqueza y la libertad son dos caras de la misma moneda presente en la historia de la humanidad, quedando en evidencia que sus contrarios, la pobreza y la esclavitud, son una constante en el mismo devenir historicista. Por tanto, hemos leído que, en la historia de la humanidad, se hacen patentes dos antinomias existenciales: riqueza-pobreza y libertad-esclavitud. Estas dos antinomias han podido ser interpretadas y conocidas, aunque no resueltas todavía, gracias a la evolución del pensamiento desde la ignorancia historicista hasta el elevado grado de conocimientos que disfrutamos en la actualidad. Pero en esa dialéctica cognitiva de la humanidad, persiste la antinomia conocimiento-ignorancia, como una realidad patente en las desigualdades de riquezas y libertades actuales.

Por ello mismo, la labor del pensador, sea filósofo, científico o cualquier persona común, tiene la obligación ontológica de perseguir la inteligibilidad de su propio ser, es decir, perseguir el conocimiento para salir de la ignorancia que esclaviza a la raza humana. Solamente con el conocimiento se puede comprender nuestra historia para, acto seguido, interpretar mejor el contexto de caos mundial actual, con el fin de vislumbrar alguna solución futura.

Este preámbulo metodológico ha sido imprescindible, primero,

por haber realizado un recorrido cognitivo acerca de la riqueza y la libertad a través de la historia y, segundo, haber contextualizado la situación de crisis mundial actual. Desde dicha comprensión se puede, entonces, desarrollar finalmente la metodología filosófica de este trabajo gracias a la comprensión de conceptos tales como “antinomía riqueza-pobreza”, “antinomía libertad-esclavitud”, “ontología existencia ilusoria de la riqueza-libertad-felicidad”, “antinomía conocimiento-ignorancia” y, finalmente, el “eslabón perdido del conocimiento”.

9. METODOLOGÍA FILOSÓFICA

9.1. El objeto de la filosofía

Si bien el objeto de la filosofía, según la Real Academia Española de la Lengua, es establecer de manera racional los principios más generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad, así como el sentido del obrar humano, por la misma definición, establece un campo de estudio y de investigación tan amplio como complejo, vistos los avances científicos y tecnológicos que afectan a las pautas de conductas del ser humano actual y, por ende, a las consideraciones morales que se desprenden de ello. Por esto mismo, me veo obligado a acotar dicha extensión cognitiva, no en el sentido de rehusarla sino de abarcarla a través de varios trabajos en el tiempo de modo que, en una progresión metodológica, pueda abordar todos los contenidos objeto de la propia filosofía para hacer comprensible mis pensamientos.

9.2. La metafísica, la eterna elucubración

La metafísica, como parte de la filosofía que trata del ser en cuanto tal, y de sus propiedades, principios y causas primarias, no será objeto de estudio en este ensayo. “Lo incognoscible” es propio de la metafísica así como de las religiones a través de la fe. La causa y la finalidad de la vida y la muerte se presentan al ser humano,

en términos kantianos, como una antinomia trascendental de la razón pura. Por tanto vamos a proceder con la razón práctica para desgranar “lo cognoscible”. Obviar de momento la metafísica no es sinónimo de ignorarla, sino que la relego a conceptuarla como final último de la expresión de mi pensamiento filosófico. El ser humano tiene una predisposición natural hacia la metafísica o “necesidad inevitable” según Kant, siendo su objeto el estudio de las cuestiones últimas que, en esencia, son el Ser y Dios. Yo mismo he experimentado desde muy pequeño las eternas preguntas acerca de la “verdad” y el “conocimiento” del mundo y de Dios. Por eso mismo ha desembocado mi intelectualidad en el estudio de la filosofía. Ahora bien, los argumentos de mi visión metafísica pasan por la conceptuación de mi propio discurso filosófico a través de los temas “Pensar en ser rico” y “Pensar en ser libre”. Por tanto, a través de dichas trabajos, se pueden deducir paso a paso mis pensamientos respecto a mi concepto de metafísica, si bien la elaboración teórica queda aplazada para una obra posterior. Así como el “Pensar en ser rico” es una invitación solapada para que el vulgo salga de su ignorancia para redirigir su mirada hacia el conocimiento filosófico, el “Pensar en ser libre” es un puente de mi pensamiento para pasar de una ontología cognitiva hacia mi propia conceptuación metafísica.

El estudio, historicidad y posicionamiento personal en el tema de la metafísica requiere un concienzudo esfuerzo filosófico que desborda, en tiempo y trabajo, los objetivos de este ensayo y, por tanto, este es el motivo para el aplazamiento de dicho tema a la etapa final y madura de mi pensamiento. No hay que entender dicho aplazamiento como un vacío cognitivo personal respecto a la metafísica, sino más bien como que todo planteamiento metafísico debe justificarse desde un conocimiento “ascendente”, objeto de este trabajo filosófico. En consecuencia, la metafísica en tanto que “elucubraciones no basadas en la experiencia” y, sin embargo, siendo la más alta disciplina filosófica, no por obviarla momentáneamente será relegada al olvido. Bien al contrario, a partir del “camino ascendente” y “camino descendente” que iremos descubriendo a través de este ensayo, se llegará inexorablemente a una conceptuación metafísica posterior.

Sin querer asemejar este trabajo a la obra kantiana, es oportuno

recordar que a la edad de 46 años Kant era un conocido erudito y un filósofo cada vez más influyente. Se esperaba mucho de él. Este pensador llegó a reconocer en su obra *Disertación inaugural* que no había logrado dar cuenta de la relación y conexión entre nuestras facultades intelectuales y sensibles. Desde entonces, dedicó una década silenciosa a trabajar en una solución para los problemas planteados. Kant se aisló, pese a los intentos de sus amigos de sacarle de su aislamiento. Kant salió de su silencio en 1781 y el resultado fue la *Crítica de la razón pura*. Este ejemplo evidencia y justifica en cierto modo lo que ha ocurrido muchas veces con otros pensadores de la historia: la obra y pensamiento original son logrados en la madurez de edad tras la publicación de trabajos integradores y argumentativos del propio pensamiento filosófico con el fin de resolver la incógnita científica o filosófica que culturalmente corresponde despejar en la época del pensador. De ello se desprende que el profundo pensador acerca de las cuestiones trascendentales, aquí concebidas como metafísica, ha tenido que pasar por el trance de la soledad durante el reflexionar mismo sobre tales cuestiones metafísicas. Solamente a través de la inquisitiva búsqueda de soluciones para interpretar cognitivamente el mundo que le ha tocado vivir, estudiar y conceptualizar filosóficamente, puede deducirse el ingente esfuerzo realizado en soledad para producir un pensamiento original que pase a la historia del pensamiento. Desde dicha comprensión y, sobre todo, por la propia experiencia vivida en tanto que “soledad del pensador”, quisiera desde estas líneas rendir un pequeño homenaje a todos los profundos pensadores. Todo filósofo o científico debe inexorablemente elaborar su original pensamiento acorde con la disciplina científica y filosófica de su tiempo y, todo ello, con inmersión en el contexto social, político y moral de la época en cuestión. Realizar una nueva conceptualización filosófica, científica o metafísica desde dichos contextos equivale a recorrer en soledad el largo laberinto del pensamiento. Salir de esa “soledad del pensador” sin volverse loco es, a veces, tarea ingente que hace derramar lágrimas de impotencia precisamente por el estado de soledad pensativa. El auténtico conocimiento surge productivamente desde la “soledad del pensador” pero, paradójicamente, es convertido en utilitarismo pragmático y, muchas veces, con finalidad amoral. Por ello hablo del conocimiento como “esla-

bón perdido” puesto que el esfuerzo que ha supuesto para pensadores, científicos y filósofos es desvirtuado en su uso y aplicaciones por la humanidad. Tal es la reivindicación última que pretendo a través de mis pensamientos: el restablecimiento del Conocimiento con mayúscula como premisa previa para vislumbrar algo de la metafísica. Si la metafísica es un conocimiento superior acerca de los fundamentos primeros de la existencia así como el sentido y la finalidad de toda realidad, habrá que estar de acuerdo con Kant en que estas cuestiones últimas y las estructuras generales de la realidad están ligadas a la pregunta por el sujeto. Según este ilustre pensador, a partir de este presupuesto, se deduce que hay que estudiar y juzgar sobre aquello que está dentro del ámbito de ser posible de ser conocido por nosotros, mediante nuestra facultad de conocimiento. El criticismo Kantiano marca distancia respecto al dogmatismo surgido a partir de la metafísica, por realizar afirmaciones sobre temas que van más allá de la experiencia humana. En consecuencia, el divorcio entre la espiritualidad del más allá, ya sea metafísico o religioso, respecto a los límites del conocimiento científico del hombre actual denota un abismo que está pendiente de rellenarse. Y ello solo se puede realizar desde el propio conocimiento. La humanidad debe proseguir por el camino cognitivo para descubrir si es posible enlazar nuestro limitado conocimiento con la espiritualidad o la metafísica. Para lograr este objetivo, solamente existe un camino: reivindicar más y más el propio conocimiento como baluarte de salvación de la humanidad en esta intrincada complejidad de guerras, miseria, despotismos e ignorancia que conlleva la destrucción de la madre naturaleza. El suicidio colectivo de la humanidad está servido: cambio climático, poder nuclear, consumismo desenfrenado, desorientación espiritual, todo ello sostenido por una ignorancia generalizada. En este comienzo del siglo XXI, el conocimiento es el eslabón perdido que hay que recuperar. Solo mediante el conocimiento se puede, primero, consensuar las directrices para orientar mejor este mundo y, segundo, vislumbrar si es posible una metafísica o espiritualidad desde la propia experiencia humana a través de un consenso cognitivo.

9.3. La existencia humana: el comienzo

Es preciso el conocimiento de nuestro mundo y, a partir de ello, saber hacia dónde se dirige mediante su conciencia colectiva y saber también las opciones de libertad que tienen las conciencias individuales en virtud del conocimiento adquirido sobre dicho mundo. De algún modo, es ello, entonces, una reflexión sobre las concepciones de la realidad, sus relaciones y características, es decir una ontología que va a estudiar lo que es en tanto que ya existe. Esta preocupación ontológica, siguiendo a Heidegger, requiere el análisis del único ente que se pregunta por el ser: la existencia humana. Esta “existencia” es la esencia del hombre, cuyo ser es “existir”. Siguiendo esta premisa, la filosofía es entonces concebida como una actividad en la que no entra para nada otra cosa: es simple experiencia humana. El análisis del ser humano se convierte entonces en un camino para que se “revele” el ser. Siendo la existencia del ser humano libertad abocada a la muerte, habrá que buscar en dicha experiencia ontológica el sentido del mundo. La libertad es la proyección de las posibilidades del hombre. Siendo el hombre esencialmente libertad, habrá que buscar la verdad en dicha libertad. Hay que entender estas premisas heideggerianas como un inicio metodológico para dar recorrido a mi propio discurso filosófico, donde la libertad del ser humano, en su dimensión histórica, ha discurrido a través de tres dialécticas:

- 1) El mundo de los sentidos, es decir una dialéctica materialista necesaria para la propia subsistencia de la naturaleza humana. Se trata de una libertad orientada a la propia satisfacción de las necesidades biológicas, físicas y de bienestar del ser humano. Un acercamiento cognitivo a ello se ha realizado a través de la “historia de la riqueza” desarrollada anteriormente.
- 2) La libertad moral, entendida como una condición de relación en una comunidad social establecida por los hombres. Esta libertad moral, a través de la historia, ha establecido y desarrollado diversas formas de sociedades con usos, costumbres y leyes para regular la propia convivencia. Todo ello se ha conocido en el capítulo de la “historia de la libertad”.

- 3) La razón, propia del ser humano, ha sido el motor de la evolución cognitiva de la raza humana. Mediante la razón, la humanidad ha podido evolucionar a través de su propia historia del pensamiento. Sin embargo, dicha historia del pensamiento ha evolucionado a través de bucles cognitivos, como bien evidenció Hegel en su lógica dialéctica. Ese mecanismo de cifrado que nos plantea la historia debe ser descubierto por los cognoscentes y, por tanto, voy a realizar mi propia lectura de la historia del pensamiento para ver si es posible llegar a conclusiones con validez cognitiva para la humanidad.

A partir de estas tres dialécticas históricas, se puede concluir que la historia de la humanidad está intrínsecamente constituida por la historia de la riqueza (sentidos), historia de la libertad (moral) e historia del pensamiento (razón). Cualquier acontecer humano, fenoménico, racional o moral, queda irremediabilmente circunscrito a estos tres senderos dialécticos. La humanidad, a través de descubrimientos, avances filosóficos y científicos así como consensos morales, ha hecho cada vez más cognoscible la naturaleza del mundo. Sin embargo, del caminar historicista de la humanidad a través de las citadas tres dialécticas, se evidencia paradójicamente tres antinomias existenciales que la humanidad todavía no ha sabido resolver:

- 1) Primera antinomia existencial: riqueza-pobreza. La dialéctica material de la humanidad ha buscado satisfacer la felicidad material de los hombres pero siempre a costa de que unos pocos hombres accedieran al poder de las riquezas, frente a otros muchos subsumidos en la pobreza. Esta dinámica de la historia aún no está resuelta en este inicio del siglo XXI ya que es bien sabido de las diferencias de riquezas Norte/Sur del planeta. La historia de la riqueza, estudiada anteriormente, evidencia que la antinomia riqueza-pobreza está todavía por resolverse, a pesar del alto nivel cognitivo alcanzado por la raza humana en este principio del siglo XXI.
- 2) Segunda antinomia existencial: libertad-esclavitud. La libertad moral de la humanidad, aunque ha logrado importantes avances

políticos, democráticos y en derechos humanos, aún no tiene resuelta la falta de libertad existente en muchos pueblos y personas, porque unos pocos ejercen un dominio de poder sobre la libertad de otros. No se ha logrado un consenso moral para que la libertad sea un derecho reconocido como igualdad recíproca para todos los hombres. La historia de la libertad humana ha dejado en evidencia que es una conquista realizada paso a paso, muchas veces, por hombres singulares que han luchado por sus creencias libertarias. Y, para muestra, un botón: el 5 de noviembre de 2008 ha sido elegido por primera vez en la historia de los Estados Unidos de América un presidente de color negro de origen africano: Barack Obama. Ha sido una auténtica convulsión mundial al reconocimiento de un sueño americano que pone en pie de igualdad a negros y blancos. Es la culminación de una reivindicación de libertad que, en su momento, ya inició Martin Luther King a través de su ya famoso sueño: “Yo tengo un sueño: que mis cuatros hijos pequeños vivirán un día en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel sino por el contenido de su carácter”. La conquista de una libertad moral es una auténtica felicidad espiritual para todo un pueblo, raza o comunidad de personas. Esta felicidad espiritual ha quedado bien patente en las lágrimas incontenible del líder de los derechos civiles Jesse Jackson, como símbolo de la emoción y el orgullo de los afroamericanos al ver a Barack Obama, uno de los suyos, elegido presidente del país. Obama es el abanderado en el cual confluye la esperanza de solución de la antinomia racial blanco-negro así como vislumbrar una salida a la desesperante crisis económica y humanitaria de nuestro mundo. Por ello mismo se le ha otorgado el Premio Nobel de la Paz 2009: por sus promesas y responsabilidad personal en la transformación del mundo que conocemos. Obama ha aceptado públicamente esa pesadísima carga al declarar que entendía la concesión del prestigioso premio como “una llamada a la acción”, un estímulo para hacer frente a conflictos que desangran a la humanidad y a nuevas amenazas que renuevan cada día los riesgos de una catástrofe. La concesión del Nobel ha sido la expresión de una esperanza y ha convertido a Obama en el mayor símbolo del cambio hacia un futuro mejor, lo cual quedará pendiente de demostrar;

por ello mismo han surgido voces críticas a la concesión del Nobel, pues ha sido concedido como símbolo de esperanza y sin ningún atisbo humanitario que lo acredite.

- 3) Tercera antinomia existencial: conocimiento-ignorancia. La prueba de que esta antinomia no se ha resuelto es la falta de consenso cognitivo precisamente en las dos anteriores antinomias. Si bien la humanidad ha llegado a muchísimos avances sociales, científicos y tecnológicos, los conocimientos de estos se han puesto al servicio de la maquinaria consumista, del poder militar y de los poderosos lobbys, para acrecentar el dominio de unos pocos hombres sobre la gran mayoría, relegando la libertad moral a una dialéctica todavía por realizarse en su plenitud humanística. Los grados de conocimientos alcanzados por la humanidad no se han puesto todavía como fin último en la misma humanidad. Más bien lo contrario, el conocimiento en sus diferentes acepciones, social, científico o moral, ha sido utilizado mayoritariamente como medio para fines egoístas de algunas personas, corporaciones o estados, contrariamente al imperativo categórico de la ética kantiana. La falta de consenso cognitivo de la clase política en poner el conocimiento eminentemente al servicio de la humanidad, es una tarea que ha sido suplantada por la multitud de ONG como abanderadas en la defensa de los derechos humanos.

Como quiera que estas tres antinomias no están dilucidadas todavía, es preciso iniciar la investigación filosófica a través de ellas. Es por este motivo que mi pensamiento filosófico se expresa a través de dos temas secuenciales: primeramente, “Pensar en ser rico”, un recorrido cognitivo en la conciencia del lector, para descubrir las auténticas riquezas: el conocimiento y el amor. En segundo lugar, “Pensar en ser libre”, que pretende establecer todos los límites de la libertad humana, conociendo con ello el caminar ontológico de la Libertad. Así como el ser humano evoluciona desde su infancia a través de la “psicología evolutiva de la conciencia”, descubierta y desarrollada por Piaget, dicha psicología cognitiva debería tener su propia continuidad en la madurez de la persona a través de la “psicología evolutiva de la libertad”, la cual voy a tratar de evidenciar

de modo epistemológico en este ensayo. El objetivo es, en esencia, establecer la conexión causal que toda conciencia experimenta desde el nacimiento de una persona hasta su muerte. En dicha dialéctica vital de la persona es donde se persigue la “ontología existencial ilusoria” buscando alcanzar la felicidad.

En resumen, se trata de establecer cómo evoluciona la conciencia humana, tanto individual como colectivamente, a través de tres propiedades ontológicas: la “ semejanza ” del Ser que se evidencia en toda realidad, la “inteligibilidad” del Ser para captar cognitivamente la citada realidad y, por último, la “bondad” del Ser para reconocer su propia bondad como espiritualidad. En dicho recorrido ontológico, el Ser busca satisfacer otro principio, a saber, el de “finalidad”, cuya “bondad” última es la propia “inteligibilidad” de su “bondad” o espiritualidad. Así, la esencia misma de la vida, consiste en hacer comprensible esa “bondad” del Ser o espiritualidad. Sin embargo, el ser humano ha establecido una “ontología existencial ilusoria” al buscar su propio bien en la felicidad personal y no como finalidad última en la propia humanidad, como desarrollo del Ser. Es decir, el conocimiento adquirido a través de la historia del pensamiento, se ha puesto al servicio egoísta del ser humano finito en vez de ponerlo al servicio del ser humano universal. Es por ello que digo que el conocimiento es ese “eslabón perdido” que hay que recuperar para redirigirlo en su camino ontológico y, ello, pasa por hacer evidente la “ontología existencial ilusoria”—riqueza, libertad, felicidad— que persigue todo hombre finito, olvidando que el conocimiento debe, en esencia, ser dirigido hacia la “bondad” superior de la humanidad como máxima expresión del Ser que puede ser cognoscible por nosotros.

Mi pensamiento filosófico no es más que la propia expresión del Ser que evidencia la necesidad de recuperar la “inteligibilidad” (conocimiento) para ser redirigido hacia su propia “bondad” (amor), es decir, salir de una realidad (materialista) para reconocerse en la propia espiritualidad de la humanidad. Por ello mismo cobra sentido las secuencias de mi pensamiento: en primer lugar, *Pensar en rico, de una conciencia materialista a una conciencia humanística*, un ensayo ya publicado que, a través del humor y de citas intelectuales, pretende evidenciar las auténticas riquezas: el conocimiento y el amor; en segundo lugar *Pensar en ser libre* que, mediante la razón,

quiere identificar la “inteligibilidad” en la “bondad” o amor hacia la humanidad. La tan deseada felicidad solo puede ser alcanzada desde el verdadero “autoconocimiento”, fruto de una “psicología evolutiva” de la libertad, como tesis final de este ensayo.

9.4. “Pensar en ser rico”: el camino ascendente de la conciencia personal

El tema “Pensar en ser libre” pretende fundamentar y hacer cognoscible la libertad a la cual puede optar todo ser humano. Para llegar a ello, se hace necesario, primero, seguir la metodología señalada: “Pensar en ser rico” para luego “Pensar en ser libre”.

En la segunda parte de este trabajo, se va a realizar una argumentación filosófica y científica del “Pensar en ser rico”, siendo ello un camino “ascendente” hacia el auténtico conocimiento que cada cual debe lograr por medio de su propia conciencia cognitiva. Para ello, se va a justificar y argumentar el “mapa” de ascensión hacia la riqueza intelectual así como espiritual. En dicho trabajo se trata de evidenciar la “ontología existencial ilusoria” que hemos argumentado, fruto de la filosofía tradicional: “el ser-en-el-mundo” ha jerarquizado su movimiento existencial, primero, en riqueza, para con ello obtener, en segundo lugar, la tan ansiada libertad que le llevará pretendidamente, en tercer lugar, hacia la tan deseada felicidad. En el recorrido de esta “ontología existencial ilusoria” —riqueza, libertad, felicidad—, el conocimiento, en tanto que sustrato de todos los avances sociales, científicos y morales, ha sido relegado al olvido. Y en ese olvido, ha arrastrado a todo sentido de moralidad como suprema referencia de la acción humana, como se ha evidenciado a través de este preámbulo metodológico: el advenimiento de un pensamiento económico capitalista hacia un frenético consumismo materialista que antepone la riqueza y la libertad de una minoría sobre la pobreza y esclavitud de una gran mayoría, con unas desastrosas consecuencias humanitarias y ecológicas para la propia supervivencia de la raza humana.

9.5. “Pensar en ser libre”: el camino descendente de la conciencia transpersonal

En la tercera parte de este ensayo, vamos a “Pensar en ser libre” de modo que la anterior “ontología existencial ilusoria” sea reconvertida a la auténtica ontología cognitiva: el conocimiento de lo que constituye la verdadera libertad para orientar nuestras acciones en el mundo. Solamente así podrán converger las acciones individuales en una sinergia colectiva hacia la verdadera felicidad de la humanidad. Esta evolución ontológica del conocimiento acerca de la libertad presupone pasar de un mundo materialista donde el dinero no sea un fin en sí mismo, sino que el fin en sí mismo sea la propia humanidad en base al propio conocimiento de sí mismo. Se trata, entonces, de abandonar la filosofía tradicional, no en el sentido cognitivo sino existencialista, para instaurar una filosofía cuya máxima sea la conciencia espiritual de la humanidad. Este sería el camino “descendente”, en tanto que transmisor de conocimientos y conciencia solidaria, que debería ser un legado cognitivo para las futuras generaciones. Este ensayo pretende establecer las bases filosóficas y científicas para la resolución de la antinomia conocimiento-ignorancia. Y preciso lo de establecer las bases pues la conversión de estos presupuestos en praxis solo podrá realizarse a través de una transmisión educativa que promueva dichos postulados filosóficos a las sucesivas generaciones.

Como he apuntado al principio, la filosofía busca establecer, de manera racional, los principios más generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad, así como el sentido del obrar humano. Hemos iniciado dicho camino al “Pensar en ser rico” como paradigma del capitalismo actual y, después, con el “Pensar en ser libre”, con la plena intencionalidad de establecer una epistemología de la libertad y, consecuentemente, una pedagogía futura acerca de la citada libertad. Con ambos trabajos, habremos “ascendido” a través de la conciencia, hacia un mayor y mejor conocimiento de nuestra realidad circundante para, luego, conocer cuáles son los límites de nuestra libertad en relación con el mundo y la humanidad. A partir de dichos fundamentos se podrá, entonces, consensuar cuál es el sentido de la espiritualidad

humana, fundamentada en el propio conocimiento. Este consenso cognitivo equivale a que la colectividad humana tome conciencia de su propio designio humanístico para que sea revertido en las conciencias particulares a través de la educación y la justicia social con proyección mundial. Solo así estará la humanidad más cerca de resolver las tres antinomias demostradas en este preámbulo metodológico. En definitiva, la humanidad a través de su propia historia irá haciendo cognoscible aquello que a priori era incognoscible: su propia conciencia colectiva con orientación cognitiva y educativa hacia las conciencias individuales. El “mapa cognitivo” de este ensayo marcará el camino para las futuras generaciones. Solo queda esperar que la humanidad no realice un bucle temporal demasiado largo: está en juego la propia supervivencia de la humanidad si no se resuelven las dos antinomias suicidas (riqueza-pobreza y libertad-esclavitud) mediante la propia resolución de la antinomia conocimiento-ignorancia. Sin embargo recordemos que el conocimiento, como se ha evidenciado anteriormente, es el eslabón perdido a través de la “ontología existencial ilusoria” de la humanidad. Es necesario recuperar este eslabón perdido para contraponerlo a la ignorancia y superar así las dos antinomias destructivas de la humanidad: riqueza-pobreza y libertad-esclavitud.

Si bien ello es un postulado teorético, soy consciente del grado de dificultad para lograr dicho objetivo de un modo plenamente consensuado social y políticamente a escala mundial. Los obstáculos a superar son las pasiones humanas, las ideologías más diversas, así como los fundamentalismos religiosos. Por ello mismo, creo que mis pensamientos no serán compartidos por mis congéneres actuales salvo, en todo caso, por una minoría intelectual. No obstante, es imperativo de todo profundo pensador seguir remando aunque sea a contracorriente, pues tal es el designio que nos tiene reservado el destino a todos aquellos que nos hemos atrevido a interpretar nuestra realidad circundante con la finalidad de aportar soluciones filosóficas para la raza humana. Recordemos el estoico esfuerzo de Kant, aludido ya anteriormente: diez años fueron necesarios para salir desde la “soledad del pensador” con su *Crítica de la Razón Pura*. Y seis años más para que su obra fuera conocida. La moraleja que hay que sacar de ello es que todo pensador tiene que tener presente que el pensamiento tiene la propiedad de ser “atemporal”, es decir,

puede leer el pasado, interpretar el presente y visualizar soluciones de futuro. Sin embargo, la paradoja de la vida es que somos materialmente mortales, aunque nuestros pensamientos puedan pasar a la historia del pensamiento. He aquí una profunda cuestión metafísica que se plantea: otra antinomia, en este caso, la de la vida y la muerte. Una eterna preocupación presente a través de las religiones, con sus inherentes dogmatismos y fundamentalismos, algunos terroristas. ¿Cuánto tiempo será necesario para que los hombres con la mirada estrechada por la ignorancia se dejen alumbrar por la luz del conocimiento?

La conciencia colectiva y la conciencia individual juegan un papel trascendental en dichas cuestiones metafísicas y religiosas, pues representan la propia evolución cognitiva de la raza humana respecto al nivel de conocimiento alcanzado. Actualmente la ciencia está intentando desentrañar los secretos del genoma humano pues, a buen seguro, reportaría beneficios para la condición humana. Pero, ¿quién se encarga de desentrañar la secuencia evolutiva de la conciencia humana? Quien solucione filosóficamente esta cuestión estará más cerca de las profundas cuestiones metafísicas que han dominado todo la historia del pensamiento. La conciencia es un reto metafísico que nos sobrepasa a todos los mortales. Sin embargo, la conciencia se hace cada vez más cognoscible a sí misma a través de la historia. ¿Logrará la raza humana, algún día, un consenso cognitivo sobre la conciencia?



2ª parte

Pensar en ser rico: El camino ascendente de la conciencia personal

CAPÍTULO I:

Pensar en ser rico en la ontología existencial ilusoria

CAPÍTULO II:

Las riquezas en el sujeto cognoscente

CAPÍTULO III:

Moralidad de la riqueza: dialéctica de la felicidad personal

CAPÍTULO IV:

Comprendiendo lo que soy: soy lo que pienso

CAPÍTULO V:

Finalidad: libertad personal y libertad transpersonal

CAPÍTULO VI:

Felicidad personal y felicidad transpersonal

CAPÍTULO VII:

Evolución de la conciencia: de la conciencia personal a la conciencia transpersonal



CAPÍTULO I:

Pensar en ser rico en la ontología existencial ilusoria

- 1. Objetivo de “Pensar en ser rico”:
“el eslabón perdido” del conocimiento en la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad.**
- 2. Riqueza versus libertad**
- 3. Riqueza versus felicidad**
- 4. Libertad versus felicidad**
- 5. El sujeto cognoscente**



1. OBJETIVO DE “PENSAR EN SER RICO”: “el eslabón perdido” del conocimiento en la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad

Como se ha visto en el preámbulo metodológico de la primera parte, el camino existencial hacia la riqueza es una categoría ontológica presente en todo individuo, al buscar sus satisfacciones biológicas, físicas y de bienestar social. Se ha demostrado también que, en la dimensión historicista, la riqueza enlaza con la libertad, formando un binomio de poder para intentar hallar la pretendida felicidad. La conclusión del citado preámbulo metodológico es que, riqueza-libertad-felicidad, ha quedado conceptualizado filosóficamente como una “ontología existencial ilusoria” al obviar el “eslabón perdido” del conocimiento como principio ontológico de inteligibilidad.

El objetivo pretendido en esta segunda parte es realizar una reivindicación del conocimiento como un principio ontológico presente en el devenir existencial de toda persona al perseguir su “ontología existencial ilusoria” a través de la riqueza-libertad-felicidad. El pensamiento es una actividad racional cuyo objetivo preeminente debe ser el conocimiento como causa primera de las acciones a ejercer desde la libertad. Ahora bien, hemos dejado claro también que la condición humana está inmersa en la antinomia “conocimiento-ignorancia”, por tanto, se deduce de ello que existen diversos grados de conocimientos que pueden ser conocidos por el ser humano. Cada persona adquiere su propio grado de conocimiento sobre la cual fundamentar sus decisiones vitales. Como se ha visto anteriormente, cada ser humano tiene autonomía propia sobre su libertad pero, no obstante, el conocimiento que cada cual adquiera, será la base sobre la cual justificará sus propias acciones en el mundo.

Siendo la filosofía, eminentemente, una actividad racional que

busca conocer y saber más acerca de las verdades cognoscibles, es preciso que, en el desarrollo de esta segunda parte, conozcamos las verdaderas riquezas presentes en el ser humano. Por ello mismo el título “Pensar en ser rico”. Es a través del pensamiento como vamos a evidenciar las auténticas riquezas solapadas en el interior de toda persona. Como se ha visto anteriormente, pensar en ser rico, es un pensamiento inherente a nuestra civilización occidental. En efecto, la sociedad de consumo basada en el capitalismo activa nuestros sentidos hacia el objetivo de mayores riquezas, haciendo así evidentes las palabras del escritor y filósofo francés Voltaire: “El interés es el perfume del capital”. Sin embargo, en ese deambular de la “ontología existencial ilusoria” hacia la riqueza le sigue, acto seguido, el deseo de libertad respecto al sistema productivo y esclavizador al que nos somete el capitalismo. Como bien decía el filósofo griego Epícteto: “La felicidad no consiste en tener cosas sino en ser libre”. Así, cada cual bajo su propio entendimiento intentará buscar su propia felicidad a través de la libertad.

A través de ese recorrido de riqueza-libertad-felicidad, vamos a intentar sacar concepciones filosóficas con significación superior para este trabajo, es decir, intentar hallar una fórmula ontológica con validez para todo ser humano y complementaria al condicionamiento genético, social y personal de cada uno, o sea, una fórmula universal para que la libertad sea cognoscible de un modo epistemológico. Con ello se trataría de dar validez a la aseveración del poeta irlandés Butler Yeats: “La vida es el arte de sacar conclusiones suficientes a partir de datos insuficientes”.

Al establecer una conexión entre los conceptos de riqueza, libertad y felicidad, no pretendo una dirección unívoca en el orden establecido, a saber, que el dinero nos va a proporcionar libertad y, por ende, felicidad. Muchas personas pueden argüir que para ser feliz, el dinero no es necesario pero, como bien decía el dramaturgo español Jacinto Benavente, “el dinero no puede hacernos felices, pero es lo único que nos compensa de no serlo”. También que, para ser feliz, no es necesaria la libertad si nos atenemos a las palabras de Jaime Mayor Oreja: “Con Franco, era una situación de extraordinaria placidez”. Evidentemente, para las personas afines al régimen dictatorial. Las personas en contra de dicha dictadura vieron ahogadas sus aspiraciones de libertad.

Al establecer la conexión de riqueza-libertad-felicidad como “ontología existencial ilusoria”, solo estoy realizando la descripción de una visión capitalista contemporánea donde el dinero ocupa, sin duda, un lugar importante en la sociedad occidental que nos ha tocado vivir. Nuestro espacio de libertad y nuestro grado de felicidad van a depender de nuestras decisiones personales, las cuales hay que tomarlas ineludiblemente, como bien dijo el filósofo alemán Nietzsche: “Nadie puede construirse el puente sobre el cual hayas de pasar el río de la vida: nadie excepto tú”.

Consecuentemente, “Pensar en ser rico” es un trabajo que tratará de evidenciar las auténticas riquezas interiores del ser humano. Se trataría entonces de un camino hacia el psicologismo del individuo de modo que, a través de la reivindicación del Conocimiento, se evidencie una correcta visión y comprensión de su mundo circundante. Dicho de otro modo, el sujeto cognoscente debe ascender racionalmente para tener una correcta cosmovisión de su mundo actual, dando validez al famoso dicho que “la verdad os hará libres”. Es preciso aclarar que dicha aseveración “la verdad os hará libres” tiene su origen en la *Biblia*, *Juan 8:32*, que más explícitamente pone en boca de Jesús la siguiente frase: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; conoceréis la verdad, y la verdad os hará libre”. Es solamente esta última porción de la frase “la verdad os hará libre” que ha adquirido más popularidad. Pero en este trabajo, la “verdad” que nos hará libre no tiene ninguna identificación con la fe religiosa pues, como se ha planteado en el preámbulo metodológico, la fe es un dominio que pertenece a la metafísica. La verdad debe surgir de la episteme como ciencia primera que se refiere al saber en sí. Es más bien ese “lugar” en el cual el hombre queda instalado en un punto desde el cual conoce y actúa de acuerdo con las reglas estructurales de la episteme (inconsciente). Sin embargo, las ciencias humanas forman parte de la episteme moderna que marca el umbral de nuestra modernidad. En la episteme moderna, el ser humano “hace su propia historia” porque es el episteme que hace a tal hombre. Así, el fin del hombre es el fin del episteme, en la que el hombre es el principal objeto de conocimiento. Es el saber construido metodológicamente en oposición a las opiniones individuales. La epistemología, como rama de la filosofía, se ocupa de la definición del saber y de los tipos de

conocimientos posibles así como de la relación exacta entre el que conoce y el objeto conocido.

Desde esta perspectiva, con “la verdad os hará libres” quiero evidenciar que el sujeto cognoscente debe ascender racionalmente, primeramente, al conocimiento de sí mismo a través del “Pensar en ser rico” (conocer sus riquezas y verdades interiores). Después, en segundo lugar, desde dicha conciencia cognitiva, se podrá abordar con conocimiento de causa al “Pensar en ser libre” para establecer una relación exacta entre el que conoce y el objeto conocido. Es a partir de dicha relación cognitiva que se podrá fundamentar las diversas opciones de libertad que se le presentan al individuo, conceptuando entonces una epistemología de la libertad humana. Tal será, entonces, la labor de la tercera parte de este trabajo: la construcción epistemológica del concepto de libertad bajo unos fundamentos racionales, libres de apriorismos metafísicos y religiosos.

2. RIQUEZA VERSUS LIBERTAD

En el capítulo cuatro del preámbulo metodológico hemos concluido que, la riqueza y la libertad, es un binomio indisoluble que se presenta en la condición humana a través de su discurrir histórico. La riqueza no es concebible sin las cuotas de libertad que fomentan el propio desarrollo económico. Esta conceptualización estaba enmarcada dentro de un preámbulo metodológico que pretendía establecer las categorías ontológicas a las que se enfrenta la humanidad. Pero ahora en esta segunda parte, nos hemos propuesto ahondar en el psicologismo humano para ascender interiormente en la comprensión de ese binomio riqueza-libertad. Por tanto, la perspectiva historicista establecida en el binomio riqueza-libertad tiene aquí su contrapunto psicológico en la reflexión de cada individuo sobre los modos que le pueden afectar dichas categorías de riqueza y libertad. Vamos intentar esta lectura desde la subjetividad del individuo, para ascender cognitivamente hacia una comprensión superior acerca de dicho binomio riqueza-libertad.

Nuevamente hay que recurrir a la antinomia existencial riqueza-pobreza presente en la condición humana, como punto de inicio en

dicho subjetivismo. En este sentido, el Premio Nobel de Economía Amartya Sen es, una vez más, un referente a través de su obra *Nuevo examen de la desigualdad*.¹ En este libro se pregunta si efectivamente somos iguales. En el terreno político se suele usar mucho la expresión de “igualdad” para justificar políticas que intenta alcanzar esa presunta igualdad. Pero Sen se pregunta: “¿Igualdad de qué?, porque estrictamente somos todos distintos tanto externamente (herencia, lugar de vida, etc.) como internamente (edad, sexo, salud, inteligencia, concepto del bien, etc.)”. Así, los humanos tenemos distinta capacidad para convertir recursos en libertades. El igualitarismo mantiene que “todos los hombres nacen iguales” como ya hemos citado a través de la Declaración de los Derechos Humanos. Existen multitud de variables para analizar la igualdad y todas las teorías éticas intentan ser igualitarias en multitud de conceptos tales como oportunidad, derechos, recursos, utilidades y bienes elementales. Sin embargo, para Sen “el considerar a todos por igual puede resultar en que se dé un trato desigual a aquellos que se encuentran en una posición desfavorable”. Para Sen es importante evaluar los objetivos alcanzados (logros o realizaciones), que pueden medirse de diversas formas: utilidad (deseos cumplidos, satisfacciones, etc.), opulencia (ingresos, consumo, etc.) y calidad de vida. La calidad de vida debería ser el objetivo al que debería tender el estilo de desarrollo de un país que se preocupe por el ser humano integral. Este concepto se refiere al bienestar en todas las facetas del hombre, atendiendo a las condiciones para satisfacer las necesidades materiales (comida y cobijo), psicológicas (seguridad y afecto), sociales (trabajo, derechos y responsabilidades) y ecológicas (calidad del aire y del agua, por ejemplo). Pero quizá lo más importante, como apunta Sen, es tener la oportunidad real para alcanzar aquello que valoramos: eso es la libertad. Los medios (recursos y bienes básicos) aumentan la libertad para alcanzar nuestros objetivos, pero una igualdad en los medios no supone una igualdad en la libertad, ya que hay otros factores involucrados en dicha libertad (sexo, posibilidad de embarazo, exposición a enfermedades, etc.).

La calidad de vida o el bienestar se mide por la capacidad que

¹SEN, AMARTYA. *Nuevo examen de la desigualdad*. 1ª Edición. Alianza Editorial. 2000. ISBN 9788420629513

una persona puede alcanzar, entendiendo dicha capacidad como el conjunto de “funcionamientos” tales como comida, salud, felicidad, dignidad, participación en la comunidad, etc. Esta “capacidad” es lo que realmente da la medida de la libertad para elegir entre distintos modos de vida. Según este enfoque, la libertad de elección influye directamente en el bienestar, lo cual no es considerado por la teoría consumista. En esta, lo importante es lo más valioso o más caro y no el hecho de poder elegir. Por tanto, el bienestar depende de cómo haya surgido el estilo de vida, es decir, si ese estilo de vida es elegido libremente o no. Existe una gran relación entre capacidades y libertad. Amartya Sen ha sabido descubrir que, más importante que el logro de las metas personales, es el proceso mediante el cual dichas metas son alcanzadas: la libertad.

Según este Premio Nobel es necesario romper la lógica de la pobreza, de modo que se genere la libertad suficiente como para que los individuos puedan por sí mismo salir de la pobreza. Para que esto suceda, los medios políticos más eficaces son la educación y la sanidad. El utilitarismo mide el grado con el que los deseos son satisfechos, es decir, mide de alguna forma la “felicidad personal”. Esto puede parecer bueno pero no es justo porque, por ejemplo, en situaciones de privación duradera, la gente suele aspirar solo a pequeñas cosas alcanzables, sin plantearse metas superiores a las que deberían poder acceder. También se da el caso contrario de gente rica cuya riqueza no les da la felicidad por su ambición desmedida. Por tanto, la pregunta es ¿a mayor libertad existirá mayor bienestar? Por supuesto que no, ya que las personas no se guían solo por su bienestar, sino que pueden tener otras metas, aunque estas impliquen una pérdida de bienestar personal. Además, a veces una persona no desea tener la libertad de decidir sobre todo lo que le afecta a su vida y prefiere que otros tomen decisiones en su lugar. De ahí la importancia de la democracia donde se eligen a personas que son las que tomarán las decisiones finales. Pero, para Sen, la democracia es algo más que elegir a nuestros representantes, es necesario un diálogo social para que los gobernantes conozcan lo que el pueblo demanda.

Para Sen, el nivel de ingreso no es un buen criterio para valorar el grado de pobreza, sino que es necesario utilizar otros criterios tales como el analfabetismo, esperanza de vida, etc. Los ingresos

suelen ser un mecanismo bastante fácil de obtener. Sin embargo, el “Coeficiente de Gini” es una medida de la desigualdad que existe entre los pobres, lo cual es muy importante, ya que no es lo mismo que todos los pobres estén en similar situación que si la mitad roza el umbral de la pobreza y la otra mitad vive en la pobreza más absoluta. Sen advierte: “La pobreza no es una cuestión de escaso bienestar, sino la incapacidad para conseguir bienestar precisamente debido a la ausencia de medios... La suficiencia de los ingresos para escapar de la pobreza varía paramétricamente con las características y las circunstancias personales”.

Resumiendo, Sen propone que lo que se debe medir no es el nivel de renta, sino el nivel de libertad que las personas tienen para llevar la forma de vida que valoran o que desean llevar. Del trabajo de Sen, se puede concluir que la pobreza no es solo la falta de riqueza o de ingresos, sino “capacidades básicas insuficientes”. Esa falta de capacidades puede generar otros problemas colaterales tales como el racismo y la violencia, que podrían evitarse atacando el problema de raíz. Para Sen, el ser humano no es mero receptor de prestaciones, sino que es creador de su propio destino y responsable éticamente de que se creen las condiciones necesarias para que todos, y no solo algunos, puedan ser “agentes” y no meros receptores. Por tanto, aquellos que tienen algún tipo de control, poco o mucho, como gobernantes, empresarios, o como ciudadanos “normales”, no deben considerar ese control como un privilegio, sino como una responsabilidad.

En el preámbulo metodológico de la primera parte, hemos visto que el binomio riqueza-libertad está presente de modo ontológico en la historia de la humanidad. Pero ahora estos conceptos, a través del *Nuevo examen de la desigualdad* de Amartya Sen, nos remite a nuestro propio subjetivismo como responsable ético respecto a dicho binomio riqueza-libertad. Por tanto, en cada uno de nosotros descansa la responsabilidad de elección en la situación de libertad. Hay que seguir por el propio subjetivismo para intentar ver la posibilidad de alcanzar la propia felicidad a partir de dicho binomio riqueza-libertad. A ello dedicaremos un capítulo seguidamente, pero es oportuno cerrar este tema con unas declaraciones de José María Gamazo, responsable del área de Banca Privada de Barclays Wealth: “La gente a menudo tiende a pensar en términos

de activos y dinero cuando se habla de riqueza. Pero, ser una gran fortuna no es solo tener dinero. Para las grandes fortunas, hay otras muchas dimensiones o aspectos. Para algunas puede ser el poder o la influencia política, para otros, es su rol en la comunidad. El estatus es muy importante para muchos de ellos. Mientras que para otros, lo que importa es la libertad. Para la mayoría de la gente con grandes patrimonios, el mayor lujo es disponer de tiempo. Casi dos tercios de los encuestados (62%) creen que su fortuna les ha proporcionado más tiempo libre. Por otro lado, más de la mitad de los encuestados cree que su riqueza le ha permitido pasar más y mejor tiempo con su familia ya que, a menudo, un poder adquisitivo alto ofrece más y mejores oportunidades para pasar el tiempo de ocio”.²

Podemos por tanto concluir que la consideración subjetiva de cada cual acerca del binomio riqueza-libertad va a ser determinante respecto al ideal de felicidad perseguido. De ello, la conveniencia de realizar un nuevo estudio para:

- establecer la relación existente entre la riqueza y la felicidad.
- establecer la relación existente entre la libertad y la felicidad.

3. RIQUEZA VERSUS FELICIDAD

Nadie puede negar que la riqueza sea una variable muy importante, aunque nunca suficiente, para alcanzar la tan deseada felicidad. En el siglo XVII, Quevedo pronunció la famosa frase: “Poderoso caballero es don dinero”. Sin embargo se puede ser feliz sin amasar grandes cantidades de dinero pues no hay una relación directa entre la riqueza y la felicidad ya que, superada la barrera de la miseria, es factible que un individuo pueda ser más feliz que algunos de los multimillonarios que aparecen en el ranking de la revista americana Forbes. En su *Teoría del consumo*, Duesenberry nos recalca que existe un comportamiento irracional en el ser humano:

² www.voypormas.com. Artículo: El nuevo significado de ser millonario. 07-02-2008

cuando los ingresos bajan, las personas se resisten a disminuir su tren de vida y ello les proporciona una total infelicidad, mayor que la que tenían antes de haber alcanzado su fortuna. Este profesor emérito de Dinero y Banca en el Departamento de Economía de la Universidad de Harvard, propuso en 1949 una función del consumo de tipo keynesiano, argumentando que el comportamiento de consumo crea hábito. Los individuos aumentan su consumo al aumentar las rentas pero, luego, tienen dificultades para reducir su consumo en la misma proporción cuando la renta disminuye.

En el estudio sobre la “riqueza y libertad contemporánea” del preámbulo metodológico, se ha podido demostrar que el crecimiento económico no ha reducido las desigualdades entre la riqueza y la pobreza, a lo cual Amartya Sen ha puesto especial atención como hemos visto, sino que se ha globalizado una crisis financiera a nivel mundial. La pregunta que se impone formular entonces es: ¿en los países con mayor riqueza la gente es más feliz?

En la declaración de Independencia americana, se estableció en 1776 que las personas tienen derecho a la “búsqueda de la felicidad”. Nuestra sociedad capitalista nos ha hecho creer que el dinero es la panacea que procurará la felicidad, pasando por alto dos fuerzas poderosas: la adaptación y la comparación social, lo cual hace difícil un aumento del bienestar de la sociedad basado solamente en el crecimiento económico. En el documento de investigación *Con más dinero se puede comprar más felicidad*, los autores Manel Baucells y Rakesh K. Sarin de la UCLA Anderson School of Management, abordan por qué, a pesar de los avances económicos, cada vez menos personas se sienten satisfechas. La conclusión es que hay dos fuerzas, la adaptación y la comparación social, que se juntan para dar lugar a una profunda insatisfacción. Este fenómeno se ha podido observar a escala mundial, en estudios de medición de la felicidad realizados en todos los países. Estas investigaciones muestran que los habitantes de los países ricos son, de media, algo más felices que los de los países pobres. Inciden en ello cuestiones políticas como la democracia, la libertad y los derechos individuales. En los países pobres, el progreso es necesario para solucionar el hambre, la enfermedad y los problemas de vivienda y, en algunos casos, el trastorno causado por la guerra y la violencia. Pero a partir de un nivel de renta determinado, la felicidad no aumenta

significativamente por mucho que lo hagan los ingresos. De hecho, los indicadores del grado de felicidad han permanecido intactos en todo el mundo a pesar de unos aumentos de la renta media considerables, un fenómeno conocido como la “Paradoja de Easterlin”. La Paradoja de Easterlin se puede explicar por el hecho de que la felicidad también depende de otros factores además del dinero, como la estructura genética, las relaciones familiares, la comunidad y los amigos, el trabajo o precariedad laboral, el ambiente externo como la libertad y valores personales (visión de la vida, religión y espiritualidad). Los ricos suelen centrarse más en bienes de adaptación que en productos básicos como la comida, la vivienda, dormir, la amistad, las actividades espirituales, etc. Esos bienes de adaptación son los coches y las casas de lujo así como los hoteles caros. Baucells y Sarin demuestran que el “sesgo de proyección” o cálculo erróneo desvía recursos de los bienes básicos a los de adaptación, incluso cuando se planifican racionalmente. Se necesita mucha disciplina para concentrarse en los placeres sencillos, pero eso es lo que nos da la felicidad. El dinero puede comprar la felicidad, pero requiere una planificación óptima para la cual la mayoría de las personas no están preparadas. Tendemos a obviar las consecuencias de la adaptación, la comparación social y el sesgo de proyección. Para ser verdaderamente felices, deberíamos apreciar bienes básicos como los alimentos, dormir, la amistad, y no tanto los sustitutos materiales, por muy caros que sean. Además de estos dos autores, diferentes consultoras internacionales han intentado hallar el “mapa de la felicidad”. Este será también uno de los objetivos de este ensayo pero, para llegar a ello, es pertinente ir paso a paso, conociendo primero los procesos psicológicos que operan en el individuo, para, en segundo lugar, establecer una teoría cognitiva de la felicidad, con fundamentos filosóficos. De momento ya disponemos de una visión digna de considerar para la reflexión, a través de los conceptos psicológicos de adaptación y comparación social que operan en los individuos y que, parece ser, pocos somos capaces de discernir.

En el libro *La felicidad*,³ el analista británico Richard Layard

³ LAYARD, RICHARD. *La felicidad: lecciones de una nueva ciencia*. 1ª Edición. Editorial Taurus. 2005. ISBN 9788430605859

afirmó que las circunstancias familiares, el empleo y la salud eran temas más importantes, hasta cierto punto, que el bienestar de un buen ingreso. Los países ricos pueden ser más felices que los pobres pero, una vez alcanzado un determinado umbral, la conexión se hace más débil y una mayor cantidad de dinero no puede comprar una mayor cuota de felicidad, o al menos así lo cuenta la teoría. Hasta hace poco, apenas teníamos datos para dar buenas respuestas a esta cuestión fundamental, pero ahora, gracias a la combinación de la psicología, sociología y economía aplicada, este renombrado economista llega a algunas conclusiones firmes y sorprendentes sobre las causas de la felicidad.

Sin embargo, algunas encuestas ponen en duda a esa escuela de pensamiento. Una de ellas, es la llamada *World Poll*, encuesta mundial que dice ser el primer sondeo genuinamente global realizado por la organización Gallup a lo largo de 130 países. Los encuestadores de Gallup hicieron una pregunta estándar: “¿qué tan satisfecho está usted con su vida en una escala de 0 a 10?”. En todos los países ricos (Estados Unidos, países de Europa, Japón y Arabia Saudí), la mayoría de la gente está feliz. En todos los países pobres (mayoritariamente de África), la gente dice no estarlo. En general los niveles declarados de felicidad son correlativos con la riqueza. Este patrón parece estar repetido en varios países, así como también dentro de ellos: los norteamericanos más ricos son más felices que los más pobres, y los brasileños más ricos también son más felices que los más pobres, por ejemplo.

Los economistas de la “nueva felicidad” nunca dijeron que no hubiera una conexión entre el dinero y la sensación de bienestar. Lo que sí aseguraron es que dicha conexión puede ser más débil o directamente inexistente pasado un determinado umbral. Sin embargo, a la vista de la actual crisis financiera mundial, se puede afirmar que el mundo moderno es más rico pero no más feliz. Aunque las sociedades occidentales son ahora más ricas en términos materiales, la gente no es más feliz por ello, pues ahora las personas debemos enfrentarnos a una situación de recesión dentro de la cual debemos reducir nuestro nivel de consumo y, consiguientemente, reducir el nivel de bienestar. Cada cual, ahora, debe reflexionar por sí mismo en si seremos capaces de adecuar nuestro consumo al ver disminuidas nuestras rentas debido a la crisis actual,

como ha apuntado Duesenberry, para lograr la pretendida felicidad sobre bases puramente materiales.

Retomando la obra de Richard Layard acerca de la felicidad, hace una referencia a la figura de Jeremy Bentham, filósofo británico del siglo XVIII, conocido por su idea de que la mejor sociedad es la que produce la cantidad mayor de felicidad. Layard observa que las ideas de Bentham han tenido una gran influencia pero que, a lo largo de del tiempo, la búsqueda de la felicidad suele degenerar en un individualismo desenfrenado. Como remedio, Layard sostiene que necesitamos renovar el concepto de la felicidad añadiéndole la idea del bien común, evitando así el exceso de individualismo. Para este autor, la sociedad moderna y materialista no ha logrado satisfacer las aspiraciones de las gentes. Es cierto, sostiene, que la gente deplora la pobreza extrema, pero una vez que se resuelven las necesidades básicas, hay más vida que la prosperidad material: la gente quiere otras cosas, como la seguridad y la capacidad de confiar en los demás, por ejemplo. Si los factores económicos no son los principales determinantes de nuestra felicidad, ¿de qué depende entonces? Layard evidencia que nuestra felicidad en la vida adulta depende de una combinación de factores tales como: la situación financiera, el ambiente del trabajo, la calidad de las relaciones familiares y de las amistades, siendo factor clave el grado de libertad personal así como los valores personales que tenemos.

Por tanto, según este autor, la riqueza material no es un factor determinante aunque sí necesario pasado un cierto umbral de pobreza para lograr la felicidad. Sin embargo, esta descansa fundamentalmente en nuestras relaciones sociales y familiares pero, más importante es, el grado de libertad que se interpone entre la riqueza y la felicidad. Para Amartya Sen, como se ha visto anteriormente, la riqueza no es concebible sin un nivel de libertad para elegir la forma de vida que se quiere llevar. Ahora, Layard también enlaza la riqueza con la libertad como condición necesaria para llegar a la pretendida felicidad.

Con los estudios y obras aludidos anteriormente, se puede aseverar que el concepto filosófico de “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad adquiere mayor consistencia conceptual. Quedará por establecer cuál es la relación existente entre la libertad y la felicidad, cosa que veremos a continuación. Pero no hay que

perder de vista que la “ontología existencial” a través de la riqueza, la libertad y la felicidad tiene el epíteto de “ilusoria”. Es decir, que los seres humanos hemos perseguido la felicidad a través de las categorías ontológicas de la riqueza y la libertad, como hemos visto hasta ahora, pero ese intento se ha convertido en una “ilusión” ya que han sido necesarios los conocimientos adquiridos conceptualmente a través de este trabajo, para darnos cuenta de que la felicidad descansa fundamentalmente sobre la concepción ontológica de “inteligibilidad” que hemos descubierto a través de varios autores. Dicho de otro modo, la “ontología existencial ilusoria” a través de la riqueza, la libertad y la felicidad, necesita de la cognición propia de la persona a través de su propio subjetivismo para lograr realmente la felicidad desde la perspectiva del “eslabón perdido” del conocimiento. Cada persona, a través de su propia comprensión en base a conocimientos adquiridos, debe ser el responsable de guiar certeramente la ineludible “ontología existencial” riqueza-libertad-felicidad para que deje de ser “ilusoria” al descansar básicamente en un materialismo económico. Recordemos que el objetivo principal de “Pensar en ser rico” es realizar una reivindicación del Conocimiento y la labor de este trabajo es que cada lector ascienda cognitivamente en la comprensión de los postulados expuestos hasta aquí. En dicho recorrido, queda todavía por ver cuál es la relación entre la libertad y la felicidad, lo cual conviene estudiar a continuación.

4. LIBERTAD VERSUS FELICIDAD

Varios premios Nobel de diferentes ciencias y profesores de reconocidas universidades estadounidense y de Gran Bretaña, para mencionar dos países, han investigado sobre la felicidad. Pero hay un ilustre colombiano, Julio Silva-Colmenares, investigador innato, una eminencia de las ciencias económicas, que es director del Observatorio sobre Desarrollo Humano de la Universidad Autónoma de Colombia, cuyo soporte básico es la concepción integral del desarrollo humano. Para Julio Silva-Colmenares, la felicidad es una categoría científica en “construcción”. Según sus pala-

bras, “sin duda hablar de felicidad en algunos medios académicos todavía sueña extraño, pues se le considera un asunto superficial o banal”. Sin embargo, en febrero de 2005 presentó en un encuentro internacional en La Habana, una ponencia sobre la “Utopía posible” acerca de un nuevo modo de desarrollo humano con libertad y felicidad. Como es natural, y por lo complejo que resulta trabajar sobre un tema tan subjetivo e íntimo como la felicidad, y que solo desde hace poco es objeto de investigación científica sistemática, el profesor Silva-Colmenares insiste que todavía existe mucha discusión al respecto y, sobre todo, resultados paradójicos. Su idea es realizar una revisión exploratoria respecto a la concepción que distintas ciencias y corrientes del pensamiento tienen sobre la felicidad y la posibilidad que se le considere como una categoría científica en “construcción”, así como los factores sociales e individuales que la explican y los efectos sobre la vida de las personas y el desarrollo de las sociedades. Ello lo tiene emocionado, porque es la oportunidad para analizar a la felicidad como unos de los fundamentos de un nuevo paradigma del desarrollo.

La ponencia fue presentada por Julio Silva-Colmenares en el VII Encuentro Internacional de Economistas “Globalización y Problemas del Desarrollo” en La Habana, Cuba, en febrero de 2005, con el título: *Hacia un modo de desarrollo humano con libertad y felicidad. Una alternativa a la sociedad excluyente y cerrada del siglo XX.*

En resumen, esta ponencia propone sustituir como categoría de análisis el concepto de “modelo económico” por el más amplio de “modo de desarrollo”, considerando como la forma particular que tiene una sociedad para satisfacer las necesidades espirituales, sociales y materiales de sus miembros. Este modo de desarrollo supone una nueva economía política que tiene como soporte la idea de que la creatividad y la innovación humanas son el verdadero y único factor de producción. Como alternativa a la sociedad excluyente y cerrada del siglo XX, se señalan los rasgos de lo que podría ser un “modo de desarrollo humano”, el que debe tener como base los principios económicos del crecimiento compartido y la competencia regulada, así como la búsqueda de la libertad y la felicidad, lo cual requiere la acción mancomunada y complementaria del Estado, el mercado y la solidaridad social. Libertad y felicidad que no son fines en sí mismos sino caminos para avanzar hacia la

“humanización de la sociedad” en una “humanidad globalizada”. Para ello se proponen algunas ideas básicas y propósitos estratégicos que ayudarían a la construcción de esa sociedad “centrada” en el ser humano, comenzando con la necesaria redistribución del ingreso nacional en la mayoría de los países pobres para disminuir la pobreza y la miseria.

Es preciso adentrarse más a fondo en las ideas que nos propone y, para ello, vamos a realizar una sinopsis de dicha ponencia, ateniéndonos a los contenidos tal como se desarrollaron:

4.1. Una concepción integral del desarrollo

Durante miles y miles de años el desarrollo del género humano estuvo confiado a la espontaneidad y en muchos casos al azar. Solo en el siglo XX se hizo consciente la idea de que es necesario “construir” el futuro, pero ya no como producto de un instinto individual sino de un proceso social, cuyos resultados no están predeterminados. Si algo distingue a la sociedad moderna, o a la modernidad, como le gusta decir a algunos, es el ascenso en la humanización, con base en seres humanos autónomos y responsables, que tienen la libertad para elegir entre diferentes alternativas. Ante el evidente fracaso de las “recetas” utilizadas hasta hoy, se busca un nuevo paradigma del desarrollo de la sociedad humana para alcanzar lo que se espera sea el objetivo: el desarrollo integral del ser humano, esto es, la satisfacción creciente de sus necesidades espirituales, sociales y materiales. Al tiempo que se reconoce que el Estado y mercado no son excluyentes sino complementarios, hay que aceptar que pueden sufrir transformaciones esenciales. En la construcción de la “utopía posible” de una sociedad con crecimiento compartido y competencia regulada para el desarrollo humano con libertad y felicidad, se requiere la acción mancomunada del mercado y el Estado, junto con una tercera mano: la solidaridad social. Y en esta complementación radica el nuevo paradigma.

Se necesita un esfuerzo sinérgico pues la historia comprueba que, si bien el mercado es el escenario adecuado para garantizarle al individuo el ejercicio de sus opciones, casi nunca la “mano invisible” de la competencia logra hacer la mejor asignación de los recursos, pues la fuerza de quienes ocupan posiciones dominantes

produce efectos perversos que son a veces bastantes visibles. Por tanto, el Estado tiene la responsabilidad ineludible de ser el “cerebro ecuánime” que establece las reglas del juego transparente y orienta y regula la actividad económica, sin pretender reemplazar al mercado, como fue la tendencia teórica y práctica del siglo XX. Y al Mercado y al Estado hemos de añadir el “corazón altruista” de la solidaridad social, para crear mecanismos de compensación que lleguen a quienes de verdad la merecen y poder reducir de manera sustancial los factores que excluyen a la mayoría de la población de los beneficios del progreso y la prosperidad. Sobre este “trípode” descansa nuestra concepción de un nuevo modo de desarrollo humano.

La búsqueda de una nueva sociedad, en donde puedan contrarrestarse los efectos negativos del capitalismo con los avances en la humanización, se remonta a antes del siglo XX: Tomás Moro, Campanella, Rousseau y otros. Sin renunciar al acervo científico universal ni negar la historia de la humanidad, la obligación es insertarse en el proceso de humanización, entendido como la búsqueda y encuentro de los valores supremos del ser humano, esto es, la satisfacción creciente de sus necesidades materiales, sociales y espirituales en un mundo en donde impere una nueva ética social en todos los ámbitos de la vida ciudadana e institucional.

4.2. Megatendencias en perspectivas al siglo XXI

Alrededor del Estado, el mercado y la solidaridad social se presentan las megatendencias de transformación que se avizoran para el largo recorrido del siglo XXI. En términos generales, se requiere pasar de un Estado privatizado y pésimo empresario a un Estado estratega y comunitario, esto es, que en lugar de estar en poder de unos pocos grupos económicos, políticos y sindicales, que lo han “capturado” para su beneficio, y caracterizarse por contar con entidades ineficaces e ineficientes, se transforme en orientador del desarrollo de la sociedad y en propiedad de los ciudadanos. Al mismo tiempo, se busca sustituir el Mercado cerrado y monopolístico, que es el escenario propicio de la crisis, por un mercado abierto y democrático, para beneficio activo de los ciudadanos. Por

último, pero no de menor importancia, el paternalismo y el “asistencialismo”, de cuya utilización “clientelista” existen muestras evidentes, deben ser reemplazados por una solidaridad social eficaz y sostenible, esto es, que llegue a los ciudadanos que la merecen y cuyo costo pueda asumirlo la sociedad.

Estas tres macrotransformaciones, en muy desigual nivel de desarrollo en distintas partes del mundo, suponen una conceptualización económica humanista que incorpora la idea de la prosperidad como la búsqueda del bienestar para todos los que participan en la creación de la riqueza, pero definida como riqueza social, que no se expresa tanto en unidades monetarias cuanto en ascenso en el proceso de humanización. Hoy, la riqueza debe entenderse como el conjunto de bienes y servicios, tangibles e intangibles, de que dispone una sociedad para desarrollarse en armonía, lo que incluye la cultura como parte esencial del capital social. La sociedad humana se realiza a través de la satisfacción creciente, pero no lineal, de las necesidades espirituales, sociales y materiales. En términos económicos, la prosperidad implica la distribución democrática y equitativa del excedente generado. Por tanto, la prosperidad o felicidad social supone también el disfrute de la libertad. La ciencia económica no tiene como propósito fundamental los cálculos econométricos o los resultados de las matemáticas financieras, sino una finalidad que es más difícil de alcanzar y que no siempre se puede medir en términos aritméticos: la libertad y la felicidad de las personas, su realización en el marco de lo que podría llamarse una nueva ética social.

4.3. Un cambio de categoría: de modelo económico a modo de desarrollo

Podría entenderse el “modelo económico” más como un instrumento para conocer el comportamiento de la producción, distribución y consumo de bienes y servicios que como un medio para “pensar” el desarrollo de una sociedad. Hablar de un “modo de desarrollo” nos permite desbordar el mero aspecto económico, que a veces se confunde con su expresión matemática, y asumir una concepción más integral de la sociedad, para desvelar su esencialidad.

El modo de producción capitalista está en permanente proceso de cambio, por lo que puede haber formas variables o maneras particulares de expresarse, lo que lleva a atenuar a acentuar los rasgos positivos o negativos inherentes a su esencia. El concepto de “modo de producción” en la economía moderna, tiene al ser humano, llamado hoy capital humano, como el elemento esencial, por ser el único que posee creatividad y capacidad de innovación. A su vez, el concepto “desarrollo” lo entendemos en la más amplia acepción, esto es, como movimiento o cambio esencial y necesario en la naturaleza, la sociedad y el pensamiento. La trascendencia histórica y científica radica en estudiar y conocer en detalle la especificidad del desarrollo de cada región o país, ya que no es un simple ejercicio académico sino, a su vez, una necesidad científica que tiene efectos políticos.

Partiendo de tales ideas, el concepto de “modo de desarrollo” supone formular preguntas sobre la sociedad que tenemos y sobre lo que se quiere que ella sea en un futuro. En este sentido, podría definirse el “modo de desarrollo” como la forma variable y particular de satisfacer una sociedad las necesidades materiales, sociales y espirituales de sus miembros, lo que supone indagar desde lo más complejo y permanente de la organización social, como las creencias religiosas, la propiedad y la producción, hasta lo más simple y cotidiano, como los hábitos de alimentación, la moda en el vestuario y las formas de entretención.

4.4. La economía política y el modo de desarrollo humano

Vista la deformación y reducción que ha ocurrido en la ciencia económica, es necesario introducir una gran transformación para recuperar el humanismo como guía de sus reflexiones y principios. No puede olvidarse que desde el siglo XVII y hasta principios del XX, lo que se entiende como ciencia económica, vista como una rama de las ciencias que estudian a la sociedad, se denominó, en términos generales, economía política. Pero en el primer tercio del siglo XX perdió el apelativo de política y quedó como simple eco-

nomía: desaparece de la escena el ser humano y es sustituido por la actividad económica. Al sustituirse la “economía política”, tal como la practicaron Smith, Ricardo, Marx y Keynes, por la llamada desde principios del siglo XX “economía neoclásica”, se cayó en lo que Samir Amin llama “una modalidad de paraciencia” en su obra *Los fantasmas del Capitalismo*.

El análisis de los resultados de la actividad económica durante el siglo XX obliga a pensar en recuperar la concepción prístina de la economía política, entendida como la columna vertebral de las ciencias económicas, por cuanto es una reflexión filosófica, política y ética sobre las relaciones sociales que surgen en el proceso de producción, distribución y consumo de la riqueza y de la apropiación del excedente económico. La acumulación de bienes de producción o el uso ampliado de objetos de consumo personal es indispensable para el crecimiento económico, pero no puede convertirse en el fin fundamental de la sociedad. Estamos en un cambio de época donde la concepción moderna, de que el crecimiento económico y el desarrollo humano deben ser simultánea y complementarios, ha de convertirse en el fundamento de una nueva economía política. Esta nueva economía política tiene una finalidad como ciencia social: la realización de las personas en una escala de valores éticos, sociales, políticos y económicos histórico-concretos, para que puedan avanzar en la libertad y la felicidad. Esto supone introducir una nueva concepción sobre el ser humano y el proceso de humanización.

4.5. La teoría del valor-trabajo y el capital humano

Hoy se acepta, sin duda alguna, que la humana es la única forma de vida conocida que tiene capacidad de creación e innovación, y es la base, por antonomasia, del ser pensante. La capacidad creativa e innovadora del ser humano es de tal magnitud que la productividad industrial creció más de cuarenta veces en los últimos cien años. Cada vez el ser humano dedica una menor proporción de su vida al trabajo y dispone, por consiguiente, de más tiempo para sí mismo. La próxima transformación conceptual consistirá en que el ser humano entienda que el trabajo debe estar a su servicio y no el

ser humano al servicio del trabajo, para que pueda realizarse, ser libre y feliz.

Ya no se duda que el capital más importante en cualquier proceso productivo lo representan las personas, pero su importancia no se mide en términos cuantitativos monetarios, sino con indicadores cualitativos sociales, pues su valor está dado por los conocimientos que poseen y la capacidad de que disponen para desempeñar con productividad, esto es, con eficiencia y eficacia, en una sociedad sujeta a un creciente proceso de globalización. Es necesario que se entienda mejor que el ser humano no es un factor más de la producción sino el factor, por excelencia, de la producción.

La paradoja por dilucidar en los primeros lustros del siglo XXI consiste en que, al mismo tiempo que se exalta por todas partes al ser humano adulto como el recurso productivo por excelencia, como el verdadero capital, por otro lado se declara la obsolescencia y la muerte de la teoría del valor-trabajo. La capacidad creadora del ser humano para transformar valores de uso anteriores en nuevos valores de uso es lo que incrementa la riqueza de cualquier sociedad, antigua o moderna. Este excedente no nació con el capitalismo, es consubstancial al trabajo humano y explica las condiciones materiales de ascenso en el proceso de humanización. La concepción del capital humano también parte de la base de que el sustrato de la riqueza es el trabajo humano, el que cada día implica menos esfuerzo físico y más actividad intelectual, pues supone la aplicación acumulada de un conocimiento que crece casi de manera exponencial. Si queremos recuperar la perspectiva humanista y científica de la Economía Política, aunque ello parezca a algunos un contrasentido, hemos de tener en cuenta que a pesar del difundido abismo ideológico que puede haber entre Smith en el siglo XVIII y Marx en el siglo XIX, e incluso entre estos y Keynes en el siglo XX, a los tres les une la concepción humanística de su cosmovisión científica. Los tres cimentaron su pensamiento en principios filosóficos y éticos que ponen por encima de la actividad económica la propia realización del ser humano, esto es, la satisfacción de sus necesidades materiales, sociales y espirituales como resultado de su trabajo. Hoy, cuando el conocimiento es la principal fuerza de empuje en la economía, la teoría del valor-trabajo adquiere mayor importancia.

Visto que el crecimiento económico tiene como soporte la creatividad e innovación del trabajo humano, hay que analizar de manera sucinta el proceso simultáneo y complementario de humanización, esto es, de realización de los valores supremos del hombre por medio de la satisfacción de sus necesidades materiales, sociales y espirituales, en lo que cada vez tiene un mayor peso lo espiritual y lo social. Por eso hoy se habla de un nuevo Renacimiento o del nacimiento de una nueva espiritualidad, que no significa religiosidad, al mismo tiempo que se avanza en la humanización del saber.

4.6. La realización de la libertad y la búsqueda de la felicidad

4.6.1. La sociedad moderna: del individuo a la humanidad globalizada

La libertad y la felicidad humana no son destinos, sino caminos que la sociedad humana ha recorrido durante miríadas de años en búsqueda de utopías que coloca como horizonte inasible y movable, en especie de signos cardinales en el ascenso hacia la humanización. Pero este anhelo, más que milenario, debe realizarse en la aldea mundial en construcción. La globalización puede homogeneizar los medios que permiten satisfacer las necesidades humanas pero no puede homogeneizar la cultura, de la cual baluarte esencial son los valores de cada comunidad. Es decir, se puede homogeneizar con qué vivir pero no cómo vivir, o sea el modo de pensar, sentir y actuar. Esta es la idea subyacente en nuestra propuesta de elaborar la categoría socio-política y económica de modo de desarrollo. En tan contradictorio proceso se hace evidente el avance hacia un mundo cada vez más homogéneo en lo material pero más heterogéneo en lo espiritual. Esta heterogeneidad espiritual aumenta el racismo, la xenofobia, el nacionalismo, la intolerancia y el fundamentalismo.

Al analizar la globalización y la revolución científico-técnica como procesos simultáneos y complementarios, interesa tener en cuenta, siguiendo la dialéctica materialista sustentada por Carlos Marx, que la ciencia y la tecnología transforman la ideología (cam-

bios en los modos de producir y consumir modifican la forma de pensar los seres humanos), pero a su vez los cambios en la ideología transforman la ciencia y la tecnología (nuevos modos de pensar modifican las necesidades materiales, sociales y espirituales y la manera de satisfacerlas). En esta relación dialéctica se encuentra buena parte de la explicación de lo que ocurre en la sociedad actual, marcada por la incertidumbre y el desequilibrio permanente, con mucho optimismo en algunos aspectos y gran pesimismo en otros. La fase actual de la revolución científico-técnica es una fuerza progresista, de empuje en el proceso de apropiación y transformación de la naturaleza, en toda su complejidad para satisfacer las necesidades materiales, sociales y espirituales en los seres humanos. La incorporación acelerada de la informática y la telecomunicación en todos los ámbitos de la vida, ha “roto” concepciones espacio-temporales milenarias. Esta aceleración es evidente al observar que el 90% de todos los inventos de la historia de la humanidad se hicieron en la segunda parte del siglo XX. El conocimiento, y la mejor expresión del desarrollo humano, la creatividad, serán, los fundamentos de un nuevo Renacimiento en el siglo XXI.

4.6.2. La libertad: condición “sine qua non” del desarrollo humano

Para quienes pensamos que entre Estado y mercado no existe una contradicción insoluble sino dialéctica, esto es, que se soluciona en el proceso de desarrollo, la distinción a Sen (como premio Nobel, del cual ya hemos analizado sus aportaciones) es un reconocimiento para quienes hacen de la ciencia económica uno de los principales medios teóricos de ayuda para avanzar en el proceso de humanización. En este sentido, hay que tener en cuenta que Estado y Mercado son conquistas de la humanidad, y que ambas instituciones, junto con la solidaridad social, tienen una función social en la búsqueda de la libertad y la felicidad, como fines de la economía. Al tener como objetivo la libertad y la felicidad de los seres humanos, como proclamamos hoy muchos investigadores y analistas, puede servir para hacer un mejor uso de los recursos y facilitar la distribución equitativa de los resultados del desarrollo.

Ahora en este tránsito de siglo, es necesario insistir con vehemencia en que el crecimiento económico no lo es todo, pues lo fundamental es el desarrollo humano, el crecimiento integral del ser humano. Se hace necesario insistir en la construcción de un nuevo modo de desarrollo, modo que es algo más complejo que un modelo económico. Ese nuevo modo de desarrollo tiene como finalidad la realización de un ser humano en condiciones de libertad y felicidad. Amartya Sen considera a la libertad no tanto como soporte básico del desarrollo sino como sinónimo de desarrollo. El desarrollo para este premio Nobel no puede entenderse fuera de la libertad, sino que dicha libertad es “sine qua non” del desarrollo. Pero la ampliación de la libertad económica no puede ser para el beneficio de unos pocos que controlan el conocimiento y la propiedad. Si bien la libertad se realiza en el individuo, es una conquista de la humanidad que se da en el marco de la vida social. La libertad, en abstracto, no existe, ya que siempre será un conjunto de libertades específicas, concretas, con precisa delimitación témporo-espacial en cada sociedad. Sin duda, una de las razones sustanciales del surgimiento del Estado de derecho fue esa: darle protección jurídica a intereses que la sociedad valora como válidos y que, por tanto, deben tener una garantía superior a la fuerza individual.

Durante los siglos XVII, XVIII y XIX se avanzó en la protección de un catálogo creciente de derechos civiles y políticos. Durante el siglo XX el turno fue para los derechos sociales, los que también fueron ampliándose y profundizándose. En términos jurídicos, ello supone que a toda persona debe garantizarse, como mínimo, lo necesario para su subsistencia. Pero cada sociedad debe determinar el contenido de ese mínimo, pues ello implica no solo disponer de los medios para garantizarlo sino de los recursos pecuniarios para sufragarlo, cuando el precio de mercado no pueda ser pagado por algunos sectores de la población. Por eso, nuestra propuesta de un modo de desarrollo humano que permita la realización de la libertad y facilite la búsqueda de la felicidad tiene una tríada de soporte que, además de un mercado abierto y democrático, incluye un Estado estrategia y comunitario y una solidaridad eficaz y sostenible. “En definitiva, el desarrollo humano es el desarrollo de la gente, para la gente y por la gente” como señala el informe sobre Desarrollo Humano Global del PNUD correspondiente al año 2000.

4.6.3. La felicidad: ascenso en el proceso de humanización

Como señalara Karl Jaspers: “a nadie se le puede obligar a ser feliz”. La felicidad supone la libre opción, pero para que la opción sea libre debe darse en condiciones de equidad. Un fundamento esencial de la libertad con equidad es el conocimiento, a medida que se desarrolla la sociedad del conocimiento mayores posibilidades tenemos para conquistar la libertad, aunque en muchas naciones del mundo no se avanza en ese sentido. Ya Aristóteles planteaba hace más de veintitrés siglos que el fin último del ser humano es la felicidad, pero no reducirla al placer, los honores o la riqueza, sino como la manera de ser conforme a ciertos valores.

En nuestro caso, queremos retomar la felicidad como elemento central en la reflexión sobre el desarrollo, pues entendida como bienestar fue uno de los preceptos que promulgaron los fundadores de la Economía Política en los siglos XVIII y XIX. Entre finales del siglo XX y principios del XXI empezó a hablarse de la felicidad como una categoría que merece la preocupación gubernamental y puede ser medida. La evidencia estadística disponible muestra que es muy distinta la percepción que se tiene sobre la felicidad según diversas condiciones de vida y forma de pensar. La experiencia de los países desarrollados muestra que crecimientos significativos del ingreso per cápita no conducen siempre a avances similares en la felicidad. La felicidad no puede confundirse con lo que la sociedad moderna llama a veces “éxito”. En el informe de la revista *Dinero*, el profesor de economía Alejandro Sanz de Santamaría señala que la felicidad con base en ese tipo de “éxitos” externos es fugaz y que la “búsqueda de esa falsa “felicidad” amarra a las personas a lo material-inmediato, las aleja de lo espiritual-trascendente, y las arrastra hacia la corrupción y la violencia”.

La idea de felicidad que proponemos está muy lejos de la vanidad, el hedonismo o el placer fácil y más cerca de la serenidad y la armonía que sugieren diversos filósofos y literatos. Por tanto, nuestra idea de la felicidad trasciende el campo de lo económico sin negar que la realización de la felicidad en lo material implica la utilización de bienes y servicios específicos que se mueven en relacio-

nes mercantiles. Por eso proponemos incorporar la búsqueda de la felicidad, junto con la realización de la libertad, como condiciones de un nuevo modo de desarrollo y no solo de un modelo económico, pues este supone una concepción menos profunda y con menor amplitud. La ética utilitarista, que considera la utilidad como principio de la moral, impide ver que la felicidad, como la libertad y otros valores sustantivos, es un bien deseable por sí mismo, que no puede sujetarse a cálculos de costos marginales, o costo-beneficio, sin desconocer la importancia de la matemática en su cuantificación como un bien público por excelencia que, como se dice en la jerga económica, tiene efectos de alta externalidad positiva.

4.7. Aproximación a algunas ideas-fuerza y propósitos estratégicos

En conclusión, hay que partir de la premisa básica que más que un modelo económico nuevo se necesita un nuevo modo de desarrollo, el que debe entenderse no tanto como una formulación econométrica cuanto como el establecimiento de unos propósitos estratégicos que, en el marco de una concepción determinada de crecimiento económico y el desarrollo o progreso humano, propone unos resultados definidos por medio de unas políticas y medidas específicas. Tal modo de desarrollo podría asentarse en algunas ideas-fuerza como las siguientes:

- a) El mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de la mayoría de la población, con incremento del ingreso real disponible, lo cual debe apoyarse con valorización del capital humano y mejor utilización del capital físico.
- b) La diversificación y expansión del mercado interno con base en un crecimiento económico sostenible y equitativo.
- c) La incorporación inteligente en la internacionalizada sociedad del conocimiento.
- d) La ampliación y consolidación de la democracia participativa.

La pobreza es la negación para millones de hogares del derecho elemental al consumo de los bienes y servicios que satisfacen las necesidades materiales, sociales y espirituales que permiten a las personas unas condiciones dignas y mínimas de vida, según el progreso de la humanidad en cada momento histórico, comenzando por el disfrute de una ocupación estable y un ingreso equitativo. Este derecho es hoy uno de los más importante componentes del concepto moderno de libertad. Estamos en presencia de una sociedad que se ha acostumbrado a la injusticia social, a la carencia de libertad, en el sentido moderno de esta categoría.

También habría que discutir sobre otros propósitos estratégicos tales como los siguientes: garantizar la seguridad alimenticia de las próximas generaciones, mejorar las oportunidades en salud y educación para los más pobres y vulnerables, buscar nuevos productos de exportación, con alto valor agregado y ventajas competitivas innovadoras, incorporar nuevas formas de propiedad y organización empresarial, aglutinadas no tanto alrededor del capital como del trabajo, y mejorar las condiciones de ocupación de la mayoría de los trabajadores, para disminuir el desempleo y elevar la protección social y económica.

Solo pretendemos presentar los fundamentos paradigmáticos de esa propuesta de un nuevo modo de desarrollo. Proponemos una nueva sociedad, afincada en el ser humano como valor supremo. La humanización de la sociedad no puede considerarse como un resultado marginal y el ser humano tiene que volver a ser —como hace veinticinco siglos lo dijera Protágoras— la medida de todas las cosas, pero a la medida de hoy, cuando ya estamos pasando de la “era electrónica” a la “era biológica”. Ese nuevo modo de desarrollo humano debe tener como principios económicos orientadores el crecimiento compartido y la competencia regulada y como ideales la realización de la libertad y la búsqueda de la felicidad, para lo cual se requiere la acción mancomunada del Estado, el mercado y la solidaridad social.

Esta “utopía posible” de Julio Silva-Colmenares es un idealismo digno de ser tenido en cuenta, para reorientar la crisis financiera causada por el neoliberalismo hacia una humanización del actual mundo globalizado. La presente crisis financiera globalizada está perpetuándose porque los “mercados” están imponiendo sus prin-

cipios neoliberales a los Estados. Se hace evidente y necesaria una mayor conciencia colectiva que incida activamente hacia ese nuevo “modo de desarrollo” desde la acción política a través del Estado, con el objetivo puesto en la solidaridad social. ¿Cómo lograr esa simbiosis entre la conciencia colectiva solidaria y la conciencia individual egoísta, para lograr la libertad y la felicidad? Este es el nudo del presente ensayo.

5. EL SUJETO COGNOSCENTE

La humanidad lleva preocupándose por la felicidad desde tiempos inmemoriales. Los filósofos griegos, principalmente Aristóteles, ya escribían sobre ella, y desde entonces numerosos poetas, filósofos, psicólogos y científicos de diversas áreas del conocimiento se han preguntado por ella. Sin embargo, aún no hemos sido capaces de alcanzar una definición consensuada de lo que es la felicidad. En relación a la riqueza, como se ha visto a través de varios autores, los datos experimentales muestran que a partir de un determinado umbral económico que permite satisfacer las necesidades básicas, la economía ya no es el fundamento principal para alcanzar la felicidad. El desarrollo económico permite la riqueza y, a partir de esta, se logra un cierto grado de felicidad. Pero como se ha podido apreciar a través del preámbulo metodológico de la primera parte así como este primer capítulo de la segunda parte, la felicidad de un país y, por ende, de sus ciudadanos está vinculada a las cuestiones políticas como la democracia y los derechos individuales. En realidad, más importante que vivir en una nación rica es vivir en una nación democrática y libre, dentro de la cual la persona puede, según su libre albedrío, alcanzar su propia felicidad. También hemos visto que el amplio sentido de las relaciones personales, lo cual puede denominarse como amor, es un factor que tiene importancia a la hora de ser feliz. Hagamos un sucinto repaso a lo que, hasta ahora, ya conocemos como “ontología existencia ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, para ver qué conclusión conceptual podemos extraer en este capítulo.

Hemos iniciado el preámbulo metodológico de la primera parte

con la pregunta: ¿pensar en ser rico o pensar en ser libre? Toda persona, desde su propio pensamiento el cual determina las acciones, debe afrontar ineludiblemente su existencia mediante la búsqueda de riqueza y libertad. Hemos demostrado que Riqueza y Libertad es un binomio de poder presente en la historia de la Humanidad. La “historia de la riqueza” ha desembocado en un imperialismo económico con resultado de una actual crisis financiera globalizada. El sistema capitalista nos ha hecho creer en un idealismo de felicidad basado en el exclusivo soporte económico. Al perseguir la riqueza, muchos han caído presos del sobre-endeudamiento, poniendo en peligro el futuro de los seres queridos. Con ello se ha hipotecado la propia libertad, pues nuestro tiempo ya no nos pertenece sino para ser “esclavo capitalista” de los lobbys que poseen el verdadero poder económico. Sin embargo, hemos descubierto que, la libertad en el individuo, sigue existiendo en forma interna de pensamiento y en forma externa de acción. En la modernidad, se identifica ese ejercicio de libertad con la realización de la persona, pero dicha libertad supone un complicado dinamismo en el cual se mueve todo ser humano, sin existir un consenso cognitivo para su orientación. Todo ser humano, por principio ontológico, debe buscar su propia felicidad y, ese devenir existencial se realiza a través de la riqueza y la libertad, a pesar que nadie nos ha enseñado a gestionarlas desde el conocimiento.

Es por todo ello que hemos denominado “ontología existencial ilusoria” a la riqueza-libertad-felicidad, al carecer de un fundamento cognitivo para una acertada pedagogía de la libertad en la persona. El binomio de riqueza y libertad ha sido transformado en nuestra época contemporánea en un poder fáctico en manos de unos pocos individuos a través de un entramado de corporaciones financieras y económicas. La consecuencia más inmediata ha sido la actual crisis financiera que pone en peligro la sociedad del bienestar, como premonición de un cambio de paradigma en la naturaleza humana. Hemos descubierto que la nueva economía debe basarse en el conocimiento, pues existe una desorientación mundial que no cubre las expectativas de felicidad para la humanidad en general: por ello mismo hemos acuñado el concepto de “antinomía riqueza-pobreza”. La humanidad ha caído por la pendiente del materialismo y el dinero ha usurpado a los valores morales y cogni-

tivos propios de la condición humana. Por eso hemos denominado, asimismo, la “antinomia conocimiento-ignorancia” con la intencionalidad de que el “eslabón perdido” del conocimiento como principio ontológico de inteligibilidad vuelva a ser el fundamento sobre el cual reorientar a la humanidad y, por ende, al propio sujeto cognoscente. Siguiendo a Kant, hemos estudiado todo aquello que cae en el ámbito de ser conocido mediante nuestra facultad de conocimiento. Por ello mismo, tenemos ahora una visión superior acerca de los conceptos de riqueza, libertad y felicidad, pues han podido ser conocidos a través de la propia historia de la humanidad. Tal ha sido el objetivo del preámbulo metodológico. Sin embargo, el sujeto cognoscente debe seguir buscando su propia verdad dentro de su libertad, lo cual externamente resulta casi insoluble, pues se enfrenta a tres antinomias existenciales: riqueza-pobreza, libertad-esclavitud y conocimiento-ignorancia. Estas antinomias tienen razón de ser porque los grados de conocimientos alcanzados por la humanidad no se han puesto todavía como fin último en la misma humanidad. Por ello mismo el objetivo de mis pensamientos acerca de la riqueza y la libertad, es intentar una investigación filosófica para establecer una psicología pedagógica de la libertad para el sujeto cognoscente, pero intentando primeramente conocer las auténticas riquezas inherentes a este.

El objetivo del “Pensar en ser rico” es precisamente realizar un recorrido en la propia conciencia del sujeto cognoscente a fin de intentar hallar una correcta interpretación de la riqueza y la libertad. Cada persona, bajo su propio entendimiento, intentará buscar su propia felicidad a través de la libertad. Dicho de otro modo, el sujeto cognoscente debe ascender racionalmente para tener una correcta cosmovisión del mundo actual descrito mediante la Riqueza y la Libertad. El premio Nobel Amartya Sen nos ha hecho ver que cada cual es creador de su propio destino y responsable éticamente del nivel de libertad que las personas tenemos para llevar la forma de vida que se desea. Nos remite así a nuestro propio subjetivismo como responsable ético respecto al binomio riqueza-libertad para intentar alcanzar la felicidad. Pero en la búsqueda de dicha felicidad se interponen dos fuerzas, la adaptación y la comparación social, que se juntan para dar lugar a una profunda insatisfacción, debido al cálculo erróneo que desvía los bienes bási-

cos a los de adaptación. La Paradoja de Easterlin nos demuestra que la felicidad no solo depende del dinero sino de otros factores como la estructura genética, las relaciones familiares, la comunidad y los amigos, el trabajo, la libertad y los valores personales. Se requiere una planificación óptima para lograr el correcto sendero interpretativo de la felicidad que, repito, nadie nos ha demostrado su pedagogía y fundamentos filosóficos, pues de momento, queda totalmente al libre albedrío de cada cual. La búsqueda de la felicidad suele degenerar en un individualismo desenfrenado, obviando la concepción ontológica de “inteligibilidad” que hemos descubierto a través de varios autores. La felicidad es una categoría científica que está en “construcción” debiéndose sustituir el concepto de “modelo económico” por un “modo de desarrollo” en la sociedad para satisfacer las necesidades espirituales, sociales y materiales de sus miembros. Ahora, la libertad y la felicidad deben ser vistas no como fines en sí mismo sino como caminos para avanzar hacia la “humanización de la sociedad” en una “humanidad globalizada”. Es decir, una sociedad “centrada” en el ser humano. Este nuevo “modo de desarrollo” de la sociedad debe realizarse con crecimiento compartido y competencia regulada para el desarrollo humano con libertad y felicidad gracias a la acción mancomunada del mercado, el Estado y la solidaridad social.

La deformación que ha ocurrido en la ciencia económica debe ser sustituida por una “nueva economía política” como ciencia social: la realización de las personas en una escala de valores éticos, sociales, políticos y económico histórico-concreto para que puedan avanzar en la libertad y la felicidad. Es decir, introducir una gran transformación para recuperar el humanismo como guía de sus reflexiones y principios en el proceso de humanización. Por ello mismo, se habla hoy del nacimiento de una nueva espiritualidad, que no significa religiosidad, sino avanzar en la humanización del saber. La búsqueda de la falsa felicidad de las personas en lo material-inmediato las aleja de lo espiritual-trascendente. La pobreza es la negación para millones de hogares del derecho elemental al consumo de bienes y servicios que satisfacen las necesidades materiales, sociales y espirituales. Este derecho es hoy uno de los más importantes componentes del concepto moderno de libertad. Estamos en presencia de una sociedad que se ha acostumbrado a

la injusticia social, a la carencia de libertad, en el sentido moderno de esta categoría.

Según este análisis realizado a través de varios autores, puede aseverarse que las circunstancias externas (herencia histórica de la riqueza y la libertad) es una cognición necesaria para la persona, a la hora de alcanzar la felicidad. Sin embargo pocos son los que logran tal conciencia cognitiva. No se alcanza dicha felicidad al ser manipulados por unos pocos que detenta el poder fáctico económico, también, porque nos proyectamos en esa externalidad sin el conocimiento apropiado acerca de ella. Hay que buscar la felicidad en otro sitio, pero ¿dónde? En nuestro interior, en ese conjunto de circunstancias o variables internas que podemos controlar de forma voluntaria. Este es el factor que más poder explicativo presenta en relación con la felicidad: las variables internas o psicológicas, es decir, la personalidad del sujeto cognoscente. Se han derramado ríos de tinta tratando de encontrar la fórmula que, de una vez por todas, conduzca al ser humano hasta la felicidad pero, hasta la fecha, ninguno de estos intentos ha tenido un éxito rotundo y definitivo. Este humilde pensador ha realizado un estudio de la Riqueza y la Libertad a través de la Historia de la Humanidad. Dicho estudio nos remite al sujeto cognoscente como baluarte para el desarrollo de su devenir vital a través de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, pero es a través del “eslabón perdido” del conocimiento cómo deberá hallarse la fórmula cognitiva con validez epistemológica de la libertad, para una correcta orientación de las acciones individuales y colectivas. Solamente desde una pedagogía de la libertad, fundamentada psicológicamente sobre firmes postulados filosóficos, podrá pretenderse que las voluntades individuales evolucionen en sinergia hacia la verdadera humanización pretendida más arriba. Por eso es preciso, ahora, ahondar a través del “Pensar en ser rico” en las propias riquezas del sujeto cognoscente para llegar a una postulación filosófica de la libertad que permita vislumbrar la felicidad personal y colectiva. Intentaremos rescatar las verdades trascendentales que existen en todo sujeto cognoscente de modo que puedan ser afloradas en un “mapa cognitivo” acerca de la “ontología existencial” riqueza-libertad-felicidad. Gracias a dicha cognición desaparecerá el epíteto “ilusorio” pues dicho “mapa cognitivo” debería ser una fórmula universal con fun-

damentos científicos y filosóficos que sirvan para cualquier sujeto cognoscente independientemente de sus condiciones biológicas, personales, sociales o espirituales. O sea, una fórmula cognitiva universal que puentee el interior del individuo con la externalidad de la existencia. Un objetivo filosóficamente ambicioso, pero no menos que el que se propuso Kant al intentar establecer la relación y la conexión entre nuestras facultades intelectuales y sensibles. Solo que, ahora, dicha conexión entre el intelecto y lo sensible debe hallar una finalidad cognitiva para la correcta orientación de la libertad y la felicidad del sujeto cognoscente en relación con la humanidad. Se trataría, en suma, de establecer la relación existente entre la conciencia individual y la conciencia colectiva a través de la lectura de la historia del pensamiento desde el contexto económico, social y político actual que, dicho sea de paso, está sumido en un auténtico caos con desorientación para la propia humanidad. Pero, como ya he dicho anteriormente, es en la “soledad del pensador” desde donde surge productivamente el auténtico conocimiento. Soy consciente que, muchas veces, ideas utópicas en determinadas épocas han sido perfectamente plausibles posteriormente y la propuesta de establecer una relación científico-filosófica de la conciencia individual con la conciencia colectiva puede ser un reto tan ambicioso como lo fue en su día la Teoría Copernicana. No es que, con ello, quiera egoístamente encumbrar mis pensamientos por encima de los conocimientos de mi época, sino que el mundo en el cual existo no concuerda con la visión de un filósofo que busca, como casi todos en la historia del pensamiento, su propia verdad interpretativa para sumarla a la historia del pensamiento.

CAPÍTULO II:

Las riquezas en el sujeto cognoscente

- 1. RIQUEZA MATERIAL:**
El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial riqueza-pobreza
- 2. RIQUEZA INTELECTUAL:**
El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial conocimiento-ignorancia
- 3. RIQUEZA ESPIRITUAL:**
El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial libertad-esclavitud



1. RIQUEZA MATERIAL: El sujeto conoscente frente a la antinomia existencial riqueza-pobreza

El término “material” tiene, generalmente, una connotación intelectual baja, pues se suele usar para referirse a todo aquello que está en la escala inferior de la vida. Sin embargo, no podemos prescindir de su uso para referirnos a bienes que precisamente tienen la característica de ser materiales. No obstante, me parece más apropiado el uso de la palabra “sensible” pues, en determinados contextos de comprensión, se refiere más a la forma que tiene el ser humano de conocer dichos bienes materiales: a través de los sentidos. Por tanto, al usar el término “sensible” en este ensayo, hay que entenderlo como una condición de relación que tiene el ser humano, mediante sus sentidos, con los bienes propiamente materiales. Así, la relación sensible sería nuestra inherente relación formal que tenemos todas las personas con la materia en sí. Nadie está, todavía, creo yo, en condiciones de desligarse de su relación corporal con la materia. Esta forma parte de nuestro cuerpo físico y, por tanto, estamos abocados a ese lado sensible. Realizada esta primera aclaración conceptual, podemos emprender el estudio pormenorizado para conocer nuestras opciones de ser ricos materialmente o, en nuestra relación sensible.

Las opciones de ser rico no son iguales para todos los seres humanos. Existen dos grandes categorías que condicionan muy claramente nuestras posibilidades para ser rico:

1. Riqueza exógena

Es el conjunto de bienes que recibimos de manera externa, de modo que no intervenimos personalmente. Es una situación que está directamente relacionada con las condiciones que nos son dadas a nuestro nacimiento y, en este sentido, el filósofo español

Ortega y Gasset dejó bien patente la imposición de dicha externalidad mediante su conocida frase: “Yo soy yo y mi circunstancia; y si no la salvo a ella no me salvo yo”. En este sentido, podemos diferenciar dos tipos de riquezas exógenas:

- a) Riqueza exógena biológica: son todos los bienes que heredamos de manera directa por la condición de nuestro nacimiento biológico. El político estadounidense Abraham Lincoln ya sentenció que “todos los hombres nacen iguales, pero es la última vez que lo son”. El haber nacido en una familia acomodada o rica va a condicionar nuestras posibilidades de acceso a los bienes materiales. Del mismo modo, aquel nacido en un país pobre, o en una familia muy pobre, tiene en sí mismo un gran diferencial negativo de acceso a bienes materiales. Esta desigualdad por condición de nacimiento es el punto de partida de cada uno de nosotros. Aquí arranca nuestro discurso vital. Es un condicionante sobre el cual van a descansar todas las acciones que emprendamos en nuestra vida.
- b) Riqueza exógena social: son todos los derechos que nos garantiza nuestro país de nacimiento. Son todas las opciones de bienestar social que está garantizado por el estado donde hemos nacido: sanidad, educación, protección a la familia, libre mercado de economía, libertad política, etc. Representan unas opciones de crecimiento y de realización personal que descansan sobre el estado evolutivo de un país a través de la historia. Sin embargo, existen muchos países más conocidos como tercer mundo, donde ocurre todo lo contrario: apenas tienen para subsistir.

Estos dos tipos de riquezas exógenas son obvias. No son más que la propia expresión de la antinomia ya conocida riqueza-pobreza a la cual, el sujeto, está sometido por su nacimiento biológico en sus propias circunstancias familiares y sociales. Es un estado descriptivo que cualquiera puede observar. No obstante, hago notar que es tremendamente importante tomar conciencia del diferencial de oportunidades que van a condicionar todas las acciones futuras de cada ser humano. Es dentro de esta desigualdad inicial inherente a la antinomia riqueza-pobreza, donde encuentran su fundamento de

ser todas las organizaciones mundiales de cualquier tipo o condición, que intentan compensar o paliar de algún modo ese desequilibrio. Existen personas que son conscientes de esta desigualdad injusta y dedican su vida a una causa noble: colaboran en una ONG, luchan por libertades políticas o luchan por derechos elementales del hombre, por ejemplo. En definitiva, apuestan por una acción para mejorar ese estado inicial de desigualdad que la historia nos plantea. La suma de todos esos nobles ideales en cualquier campo (político, humanístico, social, científico, educativo, etc.), como se ha estudiado en el preámbulo metodológico, son al fin y al cabo los que han producido las riquezas y libertades que nos encontramos cada uno de nosotros a nuestro nacimiento. Es necesaria una correcta lectura del mundo al que, como sujeto cognoscente, nos integramos. El poeta y filósofo bengalí Tagore ya nos dejó dicho que “leemos el mundo al revés y después decimos que nos engaña”. Es un imperativo saber situarnos en el contexto globalizado de una sociedad tecnificada con carta de libertad. Existe un deber moral hacia nuestros padres, nuestra sociedad, nuestro país y, en definitiva, hacia el mundo que nos toca vivir. Y esto, conviene citarlo aquí pues, más adelante, haremos consideraciones morales que atañen a nuestra libertad personal en interacción con las libertades de los demás. Ello tendrá directa influencia también en la felicidad.

Así, tomar conciencia del privilegio, o no, que nos proporcionan estos dos factores de riqueza exógena es más importante de lo que parece, pues son oportunidades que nos ofrece la vida para iniciar nuestra andadura personal por este mundo. En este sentido, el humanista estadounidense Josh Billings, ya nos avisó que “uno de los trucos de la vida consiste, más que tener buenas cartas, en jugar bien las que uno tiene”. Como veremos más adelante, este punto de partida, que denomino “nacimiento sensible”, es más importante de lo que parece y muchos lo olvidan en el transcurso de su vida. Este diferencial en el nacimiento sensible (exógeno biológico y social) constituye una oportunidad o carencia de ella, lo cual va a condicionar todo nuestro proyecto como persona en este mundo. De cada uno de nosotros va a depender aprovechar las oportunidades o superar las dificultades, según sea el caso.

2. Riqueza endógena

Es el conjunto de riquezas que una persona puede poseer, fruto de sus capacidades o cualidades como sujeto cognoscente. Serían, pues, todos los bienes que podría obtener a partir de la explotación de sus potencialidades como persona. El desarrollo de estas potencialidades será lo que va a determinar el éxito de una persona en el mundo. Este éxito, en nuestra sociedad capitalista, está asociado al dinero, siendo este el elemento por excelencia que rige la antinomia riqueza-pobreza en la andadura de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Pero como veremos más adelante, el éxito de una persona también se puede medir, y es sustancialmente más importante en la aportación que hace al género humano en cualquiera de sus campos: el científico, el humanístico, en el moral, en la política, en las libertades, el ecológico, etc. No obstante, hecha esta distinción aclaratoria, nos ocupa aquí saber cuáles son las opciones de una persona para tener éxito dinerario en la vida. En este sentido, solo hay tres maneras de aprovechar nuestras potencialidades:

- a) A través de las cualidades del cuerpo físico: en este nivel se encuadran todas las actividades humanas, deportivas o sociales, que premian el éxito de una persona por dichas cualidades físicas. Lo más esperpéntico y llamativo en nuestra sociedad actual, es ver las sumas desorbitadas de dinero que cobran algunos deportistas de elite o modelos de moda (culto al cuerpo traducido en explotación capitalista). No voy a dirigir un ataque contra ese estado de cosas porque el mercado de la libre economía lo permite y, por tanto, hay que aceptarlo como una opción para lograr la riqueza económica. Sin embargo, como resultado del traspaso del jugador de fútbol Cristiano Ronaldo por un importe de 95 millones de euros, ya se han levantado voces muy críticas sobre estas cuestiones.
- b) A través de las cualidades mentales: en este nivel se encuadran todas las riquezas que puedan obtenerse con el solo uso de la capacidad de raciocinio, es decir, la capacidad de pensar la realidad de nuestro entorno social (cada persona tiene un contexto único e irrepetible) e, interactuar con ella, para un beneficio

propio o de los demás. En este sentido, la primera opción es realizar los estudios para obtener una profesión de provecho, triunfar y sacar lo mejor de ella: ¿qué padre no ha insistido suficientemente en esto a su hijo? Esta cualidad mental ya fue exaltada por el filósofo chino Confucio cuando dijo que “estudiar equivale a pulir la piedra. A fuerza de cultivarla, se purifica el espíritu”. No es más que la exaltación de la propia riqueza intelectual a la que tiene opción todo sujeto cognoscente. Aquí tienen cabida todos los éxitos en los campos del saber científico e intelectual, los cuales nos pueden reportar también la correspondiente compensación económica.

La segunda opción, complementaria a la primera, es aprovechar esa capacidad de actuación del pensamiento para triunfar en el mundo: es nuestro “yo pensante” frente a las oportunidades que deberemos detectar en la realidad sensible que nos ha tocado vivir. Aquí tienen cabida todas las riquezas obtenidas a través de algún ingenio, capacidad productiva o de negocio. En definitiva, lo que cada sujeto cognoscente sea capaz de hacer con su vida para lograr la riqueza material llamada dinero dentro de esta selva capitalista. Es importante hacer hincapié en que las personas mejor preparadas intelectualmente tienen, a priori, mayores opciones de éxito. Sin menoscabar por ello el triunfo de aquellos que logran sus éxitos con su sagacidad, ingenio, trabajo u oportunismo para enfrentarse a su medio. No todos los eruditos son ricos y, también, muchas personas sin estudios se han hecho ricas desde la nada.

c) A través de las cualidades espirituales: la palabra espiritual no tiene, aquí, ninguna connotación religiosa, mística ni metafísica. Solo entiendo por espiritual el hacer de una persona que desarrolla una actividad artística: tiene que ver con la expresión de lo más sublime que hay dentro del ser humano como ya evidenció el filósofo griego Aristóteles: “Si el espíritu es un atributo divino, una existencia conforme al espíritu será verdaderamente divina”. Y en este sentido, tenemos la poesía, la literatura, la música, la escultura, la pintura y demás artes, en definitiva, cualquier actividad encaminada a ennoblecer los más profundos anhelos que hay dentro del ser humano. Esta activi-

dad espiritual nos habla del amor, de la esperanza, del miedo, de los sentimientos, de la justicia, de la igualdad, de la libertad, de la riqueza y también de la pobreza. En definitiva, de los anhelos espirituales del ser humano en relación con sus semejantes, el mundo y Dios, aunque en el preámbulo metodológico ya hemos dejado claro que iniciamos dicha relación desde el sujeto con su mundo, sin consideraciones metafísicas de momento. ¿Cuántos cantantes se han hecho ricos con solo versionar melódicamente al amor? El filósofo alemán Nietzsche ya nos dijo que “sin música la vida sería un error”. Casi todos los artistas buscan el enaltecimiento del espíritu humano en sus obras (cuadros, canciones, poemas, esculturas, etc.) y la sociedad les premia su arte mediante una validación económica (aunque en algunos casos cuesta mucho tiempo lograr el reconocimiento público). Por tanto, si tiene alguna cualidad artística, no dude en potenciarla, pues será doblemente feliz al realizar lo que le gusta y, además, vivir económicamente de ello.

Pudiera parecer que tienen cabida en esta cualidad espiritual todas las actividades libres de interés económico así como filantrópicas, encaminadas a ayudar a sus semejantes. Pero no es así pues estoy tratando los medios por los cuales una persona puede alcanzar la riqueza dineraria y, como he explicado antes, mediante nuestras cualidades artísticas, propias de nuestro espíritu, podemos alcanzar la riqueza material expresada en dinero. Por tanto, todas las acciones cuya motivación moral sea la propia humanidad, exenta de interés económico, conviene situarlos en los propios objetos de la espiritualidad humana que en capítulos posteriores desarrollaré.

Estos tres elementos de la riqueza endógena —cuerpo, mente y espíritu— ya fueron explicitados por el filósofo griego Platón al decirnos que “el cuerpo humano es el carruaje; el yo, el hombre que lo conduce; el pensamiento son las riendas, y los sentimientos, los caballos”. Cuerpo, mente y espíritu están interrelacionados entre sí y, de hecho, actúan durante todas las decisiones que emprendemos en nuestra vida. Son tres elementos indisociables presentes en toda la actividad vital del sujeto cognoscente. El problema al cual nos enfrentamos, desde que tenemos uso de razón, es darle sentido a esas tres cualidades potenciales desde el estadio

de la libertad personal. Por eso mismo ya aseveró el filósofo latino Séneca que “el gobierno más difícil es el de uno mismo”. Y, en el libre albedrío de cada cual, es donde iniciamos cada uno nuestra andadura por la vida. En esa “libertad” de elección es donde cada uno toma sus decisiones vitales para la mejor dirección de su vida. En este sentido, los valores predominantes de cada sociedad van a influir en mayor o menor grado en nuestras decisiones. Así, en nuestra sociedad capitalista, predomina el valor del dinero, siendo este sinónimo de éxito social mientras que, en otras sociedades, predominan los valores religiosos, por ejemplo.

Ya sabemos que el concepto filosófico que hemos acuñado como “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad nos remite, en primera instancia, a la búsqueda de la riqueza para, acto seguido enlazar con la libertad para hallar la propia felicidad. Sin embargo, este concepto de “libertad”, que entra en acción ineludiblemente desde que iniciamos nuestra andadura con la razón, será tratado más en profundidad en un capítulo posterior, pues como ya dijo el filósofo francés Sartre, “el hombre está condenado a ser libre”. Tratemos ahora de dejar claro, a modo de resumen, cuáles son nuestras opciones de ser rico, materialmente hablando, a partir de nuestras propias potencialidades:

1) Riqueza exógena:

- a) **biológica:** lo heredado al nacer o durante nuestra vida, proveniente de nuestra familia.
- b) **social:** los derechos garantizados en nuestra sociedad del bienestar.

2) Riqueza endógena:

- a) **física:** cualidades deportivas o sociales (culto al cuerpo).
- b) **mental:** nuestra capacidad de pensar lo más acertadamente en relación con las decisiones que van a afectar a nuestra vida (estudios, profesión y negocios).
- c) **espiritual:** toda actividad artística remunerada económicamente, encaminada a enaltecer los más profundos anhelos del ser humano (actividades artísticas en general).

Si analiza estas potencialidades desde el punto de vista de sí mismo y de lo que observa en la sociedad, concluirá conmigo que cualquier persona rica en términos dinerarios queda encuadrada en el esquema anterior. Por tanto, la clave para ser rico sería que cada cual analice cuáles son sus propias potencialidades para sacarle el máximo partido y, así, poder tener el éxito social y dinerario. Llegado a este punto, cabe dejar muy claro que:

- Toda persona rica lo es porque es fruto de alguna o varias de las cualidades exógenas o endógenas.
- Potenciar alguna de esas cualidades en función de una finalidad estrictamente materialista no garantiza la obtención en sí mismo del fin de ser rico.
- Toda elección debe realizarse no solo con una finalidad materialista (pues no hay garantía de ser rico), sino con una finalidad de realización personal en función de nuestras propias inquietudes intelectuales o espirituales (luego puede venir la riqueza).

Concluyendo, podemos afirmar entonces que el ser rico (salvo que lo seamos por herencia) va a ser consecuencia de las acciones que “libremente” elijamos en la construcción de nuestro propio proyecto de vida. Es en ese proyecto vital donde vamos a realizar todas nuestras aspiraciones, sueños u objetivos. Es en esa realización constructiva personal donde hallaremos más o menos riqueza. Ahora bien, la construcción de todo proyecto vital personal está delimitada dentro de una estructura social que tiene sus propias reglas o leyes. Cada sociedad ha ido desarrollando los límites jurídicos que regulan los comportamientos de los individuos que integran dicha sociedad, siendo válidas a este respecto las palabras del político sudafricano Joubert: “Las mejores leyes nacen de las costumbres”. La justicia a veces es lenta porque necesita reunir pruebas pero, tarde o temprano, ejerce su acción correctora hacia aquellos que han obtenido la riqueza de un modo ilícito. Solo voy a poner un ejemplo: el caso Malaya de Marbella, máximo exponente de cómo se traspasan los límites morales para hacerse rico. Si no

fuera así, no existiría el progreso dentro de un cierto orden. El progreso no solo está relacionado con las ciencias y los conocimientos intelectuales o artísticos sino, también, con el marco jurídico que regula los comportamientos en la vida de los hombres, es decir, una moral social en evolución. Esto es lo que permite un cierto consenso que regula nuestra convivencia: derechos y obligaciones traducidos en un marco jurídico legal constituido por y para una sociedad. Por tanto, no “todo vale” para ser rico. Existen unas limitaciones éticas y morales y, cuando se sobrepasan, ahí está la ley para reprobarnos y castigarnos según sea el caso. Por eso mismo el poeta y humanista irlandés Moore aseveró que “yo defendería la ley, aunque no fuera más que para protegerme de mí mismo”.

Una persona puede tomar la “libertad” de vivir fuera de dicho consenso social de convivencia, pongamos por ejemplo el caso del hombre más buscado de España, el llamado “solitario”, recientemente detenido por las fuerzas de seguridad. La policía le seguía la pista más de catorce años sin poder atraparlo: era el delincuente más buscado del país por atracos y asesinatos. Sin embargo, ya dijo el matemático griego Pitágoras que “educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres”. Ese vacío educacional es hoy en día extensible a la carencia de pedagogía acerca de la libertad, lo cual es el objetivo fundamental de este ensayo: establecer una epistemología de la libertad para poder ser educada. De momento, la moraleja a extraer es que el sistema social y político tiene sus mecanismos de defensa judicial frente a aquellos que desean obtener sus propias riquezas —dinero en este caso—, mediante la coacción de la libertad y derechos de los demás miembros de la sociedad.

Consecuentemente, nuestras potencialidades —cuerpo, mente y espíritu— son nuestras propias opciones de ser ricos a través de nuestro discurso vital, pero tienen un marco de actuación limitado por las consideraciones éticas establecidas y sancionadas por las leyes. Nuestra “libertad” de construcción vital tiene, entonces, su propio campo de acción delimitado por el consenso moral socialmente establecido mediante leyes o costumbres. Dicho de otro modo, podemos conocer cuáles son nuestras condiciones por nacimiento biológico y social, así como conocer nuestras potencialidades físicas, mentales y espirituales. Solo nos queda ejercer nuestra libertad en la construcción de nuestro proyecto de vida, dentro de

los límites morales establecidos por la propia sociedad. Y consciente o no de ello, este proceso lo llevamos a cabo todos y cada uno de los sujetos cognoscentes.

Llamaremos por tanto “riqueza sensible” a todos aquellos bienes materiales que podamos acumular causados por los condicionantes de la riqueza exógena (herencia biológica y social) así como por las potencialidades de la riqueza endógena (cuerpo, mente y espíritu). Como ya sentenció el político francés Alexis de Tocqueville “más que las ideas, a los hombres los separan los intereses”. Cabe dejar claro sin embargo que:

- a) Las riquezas exógenas son transitorias y pueden aparecer y desaparecer: un rico puede volverse pobre y, también, un pobre puede volverse rico (siempre como acción directa de nuestro ascendente paternal y social).
- b) Las riquezas endógenas, al contrario, son siempre potencialidades presentes en cada uno de nosotros y nuestro éxito en la vida va a depender exclusivamente de lo que hagamos con dichas potencialidades. Somos dueños de lo que hagamos con ellas. Somos dueños de nuestra “libertad” para desarrollar nuestras propias potencialidades en cualquier nivel: el corporal, el mental y el espiritual.

Cuando iniciamos nuestra andadura por la vida, estas tres potencialidades endógenas —cuerpo, mente y espíritu—, se nos evidencian como indisociables, incluso en graves casos de discapacidades, ya que no hay ninguna barrera infranqueable más que la propia muerte. Vean sino el ejemplo de Stephen Hawking. Este físico y matemático tiene 67 años y, cuando tenía 22, le dijeron que le quedaba año y medio de vida. No se conoce ningún otro caso en el mundo de un enfermo con dolencia motriz de las neuronas que haya sobrevivido tanto tiempo. Y a pesar de ese grave inconveniente, ha logrado un best seller con su obra *Una breve historia del tiempo*. Además es catedrático de matemáticas en una universidad inglesa desde hace 28 años. De esta noble experiencia puede concluirse que nuestra dialéctica corporal (cómo evoluciona nuestro cuerpo a lo largo de nuestra vida), nuestra dialéctica intelectual

(cómo evoluciona nuestro pensamiento a lo largo de nuestra vida) y nuestra dialéctica espiritual (cómo evoluciona nuestra moral a lo largo de nuestra vida) nos van a acompañar en cada una de nuestras decisiones vitales y, en cada uno de nosotros, descansa la posibilidad de desarrollar, o no, nuestras potencialidades en los tres niveles citados. Si realizara un trabajo de investigación para evidenciar ejemplos de superación personal como el descrito anteriormente, seguro que hallaría multitud de casos. Pero, lo que quiero evidenciar es que, las tres potencialidades —cuerpo, mente y espíritu—, siempre están presentes en nosotros para desarrollarnos como personas. A pesar de que tengamos una carencia aparente en alguna de las tres potencias, siempre podemos dirigir todo nuestro esfuerzo a desarrollar las restantes, aunque nada se consigue sin esfuerzo.

Ahora bien, como en toda regla hay una excepción, hay un ejemplo que viene a colación: es la opción de vida elegida por Ramón Sampedro, la persona tetrapléjica que renunció, con una decisión personal, a vivir en su cuerpo. El debate moral acerca de la eutanasia está abierto y, aún, no está cerrado. Este trágico y controvertido ejemplo pone de relieve que las decisiones, que vamos a tomar “libremente”, serán tomadas como consecuencia de nuestra propia dialéctica intelectual (lo que conocemos que somos) y nuestro propio código moral (lo que creemos más justo y conveniente para nosotros y los demás).

A partir de dichas experiencias humanas (hay muchas más, igual de relevantes y dignificantes para el concepto de “ser humano”), podemos concluir que, en la andadura por nuestra vida, no solo vamos a acumular riquezas materiales, expresadas en términos económicos, sino que también vamos a desarrollar nuestra propia riqueza intelectual y nuestros propios valores morales o espirituales. Nuestro discurso vital no va solamente dirigido a hacernos ricos en el mundo sensible (material) para conseguir las riquezas inherentes a él (dinero):

- También está a nuestro alcance desarrollar una riqueza intelectual, no entendida como presunción de conocimientos, sino como discurso cognitivo en actualización constante a lo largo de nuestra vida. La riqueza intelectual es transferida a través de nuestra sociedad. Todos hemos hecho acopio de un aprendizaje cognitivo durante la infancia y la adolescen-

cia a través de nuestros estudios. Conviene proseguir este camino del saber en la edad adulta, pues de nuestra riqueza intelectual va a depender nuestra vida futura.

- También una riqueza moral, pues en ella depositamos la justificación de todas nuestras acciones hacia uno mismo y, cómo no, sobre todo, en relación con los demás seres humanos. No podemos realizar ninguna acción sin contenido moral. Intente citar una sola acción que no contenga finalidad moral alguna ni hacia el mundo, ni hacia la humanidad, ni hacia uno mismo, ni hacia Dios. Imposible: toda acción conlleva una orientación finalista hacia algo o alguien.

Ahora bien, quedará por ver, más adelante, cómo se forma dicha moral así como los objetos de la propia moral que debemos conocer. Todas las acciones en nuestra vida se ejercen desde la libertad con una finalidad eminentemente moral. En efecto, cualquier acto ejercido en libertad lo es, inherentemente, en relación a algo o alguien con una finalidad de bondad o maldad. De momento, en tanto que sujeto cognoscente, ya sabemos que podemos tener acceso a:

RIQUEZA MATERIAL (el tan pretendido dinero), pero también a:

RIQUEZA INTELECTUAL (objeto propio de nuestra mente), así como a:

RIQUEZA ESPIRITUAL (moral práctica gracias al ejercicio de nuestras acciones en libertad).

Estos tres tipos de riquezas fueron bien sintetizadas por el escritor y filósofo estadounidense Emerson al decir que “los hombres grandes son aquellos que sienten que lo espiritual es más poderoso que cualquier fuerza material y que son las ideas las que rigen el mundo”. Consecuentemente, es necesario estudiar a continuación en qué consisten esas dos nuevas riquezas: la intelectual y la espiritual

2. RIQUEZA INTELECTUAL:

El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial conocimiento-ignorancia

Conviene realizar una aclaración previa acerca del término “intelectual”. Este término queda definido por la Real Academia Española de la Lengua así:

- a) Perteneciente o relativo al entendimiento.
- b) Espiritual, incorporeal.
- c) Dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias y las letras.

Es preciso dejar claro este concepto, pues voy a utilizar el término “intelectual” en la primera definición referente al entendimiento. Esto presupone que cada persona tiene su propio entendimiento y, por tanto, su propia capacidad intelectual. Todos tenemos una capacidad intelectual para entender y comprender. Es por tanto, una potencialidad presente en cada uno de nosotros, anterior al bagaje cultural (en adelante riqueza intelectual), que se desarrolla a través de la formación educativa que debería durar toda una vida, como ya dejó evidente el escritor español Mateo Alemán al decir que “debe desear todo hombre vivir bien para saber, y saber para vivir bien”. Sin embargo, en nuestra sociedad, lo más común cuando nos referimos al término “intelectual” es asociarlo a una persona con ciertos estudios (definición tercera). Aquí, en este libro, es intelectual aquel que tiene capacidad de entendimiento, es decir, todos los humanos sin excepción. Cada ser humano tiene capacidad de entender y conocer todo lo que le rodea, tal como fue planteado metafóricamente por el filósofo griego Aristóteles: “Tan capaz es nuestro entendimiento para entender las cosas altísimas y clarísimas de la naturaleza, como los ojos de la lechuza para ver el sol”. Se puede intentar conocer el mundo a través de las ciencias físicas, a través de los viajes, a través de la ecología pero, también, a través de cualquier medio de comunicación en nuestra sociedad de la información. Se puede intentar conocer a sus congéneres a

través de las ciencias humanísticas: filosofía, psicología, sociología, política, educación, etc. Se puede intentar conocerse a sí mismo (quizás la tarea más difícil). Por último, se puede intentar conocer a Dios (aún más difícil).

Cuando digo con toda la intención “intentar”, es porque nadie se pone como objetivo intelectual conocerlo todo: el mundo, la humanidad, uno mismo y Dios. Nadie, excepto los filósofos porque “conocimientos puede tenerlos cualquiera, pero el arte de pensar es el regalo más escaso de la naturaleza” como bien dijo Federico II El Grande, rey de Prusia. Pero, ¿quiénes son filósofos? Según la Real Academia Española de la Lengua, es filósofo todo aquel que estudia o sabe filosofía. Y a su vez, ¿qué es filosofía? Mire lo que dice la misma Academia: conjunto de saber que busca establecer, de manera racional, los principios más generales que organizan y orientan el conocimiento de la realidad, así como el sentido del obrar humano. Y también: manera de pensar o de ver las cosas. Así, aunque sea una visión segmentada, todas las personas organizamos nuestras vidas en función de lo que conocemos de nuestra realidad. Sería “nuestra manera de pensar las cosas”, como dice la Academia. Está claro que, desde este punto de vista, cada cual tiene su propia filosofía de vida pues, lo que “sabe”, lo sabe de manera racional (sabe que piensa y lo que piensa). Por tanto, en principio, es filósofo todo aquel que, por su propia condición intelectual, establece su propia organización del saber respecto al mundo. Se establece un pensamiento reflexivo acerca de nuestra propia realidad personal. Cada persona conoce, o creemos conocer, nuestra propia realidad, sin embargo, “nada nos engaña tanto como nuestro propio juicio” según ya nos avisó el artista italiano Leonardo Da Vinci. A partir de ese conocimiento “engañoso”, se deriva también un “sentido del obrar humano”, es decir, unos valores morales que acompañan a nuestras acciones, según se desprende de la anterior definición de la Real Academia Española. En este planteamiento hay que darle, sin duda, la razón al escritor y filósofo estadounidense Emerson cuando dice que “el pensamiento es la semilla de la acción”.

Ahora bien, que todos seamos filósofos es para mí un silogismo: como es filósofo todo aquel que sabe filosofía y, la filosofía es una manera de pensar nuestras cosas, pues ya está, ¡todos somos filósofos! Así va el mundo, todos podemos opinar de todo: todos sabemos

de todo; la fuerza se nos va por la boca sin darnos cuenta de que la naturaleza nos ha dado dos orejas y una boca: para escuchar el doble de lo que hablamos. Ya lo dijo el filósofo griego Demócrito: “Hay que decir la verdad, no hablar mucho”. Sin embargo, hacemos más bien lo contrario: ¡hablamos el doble de lo que escuchamos! El escritor francés La Bruyère lo expresó acertadamente al decir que “hay personas que comienzan a hablar un momento antes de haber pensado”. A mi entender, ello propugna la existencia de dos tipologías de sujetos cognoscentes, los cuales evidencian dos filosofías existenciales:

- Filosofía activa y - Filosofía pasiva

Entiendo por filosofía activa la faceta del pensamiento que intenta establecer un conjunto de saber como dice la Academia y, por tanto, sería “filósofo activo” aquella persona que, en su vida, busca siempre mejorar su modo de entender y pensar la vida. Da igual el campo en el cual ejerza su actividad intelectual. Es filósofo activo aquel que se pregunta, aquel que quiere saber más, aquel que no se conforma con lo aprendido, sino que lo aprendido es el punto de partida de lo que le queda por aprender: en esto mismo consiste la “dialéctica intelectual”. Esta dialéctica intelectual fue muy bien definida por el científico alemán Einstein al aseverar: “No consideres el estudio como un deber, sino como una oportunidad para penetrar en el maravilloso mundo del saber”. Es mediante esa dialéctica intelectual como se produce la riqueza intelectual: cada persona va actualizando sus propios conocimientos. No siempre llega a entender lo compleja que es la realidad, pero intenta acercarse a su comprensión: escuchando noticias, leyendo prensa o libros y, como no, estudiando. Sin embargo ese esfuerzo cognitivo requiere un esfuerzo no exento de dificultades y, por eso mismo, muchas personas hacen suyas las palabras del escritor hispano-latino Quintiliano: “Excusamos nuestra pereza, so pretexto de la dificultad”. En definitiva, la riqueza intelectual se va adquiriendo fruto de una inquietud de querer mejorar sus conocimientos (da igual el área elegida, pues cada persona tiene intereses diferentes). Este proceso intelectual de adquisición de conocimientos va a durar toda la vida: se trata de una riqueza intelectual propia y nadie

se la va quitar, pero puede quedar en evidencia. Por este mismo motivo, hay que escuchar el consejo que nos dio San Agustín de Hipona: “Conócete, acéptate, supérate”. Incluso cuando llegamos a la madurez de edad, es dignificante que una persona con escasos estudios quiera aprender a leer y escribir. Es muy alentador que existan personas jubiladas que asistan a clases para adultos donde aprender a leer y mejorar sus conocimientos. ¿No es un ejemplo encomiable para mi definición del filósofo activo? ¿No tiene con ello razón el escritor francés Vauvenargues cuando dice que “ni la ignorancia es falta de talento, ni la sabiduría es prueba de genio”?

Hablemos ahora del “filósofo pasivo”. Es toda aquella persona justamente lo contrario: no se preocupa del saber ni del conocer, ejemplarizando las palabras de Leonardo Da Vinci: “Quien poco piensa, mucho yerra”. Va pasando por la vida sin la más mínima actitud activa respecto al conocimiento en sí. Es una decisión que no voy a criticar pues, cada uno, es “libre” de sus acciones y la actitud activa hacia el saber y conocer más no es obligatoria. Pero entonces habrá que darle la razón al filósofo francés Descartes cuando dice que “vivir sin filosofar es, propiamente, tener los ojos cerrados, sin tratar de abrirlos jamás”. Ahora bien, el mundo te da “lecciones” para que “aprendas”. Todos conocemos el dicho: “la vida te va enseñando”. Y esto no es una simple forma de hablar, sino que es un proceso que existe y está presente en nuestra estructura social: la económica, la educativa, la profesional, la familiar, en definitiva, en todas las formas de relación social. Allá donde nos encontramos y actuamos socialmente, nos obligamos a un rol social sea del tipo que sea. Somos animales racionales ya que “la razón o el juicio es la única cosa que nos hace hombres y nos distingue de los animales” al decir de Descartes y, en este sentido, en una sociedad competitiva y desarrollada, el que no esté “preparado” tiene menos opciones de adaptarse mejor a su realidad: el trabajador que está obsoleto en formación se queda fuera, la empresa que ya no es competitiva cierra, el padre que no entiende a su hijo se vuelve un “carroza”, etc. La sociedad nos obliga, como padres, como trabajadores y como ciudadanos a actualizar nuestros conocimientos para una mayor adaptación a nuestro presente y nuestro futuro. Y a todo aquel que tiene una actitud pasiva, “le pillaré el toro” de la vida para enseñarle alguna que otra lección. Entonces aprenderá

por experiencia en los mismos términos que ya lo expresó Platón: “Cada lágrima enseña a los mortales una verdad”. Por ello podemos decir que el filósofo pasivo tiene una riqueza intelectual pasiva, pues algo va aprendiendo a través de la experiencia.

A la vista de todo lo anterior, se puede concluir que la dialéctica intelectual activa (del filósofo activo) y la dialéctica intelectual pasiva (del filósofo pasivo) tienen su único diferencial en la actitud. Cuánta razón tenía el psicólogo y filósofo americano Williams James al decir que “el mayor descubrimiento de mi generación es que los seres humanos pueden cambiar de vida cambiando de actitud”. Este cambio de actitud respecto al querer aprender y saber cada vez más daría ahora la razón a Platón cuando dijo que “envejeczo aprendiendo cada día muchas cosas nuevas”. Estas palabras son el paradigma del concepto de “dialéctica intelectual activa”. Es pues esa misma actitud, pasiva o activa, respecto al conocimiento en sí mismo, lo que diferencia a esos dos tipos de filósofos. Puedo afirmar que, a priori, la persona que tiene una dialéctica intelectual activa tiene bastantes más probabilidades de lograr la riqueza sensible o, dicho de otro modo, el dinero como símbolo de riqueza. Es decir, la riqueza intelectual, aunque no siempre, sí puede influir para incrementar la riqueza sensible. Esto es bien notorio en una sociedad tan tecnificada como en la que vivimos: el *Know How* de las empresas (saber hacer) es el fundamento del éxito. Y el I+D (investigación y desarrollo) garantía de nuevos negocios en el futuro.

Lo mismo es aplicable a la persona: tiene que saber hacer lo mejor con su pensamiento. Y en este sentido, el pensamiento no solo sirve para ayudarnos a tomar decisiones con lo que sabemos sino, también, para adquirir conocimientos nuevos que refuercen al propio pensamiento. En esto mismo consiste la dialéctica intelectual activa ya que “lo importante es no dejar de hacerse preguntas” según nos dijo el científico alemán Einstein. Solo con una riqueza de pensamiento estaremos más preparados para ser mejores padres, mejores amigos, mejores trabajadores, mejores empresarios, mejores científicos, mejores políticos, en definitiva, mejores personas. La dialéctica intelectual activa, es por tanto, más bien una cuestión de actitud personal respecto al conocer, que no un cúmulo de conocimientos. Como dijera el poeta griego Sófocles: “Noble

cosa es, aún para un anciano, el aprender”. Por tanto, quiero dejar muy claro que la actitud hacia el conocimiento es lo que fomenta nuestra propia dialéctica intelectual. De momento, para el objetivo de este ensayo, lo fundamental no es “cuánto sabemos” sino “qué puedo saber” ya que “invertir en conocimiento produce siempre los mejores intereses” en palabras del político estadounidense Benjamin Franklin. Ahora bien, lo que podamos saber, al igual que en la riqueza sensible, no es igual para todos. Existen, asimismo, unos condicionantes, a saber:

a) Condicionantes exógenos:

- biológico, a través de nuestros padres, abuelos y familiares (transmisión cultural).
- sociales, a través del nivel o tipo cultural de la sociedad a la que pertenecemos (transmisión educativa).

b) Condicionante endógeno: es la propia capacidad intelectual, que la psicología mide en coeficiente intelectual. No hay que confundir aquí la riqueza intelectual con el coeficiente intelectual. El coeficiente intelectual es una capacidad (y cada cual tiene la suya) mientras que la riqueza intelectual se refiere a los conocimientos adquiridos a partir de dicha capacidad inicial. Nuestra capacidad intelectual (CI) junto a nuestra actitud de filósofo activo hacia el conocimiento es lo que produce nuestra riqueza intelectual. El escritor griego Posidonio ya evidenció la importancia de dirigir bien la actitud hacia el conocimiento al aseverar que “un día del hombre erudito es más largo que un siglo del ignorante”.

Por tanto, esa “herencia cultural” (exógena biológica y social así como endógena propia) constituye nuestro “nacimiento intelectual” hacia la realidad de nuestro mundo, evidenciando lo que Emerson ya estableció: “El lenguaje es la ciudad para cuya edificación cada ser humano ha aportado una piedra”. Es importante hacer notar que ese “nacimiento intelectual” es un proceso que conlleva muchos años de desarrollo que, en psicología, está bien tipificada por etapas. El interesado en este tema puede estudiar a

Piaget, precursor de la teoría cognitiva que se desarrolla en el ser humano desde la infancia. Al salir de este proceso, cuando entramos ya en la adolescencia, en pleno proceso de la formación de nuestra identidad, es cuando aparece el “nacimiento de la libertad”. La adolescencia es una etapa crucial en nuestra vida, pues todavía no están sólidamente formados nuestros conocimientos, y ya tenemos que decidir sobre nuestro futuro como estudiante y, por ende, profesional. Es una etapa en la cual la joven persona se enfrenta a la difícil papeleta de comenzar a gestionar su libertad. Al tema de la libertad se tiene que llegar inexorablemente, pero solo después de conocer a qué riquezas se puede aspirar. Por tanto, olvídense por ahora de la libertad y, concentrémonos, en los conocimientos que son propios de la riqueza intelectual. En efecto, amigo lector, si potencia su riqueza intelectual, estará en mejores condiciones de tomar las decisiones de su vida con una “libertad” fundamentada en sólidos conocimientos.

Bien, ya sabemos que hay que tener una actitud activa respecto al conocimiento (filósofo activo), para tener una dialéctica intelectual activa. Pero la pregunta persiste: ¿qué puedo saber? No se me ocurre mejor respuesta que la del escritor ruso Fiodor Dostoyevski cuando dice que “los libros son mi aliento, mi vida y mi futuro”. Los que se han hecho estas preguntas antes que nosotros (y le puedo asegurar que hay unos cuantos) convienen en que hay cuatro objetivos para nuestro pensamiento, que intenta conocer:

- a) El mundo sensible (todo lo físico incluso nuestro cuerpo).
- b) La humanidad (el ser humano y su actividad creadora a través del pensamiento).
- c) Uno mismo como ser dual: a la vez sensible (cuerpo) e intelectual (ser pensante).
- d) Dios (como idea o negación de idea, que cada cual tiene respecto a una posible entidad superior).

Del mundo físico y de nuestro cuerpo se encargan todas las ciencias empíricas: física, biología, medicina, etc. De la humanidad se encargan las ciencias humanísticas: sociología, política, educativas, etc. De la persona se encarga la psicología y la psiquiatría: hay una interacción de estas dos disciplinas. De Dios se suelen encargar

las religiones (y hay unas cuantas). Y digo “se suelen encargar” porque, a mi parecer, el cuerpo eclesiástico no tiene el patrimonio de inculcarnos llegar a Dios solo mediante la fe. También se llega a Dios mediante la razón. La razón es igual de válida para llegar a Dios, pues “conocemos” sus obras. El conocimiento mediante la razón abre el camino al de la fe ciega. El filósofo francés Blaise Pascal ya dijo que “el hombre está siempre dispuesto a negar todo aquello que no comprende”. Sin embargo, quien tiene capacidad de entendimiento para llegar a Dios debe por todos los medios cognitivos intentar llegar a él, manteniendo intacta la misma fe. Es más: con motivo de la misma fe, se debe intentar llegar a Dios mediante la razón.

Sin embargo, la filosofía, que debería integrar el conjunto de todo el saber, es la gran olvidada hoy en día. Fue la pionera en plantear e intentar resolver las primeras preguntas formuladas por los hombres. Con sus preguntas originó el nacimiento de las ciencias. También fue la primera en intentar establecer la relación del hombre con Dios (y por lo visto, Dios debe existir porque, si no, ¿a qué se dedican los curas?). Todo esto, no lo afirmo yo, sino que está en la historia de la filosofía. Solo pretendo saber dónde está el lugar de la filosofía, en tanto que conjunto del saber dentro de esta sociedad socialmente tecnificada.

Siguiendo con la misma línea argumental, en una entrevista a Adela Cortina, catedrática de Ética de la Universidad de Valencia, con motivo del Premio Jovellanos de ensayo 2007, se le pregunta acerca del porqué cada vez menos alumnos se matriculan para estudiar filosofía en las universidades públicas, como si no estuviera de moda lo de atreverse a pensar. Su respuesta es bien sintomática: “No es una cuestión de moda. El mundo de los medios de comunicación ha obligado a dejar de lado la reflexión. Y la filosofía pide reflexión, deliberación y seriedad”. Sigue diciendo: “Lo que hay ahora es mucha gente que dice muchas cosas, pero no grandes pensadores” (¿quizá, como he dicho anteriormente, porque hablamos el doble de lo que escuchamos?). Se le sigue preguntando acerca de lo que puede enseñar hoy la filosofía, a lo cual responde: “a reflexionar, que es uno de los elementos que se ha perdido en nuestra cultura. Una cultura de la imagen donde o hay presencia o uno no cuenta. Vivir continuamente volcados en lo exterior nos impide reflexionar, algo

que mire por dónde, es una de las características fundamentales del ser humano desde que empezó el proceso de hominización...”.⁴

A la vista de dichas reivindicaciones de la filosofía frente a la atomización de los propios conocimientos que surgieron de ella, persiste sin respuesta la pregunta planteada anteriormente: ¿qué puedo saber? Siguiendo a Blaise Pascal, “vale más saber algo acerca de todo que saberlo todo acerca de una sola cosa”. Este pensamiento pudiera parecer dogmático pues pone a la filosofía por encima de cualquier ciencia, sin embargo, no está exenta de fundamento pues todas las ciencias han nacido de la propia filosofía. La pregunta ¿qué puedo saber? no va formulada, obviamente, al objeto propio del conocimiento científico, sino al pensador profundo (pero también a cualquier común mortal) que necesita conocer y comprender el sentido de su vida en el mundo que le ha tocado vivir. Por tanto, para dar una explicación con coherencia filosófica debo, nuevamente, volver la mirada hacia el mundo, la humanidad, hacia mí mismo y hacia Dios. Pero hay tal caos en el mundo, que no hay nadie que sepa por dónde empezar a conocer de una manera ordenada: los políticos van cada cual a sus intereses, los países capitalistas son cada vez más ricos y los países pobres cada vez más pobres, los fanatismos religiosos lanzan ataques suicidas indiscriminados, las guerras que no paran en todo el mundo, el mismo mundo que está cambiado debido al efecto del recalentamiento climático, los profesores que ya no son respetados por los alumnos, los hijos que ya no atienden a la educación tradicional, etc. Un padre que quiera educar a sus hijos tiene muy pocos referentes sociales donde acudir como ejemplos de la condición humana. Los medios de comunicación ya se encargan de que estos problemas mundiales estén en nuestro desayuno, en nuestra comida y hasta en la cena. Es cierto que hay un derecho a la información, pero ¿qué información? Insisto: ¿qué referentes morales tenemos al alcance de nuestro mundo para ofrecer a nuestra juventud? Hay que recordar, siguiendo al filósofo y político italiano Manzini, que “el verdadero instrumento del progreso radica en el factor moral” ¿Cómo puedo intentar transmitir mi visión y comprensión del mundo a mis hijos,

⁴ *www.xlsemanal.finanzas.com*. Magazine: “Filosofía con Adela Cortina Orts”. N° 1026 del 24 al 30 de junio 2007.

ahora adolescentes, si no hay un cuerpo de conocimientos con validez universal que regule las acciones morales de la humanidad? Difícil papeleta para un padre que, además, no tenga esa capacidad reflexiva a que aludía anteriormente Adela Cortina.

Es cierto que ha habido una iniciativa en este sentido con la nueva asignatura de “Educación para la ciudadanía” de reciente aplicación en España, pero promulgada hace tiempo a nivel europeo, como una especie de conciencia de un problema que está latente en este mundo desajustado. Esto no hace más que darle la razón a Platón a su decir que “el objetivo de la educación es la virtud y el deseo de convertirse en un buen ciudadano”. Es un intento de hacer algo en ese sentido pero, incluso los políticos y también la Iglesia discrepan acerca de los contenidos, pues afectan a las consideraciones internas de los propios postulados partidistas o eclesiásticos. Reivindico desde aquí una mayor atención al problema planteado: la organización del saber no le corresponde a curas y políticos, sino a pensadores cualificados. Me solidarizo con el pensamiento del filósofo y sociólogo alemán Georg Simmel cuando dice que “solo en la filosofía es donde cada pensador, cuando es original, determina no únicamente lo que quiere responder, sino lo que quiere preguntar para responder al concepto de filosofía”. Por eso mismo se hace más evidente que nunca el pensamiento de Platón a este respecto: “Todos los países están mal gobernados y la única salvación consistiría en que los filósofos fueran políticos o, cosa improbable, que los políticos fueran filósofos”. Es evidente que nuestro mundo contemporáneo plantea numerosas contradicciones morales según sea el punto de vista de las personas o sociedades. Las diferentes culturas del mundo no son más que un reflejo de los propios conocimientos acerca de las creencias, costumbres sociales, políticas y religiosas. En todas las culturas hay un saber, aunque moralmente antagónico.

Difícil cuestión, pues, la planteada. A la pregunta ¿qué puedo saber?, objeto de este capítulo dedicado a la riqueza intelectual, le sigue inevitablemente otra: ¿qué puedo hacer dentro de este laberinto de intereses políticos y religiosos? La historia de la humanidad está repleta de errores políticos y religiosos. El médico español Ramón y Cajal ya apuntó que “lo peor no es cometer un error, sino tratar de justificarlo, en vez de aprovecharlo como

aviso providencial de nuestra ligereza o ignorancia”. Llegado a este punto, está todavía sin resolver cómo articular el conjunto del saber, para regular mejor este mundo caótico. Los posibles caminos acerca de lo que podemos hacer en nuestra vida y en nuestro mundo, quedan enteramente dentro de la esfera de la moralidad. Si no existe un orden de conocimientos que regulen el caos de este mundo, ¿cómo caminar por él? Dicho de otro modo, ¿cómo tomar las decisiones correctas en base al conocimiento mismo? En definitiva, ¿qué puedo saber para guiarme ciertamente? Sigue siendo la eterna pregunta que el filósofo Sócrates se respondió a sí mismo: “Filosofía es la búsqueda de la verdad como medida de lo que el hombre debe hacer y como norma para su conducta”. La pregunta aún más profunda es: ¿adónde acudir para que mi “saber” sea cierto y no equívoco? Obviamente, a los padres, el sistema educacional y a la sociedad de la información pero, sobre todo, a nuestra propia capacidad cognitiva.

Esta difícil cuestión planteada está en el origen mismo del propósito de este ensayo. Como dijo el filósofo inglés Bertrand Russell, “lo más difícil de aprender en la vida es qué puente hay que cruzar y qué puente hay que quemar”. Es en el intento de buscar respuestas a preguntas difíciles, como ha evolucionado la historia de la humanidad. Y la dificultad de tal reto no debe desanimar al filósofo activo que muchos llevamos dentro. Estas cuestiones planteadas, sobre las cuales llevo reflexionando muchos años, me han hecho concluir que debo redirigir la mirada hacia la comprensión de mí mismo como persona respecto a mi relación con el mundo. Si lograra un conocimiento cierto, irrefutable científicamente, acerca de lo que puedo saber de mí mismo respecto a dicha relación con el mundo, de modo que tenga validez universal para todos los seres humanos, tendría entonces una metodología de aplicación universal al género humano, para que cada persona pudiera conducir sus acciones con conocimiento de sí mismo. Se trataría en esencia de una epistemología acerca de la libertad con conocimiento de causa desde postulaciones científico-filosóficas. Dicho esto en pensamiento socrático: el conocimiento y el autodomínio habrán de permitir restaurar la relación entre el ser humano y la naturaleza. El conocimiento de la ignorancia ajena y la propia (ironía socrática conocida por su célebre frase: “solo sé que no sé

nada”), debe ser el inicio del camino ascendente hacia la comprensión real de lo que soy respecto a mi mundo. Pero no debe quedarse solo en la ironía socrática propia de la comprensión limitada a su época, sino enlazarla con nuestro mundo científico, el cual debe ser trascendido por la propia humanidad hasta llegar a reivindicar, una vez más, la reflexión acerca de lo que se puede conocer de uno mismo respecto al mundo. Planteada la situación, emplazo al lector a seguir leyendo para ver más adelante cómo intento dilucidar esta incógnita cognitiva.

Es obvio que aquello que quiero conocer, es decir, el mundo, está moralmente muy mal: fanatismos religiosos, ecológicamente en declive, descompensación de riquezas Norte-Sur, falta de unicidad de criterios políticos y económicos para salir de la actual crisis financiera mundial. Lo único que debe mantenerlo todavía en pie es algún tipo de espíritu que debe subyacer en todos nosotros. Y a ese espíritu vamos a dedicar el próximo capítulo. De momento, basta recordar que todos tenemos un filósofo dentro de nosotros y que, de cada cual, depende que sea pasivo o activo respecto al conocimiento. De dicha actitud hacia el conocimiento, va a depender nuestra comprensión del mundo. Al fin y al cabo, el saber no ocupa lugar y “darse cuenta de que se es ignorante es un gran paso hacia el saber”, en palabras del político inglés Benjamin Disraeli. Pero nos puede ir la vida en ello, ateniendo cada cual a la actitud tomada respecto al mismo conocimiento. Nunca mejor dicho si con el conocimiento podemos comenzar a mejorar como persona, como padre, como amigo, como ciudadano y, en definitiva, como habitante de este planeta al cual le debemos la vida.

3. RIQUEZA ESPIRITUAL: El sujeto cognoscente frente a la antinomia existencial libertad-esclavitud

La Real Academia Española de la Lengua define así la palabra “espiritual”:

- a) Perteneciente o relativo al espíritu.
- b) Dicho de una persona: muy sensible y poco interesada en lo material.

Es importante realizar esta aclaración de lo que entiendo por el concepto “espiritual” pues, para muchas personas, se asocia la palabra espiritual a lo religioso o místico. Y, aun cuando esto puede ser así, me ocuparé del término espiritual en todo lo que se refiere a la actividad espiritual del ser humano prescindiendo, de momento, de toda consideración religiosa o mística. Nos ocupa la actividad espiritual de las personas, en tanto que son seres humanos con una sensibilidad que se proyecta hacia fuera de sí: hacia el mundo, hacia los demás y, cómo no, hacia Dios. En palabras del erudito alemán Humboldt, “en el fondo son las relaciones con las personas lo que da sentido a la vida”. Consecuentemente, la actividad espiritual humana siempre debe ser una actividad de relación respecto a lo conocido y entendido en los cuatro pilares descritos en el capítulo anterior: el mundo, la humanidad, mi persona y Dios. La no consideración del término espiritual en su vertiente religiosa o mística no nos impide establecer una relación espiritual, en tanto que cualidad relativa al espíritu, respecto a Dios. En efecto, la persona espiritual en el sentido religioso o místico hace de esa espiritualidad una asunción moral en su propia vida. Sin embargo, en este apartado, solo pretendo establecer desde la razón una relación desde el espíritu humano hasta la comprensión de los límites espirituales propiamente dichos. Por tanto, en este sentido, se hace evidente y necesario establecer también una relación del espíritu humano respecto a Dios, independientemente de que cada cual asuma o no esa relación espiritual. La asunción de la espiritualidad divina depende de la moralidad de cada persona, sin embargo, establecer una rela-

ción racional sobre ello cae dentro del campo de la propia filosofía que intenta comprender todos los límites a investigar. Hecha esta importante aclaración, tengo el camino despejado para conceptuar la relación del espíritu humano respecto a la humanidad, de su mundo y, si es necesario, hasta la interpretación de Dios, como posibilidad. Sigamos entonces acerca del tema en cuestión, a saber, la opción de riqueza espiritual a la cual todos tenemos acceso.

Como he expuesto anteriormente, aún no hemos resuelto los problemas de convivencia a nivel mundial, ni superado las graves diferencias sociales y culturales entre las naciones. No se ha establecido un sistema coherente, con bases en el entendimiento y la razón, para establecer paz y convivencia a nivel mundial. No quiero decir con ello que carezcamos de un mínimo: en efecto, la conquista de derechos y libertades sí que están recogidas en las diferentes constituciones de cada nación o unión de naciones (EUA o Comunidad Europea). Forma parte, como he apuntado en un capítulo anterior, de nuestra herencia cultural y social. Lo que trato de decir es que a pesar de los avances científicos, culturales y sociales, aún no se ha consensuado un cuerpo de conocimientos, de carácter universal, para regular la actividad espiritual de la humanidad. En este sentido, cada país puede legislar en función de su propia moralidad: la eutanasia está regulada en unos países y no en otros; el uso de las drogas está penado de manera muy diferente en muchos países; la homosexualidad es permitida y legislada en unos países y perseguida en otros; podría seguir con una larga serie de ejemplos. Lo que quiero concluir es que no hay una regulación moral universal basada en un conocimiento consensuado, con validez universal para la humanidad. Y, como existe ese vacío, la incultura o ignorancia de algunos pueblos, el despotismo de algunos dictadores y, sobre todo, el poder espiritual ejercido por las diferentes religiones, están ocupando la posición de poder que le corresponde al Conocimiento con mayúscula. El filósofo inglés Herbert Spencer ya evidenció que “la ciencia es el conocimiento organizado”, sin embargo, este conocimiento organizado está hoy despojado de su lugar natural: no hay mayor peligro para la humanidad que el poder cognitivo esté en manos de los poderosos lobbys financieros, armamentísticos y empresas transnacionales, sin que exista un control mediante una democracia participativa. Esta usurpación de

poder hace que el entendimiento y la razón se abran camino a través de la historia universal de la humanidad con bastantes avances y retrocesos. Es por ello que, desde aquí, reivindico la necesidad de que la filosofía vuelva a ocupar el centro de todo debate, a saber, el espíritu filosófico por excelencia como ya evidenció Descartes al decirnos que “no ser útil a nadie equivale a no valer nada”. Dicha utilidad de la filosofía debería ser extensible a la correcta educación en las aulas, la convivencia en la calle, el espíritu de comprensión en la familia y la concordancia política, por ejemplo, si bien para todo esto habría que pasar por la criba política, social y educativa donde estamos todos representados. Y, para ello, sería necesaria una nueva conciencia basada en nuevas necesidades que acucian a este mundo. Esta nueva conciencia debe ser un resurgir revolucionario cuyo campo de batalla sería nuevas ideas, de corte humanitario, para nuevos problemas con origen en el materialismo. Vivimos en una época materialista donde el neoliberalismo nos ha conducido a una crisis mundial, afectando profundamente a las clases sociales más bajas y pobres. Dejo apuntada la idea de necesidad de esa nueva conciencia que, entreveo, está naciendo en muchos movimientos sociales al estilo “verdes”, “anti-globalización”, “ocupas”, movimientos “anti-consumo”, “anti-capitalistas”, etc., en definitiva, colectivos que afloran ciertos síntomas de malestar en nuestra cultura excesivamente capitalista y explotadora del propio ser humano. No pretendo, aquí y ahora, realizar una defensa de esos colectivos, pues habría que entrar en profundos estudios de sociología, lo cual no es el objeto aquí. Sin embargo ahí queda el apunte para un futuro debate sobre el tema de esa nueva conciencia que está por eclosionar y que será objeto de un trabajo específico en el futuro. Es seguramente una tarea utópica la planteada, porque primero habría que destituir del poder a los políticos ultra conservadores, regenerar racionalmente la casta eclesiástica así como enriquecer la ignorancia de muchos congéneres alimentados con unos planteamientos espirituales “contaminados”, siendo esto último ya denunciado por el poeta francés E. Godin al decirnos que “el sentimiento colma las lagunas de la ignorancia”.

No obstante conocer dichas limitaciones es mi obligación como filósofo activo intentar impulsar una dialéctica intelectual en ese sentido: solamente una espiritualidad humana, nacida de

un verdadero conocimiento de lo humano puede establecer una dialéctica espiritual para la humanidad. Pero entonces, ¿en qué consiste dicha espiritualidad humana? No es necesario recurrir a planteamientos metafísicos para explicarlo. La fuerza que regula la actividad espiritual humana es el “amor”, tal como ya lo expresó el dramaturgo francés Gabriel Legouvé: “Creo, en verdad, que todas las virtudes están contenidas en una sola palabra: amor”. El amor es un sentimiento que trasciende nuestra existencia finita. El amor es sentimiento que puede ser racionalizado y, por tanto, es muy conveniente conocer todos los límites de comprensión acerca de dicho concepto. ¿Es concebible la existencia humana sin amar y/o ser amado? Esta es la profunda cuestión. Nuevamente recurro a La Real Academia Española de la Lengua, a ver que nos dice del amor:

- a) Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser (necesidad de relación aludida anteriormente).
- b) Sentimiento de afecto, inclinación y entrega a alguien o algo.

Es pues esa carga sentimental que posee toda persona, el baluarte espiritual que va a marcar las pautas de comportamientos hacia el mundo, la humanidad, a sí mismo y hasta Dios. Esa espiritualidad no es más, por tanto, que un sentimiento amoroso hacia alguien o algo en el sentido de que “todo lo que sabemos del amor es que el amor es todo lo que hay”, en palabras de la poeta estadounidense Emily Dickinson. Ahora bien, desde la publicación de *El viaje al amor, las nuevas claves científicas* de Eduardo Punset, el amor es analizado desde un punto de vista científico. Se trataría, en esencia, de una programación biológica para que el amor dure cinco, seis o siete años, los justos para dar riendas sueltas a nuestro instinto de procreación. “El amor tiene una explicación evolutiva muy precisa, en nada vinculada al romanticismo. Es un instinto de supervivencia en el sentido de que ningún organismo intenta vivir solo” aclara el autor. Representa ello la primera inmersión que la ciencia, la biología, hace en un terreno vedado hasta ahora a la moral. Por tanto,

“el amor no es sino un instinto de fusión con otro organismo para garantizar nuestra supervivencia”.⁵

Esta tesis puede llevarnos hacia una larga discusión moral con varios frentes: el religioso, por el cual los hijos de Dios ya no seríamos hijos del amor divino; el social, por el cual habría una justificación para la disgregación de lo humano en vez de la unificación en un sentido superior; y, por último, en lo personal, pues se perdería, entonces, el sentido de la trascendencia generacional de padres a hijos como motivación espiritual superiormente idealizada. Es decir, desmonta todos los fundamentos del sentido mismo de la vida en pareja, en familia y en sociedad. De hecho, ya no hay razón del existir mismo del amor platónico. El amor se convierte, entonces, “en un espacio neuronal (2,5 veces mayor en el hombre que en la mujer), de modo que él “dispara” a todo y, ella, selecciona. Incluso las hormonas que están involucradas en el amor romántico son las mismas que se activan en el amor que prodigan los padres hacia los hijos; ambas emociones tienen la misma neurobiología y el mismo fin evolutivo: perpetuar la especie”. Sin enjuiciar la labor de metodología científica de dicho estudio e, incluso suponiendo la certeza de tales argumentos, podemos afirmar que, si el hombre tiene la capacidad de autorreconocerse en su propia perpetuación de la especie, es porque ha logrado un “plus” evolutivo que lo distingue y separa del reino animal: tiene capacidad de pensarse a sí mismo, es decir, tomar conciencia del amor físicamente prodigado a través de su propia evolución. Con ello tiene razón el académico francés André Maurois al afirmar que “el amor físico es un instinto natural, como el hambre y la sed; pero la permanencia del amor no es un instinto”. Incluso, me atrevo a aventurar que la emancipación de ese amor, propio de la especie humana, debe ir correlativa a la misma emancipación del pensamiento humano, reivindicación de este ensayo, respecto a la actitud científica. ¿Cómo se podría justificar la evolución sin, a su vez, un ser evolucionado con conciencia propia para reconocerse en dicha evolución? La filosofía ha generado una descendencia tuerta: la ciencia quiere explicarlo todo. ¿Será capaz la propia ciencia de explicar cómo se piensa a sí misma

5 PUNSET, EDUARDO. *El viaje al amor, las nuevas claves científicas*. 1ª Edición. Editorial Destino. 2007. ISBN 9788423339617.

mediante la conciencia? ¿Es la conciencia fruto de la evolución? Y, si lo es, ¿debe esa conciencia, ahora colectiva, asumir retos morales para la humanidad o dejarse llevar por el devenir azaroso de la propia evolución? La evolución es siempre evolución hacia algún lugar y, entonces, ¿cuál es ese lugar? ¿No sería ese lugar el propio de la conciencia colectiva con un posicionamiento dirigido hacia la misma humanidad? Si fuera así, ¿quién se va a responsabilizar de los designios de la humanidad: los políticos, las religiones, los científicos o los revolucionarios descontentos por la explotación capitalista? Por el mismo razonamiento que el del “amor científico”, el pensamiento no sería más que una evolución propia de nuestra especie. De acuerdo, por tanto, en dicho planteamiento evolucionista. Pero, ¿ahora qué? ¿Dejaremos que los sentimientos amorosos de una familia, de una sociedad y de nuestro mundo se autodestruyan por el efecto bomba atómica, por el efecto fanatismo religioso o por el efecto degradación medioambiental. ¿Podrá algún día la humanidad sustituir la palabra “guerra” por “paz” y “amor”?

Como contrapunto al “amor científico” de Punset voy a reivindicar la teoría de “resiliencia” del neurólogo, psiquiatra y etólogo francés Boris Cyrulnik. Es desde 1996 director de estudios de la facultad de Ciencias Humanas de la universidad de Var y responsable del equipo de investigaciones en etología clínica del hospital de Toulon. Sus trabajos han permitido desarrollar el concepto psicológico de la resiliencia. De origen judío, sufrió la muerte de sus padres en un campo de concentración nazi del cual logró huir cuando solo tenía seis años. Tras la guerra, deambuló por centros de acogida hasta acabar en una granja de la beneficencia. Por suerte, unos vecinos le inculcaron el amor a la vida y a la literatura y pudo educarse y crecer superando el pasado. No es ni mucho menos gratuito que el Dr. Cyrulnik haya indagado tan a fondo en el trauma infantil: siendo niño vio como toda su familia, emigrantes judíos de origen ruso, eran deportados a campos de concentración de los que nunca regresaron. Era el típico caso perdido, un “patito feo” condenado a llegar a la edad adulta convertido en un maltratador, un delincuente o un tarado. Su resiliencia personal, su nexo de unión con la vida, fueron las personas, los libros y el rugby: “Estudié medicina por un deseo de seguridad, de integración; nadie duda que es porque mi familia fue deportada por lo que yo quise

orientarme hacia la psiquiatría, explorar la mente humana y dar un sentido a lo incomprendible. La resiliencia se define como la capacidad de los seres humanos sometidos a los efectos de una adversidad, de superarla e incluso salir fortalecidos de la situación, gracias a la necesidad del “otro” como punto de apoyo para la superación de dicha adversidad. Así, la clave reside en los afectos, en la solidaridad, y estos en el contacto humano. Con los ingredientes del contacto humano, el entendimiento, la palabra, se puede volver “a flote”. La resiliencia (y el trauma) no tiene frontera de nacionalidad o condición y, preguntado por si hay alguna edad tope, respondió: hasta los 120 años, en Toulon estamos trabajando con mayores enfermos de Alzheimer, que olvidan las palabras, pero no los afectos, los gestos, ni la música”.⁶

¿No constituye la aportación del Dr. Cyrulnik una visión superior del amor, es decir, una evolución del “amor biológico” de Punset hacia un “amor humanista”? En mi opinión, la ciencia ha llegado a un punto donde tiene que ceder el testigo a los Pensadores con mayúscula. El testigo científico debe ser asumido por el filosófico como ya evidenció Aristóteles al decirnos que “es preciso que la filosofía sea un saber especial, de los primeros principios y de las primeras causas”. Este cambio de testigo de lo científico a lo filosófico no debe ser entendido como un traspaso de poderes de uno a otro sino como la propia evolución del pensamiento científico subsumido al pensamiento humanista. No se trataría de una disgregación de conocimientos sino, bien al contrario, de una integración desde lo científico hacia lo humano como finalidad en sí misma. Desde dicho pensamiento humanista tocaría, ahora, pensar qué vamos a hacer con este mundo altamente tecnificado que lleva a la sobreexplotación de uno países sobre otros, a guerras organizadas con fines económicos, en definitiva, un desequilibrio humanitario con antítesis de riqueza/pobreza y modernidad/subdesarrollo, que pone en peligro nuestro propio planeta, como bien reivindica el premio Nobel de la paz Al Gore, respecto al Medio Ambiente y los peligros futuros para nuestro mundo.

Por tanto, estoy de acuerdo con Punset en que, incluso su teoría

6 *www.redsistemica*. “Sobre resiliencia: el pensamiento de Boris Cyrulnik”. Artículo n° 85

científica, viene a coincidir en el tiempo y en el espacio de la “animada social” en la que se encuentra este caótico mundo anteriormente descrito. Pero, ahora, son tiempos de invertir los papeles: la filosofía ha postulado el nacimiento de la ciencia; este hijo pródigo debe volver a su casa, poniendo las ciencias sus conocimientos al servicio de la filosofía de modo que juntos podamos repensar qué hacer con esta humanidad “enferma” de tantos conocimientos que nos han llevado a un consumismo desmedido. Preconizo que este siglo XXI debe ser el siglo de la Humanidad y, para ello, debe haber una toma de conciencia de cada individuo, de la colectividad social de cada país y, cómo no, de la comunidad mundial. Ahora bien, ¿quién le pone el cascabel al gato? (Perdón, quiero decir a los políticos).

Habiendo reflexionado (si es que puedo decirlo así, porque a lo mejor soy una evolución todavía no consciente de mí mismo), sobre la situación actual del amor y del pensamiento respecto a la posición científica, voy a proseguir con mi discurso intelectual acerca de la espiritualidad que, en este capítulo, corresponde al amor. Veamos, entonces, hacia dónde dirige su actividad ese espíritu llamado amor:

- a) **Amor al mundo:** aquí encuentran su lugar todos los amantes de la naturaleza en todas las vertientes posibles. La máxima defensa del mundo, hoy en día, es la propia conciencia colectiva cada vez más clara de que, dicho mundo, está en peligro de autodestrucción precisamente por la mala acción del ser humano. Bienvenida por tanto a todos los activistas y asociaciones a favor de la defensa de la naturaleza.

- b) **Amor a la humanidad:** en este apartado pueden encontrar su sitio todos aquellos que, de manera totalmente desinteresada (libre de interés económico), entregan su vida o parte de ella a la humanidad. Los casos más significantes y dignificantes pueden ser la madre Teresa de Calcuta y Vicente Ferrer. Son dos ejemplos de auténtica devoción por la humanidad. ¿Son estas dos personas un espécimen raro por haber sustituido la perpetuación de la especie por el amor a dicha especie? Nada más lejos de la realidad como ya afirmó el filósofo alemán Leibniz: “Amar consiste en encontrar en la felicidad de otro la propia felicidad”.

- c) **Amor a Dios:** es el máximo nivel de entrega espiritual. Se entrega la propia vida a la devoción espiritual. En esta categoría están todas las personas que dedican su vida entera a la religión o a la actividad espiritual. Ahora bien, el hecho de entregar la propia vida a la dedicación espiritual no exime a la persona religiosa (curas y similares) de la responsabilidad de cuidar de sus otras dos potencias (la material y la intelectual). El excesivo enroscamiento en la actividad espiritual ha producido efectos perniciosos y perjudiciales para la actividad intelectual de la humanidad. En la actualidad, los postulados eclesiásticos chocan muchas veces con la nueva moral emergente propia de una sociedad tecnológicamente avanzada (aborto, eutanasia, anticonceptivos, homosexualidad, valores educativos, etc.). Los cuerpos eclesiásticos pretenden infundir sus doctrinas fundamentalistas, muchas veces alejadas de los postulados científico-intelectuales, propios de sociedades avanzadas, inmiscuyéndose en la actividad propia de la dialéctica intelectual de la humanidad a través de la política. De momento, basta con haber expuesto el problema de entendimiento existente entre los “poseedores de la verdad divina” respecto a los “buscadores de verdad”. Veremos más adelante, cómo planteo resolver dicha dicotomía.

No se trata, aquí, de realizar ninguna consideración ética acerca de si un camino es mejor que el otro. Estos tres caminos —amor al mundo, amor a la humanidad y amor a Dios— están ahí al alcance de todos para ser recorridos. Cada cual va a tener su propia riqueza espiritual y, en los actos de cada uno, se verá reflejada. No pido que todos hagamos lo mismo, sin embargo, si tuviésemos la más mínima parte de esa riqueza espiritual, el mundo seguramente iría mejor. Lo que ocurre es que la mayoría está todavía dedicada a la búsqueda de la riqueza dineraria. No obstante, confío en el género humano y en su capacidad de superación: estoy seguro que en cada uno de nosotros hay algo de ese espíritu aunque está seguramente dormido y, por tanto, no ejerce su dialéctica espiritual en todo su resplandor. Lo mejor de cada ser humano resurge siempre en los momentos de dificultad y, pienso, que estamos viviendo una

dificultad colectiva fruto de la desorientación del sentido de la humanidad. Pero, menos mal que Alfred Nobel lo supo ver claro: entregó toda su riqueza sensible (toda su fortuna) para contribuir a la mejora del género humano, de manera que se premiara a todas aquellas personas que por su actitud científica, cultural o moral contribuyeran al enaltecimiento del espíritu de la humanidad. ¿Cómo puede entenderse que existan personas con planteamientos espirituales hacia la humanidad? ¿No será que el amor evolucionista de Punset habrá dado paso al amor humanista de Nobel? Como ya expresó el poeta griego Hesíodo: “El amor es el arquitecto del universo”. ¿No habrá comenzado ahí el cambio de testigo de lo científico a lo humano? ¿No corresponde ahora culminar el cambio definitivo de este testigo desde lo científico hacia lo humano para luego vislumbrar algún horizonte espiritual futuro?

Los premios Nobel no son una utopía de un lunático, sino una actitud visionaria de un filósofo activo que creía en la racionalidad del propio Conocimiento como tabla de salvación de la Humanidad. Quien me diga ahora que la “riqueza espiritual” es una falacia, que tenga cuidado con lo que dice: podría ofender a la memoria de todos aquellos que han hecho posible que en el mundo actual se disfrute del bienestar social, elaborado sobre la base científica, cultural y espiritual de hombres que entregaron su vida al “conocimiento” y a la “espiritualidad” del ser humano. Toda la riqueza sensible (bienestar material), intelectual (conocimientos) y espiritual (“amor científico” hacia un “amor humanístico”) conforma la herencia colectiva sobre la cual descansa la espiritualidad de tantos hombres conocidos (historia del saber humano) y no conocidos (productivos anónimos) que han hecho posible este mundo en el que vivimos. Existe un deber espiritual humano (no metafísico, ni ininteligible) hacia nuestros antepasados. Nos debemos moralmente a la humanidad, no por imperativo religioso, sino por imperativo mismo de la razón espiritual. Esta capacidad espiritual, expresada en amor hacia la humanidad, pero conocida y entendida de un modo científico (Punset), racional (Nobel) y humanístico (Cyrułnik), tiene varios caminos de realización. “Todo lo que se hace por amor, se hace más allá del bien y del mal” sentenció el filósofo alemán Nietzsche. Los caminos de realización del amor son muy variados:

- Amor a los ancestros
- Amor a los padres
- Amor a los hermanos
- Amor a sí mismo
- Amor a la pareja
- Amor a los hijos
- Amor a la familia
- Amor a los amigos
- Amor al grupo social
- Amor a la nación
- Amor a la humanidad entera

Cada una de esas cualidades espirituales bien merecería un trabajo en profundidad, de manera individualizada. De momento, solo me permito realizar esta descripción para que todo aquel que, como filósofo activo, desee acercarse a esas riquezas espirituales sepa que, en el mismo proceso de saber más acerca del tema, está ya realizando una “dialéctica espiritual”:

- Escuchar los consejos de un padre es, en sí, una dialéctica espiritual.
- Ayudar a un hermano es una dialéctica espiritual.
- Desarrollar la autoestima es una dialéctica espiritual.
- El deseo de una pareja de ser padres es una dialéctica espiritual.
- Desear lo mejor para un hijo es una dialéctica espiritual.
- Llevarse bien con toda la familia es una dialéctica espiritual.
- La amistad es un valor con garantía de dialéctica espiritual.
- La actividad en cualquier grupo social es signo de pertenencia, contribución e integración en una dialéctica espiritual.
- El sentimiento de pertenecer a una nación es también una dialéctica espiritual.
- El sentimiento de solidaridad con el resto de la humanidad constituye también una dialéctica espiritual.

Como podemos comprobar, existen varios caminos para desarrollar nuestra dialéctica espiritual y, consecuentemente, diversos grados de relación y compromiso amoroso hacia la humanidad. Unos dedican más intensamente su vida a uno u otro camino, pero

todos tenemos un compromiso con cada uno de esos caminos, en mayor o menor grado. Es tan solo nuestra propia consideración de la importancia que otorgamos a esos valores espirituales, lo que va a determinar nuestro compromiso activo hacia la dialéctica espiritual elegida. Es precisamente la propia consideración de esa escala de valores espirituales, lo que va a conformar nuestra propia moral. Pero, entonces ¿qué es la moral? Veamos qué dice la Real Academia Española de la Lengua:

- a) Relativo a las acciones de las personas.
- b) Que no pertenece al campo de los sentidos, por ser de la apreciación del entendimiento o de la conciencia.

Cada persona tiene su propia moral sobre los asuntos que pertenecen a la espiritualidad. En la riqueza intelectual del capítulo anterior, nuestro entendimiento a través de la razón llega a conocimientos ciertos con bases científicas o intelectuales. Sin embargo cuando se trata de dirigir nuestras acciones hacia alguien o hacia algo, interviene nuestra moralidad sobre el asunto, es decir, nuestro propio criterio personal. Pero, ¿en qué se puede basar nuestra moralidad para decidir una acción? Solo se puede basar en conocimientos ciertos, de razonable entendimiento a nuestra capacidad de conocer y comprender. Ahora bien, visto el debate anterior respecto a la falta de acuerdo entre las posiciones científicas, humanistas y espirituales, se evidencia cierta dificultad de alcanzar un consenso y, por tanto, carecemos de un cuerpo de conocimientos universales para nuestra moral. Así, la moralidad humana ha ido evolucionando hasta hacerse objetiva en la Declaración Universal de Derechos Humanos, el Tribunal Europeo de Derechos Humanos de Estrasburgo y la Corte Internacional de Justicia de La Haya. Pero, a pesar de ello, no existe un consenso mundial acerca de los designios de la Humanidad con base al Conocimiento con mayúscula. Es en esa línea de concordancia entre los sabios de cada país y del mundo entero (al estilo de la alianza de civilizaciones propuesta por el presidente del Gobierno español Rodríguez Zapatero) como deberá institucionalizarse un comité formado por todos los grandes pensadores de todas las áreas del conocimiento: filósofos, científicos, sociólogos, investigadores, premios Nobel, líderes espi-

rituales y religiosos, todos ellos libres de las ataduras partidistas a poderes económicos y políticos, pero con autoridad para encauzar una moral de la Humanidad en base al propio Conocimiento. Me parece que esta utopía está todavía lejos de concretarse aunque, hay un atisbo en este sentido, al haber sido nombrado Felipe González como presidente del comité de sabios de la Unión Europea. Algo es algo. El ser humano ha sido capaz de viajar hasta la luna, total para nada, por el solo afán conquistador. Ahora debe conquistar el corazón de la propia humanidad, pues el futuro generacional depende de ello.

Por tanto, sabemos que existen unos valores espirituales y, sabemos también, que nos comprometemos en dichos valores con nuestras acciones. Pero lo único que diferencia nuestras acciones de unas personas a otras, es la consideración moral diferente sobre un mismo hecho (ya que carecemos de un consenso universal acerca de la moralidad). Veamos algunos ejemplos para entender este problema de la moral:

- Sabemos que el reciclaje y la seguridad son necesarios para mejorar el Medio Ambiente de nuestro mundo, pero el compromiso no es igual en todas las personas y sociedades.
- Sabemos que la contaminación de la atmósfera es también muy perjudicial para nuestro mundo. Sin embargo, los países más contaminantes como los EUA y China son los más reticentes a colaborar. Asimismo, las empresas anteponen sus intereses de producción industrial a la preservación medioambiental.
- Sabemos que robar es moralmente malo, pero la codicia humana no tiene límites.
- Sabemos que matar es moralmente malo, pero sirve como fin en sí mismo para, supuestamente, lograr unos fines pretenciosamente más morales: es el fanatismo político y religioso en su máxima expresión.

Habría tema suficiente para escribir otro libro acerca de la moralidad de nuestra sociedad contemporánea pero, como no es

el objeto de este ensayo, de momento nos limitaremos a apuntar que cada uno de nosotros, mediante su propia conciencia, es el responsable de establecer su propio código moral que le hará responsable respecto a sus actos. Dicho de otro modo, cada uno de nosotros establece en su propia conciencia las consideraciones morales respecto a su propia espiritualidad. Y es por tanto, mediante la conciencia de nuestra moralidad espiritual, que dirigimos las acciones para bien o para mal en nuestra vida. En ayuda de nuestra conciencia podemos, aquí también, distinguir tres vías de nuestra formación espiritual que pueden determinar cómo está condicionada dicha conciencia:

- a) Cualidad espiritual exógena biológica: la formación espiritual procedente de nuestros padres o familiares.
- b) Cualidad espiritual exógena social: la cultura espiritual de la sociedad en la cual se vive. Puede ser de cualquier signo político o religioso. Cada sociedad tiene sus propios valores espirituales y cada uno de nosotros es su heredero espiritual. Es nuestro punto de partida del cual no podemos desprendernos, pero sí interactuar mediante nuestra dialéctica espiritual libremente ejercida. Seguramente no vivimos en una sociedad con valores morales espirituales perfectos pero nos toca a cada uno de nosotros, con nuestra participación de filósofo activo, intentar mejorar lo presente. A partir de estas dos cualidades espirituales exógenas (biológica y social), es como se va formando el particular concepto espiritual de cada cual, pero interrelacionado con nuestro libre albedrío para dar lugar a nuestra propia cualidad espiritual endógena.
- c) Cualidad espiritual endógena: es la conformación de nuestra propia moralidad personal. Es la propia conciencia de dicha moralidad personal dentro de las cualidades espirituales heredadas de manera biológica y social anteriores. Nuestra conciencia se va a enriquecer mediante lo que uno mismo es capaz de entender y conocer de sí mismo en relación con el mundo: vamos construyendo, así, nuestra propia “dialéctica

espiritual” (relación de amor de mí hacia la humanidad y el mundo).

La única viabilidad que le queda a nuestra conciencia para enriquecer nuestra moralidad (para que nuestros actos tengan una guía segura) es la vía del conocimiento, es decir, la riqueza intelectual. “Tener conciencia” es usado sinónimamente al concepto de “tener conocimiento”. El conocimiento conforma a la conciencia. Concluyendo, podemos afirmar que la riqueza espiritual (amor), si bien tiene su origen en la herencia biológica y social (amor recibido), es en el ejercicio de nuestro entendimiento consciente (lo que “sé”) como vamos construyendo nuestra dialéctica espiritual (relación de amor) para dirigir nuestras acciones con contenido moral. Es por tanto la dialéctica intelectual (acercamiento al conocimiento) que va conformando la dialéctica espiritual (desde al amor humano hasta el amor divino). Es nuestro particular entendimiento el que nos empuja a determinar las acciones espiritualmente deseables. Ahora bien, no sirva esto para predeterminar cualquier teoría cognitiva acerca del conocimiento y de la moralidad. Esto será cuestión de otros desarrollos y trabajos. Basta entender, de momento, que cada uno de nosotros tiene capacidad hacia una riqueza espiritual (amor) y esta encuentra su desarrollo en los actos morales generados por nuestra propia conciencia a partir del entendimiento individualmente intelectualizado. Es decir, la “dialéctica sensible” de cada cual (deambular de las acciones en el mundo), se realiza de acuerdo con los propios actos “libres” en base a la propia “dialéctica intelectual” (acercamiento voluntario al conocimiento) en combinación con la “dialéctica espiritual” (relación moral elegida “libremente” respecto a la humanidad y del mundo).



CAPÍTULO III:

Moralidad de la riqueza: Dialéctica de la felicidad personal

- 1. Riqueza sensible y dialéctica sensible**
- 2. Riqueza intelectual y dialéctica intelectual**
- 3. Riqueza espiritual y dialéctica espiritual**
- 4. Pensamiento consciente hacia la felicidad personal**
- 5. Dialéctica de la felicidad personal**
- 6. Desequilibrios dialécticos**
- 7. ¿Qué hacer?**



Ya conocemos, entonces, que existen tres tipos de riqueza, a saber: dinero, conocimiento y amor, a las que cada sujeto cognoscente puede tener acceso mediante sus respectivas dialécticas sensible, intelectual y espiritual:

1. RIQUEZA SENSIBLE Y DIALÉCTICA SENSIBLE

La riqueza sensible es el conjunto de bienes materiales que se puede conseguir por: herencia biológica (herencia familiar) o social (condicionamientos culturales de la sociedad del bienestar, o no) y, también, mediante nuestras propias potencialidades: el cuerpo (explotación dineraria respecto al culto al cuerpo), la mente (explotación de nuestra capacidad intelectual respecto a nuestro medio social: estudios, profesión y negocios) o nuestro espíritu (explotación de nuestra capacidad espiritual para destacar en las actividades artísticas o creativas). Este conjunto de riquezas tiene su expresión en valor dinerario. El dinero es el medio mediante el cual podemos conseguir todos los bienes materiales. Pero, ¿cuál es el objetivo del dinero? Sencillamente, satisfacer el máximo de necesidades físicas y materiales de nosotros mismos y de nuestra familia. No olvidemos que entra aquí en juego el valor espiritual del amor a los padres y a los hijos (estas dos categorías del amor son las que más directamente nos afectan): es el valor espiritual más directo y primario que afecta a las decisiones vitales que vamos a tomar. En efecto, es perfectamente moral que dirijamos nuestras acciones hacia la satisfacción de las necesidades físicas y materiales de nuestros seres queridos. Es, por tanto, en ese sentido como nuestra dialéctica sensible encuentra su razón de ser. Todas nuestras acciones van encaminadas hacia lograr un bienestar material para uno mismo y los seres queridos. En este sentido, podemos entonces decir que el fin últi-

mo de nuestra dialéctica sensible es lograr la “felicidad sensible”. Encontrar felicidad en lo material no es moralmente reprochable pues el primer elemento del cual estamos compuestos, el cuerpo, necesita de cuidados desde nuestro nacimiento sensible como persona y, hasta que seamos unos seres autónomos con capacidad para iniciar nuestra propia vida. Y a eso se dedica, generalmente, la gran mayoría de padres: a satisfacer las necesidades de sus hijos. Por eso mismo tenía razón el filósofo francés Rousseau al afirmar que “un buen padre vale por cien maestros”. Para este fin, se intenta lograr los mejores bienes materiales al alcance de cada uno, dentro de las limitaciones propias de cada sociedad. Por tanto, la riqueza sensible es moralmente deseable pues intenta buscar un estado de felicidad material con base espiritual. Ya sabemos que, en palabras del actor y director de cine estadounidense Woody Allen, “el dinero no da la felicidad, pero procura una sensación tan parecida, que necesita un especialista muy avanzado para verificar la diferencia”. A esta dialéctica sensible nos dedicamos muchos de nosotros, como padres, durante buena parte de nuestra vida. El amor hacia los hijos es, por tanto, el motor espiritual que alimenta nuestra dialéctica sensible encaminada a lograr las riquezas materiales. El amor es, en este sentido, un sentimiento egoísta subyacente en la propia naturaleza (ahora sí en la concepción científica de Punset), pues busca la perpetuación de las especies. Y, la especie humana, socialmente tecnificada, halla en el consumismo el vehículo de expresión para intentar satisfacer las necesidades de los seres queridos. Cuestión diferente e importante es buscar los límites de dicho consumismo que hace perder el horizonte intelectual y espiritual de la persona.

En este sentido cabe destacar las tesis del sociólogo de origen polaco Zygmunt Bauman, recién Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades 2010, a través de su obra *La Globalización. Consecuencias Humanas*. Estas tesis son que vivimos en el interior de una sociedad “líquida”, sin compromiso duradero entre sus miembros y, por tanto, un modelo de amor “confluyente”, que dura hasta que se acaba el interés de una de las dos partes. Según Bauman “vivimos en una sociedad que se ha modelado en torno al usar y tirar, al deseo de consumir, a la ausencia de responsabilidades. El consumo como medida de nuestras acciones no favorece la lealtad y la dedicación hacia el otro. Al contrario,

apoya una visión de la vida en que se pasa de un deseo a otro, en la cual se abandona lo viejo por la novedad. La cláusula “si no queda satisfecho, le devolvemos su dinero”, se ha convertido en el paradigma de toda relación. Esto acaba, también, con el amor”. Su teoría del amor “confluyente” refleja una descomposición que socava los cimientos de la sociedad. “Si el otro se convierte en objeto, más aún, en objeto de consumo, puedo hacer con él (y él conmigo) lo que me venga en gana. Lo puedo estropear, ajar, exprimir y, cuando ya no tenga jugo (o juego), echarlo al cesto de la basura. Entonces, el otro deja de ser un fin en sí mismo, como quería Kant, y se convierte en un medio para mí mismo. En definitiva, la sociedad “líquida” confunde cantidad con calidad. El recurso moderno es el de la acumulación, no el de la duración. Por eso mismo, las relaciones se vuelven débiles y anoréxicas”.⁷

En esa misma línea de pensamiento podemos destacar a Manuel de Oliveira, el llamado “director-filósofo”, no solo un maestro del cine sino un sabio a punto de cumplir cien años, que ha vivido y reflexionado incansablemente sobre temas capitales como el amor, la crueldad, la religión, etc.: “Hoy todo está permitido, pero sin gracia. Creo que incluso el cine es cruel con los actores. Se ha olvidado que hay una ética, una elegancia, un sentido moral que diferencia al ser humano de otras criaturas. Pero el único límite que rige en el cine es la ley de la audiencia. Este es un siglo ciego, donde solo se sabe trabajar para ganar más dinero. El dinero está por encima de la vida humana. Vamos hacia una existencia donde parece que la superficialidad se ha adueñado de la vida que, a su vez, se convierte en algo cada vez más artificial, menos humano. Nos hemos olvidado de que somos hijos de la naturaleza. No sé si tiene sentido todo lo que digo porque, en realidad, con el tiempo me he dado cuenta de que no sé nada. Simplemente soy un espectador de la vida, de los otros, de mi mismo. Estoy a punto de cumplir cien años y soy consciente de que como materia voy a desaparecer, a morir. No me preocupa, pero me invade una impaciencia enorme porque tengo la cabeza llena de ideas que me gustaría llevar a cabo. En este sentido,

⁷ BAUMAN, ZIGMUNT. *La globalización: consecuencias humanas*. 1ª Edición. Fondo de Cultura Económica de España. 2003. ISBN 9789681652104

me siento como un joven osado lleno de imaginación”.⁸ Cuánta sabiduría y espiritualidad en estas palabras.

Por último, voy a reproducir una voz crítica respecto al consumismo, en la persona de Pierre De Coninck, profesor de diseño industrial sostenible en la Universidad de Montréal: “Sobreconsumimos. Consumimos mucho más de lo que necesitamos, y eso tiene impactos importantes. A nivel medioambiental, económico, social. Si lo analiza bien, podrá ver que el hecho de tener productos no muy caros al alcance tiene un coste social. Una simple camiseta puede ser en realidad muy cara, porque se hace en países donde las condiciones laborales son muy malas. ¡El mundo ya no es como hace 30 o 40 años! Nos hemos dado cuenta de que para que toda la población mundial alcanzase el nivel de vida de Occidente, ¡harían falta los recursos naturales de cuatros planetas Tierra!... Soy perfectamente consciente de que, si continuamos como hasta ahora, esto no funcionará. Soy crítico, pero optimista. Lo que no tengo todavía es un discurso cerrado y perfectamente coherente al respecto. De lo que estoy convencido es que se acerca un cambio radical en nuestra manera de consumir, de acercarnos al planeta. La idea de cooperación, de productos éticos, equitativos, es algo nuevo. Hace algunos años ya que algunos consumidores se preguntan quién fabrica qué, de dónde viene, cómo se fabrica, si ha habido explotación infantil... Tener consumidores críticos es una buena noticia. Hay que consumir menos pero mejor. Pero desde nuestro punto de vista occidental, cuantas más cosas tienes, más feliz eres. Este es un modelo que nos han inculcado a fuerza de machacarnos con la publicidad”.⁹

Por tanto, la espiritualidad del amor hacia nuestros seres queridos y hacia uno mismo nos da el derecho al consumo. Pero en esa dialéctica hacia lo sensible hay un evidente exceso o desviación que nos hace perder el equilibrio consumista. Esta fiebre consumista ha sido bien detectado por el sociólogo Bauman, refrendado por el sabio centenario cineasta Manuel de Oliveira y confirmado por el técnico en la materia Pierre De Coninck. No podemos negar que,

⁸ www.xlsemanal.finanzas.com. Magazine: “Entrevista a Manuel de Oliveira”. Nº 1024 del 10 al 16 de junio 2007.

⁹ Entrevista en el *Diari de Tarragona*, con fecha 24 de junio 2007

la sociedad capitalista, está desviando esa dialéctica sensible del consumismo hacia un extremo que se aleja cada vez más del sentido de la humanidad misma. En palabras del escritor inglés Chesterton, en dicha dialéctica sensible, “no hay cínicos, no hay materialistas, todo hombre es un idealista, solo que sucede con demasiada frecuencia que tiene un ideal equivocado”. Hay que poner el acento en que nuestro derecho al consumo (por razón del amor espiritual) no nos haga perder el horizonte del sentido de la existencia misma: somos humanos y, además, tenemos un cierto sentido de la espiritualidad. Por ese mismo motivo, habrá que estudiar cómo resolver esta cuestión planteada del desenfreno social hacia el excesivo consumo materialista. Sin embargo debo señalar que ya existen movimientos de ciudadanos agrupados en colectivos entorno a la concienciación de dicho consumo desmedido. Es a partir de los años 80 cuando han tenido un mayor crecimiento tanto en número de seguidores como en presencia mediática. Veamos algunos de ellos:

- Simple Life: su filosofía es llevar un tipo de vida haciendo un presupuesto lo más preciso posible de lo que realmente se necesita gastar, intentando preverlo todo y ceñirse a él al pie de la letra.
- Movimiento anti-consumo: es un movimiento heterogéneo y bastante amplio, que surge en Canadá y EEUU como respuesta a la globalización de los mercados. Una de sus referencias más conocidas es el libro *No Logo* de Naomi Klein. Consideran que las grandes corporaciones usurpan el poder legítimo de la gente, alienando a la población con falsas necesidades de consumo. Para ello, las multinacionales se valen de un constante bombardeo publicitario, que tiene como única finalidad su propio beneficio, sin pensar en las consecuencias para el resto de la población. Uno de los exponentes más relevantes de este movimiento anti-consumo es AdBusters, un grupo de artistas, publicitarios, activistas sociales y defensores de los derechos de los consumidores, que intentan sacar a la luz las contradicciones de la sociedad de consumo, desde el humor y la crítica inteligente.
- Freegans: o recuperadores de basura. Están organizados desde 1989 y son personas que solo comen alimentos recu-

perados de los contenedores de basura y de las papeleras. Aunque parezca lo contrario, no son vagabundos ni apartados de la sociedad. Son personas que eligen esta opción radical por convicción y filosofía de vida. Con su postura, además de no gastar, tratan de limitar el excesivo consumo de recursos y minimizar su intervención en la economía convencional.

- Los más radicales, como los Vegan Straight Edge, además de rechazar cualquier forma de consumo, incluidos las drogas, alcohol y tabaco, se posicionan como defensores de los animales y de una vida sana y espiritual. Para ello, practican la dieta vegetariana y rechazan la promiscuidad sexual. En ocasiones están integrados en el movimiento “ocupa” o habitan en espacios públicos.
- Downshfting: se trata de un movimiento que se alinea con Simple Life, pero que va más allá. Este movimiento de “cambio hacia abajo” está integrado, sobre todo, por profesionales que renuncian al éxito y al dinero que les proporcionan sus trabajos, seducidos por una vida sencilla donde trabajar menos, consumir menos y vivir más. Después del yuppismo hay que pasar al downshifting.
- Los Parados Felices: tratan de trabajar para vivir y no vivir para trabajar. Esta iniciativa busca “deseconomizar la vida diaria” en una sociedad como la alemana que, a pesar de contar con altas prestaciones de desempleo, desarrolla mecanismos de presión social que impiden disfrutarlas con dignidad. En la Alemania de los 90, estar parado suponía un enorme desprestigio, que había que evitar a toda costa. Con esta situación, estos grupos plantean separar el trabajo y el salario, garantizando un ingreso básico para todos. “Seguro de existencia, derecho individual y nula obligación de trabajar” es el contramodelo que proponen a la política de desprestigio que Alemania aplica a sus desempleados.

“Todos estos grupos ponen de manifiesto cómo en las sociedades desarrolladas, cada vez son más los que optan por vivir consumiendo menos y de un modo responsable. Pero hay muchas situaciones, en el tercer y cuarto mundo, en la que la exclusión del ciclo del con-

sumo no es una opción sino una triste imposición. Allí, reutilizar, reciclar o vivir de la basura son simplemente las estrategias básicas de subsistencia. La pobreza en estos entornos pierde su “nobleza”. Quizás a medio plazo, el modo de vivir austero que propugnan estos grupos anti-consumo pueda servir para que las grandes multinacionales se planteen estrategias más sostenibles. Entre tanto, todavía somos muchos los que encontramos en una buena tarde de rebajas, el mejor modo de llenar nuestro vacío interior”.¹⁰

Se hace evidente una contradicción aún sin resolver en este mundo: la excesiva riqueza en manos de unos pocos privilegiados frente a la pobreza de la inmensa población mundial. A pesar de vivir en una época con un alto grado de conocimientos científicos, el saber humano tiene todavía la asignatura pendiente de resolver dicha antinomia riqueza-pobreza. Dejaremos, por tanto, abierto este debate entre el amor (cualidad espiritual) y el consumismo (cualidad material) pues el arco interpretativo (propio de la cualidad intelectual) es el que debería resolver esa dicotomía. La no resolución de este problema nos hace volver, de nuevo, al planteamiento que origina este trabajo: intentar comprender la inmersión del ser humano en el sentido de la vida. Por tanto, caminemos paso a paso ya que, de momento, hay que apuntalar conceptos, para más adelante, extraer conclusiones más sólidas que nos sirvan de guía para la citada comprensión del sentido de la vida.

2. RIQUEZA INTELECTUAL Y DIALÉCTICA INTELECTUAL

Qué curioso que, cuando creemos que nuestras necesidades materiales están cubiertas, nos preocupa entonces que nuestros hijos tengan acceso a un plano superior: el del conocimiento. Todo padre sabe que si la formación educativa de un hijo es superior, superiores serán también las oportunidades de irle mejor en la vida, aunque no siempre existe esta relación de causa-efecto. Sin

¹⁰ *www.artesonado.com*. “Flylosophy, laboratorio de tendencias: consumidores consumidos”.

embargo es pertinente seguir el consejo que ya nos dio el matemático griego Pitágoras: “Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para las dificultades de la vida”. A priori, todos damos por bueno que es necesaria una formación educativa con base en el conocimiento. Esta formación intelectual que se inicia con la etapa educativa del niño y puede durar hasta la universidad, es una dialéctica intelectual que debería durar toda la vida: siempre hay algún tipo de conocimiento que nos puede ayudar en el transcurso de nuestra vida. Sin embargo, esa dialéctica intelectual, en la mayoría de personas se va agotando con la edad: algunos no acaban sus estudios básicos, muchos no llegan a la universidad y una gran mayoría ya no lee un libro el resto de su vida. En este sentido es conveniente recordar a todo sujeto cognoscente que “la parte más importante de la educación del hombre es aquella que él mismo se da”, según apuntó el escritor escocés Walter Scott. Cada cual es libre de tener una actitud activa o pasiva respecto al conocimiento, como he expuesto anteriormente.

No obstante, la sociedad de la información nos ofrece múltiples oportunidades para seguir enriqueciéndonos intelectualmente: la televisión, la radio, la prensa, internet, los libros, etc. Son medios a nuestro alcance que nos permiten seguir aprendiendo algo de nuestro entorno social y, cómo no, personal. Son oportunidades que están ahí a nuestro alcance para seguir creciendo intelectualmente. Ya nos avisó el dramaturgo español Calderón de la Barca: “Quien vive sin pensar, no puede decir que vive”. Pero la paradoja actual es que los diferentes soportes mediáticos se convierten principalmente en una fuente de ocio. La sociedad del conocimiento se ha convertido entonces en una sociedad del ocio, relegando a un segundo lugar a su progenitor. Es como si un hijo repudiara a su propio padre. El conocimiento es el sustrato de todos los avances tecnológicos que han propiciado a la sociedad del bienestar. Sin embargo, el conocimiento es mediatizado a través de la sociedad del ocio; se pierde, así, la visión de la genuina realidad porque se vive mayoritariamente en el mundo de los sentidos, descuidando a la noosfera. Se produce una distorsión del sentido de la realidad. Esto lo saben muy bien los investigadores sociológicos. Este sería un debate que podríamos llegar a desarrollar más en profundidad: si abandonamos el conocimiento y nos entregamos casi entera-

mente al ocio, nuestra ignorancia es utilizada por políticos, medios de comunicación partidistas y otros medios de poder social ya que el “saber es poder” como apuntó certeramente Aristóteles. El conocimiento es una herramienta de poder. Mediante este poder cognitivo se puede manipular a las masas desde la política, la publicidad y los medios de comunicación. Con ello, se inhibe nuestra autonomía de reflexión crítica al ser teledirigidos por agentes externos sociales con una gran capacidad de condicionamiento en nuestros actos que, creemos, tomamos libremente. Por eso mismo es necesario estar en alerta, precisamente, mediante nuestra propia capacidad cognitiva.

La dialéctica intelectual que propugnábamos a nuestros hijos (cuando les instábamos a que estudiaran) se ha diluido con el tiempo: cada uno se ha hecho dueño de su propia vida, convirtiéndose en el propio responsable de lograr su propia felicidad intelectual a través del conocimiento. Cada cual se ha vuelto “libre” de acercarse, o no, al saber (es decir: de ser filósofo pasivo o filósofo activo). La verdad es que, el amor al conocimiento, puede ser de lo más etéreo en tanto que felicidad intelectual. Sin embargo, la felicidad intelectual existe pues, como ya dijo Sócrates, “el saber es la parte principal de la felicidad”. Dicha felicidad intelectual existe cuando una persona desarrolla un trabajo fruto de sus estudios, existe cuando leemos un libro que nos interesa, existe cuando, aprendiendo algo, mejoramos algo de nosotros mismos o de nuestro entorno. En definitiva, conocer y entender nuestra realidad, sigue siendo una asignatura pendiente que nos va a acompañar toda la vida. Si dejamos de conocer, ya no entenderemos que es lo que ocurre a nuestro alrededor, porque la sociedad sigue su propio curso evolutivo. Si no acompañamos esa evolución social con la adaptación de nuestros conocimientos, quedaremos desfasados: estaremos viviendo en la “felicidad sensible” pero habremos perdido de vista la “felicidad intelectual”. Todos nuestros esfuerzos vitales iniciales habrán perdido fuelle: la felicidad sensible con base en la riqueza material estará desprovista de la felicidad intelectual con base en nuestra mente. Solo alimentamos nuestro cuerpo pero no nuestra mente, por eso mismo nos advirtió Platón que “los muchachos deben de abstenerse de beber vino, pues es un error añadir fuego al fuego”. Ahora bien, cada sujeto cognoscente es libre de elegir su

propio discurso sensible así como su propio discurso intelectual. ¿Ocurrirá lo mismo con el discurso espiritual?

3. RIQUEZA ESPIRITUAL Y DIALÉCTICA ESPIRITUAL

Como he dicho anteriormente, el amor en sus diferentes acepciones es la fuerza que subyace en toda la espiritualidad humana. El amor es una fuerza todavía desconocida: sabemos que existe pero no podemos enjaularla. Todos hablan del amor: los filósofos, los poetas, los literatos, los músicos. Todos sentimos el amor: hacia los padres, hacia la pareja y hacia los hijos, sin descuidar, por supuesto, las demás categorías espirituales hacia los amigos, la nación o la humanidad, por ejemplo. El amor sería el paradigma de la “felicidad espiritual”. Sería el estado de máxima felicidad. Sería la razón de ser de la propia “felicidad sensible” y “felicidad intelectual”. Como bien dijo la escritora francesa George Sand, “el intelecto busca; pero es el corazón el que halla”. En efecto, toda la felicidad material que una persona pueda tener es para satisfacer la propia felicidad espiritual. Y aquí tienen cabida todos los modos de felicidad sensible hacia la felicidad espiritual: es decir, nuestra determinación de lo que constituya para uno mismo la felicidad espiritual es lo que determina la aceptación o búsqueda de la felicidad sensible. Voy a tratar de explicarlo con algunos ejemplos:

- Un padre: el amor o espiritualidad hacia su hijo hará que busque la mayor felicidad para este, mediante la satisfacción de sus necesidades biológicas y bienestar físico.
- Pareja: el amor que se tienen dos personas, hace que busquen disfrutar de lo mejor para ellos: sustento digno, vivienda, viajar, seguridad económica, etc.
- Una persona ascética: renuncia a las comodidades materiales para dedicarse a la contemplación espiritual.
- Un médico sin fronteras: sacrifica temporalmente su aco-

modada situación material por amor a su profesión, que es hacer el bien a la humanidad.

Podría seguir con una larga serie de ejemplos. Pero en esencia, lo que quiero dejar claro es que: lo que cada uno de nosotros determinemos lo que constituye nuestra felicidad espiritual, va a condicionar los objetivos de nuestra felicidad sensible. Y, ¿cómo se produce esta coincidencia? ¿Por qué nuestra dialéctica sensible busca acomodarse a nuestra dialéctica espiritual? Veamos como se produce esta identificación:

4. PENSAMIENTO CONSCIENTE HACIA LA FELICIDAD PERSONAL

Es nuestro propio entendimiento (el particular saber de cada cual a través de su propia dialéctica intelectual), el que determina cómo debemos de obrar para ese fin. Cada persona busca satisfacer su felicidad espiritual y, consecuentemente, persigue, adapta o se conforma intelectualmente respecto a la felicidad sensible conseguida. Todavía no conocemos el fundamento de porqué cada cual elige lo que elige y, esto, sería objeto de un estudio más profundo en otra obra, pues estaría sujeto a condicionantes genéticos, sociológicos y psicológicos, en tanto que modelo cognitivo acerca de la personalidad. Pero, de momento, sí podemos establecer unas categorías que engloben un marco de actuación para todas las personas: cada uno de nosotros estamos determinados por nuestras propias potencialidades —cuerpo, mente y espíritu— y sus respectivas riqueza sensible, riqueza intelectual y riqueza espiritual. Dicho de otro modo, a cada estadio de felicidad espiritual le corresponde un estadio de felicidad sensible, que el entendimiento hace posible gracias a una felicidad intelectual que justifica dicha identificación. Nietzsche ya evidenció esta identificación cuando dijo que “los pensamientos son la sombra de nuestros sentimientos”. Expliquemos esto con algún ejemplo: pongamos por caso que mi grado de felicidad espiritual (amor en pareja) es tener una casa bien bonita y acomodada para vivir nuestra relación. En la medida que consiga ese bien

material, habré conseguido la felicidad sensible que le corresponde al grado de la felicidad espiritual deseado. Y esto, como entiendo que es así, también coincide entonces con mi felicidad intelectual (pues conozco que lo he logrado). Pero, ese proceso de identificación entre lo deseable (felicidad espiritual) y lo conseguido (felicidad material), solo es posible porque mi entendimiento (felicidad intelectual) así lo acepta en la propia identificación, independientemente de las circunstancias sociales del ejemplo. El entendimiento logra “conciencia de felicidad personal” cuando hay coincidencia de felicidad espiritual, felicidad sensible y felicidad intelectual en el mismo acto y, así, “la felicidad reside en el ocio del espíritu” en palabras de Aristóteles. Dicho de otro modo: seré feliz si aquello que deseo espiritualmente se acomoda a la realidad material de ese deseo. Y, como así lo entiendo en esa coincidencia, mi felicidad personal consiste en la unión de las tres felicidades en una sola. Sería el grado máximo de felicidad en un solo acto, expresado y sentido en una conciencia de la felicidad personal, la cual identifica a tres objetos: la felicidad espiritual (deseo amoroso), la felicidad sensible (logro material) y la felicidad intelectual (conocimiento de haber logrado el deseo). Este proceso es válido y opera en todas las personas.

5. DIALÉCTICA DE LA FELICIDAD PERSONAL

Ahora bien, como vivimos en un mundo de sentidos donde nos bombardean con nuevas necesidades, esa propia conciencia de la felicidad personal, recién conseguida, será sustituida por otra conciencia de la felicidad personal: es un proceso evolutivo que desemboca en la “dialéctica de la felicidad personal”. Esto ya fue detectado por el poeta romano Publio Siro al decirnos que “acostumbrarse a la felicidad es una gran infelicidad”. Dicho de otro modo, vamos persiguiendo estadios continuos de felicidad personal a lo largo de nuestra vida. Eso es así, independientemente que lo consigamos o no. La dialéctica de la felicidad personal es la motivación última en nuestra vida: vamos persiguiendo la felicidad. Pero en esa loca carrera hacia la felicidad, se corre el riesgo de perder el

necesario equilibrio entre lo material, lo intelectual y lo espiritual produciéndose, entonces, desviaciones hacia los extremos.

En efecto, lo que nuestro entendimiento otorga como valor de felicidad personal, y es muy diferente en cada uno de nosotros, es lo que provoca conceptos diferentes de la citada felicidad personal para cada uno de nosotros. Se produce un silogismo de la felicidad (consciente o inconsciente): se dirige la propia felicidad personal hacia una de esas tres felicidades que la compone, ocupando entonces el lugar principal de toda nuestra dialéctica vital. Es decir, damos un valor predominante en nuestra vida a alguna de esas tres felicidades (material, intelectual o espiritual) usurpando, entonces, el lugar de la propia felicidad personal. Se produce una distorsión de la realidad: se produce la “enfermedad” psicológica y social.

Debido a dicha distorsión de la realidad, la mayoría viven en el materialismo como el propio objeto de la felicidad personal. Otros viven en la intelectualidad, alejados de toda conexión con la realidad. Y por último, los hay que se instalan en la espiritualidad extrema, rayando el fundamentalismo religioso y los extremismos más peligrosos. El predominio de alguna de las tres felicidades —material, intelectual o espiritual— usurpando el necesario equilibrio entre las tres, produce una distorsión de la realidad percibida: caemos en la “enfermedad” psicológica. Pero cuídense mucho de tachar de enfermo a un hedonista materialista, a un terrorista, a un fundamentalista religioso o a un intelectual retrógrado o dictatorial: creen actuar convenientemente. Hay que tener en cuenta que cada cual realiza su elección desde un estado de “libertad”. Cada cual es dueño de sus propias equivocaciones y distorsiones respecto a la comprensión de su propia realidad. Rousseau ya apuntó que “es verdaderamente libre aquel que desea solamente lo que es capaz de realizar y que hace lo que le agrada”

Un libro que seguramente ilustrará esta tesis es *El hombre libre y sus sombras* del psiquiatra Francisco Alonso-Fernández, donde hace una revisión de todos los aspectos de la libertad humana. Ofrece respuesta a muchas de las cuestiones mentales y sociales más preocupantes de la sociedad actual y revisa la libertad del ser humano. Dice el autor: “La pretensión de este ensayo es aportar al lector una ayuda informativa y vivida que le permita desarrollarse como

una persona libre; y además, estar presto a defenderse a sí mismo y preservar a los suyos contra el empuje cada vez más poderoso de los movimientos sociales exterminadores de la libertad”. Alonso-Fernández hace un análisis antropológico de la libertad, entendiendo al individuo, como “cada quién es responsable ante sí mismo de convertirse o no en un individuo libre”.¹¹

Esos casos de “enfermedad” se dan en las sociedades y las personas con una dialéctica excesivamente espiritual o materialista y, entre estas dos dialécticas, está la dialéctica intelectual intentando poner paz y orden a través de la historia. Esto ya fue detectado por el naturalista británico John Ray cuando afirma que “las enfermedades son los intereses que se pagan por los placeres”. Es por ello que este ensayo pretende reivindicar el lugar natural que le corresponde a la dialéctica intelectual hacia el Conocimiento con mayúscula. Solo así estaremos mejor preparados para que no nos desequilibremos hacia un lado excesivamente materialista y consumista que nos conduzca a la pérdida del propio sentido de nuestra vida. Esta situación ya fue resaltada por el novelista y poeta alemán Goethe al decirnos que “nadie es más esclavo que el que se tiene por libre sin serlo”.

El desequilibrio hacia el otro extremo, el excesivamente espiritualista, como ya he aludido anteriormente, es igualmente negativo pues se instala en la atalaya de la religiosidad o el misticismo sin conexión con el entendimiento propio de la época que le corresponde. Por esto mismo cuesta tanto que los cuerpos eclesiásticos cambien sus fundamentalismos para adaptarlos a la luz de los avances científicos y sociales. El enroscamiento en una posición excesivamente espiritual de la curia eclesiástica la aleja del entendimiento común, social y científico de la sociedad contemporánea.

El discurso intelectual de la humanidad siempre ha discurrido entre las dos posiciones conceptualmente antagónicas, aunque intelectualmente unidas: el mundo y Dios, es decir, la materia y lo divino, es decir, el cuerpo y el espíritu, es decir, lo que soy físicamente y a lo que aspiro espiritualmente, es decir, lo que siento

11 ALONSO-FERNÁNDEZ, FRANCISCO. *El hombre libre y sus sombras: una antropología de la libertad. Los emancipados y los cautivos*. 1ª Edición. Editorial del Hombre Anthropos. 2006. ISBN 9788476587836.

y lo que amo, es decir, lo que pienso que soy y lo que pienso que quiero ser, es decir, en definitiva, el pensamiento de mi unicidad personal en forma de tríada del microcosmos —cuerpo, mente y espíritu— respecto a la misma tríada del macrocosmos —Universo, Conocimiento y Amor—. Esta conceptualización filosófica fue bien expresada por Georg Simmel aseverando que “la verdad filosófica no es la concordancia del pensamiento con el objeto, sino la adecuada expresión del ser del propio filósofo”.

La consecuencia de dicho esquema conceptual paralelo es que, de manera unipersonal, se puede intentar (recalco lo de “intentar”) hallar el equilibrio explicativo en la propia tríada personal (a eso se han dedicado todos los grandes pensadores de la historia) respecto a la tríada del macrocosmos. El problema, dentro de un contexto histórico, es que los grandes pensadores de todos los tiempos han pretendido resolver la tríada del macrocosmos al mismo tiempo que la tríada del hombre. Pero, lo único que ha conseguido la suma de todos los filósofos y científicos de la historia es descomponer la tríada del macrocosmos para hacerla comprensible a la luz de la ciencia actual (cualidad material). Queda todavía el trecho de hacerla comprensible en el plano intelectual y, seguidamente, en el plano plenamente espiritual: no existe todavía un consenso universal acerca de lo que constituye el objeto de nuestra humanidad así como la finalidad de nuestra espiritualidad. Estamos en un punto concreto de la propia evolución de la humanidad. Es decir, la historia de la intelectualidad humana o historia del pensamiento ha descompuesto la tríada del macrocosmos —Universo, Conocimiento y Amor—, respectivamente, en ciencia, pensamiento y religión.

Siguiendo el orden de dicha descomposición, la ciencia ha llegado a reconocer la relatividad espacio-temporal, donde nada se destruye sino todo se transforma, lo cual ya nos fue adelantado por Pitágoras al decirnos que “nada perece en el universo; cuanto acontece en él no pasa de ser meras transformaciones”. La ciencia está llegando al límite de lo naturalmente explorable. La culminación conceptual de ello tiene su máximo exponente en el principio de indeterminación de Heisenberg, expresión matemática que marcó el fin del enfoque clásico y puramente dualista de la realidad. Esta desintegración de la rígida estructura del dualismo científico en la física, encuentra su analogía en el “teorema de Gödel” que deja,

así, las puertas abiertas al mundo mental, como evidencia Ken Wilber en su libro *El espectro de la conciencia*.¹² Y, en este sentido, en palabras del premio Príncipe de Asturias de Investigación 2006, Juan Ignacio Cirac, todos sus trabajos se centran en investigar “los límites de la naturaleza”, “la frontera de lo imposible”.¹³

Habiendo tocado fondo la historia del pensamiento en la propia ciencia, debe redirigirse, ahora, el mismo pensamiento a la humanidad, dando validez a lo anticipado por Aristóteles, esto es, que la “naturaleza nunca hace nada sin motivo”. La humanidad debe intelectualizarse a sí misma para desprenderse de las ataduras materiales que esclavizan al hombre contemporáneo. La historia del pensamiento humano ha desembocado en la atomización de la ciencia y, ahora, debe recomponerse ese puzzle para ponerlo al servicio de la propia humanidad desorientada intelectual y espiritualmente: esta es la motivación inherente del presente ensayo. La ciencia, al llegar a los límites investigables de la naturaleza, ha redirigido su mirada a los objetos propios de la espiritualidad humana. Hemos visto esto en *El viaje al amor* de Punset. Pero ya no es suficiente, la ciencia también quiere interpretar a Dios a través de un gen. Tal es el estudio que ha realizado Dean Hammer, genetista que afirma haber descubierto el “link” genético de la creencia en Dios. Muchos discuten que pueda encontrarse algo así codificado en el interior de un único fragmento de ADN. Esta hipótesis del gen de Dios, habría que llamarlo más correctamente el gen de la auto-trascendencia, pues eso es lo que afirma haber encontrado este genetista. En esencia, lo que viene a decir, y que todavía no se ha publicado en una revista científica, es que una de las dos versiones —alelos— que existen en el genoma humano del gen VMAT2, es el responsable de que ciertas personas posean una mente más espiritual, más mística.¹⁴

No pretendo negar que la actitud científica prosiga con su camino de investigación. Ahora bien, reducir el amor y Dios a una inter-

12 WILBER, KEN. *El espectro de la conciencia*. Primera parte, Capítulo 2: Dos modos de saber. 4ª Edición. Editorial Kairós. 2005. ISBN 8472452123

13 Entrevista en el *Diari de Tarragona*, con fecha 21 de octubre 2007.

14 HAMMER, DEAN. *El gen de Dios*. 1ª Edición. Editorial La esfera de los libros. 2006. ISBN 9788497345552

pretación exclusivamente científica, desgajándola de su dimensión intelectual y espiritual, sería lo equivalente a echar por tierra la propia condición intelectual y espiritual del hombre. Si desnudamos a la Humanidad de su Intelectualidad y de su Espiritualidad, ¿qué nos queda entonces? ¿Será la ciencia capaz de dar un sentido práctico a la vida futura de la humanidad? Habrá localizado al amor y a Dios y los podrá señalar con el dedo bajo un microscopio, pero ¿podrá, acto seguido, reconstruir la moral práctica sin contenidos intelectuales acerca de los motivos de la propia existencia? ¿Podrá explicar cuál es el sentido de la vida sin horizonte espiritual? Yo creo más bien que la ciencia no debe extralimitarse del campo que le es propio, a saber, el de la propia naturaleza y, acto seguido, poner dichos conocimientos al servicio del discurso intelectual de la humanidad. Es en esta dialéctica intelectual donde los hombres deben hallar un consenso de conocimientos para dirigir los destinos del mundo. Es decir, reorientar la espiritualidad de la humanidad. Y, se me antoja que, al igual que la filosofía ha tardado más o menos dos mil años para alcanzar la conciencia científica, presumo que dicha conciencia científica tardará muchos años en ser subsumida en una intelectualidad humana como centro de toda moralidad en base a conocimientos muy ciertos. Y aún cuando esto se consiga, habrá que luchar frente al fundamentalismo religioso, restándole todo el “poder divino” para colocar la propia espiritualidad en la humanidad. Por tanto, concluyendo, pienso que pasarán muchas décadas para que la generación actual, así como algunas futuras, dejen atrás el estadio primero del materialismo, para dejar paso al estadio segundo: el humanismo. Y faltará bastante tiempo más, siglos quizás, para que la humanidad alcance el estadio tercero de espiritualidad. Esto requeriría un pleno consenso científico, intelectual y espiritual de todas las religiones y sociedades, donde el hombre ya no sería “un lobo para el hombre”, en palabras del filósofo Thomas Hobbes. Pasar al segundo estadio del pleno humanismo requiere previamente disolver las contradicciones del materialismo instaurado por el capitalismo: riqueza-pobreza y libertad-esclavitud.

No obstante la feliz utopía planteada es un deber intelectual plantear la posibilidad futura de ello, pues en eso consiste la filosofía, en pensar. Si no fuera por hombres con pensamientos profundos, la sociedad no habría llegado al estado actual de desarrollo.

El pensamiento profundo sigue siendo el motor de la evolución, y este resurgir de grandes pensadores se hace patente en cada crisis del pensamiento humano. Pero la gran diferencia de nuestra época respecto al pasado es que la atomización de las ciencias así como la de las libertades humanas no solo ha provocado personas y sociedades “enfermas” sino que, la enfermedad se ha extendido al planeta entero. Y ahora toca remover todas y cada una de las conciencias para reconducir el sentido moral de la humanidad, siendo la única vía válida la del conocimiento. Así como en el pasado un solo pensador podía marcar la diferencia, ahora toca unificar todos los campos del saber, en una especie de “instituto del conocimiento” entre los doctos y sabios del mundo, para replantear los cimientos de una “nueva humanidad” que debe llegar irremediablemente, si no queremos ver este mundo a la deriva. Una vez más el insigne Aristóteles ya advirtió de esta circunstancia al avisarnos de que “el género humano tiene, para conducirse, el arte y el razonamiento”.

Por tanto, y después de tan larga conclusión, si ha entendido todo lo que he expuesto hasta aquí, solamente hay tres tipos de riqueza que pueden producir la felicidad personal: la riqueza sensible (dinero), la riqueza intelectual (conocimiento) y la riqueza espiritual (amor), cuando respectivamente coinciden en un mismo acto la felicidad espiritual (lo deseado), la felicidad sensible (lo logrado) y la felicidad intelectual (identificación racional entre lo deseado y lo logrado). Así, la diferente capacidad de comprensión en cada persona (diferente en grado pero no en esencia) induce a que los objetos de la felicidad personal tengan un arco heterogéneo: la gran mayoría de personas buscan dicha felicidad en el insaciable deseo consumista, otras en el discurso intelectual y algunas en la atalaya de la espiritualidad. Pero muy pocas personas logran una plena felicidad personal como integración de las tres felicidades subyacentes -material, intelectual y espiritual-, de un modo equilibrado en su realización vital. Ello requiere una correcta ascensión racional como la que venimos desarrollando hasta ahora para que, cada sujeto cognoscente, tenga la plena conciencia de ese proceso psicológico que opera en cada uno de nosotros. Aquí pierden, muchos, el horizonte de unificación entre las tres felicidades parciales —sensible, intelectual y espiritual—, para lograr una felicidad personal equilibrada, quedando entonces atrapados

en una dialéctica inferior de felicidad como impulsora principal de su discurso vital. Cuando intensificamos todo nuestro esfuerzo solamente en uno de los tres posibles caminos, confundiendo con la dialéctica equilibrada de la felicidad personal, se originan los desordenes mentales y sociales que serán objeto de estudio por los psicólogos, psiquiatras y sociólogos. Estos especialistas de lo humano son los que tienen que averiguar el porqué de las depresiones, la falta de felicidad y la no aceptación de identidad del sujeto con el medio en el que vive. Las personas y sociedades “enfermas” han perdido de vista que el sentido de la vida tiene que abarcar de un modo felizmente equilibrado lo sensible, lo intelectual y lo espiritual, y no el predominio de alguno de estos caminos sobre los otros. Solamente en la unificación equilibrada de esos tres caminos de felicidad se puede lograr la pretendida felicidad personal, al haber logrado nuestra conciencia la unicidad existencial, racional y espiritual, libre de desviaciones patológicas.

Conviene recordar que las tres riquezas —dinero, conocimiento y amor—, sus respectivas dialécticas —sensible, intelectual y espiritual— con sus correspondientes felicidades se evidencian en la conciencia reflexiva de todo sujeto cognoscente en busca de la felicidad personal a lo largo de la vida. Por eso mismo tiene razón Ortega y Gasset cuando afirma que “la vida es lo que hacemos y los que nos pasa”. Este mismo proceso es aplicable al desarrollo de la conciencia colectiva de las diferentes sociedades pasadas o existentes actualmente. Es la falta de equilibrio entre las tres felicidades lo que produce la “enfermedad” psicológica y social. Y es el desequilibrio extremo el que produce tantas guerras ideológicas y religiosas así como la divergencia entre ricos y pobres. Si el común entendimiento de una persona no logra comprender este proceso, no habrá interiorizado cuáles son las potencialidades que originan todo: el cuerpo, la mente y el espíritu. Veamos, sucintamente, cuáles pueden ser esos desequilibrios personales, referente a la dialéctica de la felicidad personal.

6. DESEQUILIBRIOS DIALÉCTICOS

- a) Una persona que es víctima de su propia dialéctica sensible, carente de un entendimiento que se identifique con un grado intelectual y espiritual superior, orientará su vida hacia los placeres materiales. Este “desajuste” tendrá como consecuencia que no logrará entender el sentido intelectual ni espiritual de la vida. La dialéctica de su felicidad personal se halla encarcelada en el mundo sensible. Se trata de una dialéctica materialista extrema sin equilibrio con la dialéctica intelectual y espiritual para lograr la felicidad personal. En todas sus decisiones prevalece la satisfacción de los sentidos materiales sin apenas prestar atención a valores superiores de entendimiento o espiritualidad. Obviamente, es una posición egocéntrica y materialista orientada al consumismo desenfrenado. Veán sino las nuevas enfermedades sociales emergentes de nuestra sociedad: anorexia, bulimia, adicciones a las drogas, al juego y a las compras, por citar solo algunos ejemplos. Por no hablar de la inmersión consumista de los jóvenes en los juegos electrónicos, el botellón y lo más “in” de la moda. Todo materialista: ningún referente intelectual o espiritual a la vista. El escritor naturalista francés Émile Zola ya aseveró que “la juventud es inmoderada en sus deseos”.
- b) Del mismo modo, un representante eclesiástico que se halla inmerso en su dialéctica espiritual y que, además, critica bajo su entendimiento los avances científicos respecto a las nuevas morales emergentes, no está en disposición de entrar en el debate intelectual. “Terrible es el error cuando usurpa el nombre de la ciencia” advirtió acertadamente el filósofo español Balmes. La curia eclesiástica, desde la exclusiva dialéctica espiritual, está impedida de entender los argumentos a favor, por ejemplo, de la eutanasia o del aborto, y ni tan siquiera una simple asignatura de la educación para la ciudadanía, como ha criticado. Como si, desde su posición unilateral de espiritualidad, estuviera en condiciones de dictarnos normas de comportamiento

correspondientes al discurso de la dialéctica intelectual. Es un posicionamiento espiritual extremo sin equilibrio con la dialéctica sensible de la sociedad (nuevos problemas) y la dialéctica intelectual de dicha sociedad (nuevos pensamientos para nuevos problemas) de nuestro mundo contemporáneo. Por ello mismo el escritor y filósofo francés Voltaire escribió que “la religión mal entendida es una fiebre que puede terminar en delirio”.

No son espiritualmente perfectos los que dedican su vida a la Iglesia, pues muchos no pueden prescindir del lado sensible al mantener relaciones sexuales, incluso con menores, como acaba de sentenciarse en EUA una indemnización millonaria para acallar el tema. No pretendo, desde aquí, un ataque furibundo contra los curas. Bien al contrario, los curas que en su discurso vital hallan la felicidad aunando su discurso sensible (viviendo como los demás mortales) con su discurso intelectual (acercándose a conocer al pueblo) y su discurso espiritual (difundiendo la palabra del señor) me merecen el máximo de los respetos. Y, en ese sentido, estoy a favor de los que preconizan que los curas tengan acceso al matrimonio. Solo así pueden entrar en el discurso de la felicidad personal mediante sus inherentes felicidades inferiores: la sensible, la intelectual y la espiritual.

Concluyendo, está tan “enfermo” el que está aislado en la dialéctica sensible (ávido de sensaciones) como el que lo está en la dialéctica espiritual (emborrachado de espíritu divino). Pero, también, lo puede estar el que está en la dialéctica intelectual. Y me explico:

- c) El filósofo activo que, solo mediante su entendimiento, intenta conocer e interpretar toda la realidad envolvente (mundo, yo, humanidad y Dios) está, en el mismo acto de su búsqueda de verdad, alejándose de la realidad sensible que le ha tocado vivir. Dicho de otro modo, el inconformismo con la situación social, política, científica, religiosa, educativa, en definitiva, con la sociedad que le ha tocado vivir, le impulsa a buscar nuevas respuestas. Esa disconformidad entre “lo vivencial” y “lo ideal” produce, asimismo, una distorsión en la obligatoriedad de aceptar dicha herencia social, cultural y espiritual. Esa actitud del filósofo activo por saber siempre más acerca de las causas

y fundamentos de las cosas, ha sido el propio motor de toda la filosofía y la ciencia. Voy a ilustrar esto con un ejemplo:

René Descartes, padre del “racionalismo”, un hombre que dedicó su vida a poner la razón en el lugar que le correspondía: en el hombre y no en Dios. Este hombre tenía afán de buscar la verdad, su verdad, la verdad de que solo resplandeciera a la luz de su entendimiento. Este hombre, como digo, emprendió un viaje por el mundo para conocer a los hombres con el fin de escribir su obra. Su obra no pudo ser “entendida” por su mundo contemporáneo. Su dialéctica intelectual estaba más cerca de nuestro mundo que del de la Edad Media. Por eso se le ha reconocido, después, la importancia de su obra: se le considera el padre del racionalismo. Su pensamiento racional marca un antes y un después en la historia del pensamiento autónomo del ser humano. De hecho, ha pasado muchas veces del mismo modo con grandes pensadores y científicos. Y si pregunto: ¿ha leído su obra? Pocos la han leído y la gran mayoría no han oído hablar nunca de él. Su pensamiento tan solo y, nada menos, está recogido en la historia de la filosofía que se imparte en institutos o en la universidad.

Como este ejemplo, podría citar a multitud de hombres de la historia que, con su esfuerzo por conocer y entender algo más de este mundo, han dedicado su vida a la investigación. Alejados de la realidad sensible, con su solo entendimiento a la búsqueda de verdades intelectuales y científicas. Así ha procedido el discorrir de la propia dialéctica del universo del saber: con hombres muchas veces alejados de la realidad sensible, tan solo por amor a la verdad que investigaban aunque el reconocimiento, a veces, solo sea a nivel póstumo como bien dijo el escritor italiano Ugo Foscolo: “Los poetas no comienzan a vivir hasta que mueren”. Estos hombres aún existen: pueden estar en un laboratorio o escribiendo su obra. Al final de este ensayo, el lector podrá vislumbrar la “soledad del pensador”, un concepto que acuño y justifico por ser una soledad vivida en pos de un mayor alumbramiento del entendimiento humano.

Pues, como digo, si los hombres que se dedican a tan noble tarea no encuentran su dialéctica de felicidad personal al tener obligaciones sensibles (tener obligaciones vitales en nada rela-

cionado con lo investigado), pueden estar entonces en ese estado de desajuste que llamo “enfermo”, pues se ven obligados a vivir o aceptar situaciones que nada tienen que ver con el objeto investigado o intelectualmente ideado. Usando la terminología piramidal de Maslow, no habrán alcanzado la autorrealización. En la tercera parte de este trabajo realizaré un estudio comparativo entre mi concepto de “dialéctica de la felicidad personal” respecto a la “pirámide” de Maslow. Será un estudio epistemológico que, desde la libertad, propone un nuevo enfoque de la autorrealización o felicidad.

Concluyendo, solamente cuando se logre unificar equilibradamente las tres dialécticas —sensible, intelectual y espiritual— podrán estos tres tipos de “enfermos” tener acceso a la dialéctica de la felicidad personal. Veamos cuanto de cierto hay en ello, a continuación.

7. ¿QUÉ HACER?

El gran escollo para muchos de nosotros (anónimos productivos), es que nuestra dialéctica sensible no corresponde con el interés de nuestra dialéctica intelectual o espiritual, no logrando por tanto la realización personal al unificar las tres dialécticas para lograr la felicidad personal. Y, en sociología, está bien estudiado y demostrado que muchos de los que realizan una actividad profesional no tienen un grado de satisfacción al no coincidir el trabajo realizado con el interés intelectual. En este sentido, el filósofo estadounidense Lou Marinoff ha escrito que “un trabajo lleno de sentido es vital para una vida llena de sentido”. Se trataría, pues, de que cada cual empiece por desarrollar una actividad profesional acorde a sus intereses intelectuales. Pero se me antoja que, de momento, es una ardua tarea que solo descansa en cada cual. En este sentido, una encuesta de insatisfacción laboral realizada por el portal de empleo Monster revela que un 82% de los trabajadores españoles no se encuentran satisfechos en su actual empleo. Esto es, lógicamente, síntoma de que algo no va bien en nuestra sociedad. Y, por eso, nacen libros

con la sana intención de revertir esa situación anómala: *El despido interior: cuando nuestra infelicidad laboral nos lleva a convertir nuestro trabajo en prisión*, que intenta sacar lo mejor de uno mismo para ponerlo al servicio de la sociedad o de la empresa.¹⁵ Pero, se recurre incluso al pensamiento de Confucio para lograr lo mejor de cada profesional, véase: *El arte de la gestión de Confucio*, con el objetivo de lograr el equilibrio personal y profesional.¹⁶

Una opción para curar ese desajuste “enfermo” es lograr la independencia económica respecto a nuestras obligaciones materiales que, al fin y al cabo, es lo que casi todos pretendemos al gastarnos fortunas en el juego. Se trataría, pues, de liberarnos de la actividad que nos produce insatisfacción y sustituirla por la actividad intelectualmente o espiritualmente deseada: es decir, hacer aquello que realmente nos hace feliz. No olvidemos lo fundamental, en el orden natural: nuestra actividad sensible debe coincidir con nuestro objetivo intelectual y espiritual último. Solo así obtendremos una felicidad personal plena al realizar aquello que entendemos que se identifica con nuestras tres felicidades sensible, intelectual y espiritual.

Pero el problema que se produce muchas veces en nuestra sociedad, como se ha visto anteriormente, es que el dinero está excesivamente endiosado. El dinero se convierte entonces en el objetivo primero, desplazando entonces el lugar natural de los objetivos intelectuales y espirituales, desembocando en los desequilibrios “enfermos” antes mencionados. Y, cuando se logra una libertad total (por efecto de la jubilación o por un “gordo” de la lotería), sin estar intelectual ni espiritualmente preparado, podemos caer en la “enfermedad”: es una sensación de “vacío” por carecer de referentes intelectuales y espirituales.

Otra desviación, en el mismo sentido, podemos apreciarla viendo la televisión y sus correspondientes programas basura: se endiosa a todos los famosos y ricos, sobretodo, famosos por ser ricos. Este elenco de tele-basura (*reality show*, periodismo rosa, etc.) no tiene

15 EL-GHANDOURI, LOTFI. *El despido interior: cuando nuestra infelicidad laboral nos lleva a convertir nuestro trabajo en prisión*. 1ª Edición. Editorial Alienta. 2007. ISBN 9788493562663.

16 BENITO RODRÍGUEZ, ENRIQUE. *El arte de la gestión de Confucio*. 1ª Edición. LID Editorial Empresarial. 2006. ISBN 9788488717580.

otra finalidad que la de mantener las audiencias altas para conseguir los fines recaudatorios a través de la publicidad. Como he apuntado anteriormente, los medios de comunicación y otros poderes sociales manipulan las conciencias más débiles. Por tanto, hay que insistir, nuevamente, para salir de esa ignorancia social mediante la ayuda de nuestro propio conocimiento (dialéctica intelectual) y motivación amorosa (dialéctica espiritual). Hay que salir de dicha inmersión excesivamente materialista, para buscar nuestra propia felicidad personal con la compensación equilibrada de nuestro lado intelectual así como aspiraciones espirituales. Recordemos que, solo así, logremos dar un sentido superior a nuestra vida. No en vano, muchos son los ricos que, por mala conciencia o bien por convencimiento espiritual, dedican parte de sus riquezas a obras sociales para los más desfavorecidos. Este tema será estudiado en más profundidad en otro momento, cuando se llegue a la moralidad social.

Por tanto, una persona que tenga resuelta su dialéctica sensible (suficiente dinero para vivir sin trabajar, o trabajar en lo que intelectualmente o espiritualmente le interese), estará en una posición de libertad mucho más favorable para defender su propio pensamiento intelectual y posicionamiento espiritual. La persona absorbida en la dialéctica sensible para satisfacer sus necesidades biológicas, físicas y sociales (y somos la mayoría), tiene poco margen de tiempo y medios para la reivindicación intelectual y espiritual (aunque a veces suene a perfecta excusa para no mover un dedo en ese sentido). Por eso mismo, existe una estructura social en orden natural ascendente, desde lo sensible (1er nivel social: la vida existencial) hacia el pensamiento y conocimiento (2º nivel social: la vida intelectual) y, por último, hacia la moralidad (3er nivel social: la vida espiritual).

Así como todos y cada uno de nosotros poseemos esas tres potencias —cuerpo, mente y espíritu—, pocos tienen la posibilidad de transmutarlas en libertad: la libertad sensible, la libertad intelectual y la libertad espiritual, para ejercer así nuestro legítimo derecho de la felicidad personal en cada uno de esos tres niveles sociales. Por eso, la gran mayoría somos los anónimos productivos (1er nivel social) y, “el mayor castigo para quienes no se interesan por la política es que serán gobernados por personas que sí se interesan” al decir del historiador británico Toynbee. Algunos son los

“líderes intelectuales” de la sociedad (2º nivel social), teniendo así razón el sociólogo y filósofo alemán Karl Marx cuando nos dice que “el poder político es simplemente el poder organizado de una clase para oprimir a otra”. Y por último, muy pocos son los “líderes espirituales” (3er nivel social).

Estos tres niveles sociales se corresponden, respectivamente, con las tres dialécticas históricas de nuestro mundo: la dialéctica social (historia del mundo), la dialéctica intelectual (historia del pensamiento) y la dialéctica espiritual (historia de la moralidad). Esta superposición de niveles sociales, aunque simplista en su enfoque, es extremadamente complicada en su desarrollo real en cada sociedad, pues son tres poderes que interactúan entre ellos, invadiendo los límites propios de sus respectivas competencias. Cualquiera que siga con un poquito de interés la situación económica, política y religiosa del país, podrá rendirse a la evidencia de que son constantes las luchas de intereses entre esos tres niveles sociales de poder, pero no es el objetivo de este ensayo bajar a la fenomenología sociológica para el análisis de dicha problemática. Solo voy, de momento, a evidenciar dicha estructura para hacer más comprensible nuestra relación con nuestro mundo circundante. El objetivo de este ensayo en tanto que filosofía activa, es, precisamente, trascender con el presente discurso, la reivindicación de un cambio de conciencia orientada a superar el estadio material actual que ha desembocado en una crisis financiera mundial exenta de toda moralidad. Debe resplandecer esa nueva conciencia en base al conocimiento así como una espiritualidad “racional” que sirva de guía a este mundo enfermo. De momento, a modo de resumen, podemos destacar que:

- a) La dialéctica sensible tiene como máxima felicidad, la libertad sensible a través del mundo: tener capacidad (económica) para ser felizmente libre en mi autonomía y libertad material, es decir, poder decisorio sobre lo que deseo hacer, tener o disfrutar (acceso a los máximos placeres sensoriales).
- b) La dialéctica intelectual tiene como máxima felicidad, la libertad intelectual para incorporarse al discurso intelectual de la sociedad: lograr con mis conocimientos la felicidad

intelectual al expresar libremente lo que pienso, defendiendo o creo (acceso al debate intelectual).

- c) La dialéctica espiritual tiene como máxima felicidad, la libertad espiritual para incorporarse al discurso espiritual de la sociedad: expresar en libertad las relaciones de amor que constituyen mi concepto de felicidad espiritual (acceso a potenciar la espiritualidad de la humanidad).

Ahora bien, como el concepto de libertad es un tema muy grueso de tratar, será desarrollado oportunamente en la tercera parte de este trabajo. De momento, voy a sintetizar el espectro del discurso de este capítulo acerca de la “moralidad de la riqueza”, el cual conlleva el siguiente discurso intelectual:

- a) La riqueza sensible (dinero) da lugar a una dialéctica sensible (superación de obstáculos), para lograr una felicidad sensible (disfrutar los bienes materiales), siendo la máxima felicidad: la libertad sensible (libertad de movimiento espacio-temporal).
- b) La riqueza intelectual (conocimiento) da lugar a una dialéctica intelectual (saber cada vez más), para lograr una felicidad intelectual (ser feliz con lo sabido), siendo la máxima felicidad: la libertad intelectual (expresión del propio pensamiento).
- c) La riqueza espiritual (amor) da lugar a una dialéctica espiritual (relación de amor en las cualidades espirituales elegidas), para lograr una felicidad espiritual (ser feliz con lo amado), siendo la máxima felicidad: la libertad espiritual (expresión de los actos de amor defendidos).
- d) El desequilibrio entre estos tres estados de felicidad es lo que produce las patologías psicológicas y sociales.
- e) Cuando las tres dialécticas (sensible, intelectual y espiritual) coinciden en una misma dialéctica vital (vivo como pienso y

amo), se produce una dialéctica de la felicidad personal. Es decir, un estado de autorrealización personal.

- f) El contenido de la realización personal puede ser diferente en cada persona, pero el proceso es el mismo para todos, en los términos conceptuales que hemos desarrollado hasta aquí.
- g) La moralidad a extraer de las tres riquezas, —sensible (dinero), intelectual (conocimiento) y espiritual (amor)—, es que debemos orientar los tres modos de vivirlas, para lograr la felicidad en cada una de ellas mediante cada uno de nuestros actos. Se trataría de actos de felicidad parcial en nuestras vidas, encaminados a una dialéctica de la felicidad personal.
- h) Hay que dar un sentido subliminal y superior a nuestra vida, mediante la unificación de esas tres felicidades: se logra así una “dialéctica de la felicidad personal” bien orientada. Si actuamos en las tres dialécticas (material, conocimiento y amor), de modo que nuestra vida tenga satisfacción en nuestras tres potencialidades (cuerpo, mente y espíritu), entonces, estaremos en el camino de la felicidad más plena.

El máximo sentido de nuestra vida se adquiere cuando, nuestra conciencia ya no tiene solamente como objetivo la propia felicidad personal, sino cuando surge la experiencia interior de la “conciencia transpersonal”: es un estado de conciencia que tiene su objetivo en la libertad y la felicidad de la humanidad. La conciencia personal deviene en una conciencia transpersonal: es la trascendencia de nuestros actos hacia el mejoramiento del mundo (biosfera) y la humanidad (noosfera). Este nuevo estado de conciencia transpersonal de la libertad y la felicidad, no es un estado muy lejano a conseguir. Intelectualmente lo podemos tener de inmediato, tan solo habiendo comprendido todo lo expuesto en este ensayo hasta aquí. Es una comprensión intelectual que, ahora, está en potencia en nosotros. Solo nos queda ponernos mano a la obra para lograrla en la práctica.

Ahora bien, convertir ese estado de conciencia intelectual transpersonal en realidad objetiva (la libertad y la felicidad de la

humanidad, como objetivo de nuestra propia vida) así como espiritual (actitud moral para conducir bien las acciones hacia dicho objetivo), ya no es cosa fácil. Más bien lo contrario, pues hay que poner mucho empeño en no errar en cada decisión que tomamos en la vida. La libertad, como se ha visto anteriormente, o mejor dicho, la gestión de la libertad ya no es cosa baladí. Más adelante veremos cómo se interpreta la libertad transpersonal (algo difícil de lograr para la mayoría de anónimos productivos, entre los cuales me incluyo).

Recordemos que en el ejercicio de nuestra “libertad” nos enfrentaremos a muchas dudas, y no siempre acertaremos, a pesar de que contaremos con la ayuda inestimable del conocimiento mismo (para aquellos que cuenten con él). No obstante, sea cual sea el resultado obtenido respecto a los objetivos deseados y conseguidos en nuestra vida, esta nos deparará igualmente las tres riquezas potenciales:

- Material: la suma de toda nuestra riqueza, evaluada en dinero.
- Intelectual: la suma de toda nuestra riqueza, evaluada en conocimientos.
- Espiritual: la suma de todos nuestros actos morales hacia la humanidad.

Indistintamente de la suma de riquezas que cada cual consiga en los tres senderos anteriores, sean las que sean, serán dichas riquezas las que dejaremos al término de nuestra existencia: serán nuestras propias herencias. Como bien dijo el poeta inglés Thomas S. Eliot: “El final es el lugar del que partimos”. La consecuencia de ello será:

- Herencia sensible
- Herencia intelectual
- Herencia espiritual

Trataré de explicar en el próximo capítulo en qué consiste esta nueva categoría conceptual intelectual, que se refiere a la herencia

en relación con el final de nuestra vida. Todo sujeto cognoscente es consciente de su mortalidad, sin embargo, Ortega y Gasset hace más liviana esta afirmación al decirnos que “la vida humana eterna sería insoportable”. De momento, planteo al lector la siguiente reflexión: ¿cuál sería, en su opinión, la herencia más importante para sus descendientes: la herencia sensible (dinero), la herencia intelectual (conocimiento) o la herencia espiritual (amor)? ¡Una profunda reflexión no exenta de contradicciones subjetivas!

CAPÍTULO IV:

Comprendiendo lo que soy: soy lo que pienso

- 1. Mundo ignorante y libertad personal**
- 2. El sentido de la vida**
- 3. Dialéctica de la historia**
- 4. Dos sentidos finales de toda vida humana: herencia personal y herencia transpersonal**
- 5. Comprendiendo lo que soy: soy libre**



Ya sabemos que, a partir del desarrollo de nuestras tres potencialidades —cuerpo, mente y espíritu—, podemos llegar a la obtención de tres tipos de riqueza:

- **Riqueza material o sensible:** dinero en su máxima expresión capitalista.
- **Riqueza intelectual:** conocimientos del mundo, de la humanidad, de uno mismo y, por último, algo o nada de Dios. El conocimiento de lo que es Dios sigue siendo un debate abierto, no habiendo todavía un consenso entre la razón intelectual y la fe religiosa. Este eterno debate es el que todavía divide a la humanidad, pues no hay un consenso cognitivo sobre los asuntos concernientes a la metafísica, lo cual da lugar a guerras con origen en fundamentalismos religiosos.
- **Riqueza espiritual:** amor en tanto que fuerza invisible difícil de describir pero existente en tanto que sustenta todos nuestros actos en la vida. De algún modo, el amor sigue dando cohesión y sentido al mundo para que no se autodestruya. Aunque es muy difícil hacer racional un sentimiento como el amor, ahora, ya hay una explicación evolutiva desde la ciencia (amor biológico de Punset), desde la racionalidad (Nobel) así como científico-humanista (Cyrulnik).

También sabemos que, el lograr en mayor o menor medida algunas o todas de estas tres riquezas (dinero, conocimiento y amor) nos dará, también, acto seguido, tres tipos de felicidad: felicidad sensible (lo que soy capaz de disfrutar), felicidad intelectual (lo que soy capaz de conocer) y felicidad espiritual (lo que soy capaz de amar). Hemos visto también que el sendero que cada cual elige

va a ser el motor impulsor de su vida y, por tanto, puede haber un predominio vital de alguna de las tres felicidades anteriores:

- Hay personas que viven mayormente en el mundo materialista, descuidando el lado intelectual y espiritual. Se trata de una desviación al desenfreno consumista sin equilibrio con los estados superiores de la intelectualidad y la espiritualidad.
- Hay personas con predominio del lado intelectual, lo cual también incide en la dirección vital de su vida, en algunos casos con desconexión con la realidad sensible más inmediata como, por ejemplo, el creciente divorcio entre la casta política y el pueblo.
- Y hay también personas que dedican su existencia al lado espiritual de la vida, dando preponderancia a dicha actividad espiritual por encima del materialismo económico.

A pesar de estas tres diferenciaciones, todos, lo queramos o no, adoptamos una actitud respecto a estas tres posiciones, pues como bien dijo el escritor inglés Joseph Conrad “vivimos como soñamos: solos”. Nos reafirmamos en alguna de estas tres direcciones o simplemente negando alguna de ellas, aunque no haciéndolas desaparecer. El estado óptimo personal reside en el equilibrio de estas tres felicidades en cada acto de nuestra vida, de manera que logremos una dialéctica de la felicidad personal. Efectivamente, solamente en el acto de entender (conocimiento), lo que disfruto en la vida (bienes materiales) es lo que nos da algún sentido para mí o para mis seres queridos (amor). Este sentido se da en todo lo que emprendemos en la vida. El equilibrio de estas tres felicidades es lo que debería dar sentido a cada acto que realizamos “libremente” en nuestra vida. Cuando hay deficiencia de felicidad por algunos de estos tres motivos, aparecen todos los desequilibrios psicológicos y sociales, los cuales serán objeto de estudios posteriores.

1. MUNDO IGNORANTE Y LIBERTAD PERSONAL

El orden de sucesión de todos nuestros actos es lo que va a dar un sentido de continuidad a nuestra vida a través del tiempo. Ahora bien, no hay, todavía, un cuerpo de conocimientos sumamente válido para orientar la moral en la conducta de las acciones de todos nosotros. Entiéndase con esto que, si hubiera ese cuerpo de conocimientos, el mundo entero sabría qué hacer para no vivir en la injusticia, el desequilibrio de riquezas y, en definitiva, entre la gran desigualdad de civilizaciones que hay en la actualidad. De hecho, “si queremos un mundo en paz y de justicia hay que poner decididamente la inteligencia al servicio del amor”, como bien apuntó el escritor francés Antoine de Saint-Exupéry. Es cierto que, desde el siglo pasado, los conocimientos tecnológicos y avances sociales, reflejados en derechos humanos, tienden a reivindicar la necesidad de la justicia mundial así como la igualdad entre los pueblos. Existe una cierta conciencia a nivel mundial que, si no hay consenso más pronto que tarde, se camina hacia la autodestrucción causada por guerras, fanatismos religiosos, desequilibrio de riquezas que provocan emigraciones de pueblos y, también, cómo no, la degradación medioambiental. El científico alemán Einstein ya nos avisó de que “si la Tercera Guerra Mundial se hace a golpes de bombas atómicas, los ejércitos de la Cuarta Guerra Mundial combatirán con mazas”. El preludeo de ello ya fue anticipado por el filósofo latino Séneca: “Una era construye ciudades. Una hora las destruye”.

La Alianza de Civilizaciones, propuesta por nuestro presidente de gobierno, Rodríguez Zapatero, es, en este sentido, un tímido pero necesario avance. Pero a buen seguro, queda mucho por hacer por todos y cada uno de nosotros. Ante ese marco mundial, el sujeto cognoscente, en tanto que entidad propia que debe dar sentido a su vida, solamente lo puede hacer en las tres opciones de riquezas y felicidades que hemos apuntado hasta aquí. Y en este sentido, parece ser que la actitud más predominante en nuestra sociedad actual es la satisfacción de los placeres mediante nuestros sentidos. Así lo refleja nuestra sociedad excesivamente consumista, dejando poco margen a que el conocimiento se abra camino en la

orientación de nuestras vidas. Y para muestra, un botón: la pérdida tradicional de autoridad de los maestros respecto a los alumnos y la excesiva violencia en las aulas, no son el mejor referente para el futuro generacional de nuestros hijos.

Se impone, por tanto, una recuperación de una sociedad del conocimiento, desde y para el conocimiento. Los mecanismos prácticos para lograr esto serían tema de otro debate, aunque el filósofo Marina desde la educación, ya apunta ese camino. De momento, basta con apuntar que, al no haber un “instituto” del conocimiento consensuado para la mejor orientación de la vida futura de nuestros hijos y de las sociedades, solo nos queda a cada uno de nosotros tomar las decisiones “en libertad” según la comprensión de cada cual para dar un cierto sentido a nuestra vida ya que “una vida sin propósito es una muerte prematura” tal como apuntó el filósofo alemán Goethe.

Este vacío de comprensión de nuestra vida, al cual la razón todavía no ha logrado dar un sentido válido para todos, es un lugar que las religiones intentan ocupar mediante la fe y la extensión de su moralidad a los nuevos problemas emergentes de nuestra sociedad del conocimiento: eutanasia, homosexualidad, divorcios, ética biológica, moral para la educación, etc. La Iglesia pretende, desde su posición historicista de la espiritualidad, continuar con su acción moralizadora, ajena a la dialéctica intelectual, propia de la razón mediante el conocimiento. Los representantes de la Iglesia no son moralmente perfectos. Es sabido de todos que, en muchas ocasiones, han tenido que pedir perdón por errores cometidos: la inquisición y el juicio a Galileo, por ejemplo. Aunque lo más grave es su inmersión en la sensibilidad de la carne: no pueden evitar los escándalos por relaciones sexuales mantenidas por muchos de sus miembros, así como su intromisión en la plena intelectualidad a través de la política. La Iglesia ve peligrar su ostentación del poder espiritual sobre el social y es cuestión de tiempo que esa espiritualidad “irracional” sea sustituida por una racionalidad “espiritual”. De ello solo va a depender la natural ascensión de la conciencia colectiva desde el materialismo hasta el humanismo más pleno. Solo apunto el camino. Es cuestión de tiempo que se llegue a ello mediante el logro del concepto socio-dinámico “masa crítica”. Por eso, a los filósofos activos, solo nos queda reivindicar el acer-

camiento de todos nosotros en cada uno de nuestros actos, hacia el conocimiento verdadero desde la Razón. Solo el conocimiento nos hará, cada vez, un poquito más libres y menos esclavos de la fe religiosa, la manipulación mediática y la dependencia de un excesivo consumismo que nos hace perder el sentido de la realidad. Si perdemos el sentido de la realidad, también perdemos nuestra propia libertad: seremos esclavos de lo que nos dice la televisión que hay que consumir y de lo que nos dice la Iglesia que hay que hacer. Concluyendo, el sentido de nuestra vida lo vamos a realizar desde nuestra “libertad”. Hasta el presente, pongo siempre entrecuillado el término “libertad” porque, lo que nosotros creemos que es libertad no es en realidad tal sino que somos esclavos de una sociedad capitalista excesivamente consumista y dirigida moralmente por una Iglesia en decadencia: estamos presos en la cárcel de la globalización neoliberal, tesis ya expuesta anteriormente y lúcidamente argumentada por Susan George. Frente a esto, hay que recuperar la “libertad” de la persona en base al conocimiento de sí mismo. Hay que redescubrirse y conocer en qué consiste ser libre, con conocimiento de causa. Esto implica la tesis “Pensar en ser libre”, la cual desarrollaré en la tercera parte de este trabajo. De momento sepamos que, del sentido que le demos a nuestra vida respecto a la dialéctica de la felicidad personal (lo que pensamos que podemos tener para ser feliz con nuestros seres queridos), va a depender que consigamos realmente ser feliz o no. En todo caso, como eso es una cuestión que atañe solamente a cada uno de nosotros, desde estas líneas solo me permito dibujar los raíles por donde cada uno puede conducir su propio tren: obtener felicidad material (dinero) mediante la ayuda de nuestro propio conocimiento (acto de conocer que dura toda la vida) para la satisfacción de nuestro lado espiritual del amor (da igual que hablemos del amor a nuestros seres queridos, amor a la humanidad o del excesivo amor a uno mismo, lo cual puede desembocar en una posición materialista que nos hace olvidar que somos espíritu).

2. EL SENTIDO DE LA VIDA

La nueva cuestión que se plantea, una vez sabemos qué sentido le vamos a dar a nuestra vida, es conocer si vamos logrando el sentido deseado. El novelista estadounidense Millar ya estableció dicha paradoja al decirnos que “hay que darle un sentido a la vida, por el hecho mismo que carece de sentido”. Son frecuentes a lo largo de nuestra vida las evaluaciones de lo conseguido respecto al sentido ideal deseado inicialmente. Al que no haya realizado nunca una autoevaluación, le pido que se detenga un momento y reflexione: ¿tengo la felicidad que había proyectado años atrás? Hay que hacerse estas tres preguntas sobre el sentido de nuestra vida:

- ¿Soy más feliz teniendo más?
- ¿Soy más feliz sabiendo más?
- ¿Soy más feliz en el amor?

Hay quién vive en el desconocimiento de estas tres preguntas. Si nunca lo ha hecho, le ruego que intente dar algún tipo de respuesta personal al sentido de su vida. Las respuestas a esas tres preguntas, cada cual las suyas, darán el propio sentido a la dialéctica de la felicidad personal. Acto seguido les siguen, respectivamente, tres preguntas más:

- ¿Cuánto dinero necesito para ser feliz? Es pertinente que en la reflexión sobre dicha pregunta, nuestro pensamiento no dirija las acciones mayoritariamente hacia el mundo de los sentidos. En el actual neoliberalismo, la codicia humana, la corrupción, la injusticia económica global y los paraísos fiscales son los símbolos del paradigma de nuestra sociedad capitalista. Como se ha visto en el capítulo anterior, se puede caer preso de un consumismo desmedido que nos hace perder de vista a las otras dos riquezas: el conocimiento y el amor.
- ¿Cuánto conocimiento necesito para ser feliz?
- ¿Cuánto amor necesito para ser feliz?

Las infinitas respuestas como tantas personas existan, es lo que crea la diversidad de opiniones, familias, sociedades y culturas en el mundo. De momento, no hay una fórmula exacta para determinar la solución comúnmente válida para cada uno de nosotros. Y, en ese sentido, estamos otra vez como al principio: debo conducir mi cuerpo por este mundo, con la sola ayuda de lo que soy capaz de entender y comprender, para satisfacer mis relaciones espirituales conmigo mismo, mi seres queridos, mi sociedad y la humanidad en general. A ese transcurrir por la vida, a esa búsqueda del propio sentido de la vida, es a lo que nos dedicamos con el pasar de los años, como ya apuntó Ortega y Gasset: “La vida cobra sentido cuando se hace de ella una aspiración a no renunciar a nada”. Unos con más o menos éxito. Pero, incluso el éxito puede ser intelectualizado para obtener conocimientos de cómo alcanzarlo. De hecho, este mismo ensayo pretende que cada persona logre su propio éxito personal mediante su propia felicidad personal, desde una posición conceptualmente filosófica para reflexionar y comprender algo acerca del sentido de nuestra existencia. Comprender el sentido de nuestra vida respecto al mundo que nos ha tocado vivir, es un éxito en sí mismo. En este sentido, entonces, “la vida de cada hombre es un camino hacia sí mismo, el ensayo de un camino, el boceto de un sendero”, en palabras del escritor suizo Hesse.

Ahora bien, si queremos por ejemplo tener algunas claves añadidas para dicho éxito, tenemos la suerte de vivir en una sociedad de la información en que, cualquiera que esté interesado en un tema, tiene acceso directo a dicha información: por internet, por la prensa, por los libros, por artículos, etc. Por tanto, incluso para tener éxito, se puede dirigir nuestra mirada hacia alguna fuente de conocimiento. Valga como ejemplo esta serie de consejos del divulgador científico Eduardo Punset:¹⁷

- 1º. La primera pista para tener éxito es quererlo (“la confianza en sí mismo es el primer secreto del éxito” según el filósofo estadounidense Emerson).

¹⁷ www.xlsemanal.finanzas.com. “Excusas para no pensar: ¿Cómo se alcanza el éxito?” N° 1042 del 14 al 20 de octubre 2007.

- 2°. Distinguir entre la concepción geológica y divisionaria del tiempo: los paleontólogos y geólogos miden el tiempo por millones de años, mientras que en el mundo moderno la pauta viene dado por cuarto de hora (una excesiva dialéctica material desenfrenada que nos hace perder el sentido de la realidad).
- 3°. Compartir ideas. En lugar de predicar todo el rato para que lo entiendan a uno, es fundamental intuir lo que piensan los demás (recuerde que he dicho anteriormente que la naturaleza nos ha dado dos orejas y una boca: para escuchar el doble de lo que hablamos).
- 4°. Convertir el gusto o la vocación por algo en enamoramiento (es una salida para todos aquellos que están insatisfechos con su trabajo actual, aunque para ello, deberán conocer sus potencialidades corporales, mentales y espirituales para hacer de ellas su medio de vida).
- 5°. Persistir en el empeño: las ideas brillantes requieren tiempo para tener éxito (recordemos a los grandes pensadores y científicos aislados en la soledad de su búsqueda inquisitiva).
- 6°. Probar y hacer cosas nuevas: estar abierto al conocimiento de las demás cosas y personas (es decir una apertura intelectual y espiritual, aludido en este ensayo).
- 7°. La suerte: no es precisamente un consejo, pero solemos hablar de “suerte” cuando no queremos o no sabemos indagar por qué ha ocurrido un hecho (es decir, que la suerte puede ser interpretada mediante el acercamiento cognitivo).

El éxito es, a priori, un término relativo pero, después de leer por ejemplo a Punset, el éxito se nos hace más fácil de alcanzar gracias al acercamiento cognitivo a sus consejos. Este ensayo intenta contribuir intelectualmente a la comprensión de dichos planteamientos. Así, cada cual puede intentar lograr su propio éxito: tan solo tiene que desearlo y, aquí también, de manera recurrente, el conocimiento está siempre ahí para echarnos una mano. Cada cual

puede ser feliz viviendo solo en el materialismo, solo en la intelectualidad o solo en la espiritualidad como rectores del sentido de sus actos vitales pero, en cualquiera de los caminos elegidos, el acercamiento cognitivo hacia lo que consideremos nuestro éxito será siempre un peso en la balanza de dicho éxito. Ahora bien, ¿se puede acotar el campo del éxito? A mi entender, solo hay genéricamente tres caminos para el éxito:

- Se puede tener éxito en el mundo de los sentidos.
- Se puede tener éxito en el mundo intelectual.
- Y, por último, se puede tener éxito en el mundo espiritual.

Nuestro posible éxito y, por consiguiente, felicidad personal tienen ahí sus propios senderos: ¿puede aportarme, amigo lector, algún ejemplo de lo que se considere éxito, fuera de la fórmula universal que apunta hacia los tres caminos citados? Imposible. Cualquier acción encaminada al éxito personal se realiza a través de los actos de nuestra propia vida, sustentados en la intelectualidad y la propia espiritualidad, lo cual ya fue evidenciado por el dramaturgo francés Molière al decirnos que “la virtud es el primer título de nobleza; yo no me fijo en el nombre de una persona sino en sus actos”. Nuestra vida adquiere un sentido con base a los tres principios—corporal, mental y espiritual—: lo que decido hacer para beneficio material de mi cuerpo (dialéctica sensible) es decidido en base a la comprensión de lo que entiendo que es mejor para mí (dialéctica intelectual). Saber si lo que hago es conveniente o no para mí y los demás, es decir, hacia la espiritualidad (familia, amigos, sociedad, humanidad y el mundo) forma parte de una moralidad acerca de las acciones (dialéctica espiritual). Si bien las tres potencialidades están presentes de manera consciente o inconsciente en cada acción, la consecución o no del objetivo de la felicidad personal se irá viendo en el propio proceso discursivo de la dialéctica vital: será nuestra propia elección dirigida hacia el materialismo, la intelectualidad y la espiritualidad, que conformará el estadio de felicidad personal logrado. Pero, como ya hemos apuntado anteriormente, no hay consenso universal acerca del conocimiento sobre lo que conviene o no hacer, ya que no disponemos de una moral universal consensuada. Si hubiera un cuerpo de conocimientos para una moral

universal, este mundo sería algo mejor de lo que es. Solo tenemos como referencias morales las propias de la religión y la ética social, en forma de leyes que garantizan deberes y obligaciones. Esos límites morales, que se van desarrollando a través de la historia, configuran la propia dialéctica del mundo, la humanidad y la divinidad: es la herencia social, cultural y espiritual de todos nuestros antepasados, a lo cual iremos sumando, así mismo, nuestras tres dialécticas. Por eso mismo “no perdemos nada del pasado, solo con el pasado se forma el porvenir” como bien supo entrever el escritor francés Anatole France.

3. DIALÉCTICA DE LA HISTORIA

En efecto, la historia de nuestro mundo es la historia de las tres dialécticas (material, intelectual y espiritual), a pesar de que “quizá la más grande lección de la historia es que nadie aprendió las lecciones de la historia “en palabras del escritor inglés Aldous Huxley. Pero, no obstante, es preciso realizar una sinopsis acerca de ellas:

- **DIALÉCTICA MATERIAL DEL MUNDO:** el mundo tal como lo heredamos. Con sus calles, edificios, ciudades, países. Con sus sistemas productivos para disfrutar en todos los niveles materiales: necesidades básicas, comodidad y bienestar. Nuestro actual modo de vida, en nuestra moderna civilización, nos ofrece un espectro muy amplio para la satisfacción de los placeres sensoriales y el ocio. Hay tanto por disfrutar y conocer. Pero, ¡ajo!, el conocer ya pertenece a la siguiente dialéctica:
- **DIALÉCTICA INTELECTUAL DEL MUNDO:** es la historia de la evolución del pensamiento y del conocimiento científico que conocemos en la actualidad. Es gracias a ello que disfrutamos de las comodidades de la sociedad del bienestar (si tenemos esa “suerte”) o no disfrutarlas, si hubiéramos nacido en un lugar pobre y subdesarrollado. Ese diferencial de la sociedad del conocimiento respecto a las sociedades subdesarrolladas influye en el sentido de la vida de cada cual. Cada uno damos

el sentido a nuestra propia vida, como ya hemos apuntado al principio, según nuestros condicionantes biológicos y sociales. Luego cada cual con lo que “sabe” hará el resto en su vida. Estas diferencias cognitivas son las que marcan, así mismo, grandes diferencias entre la riqueza y la pobreza, el fuerte y el débil, el que cree y el que razona. En definitiva, la evolución del conocimiento sigue su propio curso en el mundo. Sin embargo, “no se debe ser demasiado severo con los errores del pueblo, sino tratar de eliminarlos por la educación”, como ya advirtió el presidente de los EUA Thomas Jefferson. En base al conocimiento se elaboran nuevas leyes, nuevos derechos, se conquistan nuevas libertades, se reconcilian pueblos y se intenta, en definitiva, hacer un mundo más respirable que no camine hacia una auto-destrucción medioambiental o atómica. Y, en este sentido, es como cobra vida la moralidad de la espiritualidad humana:

- **DIALÉCTICA ESPIRITUAL DEL MUNDO:** es la historia de lo que los hombres nos imponemos moralmente a través de la traducción positiva en leyes y derechos universales así como buenas costumbres, todas ellas alumbradas por el establecimiento de la Razón a través de la historia. Debido a ello, la dialéctica espiritual de la Iglesia a través de la historia, ha visto perder parte de su poder basado en la fe puesto que, los hombres, mediante su dialéctica intelectual en la historia de la humanidad, han posicionado cada vez más el poder del conocimiento donde le corresponde: en el debate político y social, reivindicando caminar con la razón y el citado conocimiento.

No obstante, a mi entender, falta un buen trecho por recorrer, a la vista de muchos valores decadentes: valores educativos y sentido responsable de la libertad en los jóvenes. En este sentido, el alcohol, las drogas y potentes coches son armas letales que causan daños irreparables en muchas familias. Hay que recuperar una conciencia educativa para problemas sociales nuevos. Los valores tradicionales han sido engullidos por una sociedad materialista que encamina sus acciones al exceso de ocio sensible, desplazando el valor intrínseco del conocer como fuente de todo lo que tenemos, por ello tiene razón un lema del Talmud, obra sobre las tradicio-

nes judías, que dice: “El futuro del mundo pende del aliento de los niños que van a la escuela”.

4. DOS SENTIDOS FINALES DE TODA VIDA HUMANA: HERENCIA PERSONAL Y HERENCIA TRANSPERSONAL

Pero es llegado a este punto de la comprensión histórica, donde muchos pierden la perspectiva de dónde venimos, qué somos y qué sentido darle a la vida. Con nuestro nacimiento sensible, intelectual y espiritual, en tanto que sujeto cognoscente, tenemos que comenzar una andadura nueva para encontrar el sentido de nuestra propia vida. La comprensión de la perspectiva histórica es necesaria para orientarnos en la dirección de nuestra vida ya que “todas las culturas, de un modo u otro, reflejan necesidades humanas comunes” como fue apuntado por el etnólogo británico Bronislaw Malinowski. Es un valor primordial que quiero desarrollar en el presente ensayo: pensar en ser rico para luego pensar en ser libre. Hay que redescubrir nuestras propias riquezas tales como el conocimiento y el amor para, acto seguido, intentar conocer cuál es nuestro lugar en este mundo, intentando saber qué podemos hacer en dicho mundo y, por fin, intentando dar un sentido de espiritualidad a nuestra vida.

Conocer nuestro mundo, saber qué hacer en él y buscar un sentido a nuestra vida es, en definitiva, una tarea imperativa para cada uno de nosotros. Como he dicho antes, hay dos tipos de filósofos: los activos y los pasivos. Los que buscan comprender y los que “aprenden” con la experiencia. En la mano de cada uno de nosotros está decidir si queremos ser uno u otro. Si decidimos auxiliarnos en el conocimiento y dar un sentido espiritual a nuestra vida, seguramente tendremos una vida mucho más plena que si nos quedamos en el espejismo del puro disfrute materialista. En nuestras manos está emprender un camino u otro. Y todo lo que hagamos en la vida, cada acto, irá dejando huella allí por dónde pasemos: en nuestra familia, en nuestro trabajo, en nuestra sociedad, en nuestro país y, cómo no, también en el mundo. En definitiva, el sentido de

nuestra vida y todo lo que consigamos en ella, no nos lo podremos llevar a la tumba. Quedará nuestra obra, sea cual sea. Nos recordarán por cómo hemos vivido, lo que hemos sabido y por la huella espiritual que hemos dejado. Todo ello formará parte de la herencia que dejaremos de nuevo a nuestro mundo:

- Nuestra herencia física (los bienes materiales conseguidos).
- Nuestra herencia intelectual (el legado cognitivo).
- Nuestra herencia espiritual (nuestra obra de amor).

Es en base a estas tres herencias por lo que nos recordarán nuestros familiares y amigos. Y si nuestra obra es sumamente relevante, podremos pasar a la historia de la humanidad en función de:

- Nuestra contribución a la herencia material del mundo, es decir, el sentido dado a las riquezas materiales: obras sociales, fundaciones, donaciones altruistas, etc.
- Nuestra contribución a la herencia intelectual de la humanidad, es decir, nuestra colaboración en la evolución cognitiva del propio pensamiento: ensayos, tratados, descubrimientos científicos, etc.
- O, la herencia espiritual, es decir, las obras y actos encaminados al mejoramiento de la humanidad.

Siendo esto así, conviene entonces discernir entre dos tipos de herencias:

- **HERENCIA PERSONAL:** tal como dijera el filósofo chino Lao-Tsé, “entrar en la vida: ir hacia la muerte”. Es la herencia directa a nuestros descendientes: bienes materiales (entre ellos, el dinero), bien cognitivo (lo que hemos podido enseñar) y bien espiritual (valores morales transmitidos). En definitiva, de lo que todo el mundo habla en un velatorio respecto a la persona difunta: se habla del sentido de su vida, de lo que ha hecho, cómo lo ha hecho, qué ha aprendido y qué ha hecho con lo aprendido. En relación a la muerte,

Platón ya apuntó que “cuando la muerte se precipita sobre el hombre, la parte mortal se extingue; pero el principio inmortal se retira y se aleja sano y salvo”. Sigue siendo la esperanza religiosa o metafísica que la humanidad aún no sabido demostrar pero, no por ello, deja de creerla. La culminación de nuestra obra, post mortem, estará presente en la memoria de la gente que nos recordará, como ya advirtió el filósofo y político romano Cicerón: “La vida de los muertos perdura en la memoria de los vivos”

- **HERENCIA TRANSPERSONAL:** el término “transpersonal” no está recogido en la Real Academia Española. Pero, sin embargo, es un término que está presente en lo último de la psicología: se habla de “psicología transpersonal”, esto es, una consideración de la espiritualidad en la comprensión del ser humano. Aquí entiendo por herencia transpersonal todo aquello de una persona que puede ser recordado por la repercusión del sentido de su vida en la obra social de su pueblo, comunidad, país o el mundo mismo. En este sentido, todo lo que se haya podido hacer y que deje huella: en el mundo físico, en el mundo intelectual o en el mundo espiritual. Es el sentido y la obra de una persona que estará recogido en los anales de la historia de la humanidad en cualquiera de sus aspectos de contribución: social, político, intelectual, educativo, artístico, ecológico, moral, etc., en definitiva, un motivo por lo cual el sentido de nuestra vida haya contribuido a la evolución de nuestro mundo (sin enjuiciar moralmente a los buenos y a los malos de la historia. La moral perfecta es todavía un discurso que está en dialéctica evolutiva, ya que carecemos de un consenso universal).

Resumiendo, por tanto, el sentido de nuestra vida tendrá dos tipos de herencia: una por la cual seremos recordados en nuestro entorno familiar y social más inmediato y, otra, por la cual se nos puede recordar por nuestra obra social, intelectual o espiritual que puede pasar a la historia de la humanidad. Por eso mismo ya escribí el escritor español Quevedo que “uno a uno, todos somos mortales; juntos somos eternos”. La primera, la herencia personal, tiene una

vida efímera tal como afirmó el poeta español Campoamor: “Murió del todo, pues murió olvidado”. Nos recordarán nuestros hijos y nietos, pero dicho recuerdo acabará diluyéndose en las sucesivas generaciones. La herencia transpersonal, sin embargo, durará algo más, pues pasará a la historia de la humanidad en función de la importancia de nuestra contribución a la evolución del mundo, la historia del pensamiento y de la espiritualidad humana. Del sentido que le demos a nuestras vidas, ingresaremos en una u otra herencia, o en las dos.

5. COMPRENDIENDO LO QUE SOY: SOY LIBRE

Hagamos un recorrido intelectual, a modo de resumen conceptual, acerca de lo que, hasta ahora, ya sabemos de nosotros mismos:

- Las potencialidades de nuestro cuerpo, mente y espíritu, tienen capacidad de proporcionarnos, respectivamente, riquezas materiales (dinero), intelectuales (conocimiento) y espirituales (amor) que, a su vez, nos reportarán felicidad material, felicidad intelectual y felicidad espiritual.
- La dialéctica entre felicidad material, felicidad intelectual y felicidad espiritual, necesaria y equilibrada, dará un sentido pleno a nuestra vida, logrando así la felicidad personal.
- El sentido que elijamos dar “libremente” a nuestra vida será la riqueza que, a su vez, dejaremos en herencia al mundo material, intelectual o espiritual.
- Esa riqueza producida será la herencia personal o transpersonal que dejaremos a título póstumo.
- La vía cognitiva (el saber en constante actualización) y la vía espiritual (el amor prodigado a lo largo de nuestra existencia) deberían ocupar un lugar predominante en nuestras decisiones, encaminadas estas a dar ese sentido superior a nuestra vida.

- El conocimiento, de momento, es el único medio al alcance de todos nosotros para dotar de comprensión y sentido racional a nuestra vida y poder realizar así actos “libres” con “conocimiento de causa”.

Concluyendo, somos dueños de nuestra “libertad” para dotar de sentido a nuestra vida. El problema que se plantea, entonces, es: ¿cómo obrar bien en “libertad”? ¿Cuáles son los referentes para que la “libertad” ejercida en nuestra vida sea lo menos dudosa posible? ¿Cómo acertar en dar el mejor de los sentidos a nuestra vida? Ya nos advirtió el escritor español Baltasar Gracián al decirnos “atención a no errar una, más que acertar ciento”. Solamente se me antoja una respuesta retórica: mediante el conocimiento. Solamente desarrollando nuestra comprensión podemos estar más preparados para no equivocarnos al tomar decisiones dentro de nuestra “libertad”. Es en la constante actualización de nuestros conocimientos, a lo largo de nuestra vida, como podemos hacernos mejor trabajador, mejor padre, mejor hijo, mejor amigo, mejor ciudadano del mundo. Solamente, mediante el conocimiento, podemos actualizar nuestras potencialidades ocultas dentro de nosotros para dar, acto seguido, un pleno sentido a nuestra vida y lograr una dialéctica de la felicidad personal con pilares materiales, intelectuales y espirituales.

La comprensión de todo ese proceso que hemos explicado hasta ahora es, en sí mismo, una finalidad: solamente comprendiendo, puedo darle un mejor sentido a mi vida, de modo que estaré más preparado cognitivamente para no errar en mis decisiones tomadas “libremente”. Ya no soy solamente un ser dual (cuerpo y mente), en el sentido de la filosofía tradicional, sino trino: cuerpo, mente y espíritu. Obsérvese que no cito para nada el concepto de alma, propio del sentir religioso. Sin embargo, con el concepto de espiritualidad planteado en este ensayo, no menoscabo para nada la pretendida finalidad de la religión que busca el bien de la humanidad. Al contrario, cada cual puede seguir con su propia fe religiosa, pero con una apertura hacia la racionalidad que se va abriendo paso. Es más, la fe de cualquier religión puede ser intelectualizada en mi concepto de espiritualidad: ¿no sería ello un buen comienzo para buscar un con-

senso espiritual entre todas las religiones, al margen de fundamentalismos? Es así, comprendiendo lo que soy, como daré un mejor sentido a mi vida. Y, ¿qué es lo que sé? Básicamente tres cosas:

- Tengo que satisfacer las necesidades de mi cuerpo, incorporando mi dialéctica sensible a la dialéctica del mundo (VIVIR). El único modo de renunciar a esta opción sería llevando una vida ascética, lo cual ni es lo más recomendable ni tampoco estrictamente necesario. Tampoco el polo opuesto, a saber, llevar una vida con desenfreno consumista y materialista es lo más apropiado, pues ya hemos visto que caeríamos en las enfermedades como las drogas, el alcoholismo, la anorexia, la bulimia, la adicción al juego, etc., todas ellas signos de una evidente desviación de nuestra genuina comprensión intelectual y orientación espiritual.
- Tengo que actualizar constantemente mis conocimientos para comprender la dialéctica intelectual del mundo (PENSAR). Es decir, no se puede vivir ajeno a la evolución intelectual de nuestro mundo contemporáneo ya que, la carencia de comprensión conlleva la consecuente inadaptación al medio social. Más que ninguna época pasada, la noosfera se está desvelando a través de una sociedad altamente tecnificada con evidente repercusión en los cada vez más numerosos medios de comunicación, los cambiantes procesos productivos y en las organizaciones sociales a través de la internet.
- Tengo que tener horizontes espirituales para sentirme parte de la propia dialéctica espiritual del mundo (AMAR). Este compromiso es quizá el más difícil, pues requiere una gran dosis de autodominio personal para progresar con equilibrio a través del mundo de los sentidos y la noosfera, salvaguardando la moralidad como guía de nuestro devenir existencial.

Estas tres cosas, que ahora sé, son los fundamentos intelectuales para intentar dar un sentido a mi vida, de manera que pueda lograr la felicidad personal. Carl G. Jung fue muy clarificador respecto a la importancia de dar un sentido a la vida: “Aproximadamente

una tercera parte de los casos que trato no sufren debido a alguna neurosis clínicamente definible, sino a causa de la falta de sentido y de propósito de sus vidas”. Y de las tres potencialidades —cuerpo, mente y espíritu—, la del conocimiento es nuestro aliado más fiel para auxiliarnos en tan noble tarea vital. Sé ahora, además, que el conocer es un imperativo racional sobre el cual tomar decisiones para intentar no errar (aun con las máximas precauciones, nadie está libre de equivocarse). Y, sobre esa actividad del conocer mismo, va a descansar toda la responsabilidad de nuestros actos que, creemos, tomamos “libremente”. En la libertad misma reside una opción de error: la duda será eterna y presente mientras seamos “libres” para elegir entre dos o más caminos. Ello mismo ya fue advertido por Aristóteles al aseverar que “la duda es el principio de la filosofía”. Por eso mismo se hace perentoria la tesis “Pensar en ser libre”, correspondiente a la tercera parte de este ensayo. Pensar acerca de la libertad es un trabajo cognitivo imprescindible para conocer cuáles son los límites de la libertad humana y, saber, si es posible un conocimiento superior acerca de dicha libertad. Tal es la tesis final de este ensayo. Pero sabemos que el conocimiento estará siempre ahí para ayudarnos en caso de necesidad. Solo el conocimiento evitará que seamos esclavos de los errores propios de nuestra “libertad”. Solamente acercándonos al conocimiento, solo bebiendo de los frutos del saber, podremos comprender el mundo que nos ha tocado vivir así como intentar dar un sentido más pleno a nuestra vida. Y nuestra vida, integrada en la dialéctica del mundo, nos indica claramente dos sentidos póstumos: la herencia personal y la herencia transpersonal.

Comprendiendo entonces lo que soy, a saber, un mortal en ejercicio de su libertad, debo orientar mis acciones hacia la herencia personal o hacia la herencia transpersonal, con la sola ayuda de mi propio conocimiento y, para ello, es recomendable seguir el consejo del político español Tierno Galván: “Más libros, más libres”. Por fin me comprendo a mí mismo: soy lo que pienso en el ejercicio de mi libertad.

CAPÍTULO V:

Finalidad: libertad personal y libertad transpersonal

- 1. Libertad sensible**
- 2. Libertad intelectual**
- 3. Libertad espiritual**



Como ya he dejado claro en el capítulo uno del preámbulo metodológico, este ensayo nace con la voluntad de reivindicar el lugar propio del Pensamiento frente a la Riqueza y la Libertad, mediante la recuperación consciente del conocimiento en el sujeto cognoscente. Para ello, hemos iniciado nuestra andadura desde el materialismo para conocer a dónde nos ha llevado tanta riqueza: a una conciencia emergente, mediante conocimientos ciertos, de que el exceso de consumismo es perjudicial para nuestra convivencia mundial, hasta el extremo que puede llevarnos a la autodestrucción si no se gestiona correctamente nuestra libertad. El escritor francés Montaigne ya anticipó dicho pensamiento al decirnos que “la verdadera libertad consiste en el dominio absoluto de sí mismo”. Esta nueva conciencia no es más que el propio conocimiento acerca de una realidad latente: la Libertad de la Humanidad tiene sus propios límites y es, dentro de esos límites, que debe construirse la libertad de cada ser humano. Ahora bien, la libertad del ser humano puede ser estudiada desde varias perspectivas: una construcción historicista, es decir, la libertad conquistada a través de la historia, como se ha demostrado en el preámbulo metodológico; una construcción sociológica, es decir, la libertad en interrelación con los demás seres humanos, fruto también de la historia de la libertad; y, por último, la libertad cognitiva desde la posición psicológica del propio sujeto cognoscente, objetivo fundamental y final de este ensayo.

Respecto a la perspectiva de la libertad conquistada históricamente, no voy a explayarme mucho pues ya sido analizado en el citado preámbulo metodológico. Se puede leer esa evolución de la libertad a través de la historia impartida en colegios: la historia de la conquista de la libertad es la historia de la lucha de los pueblos, la vindicación de derechos en leyes que han desembocado en las modernas democracias, siendo las constituciones las garantes de las más importantes libertades actuales: libertad política, libertad de conciencia, libertad ideológica, libertad de pensamiento, etc.

Esas libertades conquistadas históricamente son, ahora, las propias garantías de nuestra libertad individualizada en relación con los demás miembros de la sociedad. No obstante, en la sociedad se siguen librando batallas para la conquista de nuevos derechos: en eso mismo consiste la política, la representación de la libertad de nuestras ideas elevadas al poder decisorio. Aunque, según lo explicado en relación a la “riqueza y libertad contemporánea” del preámbulo metodológico, bien puede darse la razón al filósofo inglés Francis Bacon al decir que “es muy difícil hacer compatible la política y la moral”. Esa falta de moralidad a través de los pecados del capitalismo ha desencadenado esta crisis financiera mundial que, ahora, atenaza a la propia libertad.

A pesar de ello, es en el debate político donde se van generando las nuevas libertades expresadas en nuevos derechos (libertad homosexual, libertad de eutanasia, libertad de aborto, etc.). La conquista de nuevas libertades serán siempre los nuevos derechos socialmente conquistados que dejaremos en herencia a las nuevas generaciones. Así, a grosso modo, tenemos conocimiento de las libertades a las cuales tenemos derecho, por razón de la herencia social, cultural e histórica. La perspectiva historicista de la libertad enlaza con la construcción social de dicha libertad, en el seno de cada sociedad, a través de todas las épocas, hasta llegar hasta la actual contemporánea. Esta evolución de la Libertad, en términos absolutos a través de la historia, puede ser desgranada hasta hacerla comprensible en el modo que la conocemos hoy en día. Dicha Libertad, ha sido esa aspiración del hombre que ha cabalgado entre:

- La liberación material: esclavitud, feudalismo, burguesía, modernidad, marxismo, socialismo, liberalismo, neoliberalismo, hasta acabar en una sociedad “líquida”.
- La liberación humanística: racionalismo, empirismo y relativismo científico.
- La liberación espiritual: mitología, teísmo, monoteísmo, diversidad de religiones y ateísmo.

El tema de la Libertad, bajo la perspectiva de estas tres potencialidades —material, mental y espiritual—, sería objeto de un estudio específico para intentar redefinir esa dialéctica de la Libertad de la Humanidad, desde el pasado, para comprender nuestro presente y formular soluciones de futuro. Pero de momento, dejo este bosquejo de esquema para un posterior estudio del mismo, pues antes de intentar comprender la propia dialéctica de la Libertad en sentido universal, hay que intentar hacerla comprensible en el plano personal para cada uno de nosotros en tanto que sujetos cognoscentes. Es pertinente indagar cuáles son nuestras posibilidades de libertad personal. Más adelante, en la tercera parte de este trabajo, intentaré dilucidar respuestas cognitivas más profundas acerca de la libertad.

Por ello mismo, veamos las explicaciones científicas en su vertiente psicológica que afectan directamente al sujeto cognoscente. Para ilustrar esta posición explicativa, voy a referirme al fisiólogo Benjamin Libet, el cual descubrió mediante experimentos que las señales cerebrales asociadas a las acciones se producían medio segundo antes de que el sujeto fuera consciente de la decisión de llevarlas a cabo. El orden de las actividades cerebrales parecía ser percepción del movimiento y luego decisión, y no a la inversa. En resumen: el cerebro consciente solo intenta ponerse al nivel de lo que ya estaba haciendo el cerebro inconsciente. Por tanto, la decisión de actuar es una ilusión. Naturalmente, casi todo el mundo tiene un punto de vista sobre esos experimentos y sobre si debería emplearse la palabra “ilusión” para describir el libre albedrío. Libet dice que sus resultados dejan margen para una versión limitada del libre albedrío, encarnada en un poder de veto sobre nuestra percepción de lo que hacemos. En la práctica, el cerebro inconsciente propone y la mente dispone. Y, pregunto yo: ¿por eso quizás resulta que, a veces, no hallamos explicaciones de por qué hacemos lo que hacemos, como impulsados por una fuerza interior? De momento dejo la pregunta en el aire, abierta a la interpretación de cada cual, aunque, en un futuro, en otro trabajo, daré mi explicación sobre ello. Pero, ahora, volvamos a centrar el tema acerca de la libertad a la que podamos optar, desde nuestra mente consciente y, en este sentido, voy a posicionar el tema del libre albedrío en la formulación que hace el filósofo y científico cognitivo de la Tufts University, Daniel C. Dennett. Dice este que “cuando nos planteamos si el libre albedrío es una ilusión o una rea-

lidad, nos asomamos a un abismo. Al parecer, afrontamos una caída en el nihilismo y la desesperación”. Vuelvo a preguntar: ¿es por ello que, actualmente, los hijos de la libertad, esto es, nuestra generación actual y nuestros hijos, nos hallamos perdidos ante tanto exceso de libertad mal comprendida, reconvertida en libertinaje y sin horizonte en qué creer? Es pertinente una reflexión a este respecto en las palabras del filósofo francés Pascal: “No es bueno ser demasiado libre. No es bueno tener todo lo que uno quiere”.

Pero continuemos con el planteamiento de Dennett. Es una de las muchas personas que han intentado redefinir el libre albedrío de un modo que no implique una huida del mundo materialista, a la vez que ofrece suficiente autonomía para la responsabilidad moral, que parece ser lo que preocupa a todo el mundo. Según Dennett, la idea intuitiva tradicional de un libre albedrío distanciado de la causalidad es una tontería exagerada y metafísica, que refleja una anticuada visión dualista del mundo. Por el contrario, mantiene Dennett que, nuestra inmersión en la causalidad y el mundo material es precisamente lo que nos libera. La evolución, la historia y la cultura, explica, nos han dotado de sistemas de reacción que nos otorgan la capacidad única de reflexionar y pensar las cosas e imaginar el futuro. El libre albedrío y el determinismo pueden coexistir. “Tenemos todas las variedades de libre albedrío que merece la pena tener” dice Dennett. “Tenemos el poder de vetar nuestros impulsos y luego vetar nuestros vetos”. “Tenemos el poder de la imaginación, de ver e imaginar futuros”.¹⁸ Este pensamiento ya fue bien expresado por el poeta alemán Goethe: “Solo es digno de libertad quien sabe conquistarla cada día”.

Según esta visión científica podemos, por tanto, considerar al individuo con su propia capacidad de libre albedrío aunque dicha libertad a la que todos tenemos derecho provenga de un determinismo por razón de la conquista histórica de la propia Libertad. La interpretación de lo que constituye la libertad individual es el campo de batalla de la propia moralidad. Por tanto se hace necesario comprender primero a qué tipos de libertades podemos aspirar, lo cual va a ser el objeto de este capítulo. Cuestión diferente será

18 www.schopenhauer-web.org. Artículo: “La ilusión del libre albedrío”.

después, cada cual con lo que sabe, ser responsable respecto a las acciones que va a tomar libremente con conocimiento de causa, o no. Cada cual será, en este sentido, el propio responsable de su libertad tal como lo evidenciara el escritor irlandés Bernard Shaw al decir que “la libertad significa responsabilidad; por eso, la mayoría de los hombres le tiene tanto miedo”. Sin embargo, como hemos visto en anteriores capítulos, el conocimiento, o la búsqueda constante de conocimientos, va a ser nuestra herramienta para auxiliarnos en el camino de la libertad. Ahora bien, ¿qué significa el término de libertad? Ayudémonos, una vez más, de lo que nos dice la Real Academia Española de la Lengua:

- 1) Facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos (actitud que diferencia el filósofo activo del filósofo pasivo respecto al conocimiento, como se ha explicado anteriormente).
- 2) Estado o condición de quien no es esclavo.
- 3) Estado de quien no está preso.
- 4) Falta de sujeción y subordinación. *A los jóvenes los pierde la libertad* (ya hemos explicado cómo la falta de responsabilidad en la gestión de la libertad propia de los jóvenes causa daños irreparables con consecuencias mortales).
- 5) Facultad que se disfruta en las naciones bien gobernadas de hacer y decir cuanto no se oponga a las leyes ni a las buenas costumbres (dialéctica de la libertad intelectual de la humanidad).
- 6) Prerrogativa, privilegio, licencia.
- 7) Condición de las personas no obligadas por su estado al cumplimiento de ciertos deberes.
- 8) Contravención desenfrenada de las leyes y buenas costumbres (es el abuso de nuestra libertad, invadiendo la libertad de los demás, reconvertida en libertinaje, como veremos en este capítulo).
- 9) Licencia u osada familiaridad. *Me tomo la libertad de escribir esta carta.*
- 10) Exención de etiquetas. *En la corte hay más libertad en el trato; en los pueblos se pasea con libertad.*

- 11) Desembarazo, franqueza. *Para ser tan niña, se presenta con mucha libertad.*
- 12) Facilidad, soltura, disposición natural para hacer algo con destreza.

Además, añade la Academia otras acepciones, entre las cuales voy a destacar las siguientes, por su interés acerca de nuestro tema en cuestión:

- Libertad de conciencia: facultad de profesar cualquier religión sin ser inquietado por la autoridad pública (no confundir con la libertad espiritual. La libertad de conciencia nos identifica con la religión elegida, mientras que la libertad espiritual es la moral ejercida en relación con la humanidad).
- Libertad del espíritu: dominio o señorío del ánimo sobre las pasiones (debería ser el estado ideal, equilibrado, de manera que se camine con prudencia para no caer preso del mundo materialista. El poeta latino Horacio lo expresó bien: “¿Quién es libre? Solo aquel que sabe dominar sus pasiones”).
- Libertad de pensamiento: derecho de manifestar, defender y propagar las opiniones propias (es, por ejemplo, la dialéctica intelectual que defiendo en este libro).

Como podemos observar, tenemos tantas opciones de “libertad”, que, en nombre de esta, cada cual encuentra justificación para todo lo que piensa, dice o hace. Por eso mismo el filósofo alemán Kant expresó acertadamente que “la libertad es aquella facultad que aumenta la utilidad de todas las demás facultades”. No obstante, voy a intentar poner un poco de orden entre tantas “libertades” de manera que, cada uno de nosotros pueda ver a qué libertades podemos optar en función de nuestra propia subjetividad en tanto que sujeto cognoscente. Siguiendo con el hilo de nuestras tres potencialidades, a saber, la sensible, la intelectual y la espiritual, disponemos correlativamente de tres tipos de libertad:

1. LIBERTAD SENSIBLE

Existe una opción de riqueza sensible (dinero), la cual nos puede producir felicidad material (bienestar físico): es un proceso de dialéctica sensible (buscar satisfacción material) que tiene, como máxima expresión de felicidad, la libertad sensible (nuestro deambular en libertad por el mundo sensible). A este estadio de libertad sensible, le corresponde las definiciones referentes a la no esclavitud y a la condición de no estar preso. La dialéctica sensible de la humanidad, a través de la historia, se ha encargado de generar cuotas de libertad para los pueblos, de manera que la esclavitud como tal no exista hoy en día. Respecto a esto habría mucho que hablar pues, si bien la esclavitud física está abolida por los Derechos Humanos internacionales, existe otro tipo de esclavitud producida por el capitalismo: el consumismo desmedido antes aludido de las sociedades “desarrolladas”. Una vez más, hay que recordar que vivimos presos de la globalización financiera generada por el capitalismo.

Las ideas religiosas, convertidas en fundamentalismo y radicalismo, son también un tipo de esclavitud, pero este tema es ya otro debate que, en su momento, se abordará. Quedémonos de momento con que, en nuestra sociedad actual, no existe una esclavitud física, por tanto, en ese sentido, es cierto que disfrutamos de libertad física. Y el límite a nuestra libertad física es la propia cárcel (definición tercera), siempre y cuando no violemos las leyes y buenas costumbres (definición octava).

Por tanto, nuestra libertad personal está muy bien delimitada y, cualquier contravención, tiene su repercusión en privación de libertad. ¿Existe entonces la libertad física total? Sí. Cuando, usando la propia herramienta de la dialéctica sensible, es decir, el dinero, nos permita una total libertad de movimiento a través del mundo. Así, la máxima libertad física corresponde a una situación en la cual ya no se vive para trabajar, sino que se trabaja para vivir y, si logramos la independencia económica o libertad financiera, ni tan siquiera habrá que trabajar productivamente para lograr el sustento. Esta situación es la deseada por muchos pero que muy pocos consiguen: como hemos apuntado al principio, algunos privilegia-

dos por herencia, y otros mediante su propio discurso vital al conseguir hacerse ricos, aunque algunos lo hayan logrado a través de los propios pecados del capitalismo: la lujuria especuladora sobre los mercados de futuros, la pereza de los reguladores, los paraísos fiscales, la codicia de los directivos y la gula de los inversores. En función de dicha descripción, podríamos distinguir dos tipos de libertades sensibles que se hacen evidentes en nuestra sociedad:

- **LIBERTAD SENSIBLE PERSONAL:** es aquella en la que estamos la gran mayoría de nosotros dentro de un sistema productivo (podría ser, también, algún tipo de esclavitud capitalista), donde nuestra libertad física está bien regulada por las leyes y costumbres, de manera que cada cual puede conocer sus límites personales de actuación propia. El que quiera disponer de una libertad rápida, robando el dinero por ejemplo, está expuesto a la sanción de la ley aunque, en honor a la verdad, los ladrones de guante blanco tienen a buen recaudo sus botines en los paraísos fiscales sin sentir el más mínimo peso de la ley. Por eso hay que estar de acuerdo con el político francés Robespierre cuando dice que “los países libres son aquellos en los que son respetados los derechos del hombre y donde las leyes, por consiguiente, son justas”. Un ideal de libertad y de justicia que precisamente no se refleja en las causas que han originado la actual crisis financiera globalizada. La clase política tiene, en este sentido, mucho que hacer para tratar de eliminar la creciente divergencia entre la riqueza y la pobreza existente en el mundo. Esta antinomia riqueza-pobreza, por sí misma, establece una división de libertad entre los ricos y los pobres: la libertad de los “mercados”, en manos de los bancos, empresas transnacionales y especuladores financieros, no hace más que evidenciar la subordinada esclavitud de los pobres a los ricos y la carencia de libertad de los Estados frente a la imposición dictatorial de los citados “mercados”.
- **LIBERTAD SENSIBLE TRANSPERSONAL:** es aquella libertad que le corresponde a una persona cuando tiene el suficiente patrimonio o activo financiero, de manera que le pueda permitir no depender del sistema productivo al haber alcanzado

la libertad financiera. Es decir, puede disponer de todo su tiempo para él y los demás: tiene verdadera libertad física pues puede dirigir sus actos físicos por el mundo sin estar sujeto a ninguna obligación productiva necesaria para la subsistencia. Puede elegir dedicarse a la vida intelectual y/o espiritual, sin las restricciones propias de la actividad productiva espacio-temporal de la libertad sensible personal. El estar libre respecto a las obligaciones sensibles, es una posición de privilegio para decidir en libertad, pues puede dar sentido a las acciones libremente hacia el desenfreno materialista, la actividad intelectual o aspiraciones espirituales.

Cuidado con este tipo de libertad, pues aunque es la deseada por todos, puede ser origen de conflictos personales si no va acompañada de una felicidad intelectual o espiritual, como ya he argüido anteriormente. En efecto, que una persona tenga cubiertas todas sus necesidades físicas, que tenga el suficiente dinero, y por tanto poder para disfrutar de todos los placeres de este mundo, no es suficiente para que sea una persona feliz. Como se ha visto anteriormente, la dialéctica de la felicidad personal está basada en tres pilares: felicidad sensible, felicidad intelectual y felicidad espiritual. Si hemos logrado la felicidad sensible transpersonal (es el máximo de libertad correspondiente al ámbito físico), nos queda darle sentido a las otras dos felicidades (intelectual y espiritual), para ser persona equilibrada. Y, si no, vean cuantos ricos y famosos, poseedores de esa libertad sensible transpersonal, no se encuentran a sí mismos ni intelectual ni espiritualmente: es debido a la falta de sentido pleno que darle a sus vidas. Por eso, encuentran un alivio intelectual y espiritual en la actividad filantrópica o humanitaria. Este tema por sí solo puede ser objeto de un estudio, pues cae en el ámbito de los desajustes emocionales de una persona, así como desviaciones sociales que desembocan en la “enfermedad” psicológica y social.

Pero sin llegar tan lejos, ¿se ha planteado alguna vez a qué se dedicaría si tuviera esa libertad sensible transpersonal? Entra vértigo pensar en qué hacer. Si, ya sé, lo que todos haríamos: tener la mejor casa posible, realizar los viajes más fantásticos y disfrutar al máximo de los placeres de este mundo. Puede dedicarse muchos

años a ese deleite material del mundo pero, recuerde, si el único sentido que le da a su vida es el disfrutar de los aspectos materiales, se estará alejando de sus otras dos potencialidades: la intelectual y la espiritual. Son estos dos aspectos de la persona que dan un sentido más pleno y superior a nuestras vidas. Si no somos capaces de dar un sentido superior a nuestra vida, no seremos completamente felices. Necesitamos comprender por qué hacemos lo que hacemos (conocimiento) y, sobre todo, en un sentido último superior, para quién (espiritualidad): padres, hijos, familia, amigos, sociedad y humanidad. No se puede disfrutar de toda la riqueza material exclusivamente solo. Eso nos convertiría en un ser solitario, huraño y antisocial. Y esa no es nuestra condición humana: somos intelecto y espíritu y, por tanto, no hay que descuidar nuestra felicidad intelectual y espiritual. La realización personal en el ámbito de la libertad sensible (personal o tranpersonal) no es óbice para descuidar la realización intelectual y espiritual.

2. LIBERTAD INTELECTUAL

Es la libertad de pensamiento a la que se refiere la Real Academia Española: derecho de manifestar, defender y propagar las opiniones propias. Efectivamente, es una libertad a la que todos tenemos derecho pero, aquí también, esta libertad encuentra su límite en la dialéctica intelectual de la sociedad a la cual pertenecemos. Es decir, el límite de lo que podemos opinar está regulado por las leyes y las buenas costumbres. Podemos pensar y estar en contra de muchas de las cosas que no nos gustan en la sociedad, en nuestra comunidad o entre nuestros amigos o familiares. Pero el límite de nuestra libertad está en el límite de la misma libertad que tienen los demás. Son derechos y obligaciones que están regulados moralmente a través de las propias costumbres de los pueblos y más explícitamente a través del desarrollo de leyes como la libertad política, libertad de manifestación y de expresión, por ejemplo. Es decir, cada uno de nosotros puede pensar y opinar lo que quiere, pero solo se queda en eso: en una opinión. Si quiere que esa idea se lleve a la práctica, debe utilizar los mecanismos sociales creados al

efecto: la política, los sistemas mediáticos (prensa, radio, televisión, internet, publicación de libros, etc.), los sindicatos, es decir, aquellos medios que la dialéctica intelectual de nuestra sociedad pone a nuestro alcance para expresar lo que opinamos. Por tanto, aquí también, cabe diferenciar dos tipos de libertades intelectuales:

- **LIBERTAD INTELECTUAL PERSONAL:** es aquella libertad que permite pensar y opinar acerca de todo, pero no tiene trascendencia más allá de nuestro círculo familiar, laboral, social o comunitario. Por ello mismo tiene razón el editor británico Scott al decir que “la opinión es libre, pero los hechos son sagrados”. Es en este “vacío” que no llega a ninguna parte, donde todos opinamos de todo y de todos, pero jamás adquirirá nuestra opinión un valor trascendental para la sociedad. Para que nuestra opinión tenga consideración de validez, debe ser recogida y asumida socialmente para que sea incorporada al discurso intelectual de la sociedad: solo así se han conquistado derechos sociales. Y solo así se puede reivindicar ideas para convertirlas en actos reconocidos. La historia de nuestros derechos y libertades es la historia de personas que han llevado sus ideas, solas o en colectividad, al ámbito del reconocimiento social a través de leyes o costumbres. Por tanto, cuando opinamos sobre una cuestión concreta, sea la que sea, debemos reflexionar y preguntarnos antes: ¿hacia dónde debo dirigir mi opinión? El filósofo austríaco Wittgenstein, en su filosofía del lenguaje, lo dejó bien explicitado: “Lo que se deja expresar, debe ser dicho de forma clara: sobre lo que no se puede hablar, es mejor callar”. Si mis ideas se quedan en el ámbito de lo personal y familiar más cercano, seguramente no van a trascender socialmente. Puedo pensar, opinar, criticar, pero si no doy un vehículo de expresión a ese pensamiento, solo se queda en eso: en mi pensamiento. Y, la mayoría, solo podemos expresar nuestra verdadera opinión cuando hay celebración de elecciones municipales, autonómicas, nacionales o europeas. La expresión del voto es la expresión de lo que opinamos y, la abstención de votar, evidencia un cierto “vacío” o hastío intelectual. Esto mismo ya fue sentenciado por Aristóteles: “El hombre es un animal político”. El voto es la única trascendencia personal legal a la que tenemos derecho

pero, paradójicamente, “curiosamente los votantes no se sienten responsables de los fracasos del gobierno que han votado”, en palabras del periodista y escritor italiano Alberto Moravia. Si queremos tener opción a que se nos escuche más y mejor, deberemos traspasar la libertad intelectual personal y convertirla en libertad intelectual transpersonal.

Propongo, para ilustrar este “ascenso” de la libertad intelectual personal hacia la libertad intelectual transpersonal, un ensayo de C. S. Lewis titulado *La abolición del hombre*. Dice Lewis: “Cualquier civilización procede, en último extremo, de un centro único; y el único modo de llegar a ese “centro” es siguiendo un camino, una ley natural inspirada por la Razón. El orden natural inspira a la Razón la convicción de que ciertas actitudes son realmente verdaderas y buenas y otras, realmente falsas y nocivas. Ninguna emoción o sentimiento tiene en sí mismo lógica, pero puede ser racional o irracional según se adecue a la Razón o no. El corazón nunca ocupa el lugar de la cabeza, sino que puede, y debe, obedecerla. Siguiendo a Platón y Aristóteles, este orden natural que inspira a la Razón no es uno cualquiera de entre los sistemas de valores posibles, sino la fuente única de todos los sistemas... En nuestra época, la infracción de la ley natural es con frecuencia percibida como una conquista del progreso. Lo que denominamos “conquista” no es sino imposición del poder de unos hombres sobre otros... Ese poder del hombre para hacer lo que le plazca, ¿no será en realidad el poder de unos pocos hombres para hacer de otros hombres lo que les place?... Los manipuladores se habrán emancipado de la ley natural, presentando dicha emancipación como una conquista de la libertad humana... Solo la ley natural proporciona a los hombres una norma de actuación común, una norma que abarca a la vez a los legisladores y a las leyes. Cuando dejamos de creer en los valores que se desprenden de esa ley natural, la norma se convierte en tiranía y la obediencia, en esclavitud”.¹⁹

Si ha seguido el hilo argumental de este ensayo hasta llegar, ahora, a este tema de la libertad intelectual y recupera las ideas

19 LEWIS, C.S. *La abolición del hombre*. 1ª Edición. Editorial Encuentro. 2007. ISBN9788474908725.

desarrolladas (de riqueza material, explotación capitalista con consumo desenfrenado, “enfermedades” sociales y psicológicas, el sentido de la vida y libertad sensible), para superponerlas con el citado texto de Lewis, tomará conciencia de que la única tabla de salvación para su propia libertad personal es volver a ese orden natural que inspira a la Razón, al modo como ya lo expresó Kant: “Todo nuestro conocimiento arranca del sentido, pasa al entendimiento y termina en la razón”. Con esa comprensión debe, ahora, situarse en el conocimiento de lo que significa la libertad personal, primero respecto al mundo material y, segundo, respecto al mundo intelectual. Habiendo comprendido que la libertad en el mundo de los sentidos se halla manipulada y teledirigida por otros que piensan por nosotros, debemos ahora volver la mirada hacia nuestra propia intelectualidad con la esperanza de que, al menos, no se contamine nuestra capacidad de conocer y comprender de manera racional y autónoma. Esta paradoja intelectual fue irónicamente bien expresada por Descartes al decir que “no hay nada repartido de modo más equitativo que la razón; todo el mundo está convencido de tener suficiente”. Situados ahora, en la comprensión del significado de libertad personal, como un proceso ascendente desde la libertad sensible (el mundo en el cual me muevo) para ser, después, racionalizada y subsumida en nuestro entendimiento (acercamiento cognitivo a la comprensión de la libertad inferior sensible), estaremos, por lo menos, en condiciones de conocer cuál es nuestra posición real desde nuestra propia libertad intelectual. Entonces, de cada uno de nosotros dependerá iniciar las acciones pertinentes para seguir por un camino o por otro. Podremos, por ello mismo, tomar nuestras decisiones libremente con conocimiento de causa, nunca mejor dicho. Por tanto, aun quedándonos en la categoría de la libertad intelectual personal, sin trascendencia transformadora más que por nuestro voto en las elecciones, al menos tomaremos conciencia intelectual de lo que pensamos así como de sus causas. Nos sentiremos vivos por dentro, para defender lo que creemos con conocimiento de causa. Podemos seguir siendo manipulados en el mundo sensible, pero ya sabemos, por lo menos, a qué enemigo nos enfrentamos y, desde esa lucidez de conciencia intelectual, podremos

defender nuestras ideas y, si tenemos oportunidad, convertirlas en libertad intelectual transpersonal. Es decir, nuestras ideas ya no serán efecto de la causalidad histórica de la libertad, sino que las mismas pueden convertirse en causas transformadoras de la libertad que está por hacerse. Quiere decir esto que, hasta la presente, he estudiado, he aprendido, he leído. “Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior” como ya señaló el escritor argentino Nicolás de Avellaneda. Me he formado como sujeto cognoscente pero, ahora, toca dar un paso más: tengo que ser oído. En esto consiste, precisamente, la libertad intelectual transpersonal.

- **LIBERTAD INTELECTUAL TRANSPERSONAL:** tenemos esta libertad cuando, a través de algunos de los mecanismos sociales de expresión, podemos defender nuestra opinión sobre una determinada cuestión. Tienen libertad intelectual transpersonal, todas aquellas personas que por su posición o formación social, pueden opinar en la tribuna pública para ser oídos por los demás. En este sentido, tienen cabida: los políticos, los periodistas, la curia eclesiástica, los líderes sindicales, los intelectuales o científicos, los banqueros, en definitiva, cualquier persona que, desde su posición institucional, poder social, económico o religioso, pueda expresar o defender sus ideas. La expresión de esa libertad intelectual transpersonal la ejerce una minoría en representación de la gran mayoría, por eso mismo ya aseveró el escritor francés Víctor Hugo que “el pueblo da su sangre y su dinero, a cambio de lo cual se le dirige”. Y en ese sentido, cada idea de la dialéctica intelectual del mundo (comunismo, socialismo, liberalismo, capitalismo, monarquía, anarquía, etc.) tiene su representación en los respectivos líderes que defenderán tales posiciones representadas. Todo lo que soy capaz de comprender del mundo sensible, intelectual y espiritual, conforma mi pensamiento (soy lo que pienso de mí respecto a mi mundo). Es mi pensamiento intelectual personal frente al pensamiento intelectual de la sociedad que nos ha tocado vivir. Esta sumisión intelectual de lo que pienso que soy respecto al mundo que me ha tocado vivir, es un estado vital real y sin escapatoria, de momento. En esa situación estamos muchos de nosotros,

la mayor parte de nuestro tiempo, hasta lograr una madurez intelectual que nos hace reaccionar para opinar diferente a la herencia cultural heredada biológica, social e históricamente. La mayoría de personas no logran desarrollar su dialéctica intelectual de manera activa para integrarla en la dialéctica intelectual del mundo. Es decir, la gran mayoría se quedan en una dialéctica intelectual pasiva. El sujeto cognoscente que logra escribir una página intelectual (escritores, educadores, intelectuales, políticos, científicos, etc.), de manera que se sube al carro de la historia intelectual, conforma entonces esa herencia intelectual a la que hemos aludido en el capítulo anterior. Por ello mismo, “el saber es la única propiedad que no puede perderse”, como bien expresó el sabio griego Bías de Priene.

Concluyendo, la gran mayoría de los que vivimos en sociedad tiene delegada la representatividad intelectual en los diferentes poderes sociales, mediante la sintonización o no con tales ideas representadas. Esto no quita ni un ápice de libertad intelectual personal: pues tenemos la garantía de poder seguir opinando, aunque sea en el “vacío”. Es ese vacío el que cada uno de nosotros debe intentar rellenar para expresar lo que pensamos y opinamos, de manera que tenga su reflejo en la sociedad. Solo así podremos transformar nuestra libertad intelectual personal en una libertad intelectual transpersonal.

3. LIBERTAD ESPIRITUAL

La libertad espiritual, a su vez, puede dividirse en dos: la libertad espiritual personal y la libertad espiritual transpersonal.

- **LIBERTAD ESPIRITUAL PERSONAL:** la primera aclaración que conviene hacer es no confundir la libertad de conciencia con la libertad espiritual personal.

La libertad de conciencia es una libertad que nos permite, entre otros asuntos, profesar la religión que libremente elijamos, sin olvidar lo que Kant ya dijo a este respecto:” solo hay una religión verdadera, pero puede haber muchas especies de

fe”. No en todas las sociedades existe esta libertad de conciencia para sus ciudadanos. Las religiones, a través de la historia de la humanidad, siempre han ido de la mano del poder político, conformando así la espiritualidad de cada estado en cuestión y, por ende, la de sus individuos. Es, en la historia moderna, cuando irrumpe la dialéctica intelectual, instaurando así esa nueva libertad de conciencia. Esta recién adquirida libertad de conciencia nos permite elegir hoy en día entre religiones bien diferentes que han traspasado fronteras. Todas las religiones, en su afán evangelizador, han ido conquistando países y continentes como ya lo expresó el escritor irlandés Swift: “La libertad de conciencia se entiende hoy en día no solo como la libertad de creer lo que uno quiera, sino también de poder propagar esa creencia”. Por eso mismo, actualmente, existen sociedades con varias religiones. Esta diversidad de credo religioso también ha obligado a un esfuerzo para la convivencia entre los diferentes creyentes dentro de la libertad de conciencia religiosa, sin embargo, paradójicamente, es evidente que los fundamentalismos religiosos están muchas veces en el origen de guerras absurdas para la raza humana. Una vez sabido que somos libres de profesar la religión que más nos atraiga, gracias a la libertad de conciencia, es conveniente hacer una diferenciación respecto a la libertad espiritual personal.

La libertad espiritual personal consiste en nuestra propia elección moral respecto al campo espiritual: el mundo, la humanidad, uno mismo y Dios. Como bien lo dijera el político sudafricano Joubert: “La libertad moral es la única libertad verdaderamente importante”. Como ya he explicado anteriormente, la actividad espiritual del ser humano es inherente a la propia humanidad. Es la sensibilidad de los seres humanos (amor) que se proyecta fuera de sí: hacia el mundo, hacia la humanidad y, por extensión, hacia Dios. Y en ese sentido, el campo de la libertad espiritual personal tiene que ver con la riqueza espiritual de nuestro entorno más inmediato: ancestros, padres, hermanos, uno mismo, la pareja, los hijos, la familia, los amigos, el grupo social, la nación, y, por fin, toda la humanidad, incluyendo nuestro medio ambiente. La libertad espiritual personal es nuestra propia elección moral respecto al campo de la riqueza espiritual

antes descrito. Nuestra libertad espiritual personal consiste en la moralidad ejercida en cada acción respecto a uno mismo y a los demás. Es en esa libertad espiritual personal que somos responsables de nuestros propios actos hacia uno mismo y hacia los demás. La libertad espiritual personal y, por ende, la libertad espiritual de un pueblo constituye en sí mismas un cuerpo moral de conocimientos acerca de lo que conviene hacer o no. Por eso mismo tiene razón el escritor francés Anatole France cuando dice que “el futuro está oculto detrás de los hombres que lo hacen”. Nuestra libertad espiritual personal, al igual que ocurría con la libertad sensible e intelectual personal, tiene su propio límite en la libertad espiritual existente en la sociedad donde vivimos: una libertad espiritual (moral) que está regulada por leyes y buenas costumbres. En ese límite, entre nuestra libertad espiritual personal y la libertad espiritual permitida por la sociedad, es donde cada cual tiene su libertad de hacer el “bien” o el “mal”, como bien expresó el filósofo griego Epícteto: “Nuestro bien y nuestro mal no existen más que en nuestra voluntad”.

Hacer el bien hacia los demás no tiene límites pues, hay tanto que hacer en este mundo para mejorarlo que, cada cual con su propia libertad espiritual, elige el campo de actuación: la familia, los amigos, la sociedad y, en general, la humanidad. El campo de estas actividades espirituales es muy variado: colaborar en la comunidad social a través de cualquier asociación, en una ONG, en actividades políticas o educativas, etc. Cada uno de nosotros, en mayor o menor grado, tiene un cierto compromiso espiritual hacia los demás. Este grado de colaboración viene conformado por nuestra propia libertad espiritual hacia ese compromiso moral. No obstante, la mayoría de nosotros dejamos en manos de otros (gobiernos, organizaciones no gubernamentales, asociaciones benéficas, etc.), la actuación necesaria de una espiritualidad hacia la humanidad. Con nuestra dejadez provocamos, aquí también, un “vacío” pendiente de rellenar. Como ya he explicado anteriormente, cada acto de una persona tiene los tres componentes: físico, intelectual y espiritual. Coexisten intrínsecamente las tres dialécticas (física, intelectual y espiritual): lo que decido hacer en el mundo (acto físico), lo decido sabiendo (acto intelectual), que se ajusta o no

a la moralidad (acto espiritual). Por tanto, toda persona, desde su libertad espiritual personal, decide cualquier tipo de acción “buena” o “mala”, lo cual tiene, inevitablemente, una repercusión causal en el ámbito físico, intelectual y espiritual. Para ilustrar esta aseveración, voy a retomar el paradigmático ejemplo de la estafa financiera más grande de la historia realizada por Bernard Madoff. Sus hijos Mark y Andrew, ambos brókers de la empresa de su padre, pasaban de tener una holgada, fácil y lujosa vida a verse envueltos en un escándalo cuyo origen decían desconocer. Vivieron un infierno de dolor y vergüenza que jamás hubieran podido imaginar. El calvario terminó para uno de ellos, Mark Madoff, de 46 años, ahorcándose con la correa de su perro de una tubería del techo. Su hijo de dos años dormía en la habitación de al lado. Su suegro fue el encargado de descubrir la macabra escena. Este drama familiar evidencia que la avaricia sin límite en obtener la riqueza dineraria propia del ámbito material ha tenido una repercusión intelectual y espiritual en su hijo y familiares. Intelectual, porque el colapso mental del hijo ante la vergüenza pública y familiar le abocó al suicidio. Espiritual, porque las relaciones afectivas de toda la familia se han visto gravemente afectadas, primero, con la detención del padre, segundo, con el suicidio del hijo y, tercero, con las consecuencias que ello acarreará al nieto. Concluyendo, se puede aseverar que las decisiones tomadas y ejercidas en el mundo sin la correspondiente recapitación o meditación acerca de las consecuencias tienen una relación de causa-efecto de consecuencias impredecibles, pudiendo llegar hasta la segunda y tercera generación. Consecuentemente, la toma de decisiones debería siempre realizarse según el imperativo categórico Kantiano, nacido en la razón y con una finalidad eminentemente moral. Según Kant, este imperativo categórico tiene tres formulaciones:

1. “Obra solo de forma que puedas desear que la máxima de tu acción se convierta en una ley universal”.
2. “Obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin, y nunca solo como un medio”.

3. “Obra como si por medio de tus máximas, fueras siempre un miembro legislador en un reino universal de los fines”.

Bernard Madoff, el cerebro de toda la trama de la estafa financiera, cumple una condena de 150 años en una prisión de Carolina del Norte. Al violar estos tres preceptos, deberá ahora vivir con las consecuencias de sus actos en su propia conciencia. Siguiendo con nuestro hilo conductor, ¿dónde se produce la valoración y la conexión del acto físico (acción), acto intelectual (pensamiento) y acto espiritual (moral)? ¡Nada más evidente que en nuestra propia conciencia! “La conciencia es el mejor juez que tiene el hombre de bien”, al decir del militar argentino José de San Martín. Ahí, en nuestra conciencia, se produce la valoración de lo que es más conveniente o no realizar. Es desde esa libertad espiritual personal consciente, a partir de la cual elegimos nuestra propia moral, es decir, nuestra propia dialéctica espiritual personal. Es pues la libertad espiritual personal, un baluarte muy importante para la buena dirección de nuestra vida, pues de los aciertos o errores de cada uno de nosotros va a depender nuestro propio proyecto vital. Este pensamiento ya fue evidenciado por el filósofo inglés Francis Bacon: “La duda: la escuela de la verdad”.

Conviene dejar claro que, histórica y primariamente, la libertad espiritual personal es inherente a nosotros mismos como seres humanos. Después, mediante la razón a través de la historia de la humanidad, surge la libertad de conciencia para elegir una religión. En efecto, la libertad espiritual personal genera, en sí misma, actos morales antes del surgimiento de la religión. Estos actos morales son, para citar un paralelismo metafórico, los producidos por el amor científico de Punset en el transcurso de la perpetuación de la especie. Así planteado el tema, el acto moral (acción física) es la propia expresión del amor (espiritualidad). Y, en medio de ambos, se ha abierto paso la intelectualidad del ser humano para intentar dar unicidad a sus tres potencialidades: física, mental y espiritual. El acto moral, por tanto, es tan antiguo como el hombre mismo, siendo inherente en la predisposición a la relación amorosa de la humanidad. La dialéctica espiritual de la humanidad preexiste a las

religiones y estas surgen como referentes morales pero deben ser relegadas al lugar propio que les corresponden: ser intelectualizadas por la Razón para no imponer más su dogma de fe, lo cual fue acertadamente definido por el filósofo alemán Karl Marx al decir que “la religión es el opio del pueblo”. Ese dogma de fe tiene que dejar de ser fe ciega y convertirse en fe alumbrada por la misma Razón, como efectivamente lo expresó el científico alemán Einstein al decir que “la religión sin la ciencia estaría ciega, y la ciencia sin la religión estaría coja también”.

De hecho, los tres campos de actuación de nuestra libertad (material, intelectual y espiritual) están presentes inherentemente en nosotros mismos y es nuestra conciencia la atalaya cognitiva. Nuestra conciencia es nuestro “centro de operaciones” donde interpretamos, cada sujeto cognoscente bajo su entendimiento, la realidad sensible, intelectual y espiritual del mundo. Es por tanto al Conocimiento con mayúscula a donde habrá que dirigir todo el esfuerzo, nuevamente, como tabla de salvación para una superior comprensión de las acciones a realizar en libertad ya que, “solo el hombre culto es libre”, según afirmara el filósofo griego Epícteto. En este sentido, el conocimiento en sí se vuelve un círculo vicioso pues, en él, descansa mi conocimiento del pasado pero, en él también, reside mi interpretación del presente para una actuación futura. Y, como hay tantas interpretaciones como personas (versus colectivos sociales, versus sociedades), la distancia de mi conciencia cognitiva personal (lo que sé de mí y del mundo) respecto a la “conciencia del mundo” (los diferentes, variados y contradictorios conocimientos alcanzados por la humanidad), se convierte en una distancia aparentemente insalvable debido a los condicionantes espacio-temporales. Esta contradicción en el acto mismo del conocimiento ya ha quedado intelectualmente expresada en la “Lógica dialéctica de Hegel”. Pero entonces, ¿qué camino le queda a nuestra conciencia cognitiva? Es decir, ¿qué hacer con lo aprendido? Solo quedan dos caminos: el primero, no dejar la vía del conocimiento, es decir, profundizar en la dialéctica de la propia conciencia cognitiva, esto es, saber cada vez más hasta llegar a la sabiduría, tal como ya apuntara en esa dirección el seguidor de Platón, Isócrates: “Mantente ávido por saber y tal

vez llegarás a sabio”. En segundo lugar, incorporar dichos conocimientos a la propia dialéctica intelectual del mundo, o sea, ser transmisor de dichos conocimientos. Ello fue muy bien reprochado por el filósofo español Miguel de Unamuno al decir que “es detestable esa avaricia espiritual que tienen los que, sabiendo algo, no procuran la transmisión de esos conocimientos”. Estos dos caminos, se convierten entonces:

- 1°. El camino “ascendente” hacia el Conocimiento (con mayúscula, pues sería la máxima aspiración) mediante nuestra conciencia cognitiva, sobre la cual descansará la justificación de todos nuestros actos libres, tomados con conocimiento de causa por cada sujeto cognoscente desde su propia comprensión.
- 2°. El camino “descendente” en tanto que transmisor de conocimientos (sin mayúscula en este caso, pues presumo que nadie está todavía en plena posesión del Conocimiento con mayúscula). En este camino se encuentran todos los que han contribuido y contribuirán a la evolución del mundo, así mismo, en sus tres dialécticas: la historia social (anónimos productivos), la historia del pensamiento (filósofos, científicos e intelectuales de cualquier campo del saber) y la historia de la espiritualidad (líderes espirituales así como artísticos de cualquier campo: música, poesía, literatura, etc.).

Aunque muchos de nosotros no lleguemos a tan alto reconocimiento, tenemos la inherente obligación moral de iniciar el camino “descendente”, en tanto que transmisores de conocimientos, con nuestros seres queridos. ¿Acaso el ser padre no conlleva esa intrínseca obligación? “Podrían engendrarse hijos educados si lo estuvieran los padres”, nos dijo hace tiempo el poeta alemán Goethe.

Estos dos caminos, así definidos, dejan la posibilidad de investigación futura acerca de la evaluación del grado de evolución de la propia conciencia de una persona así como de una sociedad. Con ello, se puede justificar la coexistencia de diversos grados de acercamiento al conocer mismo, en cualquier

sociedad de la historia. De hecho es lo que realizan actualmente los historiadores, sociólogos y científicos en general cuando investigan cualquier campo del saber. Pero, ahora, se trataría de poner todos esos conocimientos en una escala para conocer de dónde venimos, dónde estamos y hacia dónde vamos. Es decir, dar un sentido al propio conocimiento de la humanidad. Si se consiguiera ello, sería la referencia objetiva para que el individuo tenga, por fin, una referencia cognitiva consensuada. Este es un objetivo futuro al cual quiere llegar este ensayo pero, de momento, prosigamos con la comprensión del significado de la libertad.

La conclusión significativa que podemos extraer de este capítulo es que la razón es a la dialéctica intelectual (pensamiento) lo que la conciencia es a la dialéctica espiritual (moral). Hemos visto que existe una libertad sensible personal y transpersonal, una libertad intelectual personal y transpersonal, así como una libertad espiritual personal. La libertad espiritual personal es aquella que, como acabamos de explicar anteriormente, tenemos cada uno de nosotros en nuestra propia conciencia, siendo responsables de nuestra propia moralidad en cada acto de nuestra vida en relación con los demás seres humanos. Pero ahora sabemos que ese ascenso con la razón hacia el conocimiento nos auxiliará en el ejercicio de nuestra libertad espiritual. Nuestra conciencia será la única con capacidad de poner nota a nuestros actos, en función directa del propio nivel cognitivo alcanzado. Por eso mismo, a mayor conciencia cognitiva (rica en conocimientos) mayor será la probabilidad de acertar en sus decisiones morales. ¿Acaso no consiste, precisamente en eso, la sabiduría: aplicar con justicia los conocimientos? Cuánta razón tenía Aristóteles al decir que “la inteligencia no consiste solo en el conocimiento, sino también en la destreza para aplicar los conocimientos a la práctica”. Veamos, ahora, en qué consiste la libertad espiritual transpersonal:

- **LIBERTAD ESPIRITUAL TRANSPERSONAL:** corresponde este estado de libertad a aquellas personas que, de manera totalmente libre y abnegada, hacen de la humanidad su objetivo último vital dentro de su dialéctica de la felicidad espiritual per-

sonal. Muy pocas personas, mediante su proceso vital, integran este “club” de la generosidad hacia la humanidad. En realidad, para estar en este estado de libertad espiritual transpersonal, hay que ser feliz supeditando la felicidad sensible personal y la felicidad intelectual personal a la felicidad espiritual de la humanidad. Es un estado en el cual la existencia y el pensamiento logran su razón de ser en la espiritualidad de la humanidad. Es una actitud propia de muy pocos: son genios, son sabios, son grandes científicos, son grandes benefactores de la humanidad, en definitiva, personas preocupadas por el estado de la espiritualidad humana y, en este sentido, toda su obra va libremente dirigida hacia el mayor bien de la humanidad, en acto y pensamiento, tal como lo definiera eficientemente el filósofo inglés John Stuart Mill: “El genio solo puede respirar libremente en una atmósfera de libertad”.

Lograr esta libertad espiritual transpersonal es como tocar el cielo, es como estar cerca de Dios en actitud, en pensamiento y en espíritu. Sería como una fusión de todo en uno: ya no hay multiplicidad de sentidos de la vida, sino que la vida espiritual hacia la humanidad es el único sentido de la vida, como bien lo expresó Einstein: “Solamente una vida dedicada a los demás merece ser vivida”. Asimilar intelectualmente todo este proceso requiere dedicar el capítulo siguiente a recapitular todo lo expuesto hasta aquí, para comprender quién puede lograr la felicidad transpersonal mediante las tres libertades transpersonales.



CAPÍTULO VI:

**Felicidad personal y
felicidad transpersonal**



Antes de exponer el resumen conceptual de todos los capítulos anteriores, para luego sacar las conclusiones posteriores acerca de la felicidad, conviene realizar un acercamiento a la consideración de dicho concepto de felicidad porque “gran ciencia es ser feliz, engendrar la alegría, porque sin ella, toda existencia es baldía”, nos dejó dicho el escritor español Ramón Pérez de Ayala. Para ello vamos a auxiliarnos de consejos en boca de personajes con cierta notoriedad científica, intelectual y espiritual. Nuevamente, como veremos, esta nueva categoría de felicidad puede ser representada a través de las tres potencialidades: cuerpo, mente y espíritu. De hecho, la felicidad personal, como he explicado anteriormente, se logra mediante el equilibrio entre la felicidad sensible, la felicidad intelectual y la felicidad espiritual. Para un seguimiento coordinado del tema, expongo a continuación el orden mediante el cual vamos a analizar este concepto de felicidad:

- 1°. Crisis del valor conceptual del dinero (visión materialista de la felicidad).
- 2°. Aprendizaje de la felicidad mediante el eminente neuropsiquiatra Boris Cyrulnik (visión científica de la felicidad).
- 3°. *El ABC de la felicidad* según Lou Marinoff (visión filosófica de la felicidad).
- 4°. Inteligencia creadora de José Antonio Marina (visión educativa de la felicidad).
- 5°. “La felicidad es un arte que hay que cultivar”, según el Dalai Lama (visión espiritual de la felicidad).

Vistos los enfoques citados para intentar lograr la felicidad, ya no habrá excusa para que todo aquel que la desee pueda acceder a ella

mediante cualquier acercamiento al saber. No pretendo, mediante este ensayo, dar mi propio sentido unívoco de la felicidad, bien al contrario, preconizo que, gracias al acercamiento a cualquier saber, se puede lograr la felicidad personal. Este libro no es únicamente una propuesta acerca de la felicidad, más bien pretende realizar una reivindicación del conocimiento, a través del cual poder establecer una “psicología evolutiva de la libertad” en el tramo final de este ensayo. Ahora bien, mediante esa propuesta de buscar activamente el conocimiento, se logra también llegar a la felicidad en sus tres vertientes: sensible, intelectual y espiritual. Pero el objetivo de este trabajo va más allá, pues pretende una comprensión de nuestra felicidad en relación a la felicidad de la propia humanidad y, esto, requiere entonces, un recorrido intelectual más profundo, lo cual he intentado destacar a través de las categorías que hemos señalado en capítulos anteriores. A estas categorías, hay que añadir la categoría de la felicidad personal y la felicidad transpersonal, lo cual veremos en el presente capítulo. Al final, conceptuaré todas las categorías expuestas en un “mapa cognitivo” por donde movernos mediante nuestro entendimiento. Pero a eso, ya llegaremos más tarde. De momento, veamos algunas aproximaciones al concepto de felicidad, para luego extraer mis propias conclusiones.

Para iniciar un acercamiento al concepto de felicidad, hay que realizar una comprensión de lo que constituye, así mismo, la infelicidad. Dos caras de la misma moneda, si bien, la primera, es la cara positiva que puede lograrse mediante una actitud activa de desear el cambio, mientras que, la segunda, es más bien propia de vivir en cierta ignorancia. Entre una y otra, pudiera haber tan solo una actitud de cambio, ya sea en nuestros actos materiales (preponderancia no consumista o, cuanto menos, consumo racional), en nuestra comprensión intelectual (actitud positiva hacia el saber) o en la moral ejercida (espiritualidad amorosa hacia la humanidad). Para ilustrar dicho planteamiento del necesario cambio de actitud, voy a reproducir parte de un artículo de Punset, intentando contestar a la pregunta: “¿Cuál es el origen de la infelicidad?”. Esta es la respuesta de Punset:

“¿Cómo explicarse la capacidad infinita de la gente para hacerse infeliz? ¿Cuál es la razón evolutiva detrás de este propósito estrafalario?... Puedo anticipar la supuesta razón que se suele manejar

y que incluye a todas las demás: “El ser humano ha sobrevivido y superado a otras especies, precisamente, por su capacidad de tomar conciencia de sus limitaciones, y eso es lo que genera infelicidad y disgusto con el entorno y con sus semejantes. Esa es la convicción generalizada, que se asienta en el error descomunal de culpar de la infelicidad a la búsqueda del conocimiento de las cosas y de las personas. Para todos los premios Nobel con los que he hablado, el tiempo más feliz de su vida fue cuando buscaban; cuándo, conscientes de sus limitaciones, profundizan en el conocimiento de las cosas y las personas. El premio supuso, casi siempre, más bien un incordio en su vida de investigador. La ciencia moderna está poniendo de manifiesto, al contrario de la creencia generalizada, que la infelicidad tiene sus raíces en la manía del cerebro de no cuestionar ni renunciar a sus creencias. De aferrarse a convicciones falsas. De no desaprender. De no profundizar, precisamente, en el conocimiento de las cosas y de las personas como son, y no como creemos que son”.²⁰

¿No constituye esta explicación científica la perfecta definición para el filósofo activo, planteada en el capítulo de la riqueza intelectual? Recordemos lo dicho en ese capítulo: la única diferencia entre el filósofo pasivo y el filósofo activo está en la actitud respecto a querer aprender y saber cada vez más. Doy fe que no he tenido mayor satisfacción intelectual en mi vida (ni en la Facultad de Filosofía) que, ahora, que estoy plasmando todos mis conocimientos y todo el material de investigación acumulado en el presente ensayo. Jamás he mimado tanto la exposición de ideas, la profunda clarificación conceptual así como la composición de los textos, para hacer honor a las palabras del filósofo francés Voltaire: “Una palabra mal colocada estropea el más bello pensamiento”.

Una vez realizado este arco cognitivo desde la infelicidad para ser reconducida hacia la felicidad, podemos entrar a deliberar las cinco visiones apuntadas al principio, para lograr mayor alumbramiento sobre la misma:

²⁰ www.xlsemanal.finanzas.com. “Excusas para no pensar: ¿Cuál es el origen de la infelicidad?”. N° 1030 del 22 al 28 de julio 2007.

1º. Crisis del valor conceptual del dinero (visión materialista del dinero):

Valga, para esta aseveración, el objetivo de este tema “Pensar en ser rico”, pues intenta sacar al hombre del brutal capitalismo, haciéndole ver que existen otras riquezas, a saber, la riqueza intelectual (conocimiento) y la riqueza espiritual (amor). Como se ha visto, es en el correcto equilibrio de dichas riquezas, como se puede lograr la felicidad personal. Y ello, mediante el conocimiento consciente de todos los actos ejercidos en libertad, ya que la libertad “no consiste en hacer lo que se quiere, sino en hacer lo que se debe”, como bien fue definido por el poeta español Campoamor. A mayor conciencia cognitiva, esto es, acercamiento consciente hacia el conocer y saber cada vez más, mejor preparados estaremos para actuar moralmente hacia nosotros mismos y hacia la humanidad.

2º. Aprendizaje de la felicidad mediante el eminente neuropsiquiatra Boris Cyrulnik (visión científica de la felicidad):

Director de enseñanza de la Universidad de Toulon-Var (Francia), es profesor de etología humana, asignatura que estudia el comportamiento humano, su especialidad. Nos brinda una idea sugestiva: la felicidad se aprende. El pensador inglés John Locke ya anticipó al respecto que “los hombres olvidan siempre que la felicidad humana es una disposición de la mente y no una condición de las circunstancias”.

Dice Cyrulnik: “No todos somos iguales ante la felicidad. La primera desigualdad es genética” (categoría de riqueza endógena). “La capacidad de experimentar ese sentimiento depende, entre otras cosas, de una sustancia química que produce el cerebro, la serotonina, un antidepresivo natural..., no todos los individuos somos iguales: por herencia genética, hay pequeños y grandes transmisores de serotonina. Estos últimos están mejor armados para la vida y, cuando les toca sufrir una desgracia, su dolor es menos intenso y duradero. Pero no estamos predeterminados. Ahora se sabe que nada está decidido desde el principio”²¹ (como

²¹ *www.xlsemanal.finanzas.com*. Magazine: “Sonría, ser feliz es posible”. N° 998 del 10 al 16 de diciembre 2006.

he dicho acerca de la libertad, citando a Dennett: el libre albedrío y el determinismo pueden coexistir).

Cyrulnik realiza un recorrido cognitivo de la felicidad a través de las diferentes edades de la infancia, para luego llegar a la madurez, donde el individuo se enfrenta a su libertad, punto de interés para este trabajo. Esta es una sinopsis referente a la evolución de la felicidad a través de la infancia y la adolescencia, con algo más de extensión en la madurez y la vejez. De modo premonitorio, el filósofo francés Rousseau ya escribió que “la juventud es el momento de estudiar la sabiduría; la vejez, el de practicarla”.

1. *Todo empieza antes del nacimiento*: las emociones de la madre, euforia, depresión, estrés, influyen en el desarrollo cerebral del bebé. El filósofo bengalí Rabindranath Tagore expresó este hermoso fenómeno de la naturaleza al decir que “cada criatura, al nacer, nos trae el mensaje de que Dios todavía no pierde la esperanza en los hombres”. Las moléculas que segrega la madre atraviesan muy rápido el filtro placentario y modifican el desarrollo del cerebro. Así, el bebé hereda no solo los genes de su madre, sino también parte de su historia. (Si alguna lectora embarazada está leyendo esto, a partir de ahora, será la propia responsable de su conocimiento “descendente”, es decir aquel que se transmite, pues en este momento tiene conciencia cognitiva de la responsabilidad que entraña ser madre respecto al futuro de su hijo).
2. *Primera infancia*: si un niño ha conocido tanto la tristeza como el apoyo emocional, su cerebro estará “abierto”. Sabrá qué es la esperanza y estará armado para afrontar la vida.
3. *Niñez*: más vale estar atento al niño sin amigos, siempre obediente. Nos engaña. Creemos que se desarrolla bien, cuando lo cierto es que tiene miedo al futuro social y, más tarde, a la sexualidad. El aprendizaje cognitivo no termina. Hacia los seis años, el niño empieza a interesarse por el mundo exterior. Pasada la primera infancia, el entorno afectivo no tiene el mismo impacto. El cerebro pierde su plasticidad inicial. El niño ha incorporado una impresión del mundo, se ha formado una pequeña personalidad.

Los cimientos están hechos, pero el edificio sigue en construcción. Muy despacio.

4. *La adolescencia*: Se pone en marcha una fuerte actividad neuronal que puede modificar profundamente la personalidad: el que tuvo una mala infancia puede ver la luz y el que la tuvo buena, caer en un abismo. El cuerpo, por motivos hormonales, es ahora sensible a un tipo de información que antes no tenía para él significado biológico; por ejemplo, se sienten atraídos por el sexo contrario. (Hay que dar definitivamente la razón a Punset: “el amor no es sino un instinto de fusión con otro organismo para garantizar nuestra supervivencia”, lo cual es un aspecto determinista, aunque nos queda abierta todavía la puerta del libre albedrío).
5. *Madurez*: los animales no tienen libertad, están sometidos a sus emociones, tienen que resignarse a su destino. Nosotros en cambio, una vez hemos identificado la causa de nuestra infelicidad, podemos afrontarla o negarla (nosotros ya sabemos gracias a Punset, al inicio de este capítulo, que la infelicidad puede redirigirse mediante el cambio de actitud hacia el conocimiento, siendo ahora ya conscientes de ser filósofos activos). Se introduce en la madurez el concepto de libertad.

El concepto de libertad en la madurez es fundamental en cuanto a la finalidad de este ensayo. En efecto, la tesis de este libro es elaborar una epistemología acerca de la “psicología evolutiva de la libertad”, la cual sería una continuación complementaria a la “psicología evolutiva” de Piaget; así, la evolución de la conciencia cognitiva del sujeto adquiere su identidad a través de todas las etapas descritas por Piaget; pero, cuando el sujeto cognoscente debe tomar las riendas de su “libertad” para integrarse al mundo con sus propias circunstancias biológicas y sociales, se enfrenta a un nihilismo al carecer de una pedagogía educativa, con base epistemológica, respecto al verdadero conocimiento de la libertad. Dicha ausencia epistemológica de una “psicología evolutiva de la libertad” es lo que da lugar a tanta desorientación personal y colectiva respecto al verdadero sentido y objetivo de la vida. Por tanto, este ensayo pretende cerrar la esfera de la conciencia personal circunscribiéndola dentro de la esfera colectiva, gracias a la

comprensión de la relación de libertad entre el sujeto cognoscente con la humanidad y su mundo circundante. Por tanto, es preciso conocer más en profundidad la perspectiva científica aportada por este profesor de etología humana, Cyrulnik, respecto al concepto de libertad. Veamos qué nos dice al respecto, reproduciendo más extensamente preguntas y respuestas, para mayor alumbramiento del conocimiento de la felicidad en relación con la libertad, así como saber lo que se puede hacer:

- P: El determinante de nuestra felicidad o infelicidad puede ser genético o estar relacionado con la familia o con el entorno social (según el psiquiatra español Luis Rojas Marcos “el cuarenta por ciento de la felicidad depende de los genes”). Ahora bien, ¿dónde queda nuestra libertad, nuestra posibilidad de buscar la felicidad de forma absolutamente consciente?
- R: Nuestra libertad consiste en conocer las causas. Los humanos, una vez que hemos identificado la causa o las causas de nuestra infelicidad, podemos afrontarlas o negarlas. La prueba-error permite descubrir al final qué quiere uno y para qué vale. Por eso es normal que los mayores sepan lo que quieren —lo que llamamos “cordura”— mientras que los jóvenes van dando bandazos de un lado a otro.
- P: Sin embargo, ninguna estrategia de vida nos previene contra los malos momentos. ¿Qué se puede hacer para superarlos?
- R: Disponemos de muchísimos recursos:
- a) La actividad. La ansiedad se reduce mucho cuando se hace algo.
 - b) El deporte es un excelente antidepresivo.
 - c) El riesgo. El miedo genera una intensa secreción de opiáceos. Las personas que corren riesgos enseguida experimentan euforia.
 - d) El cariño es nuestro tranquilizante natural.
- En suma, los deportes de bajo nivel, la pareja, las amistades, el ligero estrés nos mantienen despiertos, son nuestros mejores medicamentos. Añadiría la mentalización, es decir, el hecho de buscar en mi pasado los recuerdos que constituyen mi memoria autobiográfica. El hecho de poner mis recuerdos en palabras para contárselos a otros (que no es sino el principio de psicoterapia) provoca un alivio. Así, el solo hecho de hablar con otro —ya sea un amigo, un cura, un psicoanalista o un brujo— puede convertir el malestar en bienestar.

P: Una de las ideas centrales de su teoría es que la felicidad y la infelicidad están unidas, que forman un todo indisoluble y que pueden ser dos maneras de representar una misma realidad...

R: Neurológicamente, y desde luego psicológicamente, están íntimamente relacionadas. El dolor y la felicidad siguen caminos muy paralelos... Dado que los caminos del bienestar y del malestar están unidos, si se estimula intensamente uno, se provoca la respuesta del otro. Los masoquistas saben eso muy bien. Nuestros esquemas mentales nos dictan que la felicidad es lo opuesto a la infelicidad. Pero la palabra “felicidad” e “infelicidad” no designan realidades objetivas, sino representaciones, la sensación de ser feliz o infeliz (el escritor estadounidense Henry Van Dike ya aseveró que “la felicidad es interior, no exterior; por tanto, no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos”). Y la neurología sugiere que nuestra percepción del mundo es la que suele darnos una impresión de felicidad o de infelicidad...

P: ¿Las palabras y los relatos modifican nuestra biología?

R: Lo experimentamos cada día cuando vamos al cine, escuchamos un discurso o leemos un libro. Una opinión, una representación, un conjunto de palabras y de imágenes estimulan una zona del cerebro, exactamente como lo haría un electrodo: el estímulo comporta la segregación de sustancias que nos hacen sentir placer o malestar. (Ahora ya tenemos justificación científica para nuestra categoría de felicidad intelectual y, por tanto, cada cual puede alcanzar dicha categoría tan solo acercándose al conocimiento mediante los libros, por ejemplo). Esto nos lleva al misterio del efecto placebo —o nocebo— de los medicamentos, pero también de las palabras del sacerdote, del curandero, del chamán, que pueden ser poderosos analgésicos o antidepresivos (el creador del psicoanálisis Sigmund Freud ya estableció que “la ciencia moderna aún no ha producido un medicamento tranquilizador tan eficaz como lo son unas pocas palabras bondadosas”). Además, este efecto aumenta cuando la fe se comparte, pues el hecho de creer en otros, de formar parte de un grupo, de una familia, produce gozo y euforia. De ahí el atractivo de las religiones y las ideologías radicales, que ofrecen a las personas frágiles un refugio seguro. He tenido oportunidad de examinar terroristas: eran hombres muy felices. En la acción —en la muerte— encuentran intensidad emocional, fraternidad, un sentido a su vida.

- P: Siempre la pareja felicidad-infelicidad. Usted afirma que en realidad la felicidad no existe, sino que la victoria sobre la infelicidad nos brinda la sensación de felicidad, como la sed el ansia de beber un vaso de agua. En una palabra, ¿hay que sufrir para ser feliz?
- R: Una felicidad sin altibajos puede tornarse monótona, aburrida. El ritmo, la respiración, la alternancia de fases de inquietud y de tranquilidad, de tristeza y de alegría, de privación y de satisfacción, es lo que da la sensación de estar vivo y lo que hace que sintamos eso que se llama “felicidad”. La felicidad no es lo opuesto a infelicidad: si se elimina todo desasosiego, solo se consigue crear un sentimiento de vacío, de falta de vida. (Tenemos, una vez más, una confirmación científica de otra categoría, a saber, la de la dialéctica de la felicidad personal).

6. *La tercera edad*: las personas mayores exploran menos. Tienen a hacer solo las actividades en que destacan, ir solo a sitios que conocen para reforzar su seguridad. Sin embargo, la prudencia puede ser una trampa.

- P: ¿Qué es, en definitiva, envejecer bien?
- R: Lo que mejor protege nuestras funciones cognitivas es la higiene de vida: los ejercicios físicos (nuestra categoría corporal), los esfuerzos intelectuales (nuestra categoría mental), la red afectiva (nuestra categoría espiritual). (Ya tenemos tres categorías más bajo un prisma científico). Leer, reflexionar, viajar, discutir, todas las actividades que estimulan el cerebro tienen un efecto protector de nuestras neuronas. Por ese motivo, durante mucho tiempo se ha creído que la inteligencia protegía del envejecimiento mórbido, y se decía: “un hombre con estudios será un viejo sano”. Pues bien, eso no es del todo cierto. Los buenos resultados escolares no son necesariamente una prueba de inteligencia. Por el contrario, para envejecer bien basta con hacer la vida que nos facilita la preparación que tengamos...
- P: ¿Cómo se puede evitar la trampa?
- R: Por medio de la cultura: los lugares de encuentro, los viajes, las asociaciones, las universidades de la tercera edad, etc., permiten mantener los estímulos. Constituyen los “tutores” del

desarrollo del que las personas mayores tienen tanta necesidad como las jóvenes. (En definitiva, nuestra categoría de la dialéctica de la felicidad personal con base en las tres felicidades: felicidad sensible, felicidad intelectual y felicidad espiritual).

P: Porque a los 80 años tampoco está todo decidido...

R: En efecto, la mejor metáfora de la vida es, sin duda, la de Anna Freud, que la comparó con una partida de ajedrez: los primeros movimientos son muy importantes, pero, hasta que la partida no ha terminado, quedan por hacer movimientos maestros (en este sentido, podemos trascender la felicidad personal hacia la felicidad transpersonal, como veremos en este capítulo).

3°. *El ABC de la felicidad* de Lou Marinoff (visión filosófica de la felicidad):

Esta obra anuncia que contiene la fórmula de la felicidad para ayudarnos a lograr el bienestar. Un propósito ambicioso. Lou Marinoff ya mostró cómo vivir mejor a través de la filosofía práctica y su libro *Más Platón y menos Prozac*, ha sido un éxito mundial. Ahora vuelve para darnos más argumentos rescatados de Aristóteles, Buda y Confucio, para sobrellevar la vida y disfrutarla. “La filosofía no tiene respuestas para todo, pero sí tiene todas las preguntas. Las cuestiones que se plantea la mayoría, sobre cómo llevar una vida mejor, hacer bien las cosas o la búsqueda de la plenitud, son permanentes en las sucesivas generaciones. La filosofía es una guía excelente en este proceso de encontrar nuestra felicidad”. “*El ABC de la felicidad* es un libro muy ambicioso porque sitúa la felicidad (y la infelicidad) en el contexto de los problemas globales y muestra cómo están relacionados”. Su personal fórmula consiste en combinar “una mente comprensiva, un corazón compasivo, y unas relaciones constructivas con los demás” (nuestras categorías de mente y espíritu en relación con los demás). “Uno de los mayores retos con que se topa el ser humano en la época actual son los extremismos, auténticos usurpadores de la felicidad y fruto de los mayores males sociales”. “Para mí está claro —y es el tema central del libro— que muchas personas sufren en este mundo debido a su adscripción a los extremos, a los fanatismos. Y cada capítulo

del libro está dedicado a descubrir que el “camino del medio” es la mejor forma de lograr la felicidad personal y a la vez hacer del mundo un lugar mejor” (una llamada al equilibrio entre nuestras tres dialécticas: la sensible, la intelectual y la espiritual)... “Para una lectura correcta de lo que ocurre en nuestro entorno, es importante conocer y aprender de la historia y poner las experiencias propias y sociales en contexto”.²²

Esto mismo es lo que llevo argumentando en este ensayo: establecer las categorías que operan en el interior del sujeto cognoscente de modo que, gracias al acercamiento al conocimiento, hallemos el sentido de nuestra vida en relación con el mundo. A buen seguro que, la lectura de este libro, nos puede dar una visión complementaria y coincidente con muchos puntos expuestos en este ensayo.

4º. Inteligencia creadora de José Antonio Marina (visión educativa de la felicidad):

Este catedrático de bachillerato y profesor de filosofía dio una conferencia en Tarragona el 28 de febrero de 2007, cuyo tema era “Empresa y felicidad”. Este es un resumen de dicha conferencia a cargo de Manuel Belanche Alonso:

“En este marco, el profesor Marina destacó el concepto de inteligencia. Por este entendía la capacidad del individuo por idear un proyecto y llevarlo a cabo, tanto en beneficio de uno mismo como, al mismo tiempo, en beneficio de la colectividad. En este sentido, el concepto de inteligencia se implementa del sentido práctico de todo aquello que hacemos y pensamos. Se trata de la inteligencia creadora, cuya máxima es la ética y su proyección práctica cotidiana es la bondad. Viene a decir el profesor Marina que esta inteligencia creadora debe ser educada... La felicidad no es un objetivo a alcanzar por sí solo, sino el resultado de la inteligencia creadora individual en comunión y al servicio de la colectividad, esto es, la sociedad... Nuestra única meta no puede consistir en trabajar para conseguir nuestro sustento. Debemos ser más ambiciosos y

²² *www.interviu.es*. “Entrevista a Lou Marinoff”. Fecha 20 de noviembre 2006.

perseguir el bienestar, tanto el propio como el de los demás... De ahí, la necesidad de la urgencia de un sistema educativo para el que la sociedad sienta compromiso (Kant ya nos advirtió que “la educación es el desarrollo en el hombre de toda la perfección de que la naturaleza es capaz”). Marina es una persona comprometida. Escribe y se manifiesta intelectualmente. Su biografía, iniciada tardíamente en 1992, es un empeño personal para convencernos razonadamente de sus ideas a través del pensamiento científico”.

El pensamiento del profesor Marina, desde el conocimiento inteligente, justifica perfectamente cuál debe ser nuestra actitud en el sentido “descendente”, como transmisor de conocimientos: es en la relación con la colectividad (relación espiritual en nuestro ensayo) donde surge el concepto de felicidad. Es en ese bien colectivo donde vemos reflejada nuestra creatividad. Apunta hacia una dirección perentoria y necesaria: la educación. Retomando nuevamente las palabras de Kant, “tan solo por la educación puede el hombre llegar a ser hombre. El hombre no es más que lo que la educación hace de él”.

5°. “La felicidad es un arte que hay que cultivar” (visión espiritual de la felicidad):

Dice así el Dalai Lama: “Solo espero poder utilizar mi energía y mi vida para el beneficio y bien de los otros. Ayudar a paliar el sufrimiento cultivando estados positivos en la mente, que la gente llegue a convencerse de que el objetivo de la vida es la felicidad...”, “la gente ya no confía en ideologías, sino en la iniciativa y la creatividad individual, en la libertad... la gente se ha desilusionado con el materialismo y se ha dado cuenta de que la espiritualidad es necesaria para el bien común”. “La felicidad no es un don, sino un arte que hay que cultivar desde el interior de cada uno. Es la liberación, el cese del sufrimiento. He visto a personas muy ricas y muy bien educadas muy desdichadas. Las sociedades donde reina el exceso de consumo no producen ninguna satisfacción. Buscar la felicidad es conocer la realidad y combatir las expectativas erróneas porque la ignorancia es la causa de todo sufrimiento. Hay que educar la mente para reducir las divergencias entre apariencia y realidad. Prestar atención a valores internos. Practicar la compasión bene-

ficia porque reduce el estrés; hay que entender que estamos en la vida para ser positivos, no para causar daño a los otros. El amor y la compasión ayudarán a tener una mayor paz mental y mejor salud. El odio, en cambio, destruye el sistema inmunológico. Mi convicción es que cada ser humano es responsable de contribuir para conseguir un mundo mejor. La gente inflige dolor a otros en la búsqueda egoísta de su propia felicidad y satisfacción. Muchas veces se confunde también placer y felicidad. Sin embargo, la verdadera felicidad surge de un sentido de la hermandad. Necesitamos cultivar una responsabilidad universal hacia los demás y hacia el planeta que compartimos. Entender que todo es interdependiente. Por ello es importante un sistema educativo laico basado en valores humanos básicos, como la compasión, el amor o la amabilidad. Ello no excluye las religiones. Pero estimo que la transmisión de los valores humanos, que antes era tarea de las religiones, debe hacerse actualmente de forma laica. Considero más importante el desarrollo de los valores humanos que la religión”.²³

Estas palabras del Dalai Lama adquieren una significancia importante pues son un compendio de pensamientos muy profundos: nos habla del materialismo, de la riqueza, de la felicidad, del conocimiento de la realidad, de la mente, de la educación, de los valores humanos, del amor y de la religión. Es mucha sabiduría condensada que conviene digerir poco a poco.

Veamos ahora que conclusiones conceptuales se pueden extraer de los cinco puntos anteriores. El primer planteamiento (el de este mismo ensayo) resalta la crisis contemporánea del modelo de sociedad capitalista, una crisis que pone en evidencia la pérdida del centro de gravedad del hombre hacia el materialismo, lo cual impide llegar a una felicidad plena. En dicho sentido, Einstein ya formuló la pregunta pertinente: “¿Por qué esta magnífica tecnología científica, que ahora trabajo y nos hace la vida más fácil, nos aporta tan poca felicidad? La respuesta es esta simplemente: porque aún no hemos aprendido a usarla con tino”. Tras ello, hay que redirigir la mirada hacia el interior de la persona: hay que buscar las causas de la infelicidad y de la felicidad. De esto se ha encargado

²³ *www.xlsemanal.finanzas.com*. “Magazine: Entrevista al Dalai Lama”. N° 1040 del 30 al 6 de octubre 2007.

la ciencia, en el segundo punto, al brindarnos Cyrulnik una idea sugestiva: la felicidad se aprende. No podemos lograr la felicidad más plena en el materialismo (en lo externo) ya que es un extremo y, por tanto, hay que volver hacia la persona (lo interno), mediante el conocimiento de uno mismo, en tanto que sujeto cognoscente. Pero la ciencia sigue siendo una visión limitada que no todo lo explica: propone y explica el determinismo, pero desemboca en el libre albedrío (Dennett). Ello solo puede ser superado desde planteamientos más universales que la filosofía pretende explicar: es el tercer estadio que intenta Lou Marinoff.

En el primer estadio del materialismo, la Razón está desorientada (sociedad “liquida”) y el Espíritu perdido (desintegrado científicamente: el amor es solo un instinto de procreación y Dios está en un gen). En el segundo estadio, Cyrulnik recupera a la Razón para conocer las causas de infelicidad y reconducirla hacia la espiritualidad “al formar parte de un grupo, de una familia”, incluso de la “religión” y las ideologías radicales. Pero, lo que hace es dejar la puerta abierta al otro extremo de la espiritualidad: el fanatismo extremo. Frente a estos dos extremos, en un tercer estadio, Lou Marinoff propone a la filosofía como una guía excelente en el proceso de encontrar la felicidad: intenta relacionar los problemas globales mediante una fórmula que combina “una mente comprensiva” y “un “corazón compasivo”, apuntando hacia el “camino del medio” para lograr la felicidad personal, un pensamiento que ya expresó el dramaturgo francés Molière al decir que “la serena razón huye de todo extremismo y anhela la prudencia moderada”. Ese punto de equilibrio necesita un recurso cognitivo basado en algunos sabios de la historia: Aristóteles, Buda y Confucio.

Ahora bien, ¿qué ha ocurrido en esas tres etapas? Sencillamente, que la conciencia colectiva (dialéctica del conocimiento humano transformada en ciencia) ha descendido hasta el límite de la naturaleza, primero, científicamente (principio de indeterminación de Heisenberg) y, segundo, materialmente (capitalismo versus consumismo), y, ahora debe volver la mirada hacia el lado mental de la humanidad (Teorema de Gödel). La neuropsiquiatría (Cyrulnik) desnuda al hombre por dentro, pero es la filosofía (Marinoff) quien debe vestirlo por fuera. Es decir, podemos explicar nuestro determinismo histórico, pero hay que dar razones convincentes a la con-

ciencia individual para que comprenda por qué tiene que ser centro de sí mismo desde la Razón (Lewis), con el fin de que el amor deje de ser un impulso de supervivencia (Punset), para convertirse en una proyección práctica cotidiana de bondad (como apunta Marina en el cuarto estadio). Esa Razón misma debe convertirse en una “inteligencia creadora” respecto a lo que “hacemos y pensamos”, en palabras de Marina. Gracias a todo ese recorrido, la Razón se dirige de un modo “inteligente” hacia la propia espiritualidad de la humanidad. Pero, debe hacerlo mediante la educación como propugna Marina (tenemos aquí, por tanto, nuestro camino “descendente” en tanto que transmisor de conocimientos). Y, por fin, la Razón puede conectar con la plena espiritualidad, representada por el Dalai Lama.

Este, en la atalaya de la sabiduría espiritual, viene a confirmar el recorrido cognitivo que he expuesto. Pero, ahora, conviene dar continuidad a esa dialéctica cognitiva en la misma categoría intelectual: hay que reivindicar un consenso universal de una sabiduría racional orientada hacia la espiritualidad de la humanidad. Esta es la piedra angular del cambio, donde debe hallarse a sí mismo este mundo. Hay que pasar del materialismo científico a una ciencia humanística consensuada, cuyo objetivo debe ser una nueva espiritualidad dentro de la propia humanidad, como bien propugna el Dalai Lama:

- “... que la gente llegue a convencerse de que el objetivo de la vida es la felicidad” (¡pero si ya lo hacemos, solo que en el materialismo!).
- “...la gente ya no cree en ideologías, sino en la iniciativa y la creatividad individual, en la libertad” (sí, pero ¿quién va a organizar esa creatividad y explicar cómo se gestiona la libertad?).
- “...la gente se ha desilusionado con el materialismo y se ha dado cuenta de que la espiritualidad es necesaria para el bien común” (es un objetivo de este ensayo, pero, ¿cómo explicar ello cognitivamente al estilo que acabamos de ver?).
- “Las sociedades donde reina el exceso de consumo no producen ninguna satisfacción. Buscar la felicidad es conocer la realidad y combatir las expectativas erróneas porque la ignorancia es causa de todo sufrimiento” (¿cómo conocer

esa realidad? y, ¿cómo vamos a justificar que los ricos dejen de ser ricos en favor de los pobres?).

- “Hay que educar la mente para reducir las divergencias entre apariencia y realidad. Prestar atención a los valores internos”. (Estoy de acuerdo, pero, ¿cómo hacerlo?).
- “Mi convicción es que cada ser humano es responsable de contribuir para conseguir un mundo mejor” (por fin una llamada a la conciencia personal, pero ¿cómo despertar esa conciencia con justificación racional?).
- “Necesitamos cultivar una responsabilidad universal hacia los demás y hacia el planeta que compartimos” (pero, ¿no hará falta para ello un consenso universal acerca del conocimiento, como punto de acuerdo para caminar juntos?).
- “... es importante un sistema educativo laico basado en valores humanos básicos, como la compasión, el amor o la amabilidad. Ello no excluye las religiones” (¿cómo explicar que la Razón se quiera abrir paso en el terreno de la moralidad religiosa? ¿no hará falta un sistema cognitivo que justifique tal caminar, al estilo que lo hizo Descartes con el racionalismo?).
- “Estimo que la transmisión de los valores humanos, que antes era tarea de las religiones, debe hacerse actualmente de forma laica. Considero más importante el desarrollo de los valores humanos que la religión” (yo también, por eso estoy escribiendo este ensayo: para hacer comprensible la espiritualidad amorosa del Dalai Lama en intelectualidad propia de la Razón, encarnada en la conciencia de cada persona).

Habiendo llegado con todas las reflexiones y preguntas anteriores al objetivo pretendido en este trabajo, es necesario, entonces, preguntarse: ¿cómo lograrlo? La respuesta es muy sencilla: mediante el método cognitivo adquirido a través de este trabajo. Hemos “ascendido” desde el materialismo hasta la Razón para vislumbrar un mundo espiritual. Ahora toca conocer cómo operan en cada uno de nosotros todas las categorías cognitivas de lo que somos: cuerpo, mente y espíritu, las cuales pueden proporcionarnos riqueza material (dinero), riqueza intelectual (conocimiento) y riqueza espiri-

tual (amor). De nosotros depende caminar (dialécticamente) con equilibrio en los tres senderos del materialismo, el pensamiento y la libertad moral. Nuestra conciencia será la integradora del buen equilibrio para dar el sentido último a nuestra vida, conviniendo ello con las palabras del filósofo francés Blaise Pascal en que “la conciencia es el mejor libro moral que tenemos”. Solo así se podrá llegar a la felicidad personal. Cuidado de no caer en los extremos del consumismo ni del fanatismo. Para ello, nos auxiliaremos siempre del saber mismo inspirado en la Razón y, con la vista puesta, en la espiritualidad de la Humanidad. Si nuestra conciencia deja de ser personal para ser conciencia transpersonal, nuestra actividad material, intelectual y espiritual tendrá como finalidad la propia humanidad. Todas nuestras riquezas no solo serán una herencia personal (anónima), sino también una herencia transpersonal: dejaremos huella en el mundo, ya sea materialmente (historia social), ya sea intelectualmente (historia del pensamiento) o espiritualmente (obras de amor hacia la humanidad). He aquí la estructuración de todas las categorías conceptuales que he desarrollado hasta la presente en este ensayo. Esta jerarquía conceptual deviene en un “mapa cognitivo” en el que, cualquier sujeto cognoscente, puede identificarse a sí mismo a través de las categorías descritas. Para que este “mapa cognitivo” sea un poco más clarificador, lo voy a reproducir esquemáticamente:

1º. Dialéctica de la felicidad material

Materia > cuerpo > riqueza material > dialéctica material
> dinero > libertad material personal > felicidad material personal > conciencia transpersonal de lo material > libertad material transpersonal > felicidad material transpersonal
> herencia material personal y transpersonal

Esta dialéctica de la felicidad material queda muy bien expresada en las palabras del filósofo francés Voltaire cuando dijo que “los que creen que el dinero lo hace todo, suelen hacer cualquier cosa por el dinero”. Pero ahora, gracias a nuestra potencial categoría

cognitiva, podemos orientar nuestra actitud hacia las felicidades holísticamente superiores: la felicidad intelectual y la felicidad espiritual.

2º. Dialéctica de la felicidad intelectual

Conocimiento > mente > riqueza intelectual > dialéctica intelectual > conciencia cognitiva en evolución > libertad intelectual personal > felicidad intelectual personal > conciencia intelectual transpersonal > libertad intelectual transpersonal > felicidad intelectual transpersonal > herencia intelectual personal y transpersonal

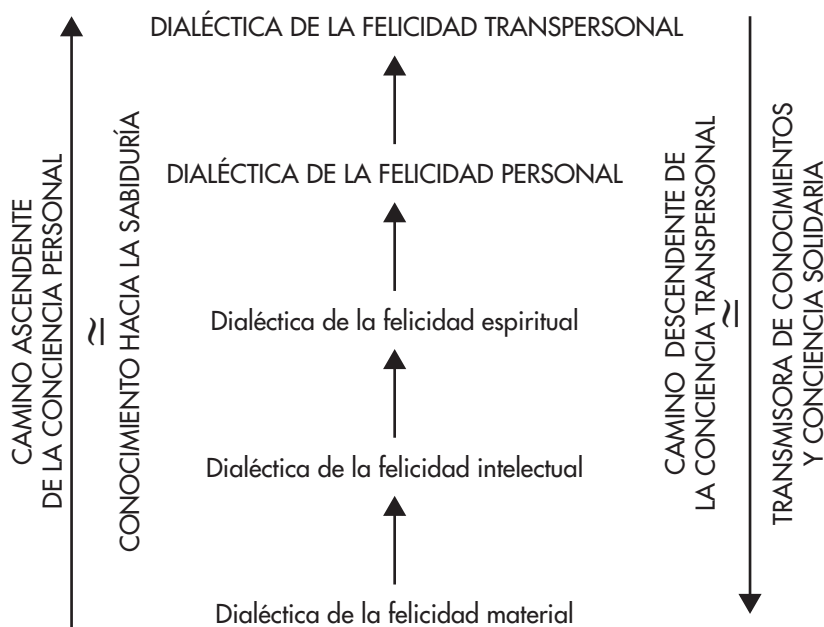
Actuar con conocimiento es siempre una ventaja para dirigir mejor nuestras acciones en “libertad”. Conocer y saber más, incluso conocimientos financiero-políticos y no solamente académicos, debería ser el fundamento de nuestra filosofía de vida, cada cual la suya, para no caer presos del sistema neoliberal que coarta la libertad de los más desfavorecidos socialmente. El conocimiento es parte de nuestra naturaleza y de cada cual depende o no potenciarlo pues, en él, residen nuestras opciones de libertad y felicidad.

3º. Dialéctica de la felicidad espiritual

Espíritu > libertad > riqueza espiritual > dialéctica espiritual > conciencia moral > libertad espiritual personal > felicidad espiritual personal > conciencia transpersonal de la espiritualidad > libertad espiritual transpersonal > felicidad espiritual transpersonal > herencia espiritual personal y transpersonal

Conviene recordar que la felicidad personal y la felicidad transpersonal, solo se pueden lograr cuando existe un equilibrio entre las felicidades de las tres dialécticas (material, intelectual y espiritual).

Cuando este equilibrio está descompensado hacia el lado material en detrimento de lo intelectual y lo espiritual, aparecen todas las patologías personales y sociales. Al contrario, cuando el desequilibrio es ascendente hacia lo intelectual y lo espiritual, la felicidad es mayor. Ello ya fue magníficamente expresado por el filósofo alemán Nietzsche: “¿Cómo ascender? Sube, sube y no pienses”. Por ello mismo se desprende el siguiente cuadro de ascensión:



Todas estas categorizaciones son un “mapa cognitivo” del devenir de todo ser humano, desde su nacimiento hasta su muerte. Pero, haciendo honor a la epistemología, habría que decir más propiamente que, el sujeto cognoscente, evoluciona desde su infancia hasta su adolescencia a través de la psicología evolutiva de la conciencia descubierta por Piaget. En un momento dado de esa evolución psicológica, se alcanza la madurez que permite la toma de decisiones de manera autónoma, es decir, se enlaza y se conecta con el momento del “nacimiento de la libertad” del propio sujeto cognoscente para enfrentarse a su mundo sensible. Es a partir de dicha

conexión, que tiene razón de ser mi teoría epistemológica acerca de la libertad en el propio sujeto cognoscente, esto es “Pensar en ser libre” de la tercera parte de este ensayo. En esta parte hemos intentado “Pensar en ser rico”, para hacer evidentes las auténticas riquezas a la que puede optar todo sujeto cognoscente: la riqueza material (dinero), la riqueza intelectual (conocimiento) y la riqueza espiritual (amor), en el ejercicio de sus respectivas libertades. Pero después de ello, ¿qué hace que una persona se sitúe en la felicidad personal o en la felicidad transpersonal? O dicho de otro modo: ¿cuál es la diferencia entre la felicidad personal y la felicidad transpersonal? Es la propia dialéctica vital de cada sujeto cognoscente, es decir, la suma de todos sus actos materiales, intelectuales y espirituales, que le habrán ubicado en los ámbitos de las libertades personales y transpersonales, visto en el capítulo anterior. Es decir, es nuestro propio caminar en libertad por la vida que nos llevará hacia una “ascensión” de nuestra conciencia hasta la felicidad personal. A través de dicha “ascensión”, la “conciencia personal” se transforma en “conciencia transpersonal”, recordando lo certeramente ya dicho por el escritor español Azorín: “No hay más realidad que la imagen ni más vida que la conciencia”. La conciencia transpersonal tiene su objetivo en la humanidad: se inicia un retorno cognitivo “descendente” para devolver al mundo, a la humanidad y a “Dios”, todo lo recibido en la vida personal. La “transpersonalidad” consiste en restituir a la humanidad todo el bien del cual hemos hecho acopio durante nuestra vida personal. En el estado de conciencia transpersonal, ya no hay retorno: nuestra vida queda dedicada a buscar el bien de la humanidad, dentro de las potencialidades materiales, intelectuales o espirituales de cada cual. Por eso, Boris Cyrulnik lo hace desde la neuropsiquiatría, Lou Marinoff lo realiza desde la filosofía, Marina desde la educación y el Dalai Lama desde la espiritualidad más plena. Cada cual cumple su papel dentro de la dialéctica intelectual o espiritual transpersonales (de momento, este ensayo me proporciona la máxima felicidad intelectual personal, pero puede convertirse en felicidad intelectual transpersonal si el mensaje contenido logra ser difundido para el bien de la humanidad).

En el estado de conciencia personal, desarrollamos nuestras dialécticas sensible, intelectual y espiritual (personales) para lograr

la felicidad personal. En el estado de conciencia transpersonal, se sitúan todas aquellas personas con inquietudes intelectuales y espirituales transpersonales, es decir, hacia la humanidad. Estas inquietudes son los motores que van a movilizar a la persona hacia una intelectualidad transpersonal así como a una espiritualidad transpersonal. Es ese estado de conciencia transpersonal, el que intenta rellenar el “vacío” de nuestras libertades material, intelectual y espiritual, pertenecientes al ámbito de nuestra libertad personal. Es este estado de conciencia transpersonal, la motivación para que se pongan en marcha nuestras acciones hacia las tres libertades transpersonales que nos llevarán hacia una felicidad transpersonal. Como bien dijera el poeta estadounidense Faulkner, “la sabiduría suprema es tener sueños bastantes grandes para no perderlos de vista mientras se persiguen”. Cabe dejar claro que no se logra la felicidad hasta que nuestra vida misma no sea, ella misma, abanderada de las tres libertades:

- Mi libertad sensible encuentra su identificación en mi discurso intelectual y espiritual, orientados hacia la intelectualidad y la espiritualidad de la humanidad. Mi felicidad sensible, por tanto, encuentra su realización en mi propio discurso intelectual y espiritual: soy feliz porque vivo como pienso y como amo, un bello pensamiento ya expresado por el escritor español Miguel de Unamuno, al decirnos “siente el pensamiento, piensa el sentimiento”.
- Mi libertad intelectual encuentra su identificación en mi discurso intelectual y espiritual, orientados hacia la intelectualidad y espiritualidad de la humanidad. Mi felicidad intelectual, por tanto, encuentra su realización en mi propio discurso intelectual y espiritual: soy feliz porque definiendo lo que pienso y lo que amo.
- Mi libertad espiritual encuentra su identificación en mi discurso intelectual y espiritual, orientados hacia la espiritualidad de la humanidad. Mi felicidad espiritual, por tanto, encuentra su realización en mi propio discurso espiritual: soy feliz porque pienso en el bien de la humanidad, en el

mismo sentido que ya lo expresó Aristóteles: “La felicidad consiste en hacer el bien”.

Estos tres axiomas respecto a las tres libertades, dan lugar, consecuentemente, a tres aseveraciones respecto a los tres tipos de felicidad:

- Soy feliz porque vivo como pienso y amo (libertad sensible).
- Soy feliz porque defiendo lo que pienso y lo que amo (libertad intelectual).
- Soy feliz porque pienso en el bien de la humanidad (libertad espiritual).

Estas tres afirmaciones bien pueden aplicarse tanto a la felicidad personal como a la felicidad transpersonal. Si las tres libertades cumplen estas máximas y coinciden en la propia realización vital de una persona, podemos declarar a una persona con la máxima felicidad, ya sea en el ámbito personal o transpersonal. Pero, ¿cuál es la diferencia última, entonces, entre felicidad personal y transpersonal?

La diferencia estriba en que, en la felicidad personal, la conciencia personal del sujeto cognoscente tiene como objeto a sí mismo y, pone su límite de actuación en la humanidad: se actúa desde sí mismo y para sí mismo, dentro de los límites dialécticos (sensible, intelectual y espiritual) de la humanidad. Es un pensamiento egocéntrico vitalista ubicado en el propio sujeto cognoscente al tener que enfrentarse a la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, en la misma medida que fue definido por Nietzsche: “La felicidad del hombre tiene por nombre yo quiero”. Las riquezas obtenidas, ya sean dinerarias, cognitivas o amorosas serán, a la postre, nuestra contribución a la herencia personal, como se ha visto anteriormente.

Sin embargo, en el estado de la felicidad transpersonal, la conciencia transpersonal del sujeto cognoscente tiene como objeto de actuación a la humanidad. Es el mismo pensamiento del escritor checo Franz Kafka cuando nos deja dicho que “en la lucha entre uno y el mundo, hay que estar de parte del mundo”. Las riquezas

logradas por el sujeto cognoscente, ya sean materiales, cognitivas o espirituales, son ahora puestas al servicio de la humanidad, y, serán la propia contribución a la herencia transpersonal. Ello tiene su traducción en los beneficios aportados a la humanidad: en su historia social, en la evolución del pensamiento a través las ciencias y la filosofía y, por último, la contribución a la evolución moral de la humanidad.

A partir del mapa de las categorías de las tres dialécticas de la felicidad (material, intelectual y espiritual) así como del camino ascendente de la conciencia personal para luego convertirse en conciencia transpersonal, puede derivarse mediante las correspondientes máximas, la felicidad personal y transpersonal de una persona. Este esquema puede parecer simplista en su exposición, pero como ello requiere un desarrollo más exhaustivo para demostrarlo, en el sentido de que hay que hacer comprensible los niveles de libertad y felicidad a través de los cuales asciende la propia conciencia del sujeto cognoscente, queda, por ello mismo, aplazado para la siguiente parte del ensayo: “Pensar en ser libre”. Tan solo voy a exponer cual sería la metodología científica para conocer en qué “momento” del recorrido “ascendente” o “descendente” se encuentra la conciencia de toda persona.

La metodología científica consistiría en elaborar una batería de tests psicológicos que determinen la posición vital (en un momento determinado de la vida de una persona, y no en otro, pues puede evolucionar) en la que se encuentra la persona, respecto a todas las categorías expuestas. Tendríamos con ello el grado de evolución de la conciencia de esa persona en correlación al correspondiente nivel de libertad y felicidad. Ahora bien, para que dicho estudio tenga validez científica, debería tener una referencia social con base, asimismo, científica, pues la propia libertad y felicidad del sujeto cognoscente está directamente relacionada mediante la sensibilidad a su entorno vital. La cosmovisión que, como sujetos cognoscentes, percibimos ahora de las antinomias “riqueza-pobreza”, “libertad-esclavitud” y “conocimiento-ignorancia” expuestas anteriormente en el preámbulo metodológico, nos evidencia la imperfección de un mundo, dentro del cual, hay que perseguir la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Y siendo que, como hemos aludido varias veces anteriormente, el

conocimiento no es un rector moral con valor predominante en las sociedades actuales, se hace evidente la necesidad de elaborar un “mapa” sociológico de la propia sociedad, pero teniendo mucho cuidado de ser intelectualmente objetivo, pues existen también las sociedades “enfermas”. No por hallarnos en sociedades científica y técnicamente desarrolladas, debemos considerarnos en la cúspide del “mapa” sociológico. Este mapa sociológico debe “definir”, asimismo, el grado evolutivo de cada sociedad en las mismas tres dialécticas que sirven de rasero para la persona: material, intelectual y espiritual. La cuestión de ello es muy evidente: existen sociedades occidentales con muchos avances tecnológicos, es decir, un grado de conocimiento alto, pero sus ciudadanos pueden, y de hecho así es como se ha visto a través de actual crisis financiera global, estar inmersos en el puro materialismo sin atisbo de espiritualidad. Esta cuestión es muy importante en el sentido que bien lo expresó el médico y escritor francés Alexis Carrel: “El sentido moral es de gran importancia. Cuando desaparece de una nación, toda la estructura social va hacia el derrumbe”. Por otro lado, existen sociedades no tan desarrolladas científicamente, pero que tienen una espiritualidad a flor de piel, sobre todo en Oriente, haciendo verdad las palabras del escritor francés Anatole France: “La moral descansa naturalmente en el sentimiento”.

La metodología científica propuesta debe de correlacionar dos conciencias en evolución: la personal y la colectiva. Por tanto, debe existir, en el sentido analógico de la Pirámide de Maslow, “dos mapas”, el psicológico y el sociológico, con capacidad de determinar la evolución de la conciencia personal en correlación a la colectiva. A partir de estos dos marcos de referencia, mapa psicológico para la persona y mapa sociológico para la sociedad, en relación cognitiva con las tres dialécticas en cuestión (material, intelectual y espiritual), sería posible llegar a conclusiones con el fin de identificar todas las patologías, tanto psicológicas como sociológicas, en integración con un sistema coherente y universal de conocimiento.

En este ensayo, se ha desembocado en la felicidad de la persona en relación con su entorno material, intelectual y espiritual. Y respecto a este entorno, del cual no hay todavía consenso cognitivo, el sujeto cognoscente debe hallar su felicidad personal y su felicidad transpersonal, lo cual de momento queda al libre albedrío de cada

cual. Ahora, a partir de las categorías expuestas en el mapa cognitivo de la vida de una persona, se podría “leer” e interpretar en qué momento de su felicidad se halla y, poder así, ayudarle en darle el sentido más apropiado a su vida. ¿Acaso no se dedican a ello tanto psicólogos como psiquiatras? ¿No pretenden ambos recuperar el equilibrio mental y psicológico de la persona? Se me antoja que, para que estos profesionales de lo humano puedan llevar mejor su tarea a buen término, se hace necesario situar al “enfermo” dentro de la “comprensión” que correlativamente le corresponde respecto a su entorno social.

En definitiva, la metodología científica que propongo debería ser una unión de la psicología y de la sociología, bajo una perspectiva humanística y filosófica. Ahora, la filosofía ya no está en los estantes de la biblioteca. La filosofía está presente en cada uno de nosotros mediante nuestra conciencia. Nuestra conciencia ya no es algo difícil de “comprender” y “evaluar”. Tal es el sentido práctico de este ensayo: diagnosticar las desviaciones “enfermas” de una persona, por lo cual no se logra alcanzar la felicidad personal. Y esto, ahora, es posible, porque el mapa de categorías desarrollado a través de este trabajo es una referencia objetiva. No son fruto de mi imaginación sino fruto de la observación e interiorización conceptual en mi mente de filósofo activo. El único problema que tiene tal pretensión científica es que, como ya he dicho anteriormente, un filósofo activo de nuestros tiempos debe fundamentar sus teorías cognitivas con ayuda de posicionamientos científicos y, de momento, solamente me limito a conceptualizar la teoría de mi pensamiento filosófico. Mi discurso intelectual, hasta la presente, se ha basado en referencias intelectuales de grandes pensadores de la historia de la humanidad así como en argumentaciones científicas. Sin embargo, para complementar mi teoría del “camino ascendente” de la conciencia personal a través de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, será necesario desgranar mi concepción de la evolución de la conciencia del sujeto cognoscente en su relación de libertad con la conciencia colectiva. Tal será, como he postulado anteriormente, el “Pensar en ser libre” de la tercera parte de este trabajo. Con ello, quedará cognitivamente clarificado el “camino descendente” de la conciencia transpersonal en tanto que transmisora de conocimientos y conciencia solidaria.

El materialismo científico, ahora convertido en una crisis del sistema capitalista que disgrega al ser humano, debe “ascender” hacia una ciencia humanística, descubriendo con ello un camino espiritual al modo como lo expresara Einstein: “El hombre encuentra a Dios detrás de cada puerta que la ciencia logra abrir”. Todas las corrientes de pensamiento científico deben tener su traducción positiva en el ser humano. El filósofo activo puede seguir pensando acerca del mundo, la humanidad y Dios. Pero la concreción de la filosofía, en el inicio de este siglo XXI, debe realizarse de la mano de la ciencia. La conciencia cognitiva de la humanidad debe seguir su curso natural ascendente desde el materialismo científico hasta la conciencia intelectual colectiva, esto es, un pensamiento filosófico-humanista, siendo su única finalidad la propia humanidad: moral práctica de la espiritualidad. Este pensamiento, en principio, puede parecer muy utópico, pero como bien dijo el físico ruso Konstantín Tsiolkovski: “Los imposibles de hoy serán posibles mañana”. Dicha espiritualidad de la humanidad es un estadio que está todavía por realizarse a través de los años o siglos, a tenor de las graves divergencias sociales, económicas y religiosas que dan lugar a tantas guerras y terrorismos radicales de cualquier signo, como prueba de la existencia de las antinomias ya conocidas riqueza-pobreza, libertad-esclavitud y conocimiento-ignorancia.

Basta, de momento, tomar conciencia de que hay que pasar desde esa posición científico-materialista para instalarnos en la ciencia humanística. Tal es uno de los propósitos de este trabajo: que el mapa de categorías desarrolladas y descubiertas ahora en el sujeto cognoscente sirva de referencia para la metodología científica expuesta más arriba. Solo así se me antoja que juntos, científicos y filósofos, podremos establecer un nexo de unión y conciliación para esa gran desconocida: la conciencia.

CAPÍTULO VII:

Evolución de la conciencia: de la conciencia personal a la conciencia transpersonal

- 1. La conciencia: esa gran desconocida**
- 2. Conciencia personal**
- 3. Conciencia transpersonal**
- 4. Dialéctica de la conciencia: hacia su propia evolución**



1. LA CONCIENCIA: ESA GRAN DESCONOCIDA

He desembocado en el capítulo anterior, hablando de la conciencia personal y la conciencia transpersonal. Además, he dado mi propia definición acerca de lo que entiendo por estos conceptos: la primera gira alrededor al egocentrismo del ser humano mientras que, la segunda, se posiciona sobre el altruismo más pleno hacia la humanidad. Pudiera parecer que son dos conceptos antagónicos, pero nada más lejos de la realidad. Como he dicho anteriormente, se puede pasar de un estado de conciencia personal al transpersonal. La fenomenología científica sobre ello será su objeto en el posterior tema “Pensar en ser libre”, pues habrá que demostrar cómo explica la psicología, la sociología y otros campos del saber, los cambios producidos en las “conciencias” de las personas así como de las sociedades. Todos los científicos así como el sentido común tradicional hacen uso del concepto de “conciencia”, sin realmente saber ni haber sido demostrado cuál es su significación científica. Asimismo, en la historia del pensamiento, no faltan referencias intelectuales a la conciencia, pero de momento, creo, todavía no está inteligiblemente intelectualizada. Por último, en el plano espiritual, religioso o moral, se hace un uso de la conciencia de manera indiscriminada para apelar al buen hacer de la persona o de la sociedad.

La conciencia es usada en esos tres campos del saber —ciencia, pensamiento y moralidad— para apelar a lo más profundo de nosotros mismos, pero sin haber a ciencia cierta un significado científico, intelectual y moral a modo de consenso cognitivo: ¿quizá porque cada uno de estos campos intenta apropiarse unilateralmente de ella? ¿Acaso no será la conciencia un campo de unificación, precisamente, de nuestras tres potencialidades: cuerpo, mente y espíritu? Ya nos dejó dicho el escritor francés Vauvenargues que “los grandes pensamientos nacen con el corazón”. ¿No pudiera ser que aquel que quiera explicar, por fin, en qué consiste la conciencia, no

podrá explicarlo unilateralmente desde uno de esos tres posicionamientos ontológico y potencialmente anteriores: la sensibilidad, la razón y el espíritu humano? ¿No será, por tanto, la conciencia un estado propio y común de nuestras tres potencialidades —cuerpo, mente y espíritu—, en tanto que tríada del microcosmos, reflejo de la tríada del macrocosmos: Universo, Conocimiento y Amor? ¿No tendría razón el filósofo griego Heráclito cuando dijo que “del todo nace el uno, y del uno nace el todo”. Esta disertación puede llevarme a proposiciones aún indemostrables pues, como he señalado en el preámbulo metodológico, son conocimientos que pertenecen propiamente a la metafísica, la cual no es objeto de este trabajo. Debido a ello, solo puedo volver el pensamiento hacia los tres campos del saber —ciencia, pensamiento y moral— para conocer el nivel de comprensión que hay actualmente de la significación de dicha conciencia.

Dejo explícitamente constancia que, en esta parte del ensayo, no me adentraré en la racionalización intelectual de la conciencia, aunque se apunta conceptualmente hacia ella. Esto será objeto del tema siguiente, pues habrá que recabar conocimientos desde la fenomenología científica para argumentar de un modo epistemológico cómo evoluciona la conciencia del sujeto cognoscente a través de su propia “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Aquí, solamente pretendo evidenciar que el conocimiento es siempre “ascendente” y, en este sentido, este trabajo “Pensar en ser rico” representa una “ascensión racional” del sujeto cognoscente a través de las categorías del “mapa cognitivo” argumentado anteriormente. Ello puede dejar la puerta abierta a la concienciación colectiva que justifique entonces, de un modo empírico, la comprensión de la propia conciencia. Es decir, la conciencia se haría comprensible a sí misma en su propia dialéctica a través de la Libertad presente en la Historia de la Humanidad, algo que puede llevar años o siglos, del modo que lo ha hecho el pensamiento racional hasta acabar en científico. Esta proposición no haría más que darle la razón al filósofo alemán Hegel al afirmar que “la historia es el progreso de la conciencia de la libertad”. Por tanto, de momento, solo pretendo evidenciar una piedra angular para la reunificación de las tres áreas universales del saber: ciencia (materia), razón (pensamiento) y moral (espiritualidad), para

coincidir en las palabras del político y escritor colombiano Diego Mendoza Pérez en que “una voluntad común genuina solo se forma como resultado de comunidad de pensamiento y de sentimiento”. Como la ciencia, la razón y la moral encuentran su lugar común de unificación en la conciencia, mi percepción desde una perspectiva historicista es que la humanidad está en el tránsito desde el materialismo al “racionalismo espiritual”. Por tanto, no cabe, de momento, ir más allá en el sentido de querer intelectualizar la conciencia, pues toda intelección en soledad es un apriorismo que queda fuera del empirismo, aunque “una idea es verdad aún cuando no se ha impuesto”, según aseverara el escritor francés Ionesco. Por eso mismo, para explicar la conciencia desde el marco que me lo permite la comunidad científica actual, debo dirigir la mirada hacia las explicaciones de la ciencia. Por tanto, vamos a ver cuatro postulados convergentes y complementarios, desde posiciones científicas, para intentar contextualizar históricamente la conciencia:

- A. *¿Cómo funciona la conciencia?*, por Eduardo Punset (planteamiento del problema).
- B. *El reto de la física es explicar cómo funciona la conciencia*, por Roger Penrose (límite científico del problema).
- C. *El nacimiento de una nueva conciencia*, por Eudald Carbonell (intento de salida del problema).
- D. *El espectro de la conciencia*, por Ken Wilber (integración filosófica del problema).

A. El divulgador científico Eduardo Punset plantea la cuestión: “¿Cómo funciona la conciencia?” Cuidado con la pregunta, pues no pregunta ¿qué es la conciencia?, sino cómo se desarrolla la dialéctica de la conciencia, es decir, presupone una conciencia (la todavía gran desconocida) que quiere conocerse a sí misma a través de su funcionalidad. Veamos qué dice Punset: “Nuestra inteligencia se mueve en ese vacío. Apenas estamos empezando a saber cómo funciona. Hemos descubierto la importancia de dos conceptos que hasta hoy subvalorábamos: el pasado y el inconsciente. Y todo es

pasado y casi todas nuestras decisiones son fruto del inconsciente. Al pasado lo llamamos Historia y habíamos dedicado unas cuantas mentes preclaras a escrutarlo. No mucho más. Para todos era evidente que el presente y el futuro eran lo importante. En relación a cada mente individual, la reacción frente a un estímulo exterior —una cara o un edificio hermoso— viene dada por las grabaciones neuronales de eventos parecidos en el pasado. Percibimos algo, pero lo que visualizamos está impregnado de nuestra propia historia. ¡Increíble! Nos queda sin saber si ocurre algo parecido a nivel social”. “Ahora descubrimos, horrorizados, que no tomamos una sola decisión que no esté influenciada por las emociones que hierven en el subconsciente. Y lo peor de todo, constatamos que nadie nos ha enseñado a gestionarlas. Hemos aprendido un mar de cosas sin sentido, pero no sabemos cómo incidir sobre nuestra conducta cotidiana gestionando mejor lo único, o casi lo único, que la determina”.²⁴

Punset hace evidente en esta reflexión que la conciencia cognitiva (inteligencia) está a caballo entre el pasado y el inconsciente y, desde este, se produce una causa-efecto hacia nuestras decisiones pero sin gestionar las emociones y los conocimientos que determinan nuestras conductas. Es decir, reclama implícitamente una educación con funcionalidad cognitiva sobre nuestro libre albedrío. Él mismo, con su libro *El viaje al amor*, postula un determinismo evolutivo de la especie. Pero, cuando nuestra especie se halla lo suficientemente evolucionada para pensarse a sí misma, se reconoce como una inteligencia que se mueve en el “vacío”. Dicha inteligencia científica ha sido capaz de leer su propia historia a través del citado *El viaje al amor*, por ejemplo, para explicar nuestra evolución, pero se halla desorientada cuando se torna reflexiva sobre sí misma. Con su frase “pienso, luego existo”, Descartes evidenció el pensamiento como un acto psíquico por el cual un sujeto se percibe a sí mismo, con una posibilidad racional autónoma respecto al mundo. Es pues, en ese “hacerse consciente” por razón de la evolución histórica, donde el pensamiento (racionalismo) inicia su camino hasta convertirse en pensamiento científico, el cual intenta llegar hasta

²⁴ www.xlsemanal.finanzas.com. “Excusas para no pensar: ¿Cómo funciona la conciencia?”. N° 1037 del 9 al 15 de septiembre 2007.

los confines de la naturaleza. Pero ese descenso vertiginoso y peligroso del Conocimiento hacia el materialismo aboca en la sensación de “vacío” de la Inteligencia, por eso, ahora, la Humanidad necesita volver la mirada hacia sí misma: el objeto no debe ser solamente la naturaleza, sino que esta debe ser el soporte que hay que cuidar para hacer más conciliadora la convivencia entre los humanos. Es un giro copernicano en el seno mismo de la Humanidad.

La primera prueba de fuego que se encontró la conciencia colectiva en el siglo pasado era saber gestionar su recién estrenada libertad, pero a la vista del libertinaje mundial, sobre todo las guerras y, ahora, la incipiente crisis financiera mundial, se hace evidente que la conciencia colectiva ha realizado un salto desmedido: se ha despojado del propio conocimiento (que tantos siglos y sangre ha costado a nuestros antepasados), para proyectarse en el extremismo materialista. Y, ahora, todas las voces científicas, intelectuales y espirituales hacen un canto a la cordura para recuperar el espíritu cognitivo como rector y gestor de la propia libertad. El escritor escocés Stevenson acertó al decir que “el precio que tenemos que pagar por el dinero se paga en libertad”. Usando un símil de feria: ocurre como cuando un cochecito sube por una montaña rusa muy lentamente (historia del pensamiento), hasta lograr la cúspide de la montaña (la libertad) y, de pronto, cae en picado a una velocidad vertiginosa (materialismo desmedido) pero, para no descarrilar debe reconducir (reflexionar) su trayecto por caminos menos abruptos (conciencia social). Ahora bien, toda conciencia social no es más que la suma de muchas conciencias individuales y los historiadores y pensadores pueden dar fe de que, a veces, se tarda más de una generación para que la idea se vuelva praxis. Por tanto, es evidente que, para dar respuesta a la pregunta inicial de Punset, vamos a tener que consensuar entre todos (científicos, filósofos y demás pensadores) el modo de cómo “amortiguar” la caída de este capitalismo libertino para reconvertirlo en una emergente conciencia colectiva que mire hacia el individuo: hay que enseñarle a gestionar sus emociones y sus pensamientos. En esa dirección debemos unir nuestros esfuerzos los que nos hallamos en la intelectualidad y en la espiritualidad: elevar la conciencia de los que se hallan en el materialismo, aunque tal tarea se presenta tan inconmensurable que habrá que unirse al sueño de Goethe:

“Amo a los que sueñan con imposibles”. Tarea complicada, pues habrá que llegar a todas las instancias de la sociedad: la individual, la política, la educativa, la científica, la espiritual, etc., lo cual me parece una tarea algo sesuda y larga. No obstante, cada cual debe poner su granito de arena. ¿Acaso no es esa la visión de Marina, de Cyrulnik, Lou Marinoff y el Dalai Lama, como se ha visto en el anterior capítulo, desde sus respectivas posiciones? ¿Acaso no pretenden estos “transmisores de conocimiento” la felicidad de la humanidad propugnando un camino cognitivo “ascendente” desde lo material hacia lo intelectual y lo espiritual?

B. Una vez posicionado el problema de la conciencia en su dimensión historicista y socio-científica actual, hay que ver si la ciencia tiene alguna explicación sobre lo que constituye la conciencia. Para aclarar ese panorama, me voy a valer de una autoridad científica en la persona de Roger Penrose, a través de una entrevista:

“Este físico y matemático de prestigio mundial lleva años tratando de descubrir los misterios del universo. Por si fuera poco, ha decidido ahora adentrarse en lo más profundo del cerebro humano. Para esta tarea, la física actual se le ha quedado pequeña.... Es el padre de la teoría de los operadores o *twistors* y descubridor de las singularidades de los agujeros negros... Su nombre ha sonado en más de una ocasión para el premio Nobel. Penrose defiende un nuevo planteamiento de la investigación y asegura que el desafío de la física no está en saber qué es un agujero negro, sino qué es la conciencia”. Destacaré a continuación las preguntas y respuestas más importantes para el tema de la conciencia que nos interesan en este capítulo:

P: Vd. dice que para ser inteligente hay que ser consciente.
Dicho de otra forma, sin conciencia no hay inteligencia.

R: Sí, exacto.

P: ¿Qué es la conciencia?

R: No sé. Nadie lo sabe. Pero podemos hacer conexiones entre las cosas. No sé qué es la conciencia ni la inteligencia ni la comprensión, pero sé que estas tres palabras están interconectadas. No es posible tener comprensión sin ser consciente, porque no tiene sentido. Y la comprensión es una parte

imprescindible de la inteligencia. Es decir, sin conciencia no hay inteligencia.

- P: ¿Y en su opinión, solo los seres humanos tienen conciencia?
- R: No. Los animales también. No mucha, pero tienen. Creo que chimpancés, elefantes, perros... tienen comprensión. Y creo que son conscientes. Vale, no sé si un escarabajo es consciente, pero hay evidencia de que la línea entre los animales y nosotros no es muy gruesa... Podría tenerla.
- P: Separar verdadero y falso o bueno y malo según criterios “objetivos” nos lleva a hablar de moralidad... ¿Existe para usted una moral objetiva?
- R: Sí
- P: ¿Quiere decir que hay una moral correcta al margen de la mentalidad, la cultura, la tradición o las creencias...?
- R: Sí.
- P: ¿Y de dónde viene?
- R: La moralidad tiene que ver con la conciencia: no significa nada decir que algo es bueno o malo si no hay un ser consciente. Una persona que defendía la inteligencia artificial, que afirmaba que su ordenador era consciente, dijo en un debate que la moralidad no era un tema interesante para él, que no le afectaba. ¡Pero si cree que ese ordenador es consciente, entonces es inmoral golpearlo!
- P: ¿Quién decide qué es moral o inmoral?
- R: El asunto no es quién decide. Es algo objetivo. Tiene que serlo. De otra manera podrías hacer tus propias normas.
- P: Pero las hacemos. Decidimos no matar, posiblemente, para que no nos maten... Por supervivencia. Y luego creamos otras normas morales que se adaptan a nuestra circunstancia y decidimos que se puede matar en esta o aquella circunstancia...
- R: Vale, en la moralidad, como en la belleza, hay elementos subjetivos. Pero también hay un elemento objetivo. La cuestión es: ¿tienes responsabilidad moral con otros seres conscientes? Mi respuesta es sí.
- P: Esto empieza a parecer más una conversación sobre religión que sobre física... Hay ciertas cosas ahí fuera que están por

encima de nosotros, unas normas morales dictadas por algo que no podemos entender...

R: Es que de alguna forma es lo que las religiones intentan hacer. Yo no soy religioso, no sigo ningún dogma, pero tengo respeto por lo que la religión intenta hacer: responder a estas preguntas.

P: ¿Usted cree que religión y ciencia pueden trabajar juntas?

R: Quizá. El problema con la religión es que está muy dirigida por el dogma en lugar de por los principios guía que subyacen al dogma. (En este sentido, tiene razón el escritor británico Maugham al afirmar que “para rezar a Dios con devoción, no hace falta creer en Dios según los dogmas de la religión”).

P: ¿Cree que la física o las matemáticas podrán algún día responder a quiénes somos, de dónde venimos, a dónde vamos?

R: Eso es muy fuerte. Pero la física y las matemáticas han tenido un tremendo impacto en saber cómo es el mundo, cómo funciona el universo, qué lo mueve. Y eso tiene relevancia sobre lo que nos mueve a todos. Pero todavía no sabemos mucho sobre esto porque no conocemos realmente lo que nos hace conscientes.

P: ¿Alguna idea? ¿Puede adelantarnos algo?

R: Es complejo, pero... yo creo que la conciencia es un producto de nuestro ser material, creo que de alguna manera nuestros cerebros están preparados para extraer algo del mundo físico y revelarlo como conciencia. Es algo que está potencialmente ahí fuera.

P: Es decir, que la conciencia no es algo espiritual, sino físico. ¿Y cree que se puede llegar a demostrar en una fórmula?

R: Eso es un poco fuerte. Nuestra comprensión actual de la física es insuficiente. Lo que digo es que debe haber algo más y ese algo está en la física del mundo, no en algo espiritual y ajeno. Pero no podemos llegar a ello con la física actual. No sabemos lo suficiente.

P: ¿Y qué cree usted que es ese “algo” en el cerebro que usa una nueva física?

R: Esto es especulativo, pero mi sugerencia es que son unas subestructuras en las células conocidas como microtúbulos. Es una investigación de Stuart Hameroff. Los microtúbulos

están en casi todas las células del cuerpo – así que alguien podría preguntar por qué no tiene conciencia el hígado- pero en las neuronas tienen una estructura distinta y una función diferente. Y la función tiene que ver con mantener la coherencia cuántica a gran escala. Esto necesita una larga explicación, pero lo que indica es que hay algo en el cerebro que no es solo explicable por transmisión neuronal, es algo más profundo, y que hace uso de una nueva física.

P: ¿Le van a dar el Nobel de Física por esto?

R: No creo.

P: ¿Ni aunque descubra cómo funciona la conciencia?

R: Bueno, entonces tendrían que reconocerme el mérito (risas). Pero, en cualquier caso, se necesitaría algún experimento que probase eso, porque el Nobel no premia teorías, sino teorías confirmadas por experimentos, y ¿cómo haces un experimento así?²⁵

El emperador francés Napoleón Bonaparte ya apuntó de que “el triunfo no está en vencer siempre, sino en nunca desanimarse”. Si desgranamos esta jugosa entrevista, podemos extraer unas conclusiones rotundas para nuestro propósito acerca de la conciencia, por ser una voz autorizada desde la ciencia. La primera conclusión es que la inteligencia y la conciencia forman un binomio indisoluble, siendo la comprensión el soporte de la inteligencia. Y yo pregunto: ¿no es la comprensión un nivel de medición de la conciencia alcanzada? ¿Acaso el nivel de comprensión científica actual no es la vara de medir el grado de evolución cognitiva de la raza humana? Por tanto, el nivel cognitivo sería el fundamento diferencial de una sociedad a otra así como de una persona a otra. Ahora bien, dejemos esto en tan solo un apunte, pues los contenidos cognitivos que servirían de rasero para la comparativa necesitarían de un consenso universal acerca del conocimiento y, en este sentido, como ya he apuntado varias veces en este ensayo, no existe tal consenso. Sin embargo, la ciencia ha establecido sus propias categorías cognitivas manifestada en todas las ramas científicas. Tan solo debe lograr dar el último

²⁵ www.xlsemanal.finanzas.com. Magazine: “Entrevista a Roger Penrose”. N° 1006, del 4 al 10 de febrero 2007.

paso: volver al centro equilibrado, es decir, a la humanidad. Esta humanidad está provista de una moralidad objetiva, según afirma el propio Penrose, aunque también una moral subjetiva (de nuevo el libre albedrío) en relación con los demás. Pero, ¿acaso la moral objetiva no es un logro de la comprensión cognitiva lograda en la historia de la humanidad? ¿No habría que seguir por ese camino hasta lograr el consenso cognitivo definitivo para la humanidad? La conciencia colectiva, ¿no sería, entonces, un grado de comprensión superior, no solo científicamente sino inherentemente moral, en el sentido que representa la suma de una evolución de infinidad de seres individuales? En esta dirección, este científico relaciona muy claramente la conciencia con la espiritualidad humana, aunque siga buscando ese “algo” más en la física que está por venir. Quizá algún día, la física pueda dar con la teoría del funcionamiento de la conciencia pero, como él mismo dice, debe ser “algo más profundo”. ¿Acaso esa profundidad no puede ser la propia espiritualidad que él mismo apunta y que la misma está representada en los premios Nobel de la Paz o de la literatura, por ejemplo? ¿Es que el hombre es solamente físico? A la espera de una explicación puramente científica, ¿no sirven las potencialidades universales —cuerpo, mente y espíritu— como bases teóricas para intentar hallar un mínimo de comprensión para el futuro de la humanidad? Nietzsche, en este sentido, ya escribió que “solo comprendemos aquellas preguntas que podemos responder”.

La conclusión más importante que podemos destacar de la posición científica de Penrose es que, la física, todavía no tiene el modelo teórico acerca del funcionamiento de la conciencia, sin embargo la moralidad que se desprende de dicha conciencia sigue su curso evolutivo. A esa evolución moral se van sumando muchas voces científicas, lo cual ya es un buen síntoma del camino a seguir. Para ilustrar ese camino, veamos ahora la perspectiva de otro científico autorizado.

C. El escritor e investigador de paleoecología humana Eudald Carbonell vaticinó en la presentación de su libro *El nacimiento de una nueva conciencia* que, durante el presente siglo, desaparecerá más de la mitad de la especie humana. Carbonell, uno de los investigadores del yacimiento de Atapuerca, calificó la situación de

“crisis social sin precedentes” por entender que el comportamiento humano, su crecimiento demográfico y la crisis ecológica conducen a un callejón sin salida con “muy mala pinta”. El autor añadió además que, mientras la ciencia cada vez tiene más datos empíricos sobre lo que está pasando, “algunos medios, políticos y economistas” tachan de “visionarios y pesimistas” a los científicos, cuando en realidad lo que hacen con esa negación es “asesinar a nuestra especie”. Para Carbonell no se trata de ser catastrofistas, “pero tampoco se debe esconder la realidad”, y defiende el conocimiento como el primer paso para la creación de opinión y para “contribuir en el pos-colapso”, es decir, después de que se desencadenen los efectos negativos de la acción humana pasada y actual. La idea del “colapso de especie” es el elemento central en torno al cual gira la novela, un concepto sobre el que Carbonell cree que coinciden “la mayoría de los científicos”, ya que cree que la especie humana se colapsará por la falta de recursos energéticos, la escasez de agua y la multiplicación de enfermedades y patologías.²⁶

Por fin, una visión con ciertos tintes de realismo dada la coyuntura mundial actual, que pretende desde una lectura del pasado y del presente establecer una correlación del futuro que puede llegar. El filósofo chino Confucio dijo: “Estudia el pasado si quieres pronosticar el futuro”; el trabajo de Carbonell, en este sentido, es lo suficientemente elocuente: un libro titulado *El nacimiento de una nueva conciencia*. La física, como se ha visto, no sabe explicarnos con exactitud en qué consiste la conciencia pero, este científico, apela a ella como tabla de salvación de la humanidad a través del conocimiento.

Al fin tenemos el debate centrado: hay que volver la mirada hacia el conocimiento. Solo en base a él se puede establecer una nueva moral para la humanidad. El conocimiento debería superar la vieja concepción cognitiva descendente desde el racionalismo hasta el empirismo. El conocimiento se ha desintegrado en multitud de ramas del saber y todas ellas tienen al hombre como sustrato cognitivo. Sería oportuno que la comunidad científica y del saber reconduzcan sus conocimientos en una vía “ascendente”, por impe-

26 CARBONELL, EUDALD. *El nacimiento de una nueva conciencia*. 1ª Edición. Editorial Ara Llibres. 2007. ISBN 9788496767508.

rativo de la espiritualidad humana, y no motivada por el miedo a la autodestrucción, aunque el miedo a la muerte es en sí un instinto de supervivencia. “El hombre tiene que establecer un final para la guerra. Si no, la guerra establecerá un final para la humanidad” dejó sentenciado el presidente estadounidense John F. Kennedy.

D. Ya que la ciencia, desde la física, no ha dado una explicación acerca de la conciencia, voy a proponer una visión integradora del tema a través de Ken Wilber y su obra *El espectro de la conciencia*. Voy a reproducir las palabras de Wilber en la introducción de la citada obra, para un acercamiento a su pensamiento: “La tesis de este volumen es, básicamente, que la conciencia es pluridimensional, o que está aparentemente compuesta por muchos niveles; que cada escuela importante de psicología, psicoterapia y religión se centra en un nivel distinto; que dichas escuelas, por consiguiente, no son contradictorias sino complementarias, siendo cada enfoque más o menos correcto y válido, aplicado a su propio nivel. De este modo, se puede llevar a cabo una auténtica síntesis de los enfoques principales de la conciencia; síntesis y no eclecticismo, que evalúe “por un igual” las introspecciones de Freud, Jung, Maslow, May, Berne y otros destacados psicólogos, así como las de los grandes sabios espirituales desde Buda hasta Krishnamurti. Esto coloca, como Schuon destacaría, las raíces de la psicología en el fértil terreno de la metafísica, pero sin perjudicar en modo alguno sus ramas. En estas páginas confío en que el lector hallará lugar para el ego, el superego y el ello, pero también para la totalidad del organismo, para el yo transpersonal y, finalmente, para la conciencia cósmica, fuente y apoyo de todo lo demás”.²⁷

Esta obra es una magnífica síntesis de religión, física y psicología. Refuta la filosofía del materialismo, establece la presencia de “lo divino” y muestra la última No-dualidad de la naturaleza. Constituye el esfuerzo más serio y documentado para conciliar en un solo cuerpo de doctrinas las dos grandes tradiciones de Oriente y Occidente. A veces, escarbando, se encuentra agua en el desierto. Después del recorrido intelectual que hemos realizado para inten-

²⁷ WILBER, KEN. *El espectro de la conciencia*. 4ª Edición. Editorial Kairós.2005. ISBN 8472452123.

tar conocer algo acerca de la conciencia, tenemos al menos, una referencia intelectual digna de ser leída y tenida en cuenta : puede haber luz al final del túnel.

Habiendo realizado un intento de acercamiento a esa gran desconocida que es la conciencia, dejaremos todas estas aproximaciones cognitivas, para volver a centrarnos en el hilo conductor de nuestro ensayo. Para evitar tomar partidismo subjetivo hacia ninguna posición científica o filosófica, voy a partir de cero, arrancando en las definiciones de la Real Academia Española, de modo que en una “ascensión” natural con base en el lenguaje, podamos llegar a conclusiones superiores.

2. CONCIENCIA PERSONAL

He citado anteriormente a la conciencia como aquello que hay dentro de nosotros, para referirnos a nuestra libertad y felicidad personal. Pero, veamos qué nos dice la Real Academia Española de la Lengua acerca de lo que es la conciencia:

- a) Propiedad del espíritu humano de reconocerse en sus atributos esenciales y en todas las modificaciones que en sí mismo experimenta.
- b) Conocimiento interior del bien y del mal.
- c) Conocimiento reflexivo de las cosas.
- d) Actividad mental a la que solo puede tener acceso el propio sujeto.
- e) Acto psíquico por el que un sujeto se percibe a sí mismo en el mundo.

Es el espíritu humano, inherente a todos y cada uno de nosotros, el que toma conciencia de sus atributos esenciales: cuerpo, mente y espíritu (definición a). Son las tres potencialidades existentes en cada sujeto cognoscente, las cuales hemos explicado como el punto de partida para la obtención de las riquezas sensibles, intelectuales y espirituales a través de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Como ya ha quedado explicado anteriormente,

la potencialidad de estas tres riquezas, dan lugar a sus correspondientes dialécticas: dialéctica de la felicidad sensible, dialéctica de la felicidad intelectual y dialéctica de la felicidad espiritual. Se trata, de hecho, de tres estados de conciencia al que el sujeto tiene acceso:

- a) **CONCIENCIA SENSIBLE:** es la definición e) de la Academia, por la cual un sujeto se percibe a sí mismo en el mundo. Ello ha dado lugar a todo el desarrollo de la dialéctica de la felicidad sensible explicado anteriormente.
- b) **CONCIENCIA INTELECTUAL:** es la definición c) de la Academia, por la cual hay un conocimiento reflexivo de las cosas. Es decir, hay una conciencia cognitiva de la persona, de la humanidad, del mundo y de Dios. Es lo que hemos desarrollado con la dialéctica de la felicidad intelectual.
- c) **CONCIENCIA MORAL:** es la definición b) de la Academia, por la cual tenemos un conocimiento interior del bien y del mal. Corresponde ello a nuestro desarrollo de la dialéctica de la felicidad espiritual expuesto anteriormente. Es nuestra propia actitud hacia uno mismo y la humanidad entera, en cada acto libremente elegido para bien o para mal. Es nuestro propio código moral.

Pero además, en la definición a), la Academia hace referencia a las modificaciones que en sí mismo experimenta la propia conciencia. Es decir, la conciencia no es una “cosa inmóvil”, sino un estado reflexivo en constante dialéctica consigo mismo. Resulta muy difícil dejar de pensar en el compromiso que tenemos en tanto que sujeto cognoscente respecto a nuestro abocamiento al mundo sensible. Es por ello que las tres conciencias —sensible, intelectual y moral—, actúan para dar un sentido de unicidad a la persona: en cada acto, buscamos la identificación de las tres felicidades —sensible, intelectual y espiritual. Solo así nos hacemos conscientes de la felicidad personal en un mismo acto. De hecho, estas tres conciencias, son tres conceptos intelectualmente diferenciados aunque, presencial y unitariamente, se nos evidencia solamente como nuestra única

conciencia finita que participa de la Conciencia infinita. Seríamos, para explicarlo de un modo analógico, como una bombilla que está conectada a la red eléctrica. Mientras estamos vivos (conectados) participamos de esa energía lumínica del Ser a través de nuestra conciencia. Esa energía superior es propia del campo de la metafísica o de las religiones pero estas hacen una apropiación unilateral mediante la fe. Pero cuando el cuerpo muere, no por ello deja de existir la fuerza divina que todo lo ilumina a través del espacio y del tiempo. ¿No estaríamos en los albores de poder comprender, intelectualmente, el tradicional problema respecto al misterio de la Trinidad, propio del sentir religioso? Nuestra conciencia representa la asunción unitaria del Universo, el Conocimiento y el Amor, la tríada propiamente perteneciente al Ser. A través de nuestra conciencia nos relacionamos con el lado sensible, con el conocimiento y con el amor a nuestros semejantes, para intentar hallar nuestra felicidad personal. Por tanto, a través de nuestra conciencia, ya estamos participando de la parte divina que todo lo impregna y es a través de ella cómo debemos ascender hacia la sabiduría divina del Ser. Esa es la finalidad aludida en nuestro “mapa cognitivo”, descubierto en la “ascensión” racional de la conciencia del sujeto cognoscente. Llegar a la felicidad personal a través de la vía del conocimiento es un objetivo digno de ser alcanzado. Pero no hay mayor felicidad que llegar al Ser mediante dicho conocimiento.

Ahora bien, lograr la felicidad personal es un proceso que no es fácil de conseguir, pues las riquezas a las que podemos optar por nuestros condicionantes biológicos y sociales, son determinantes para lograr dicho objetivo de felicidad. Cada persona debe enfrentarse a su propia dialéctica de la felicidad y el baluarte más seguro en su ayuda, como hemos visto anteriormente, es el conocer mismo: solo mediante el conocimiento podemos, primero, poner orden en nuestra comprensión del mundo, y, segundo, dar un sentido a nuestra vida. Independientemente de lo que cada cual decida hacer, siempre hay tres preguntas que subyacen en las tres dialécticas, siendo estas tres preguntas válidas para toda persona:

- a) ¿Qué puedo hacer en la vida? Se trata de intentar dar respuesta a nuestra libertad sensible en el mundo: hay que buscar aquella actividad que más se ajuste a nuestras propias potencialidades.

Como ya expresara el poeta inglés Matthew Arnold: “Solo aquellos que nada esperan del azar son dueños del destino”. Como se ha visto anteriormente, hay que dar un sentido a la vida. Si no le damos un sentido a la vida, la vida nos marcará su sentido.

- b) ¿Qué puedo saber en, y, de la vida? Se trata de una constante actualización de conocimientos de manera que estos vengan en auxilio de nuestra libertad personal: solo mediante el conocimiento evitaré equivocarme lo menos posible para dirigir bien los actos de mi vida y, consecuentemente, intentar lograr la felicidad. Por eso mismo no se puede dejar de lado la reflexión sobre el sentido de la vida. Al tomar las riendas de nuestro destino, se inicia un acto cognitivo reflexivo muy subjetivo. Pero esta subjetividad debe ser enriquecida con más conocimientos. Solamente así nos aseguraremos actuar con conocimiento de causa para mejorar el sentido de vida ideado. El conocimiento debe ser entendido como una actividad esencial de todo individuo en relación con su entorno, siendo el objetivo captar o procesar información acerca de lo que le rodea. El conocimiento, por tanto, permite al ser humano desarrollarse en su existencia.
- c) ¿Cómo debo actuar? Es el compromiso moral en cada acto que emprendemos hacia uno mismo, la humanidad y el mundo (también de Dios o del Ser pero, de momento, podemos dejarlo de lado, no por su inutilidad, sino por la complejidad de fundamentar, lo cual no es objeto de este ensayo sino de la metafísica).

Conviene dejar claro que la conciencia solamente está condicionada por su propia actividad reflexiva, la cual se proyecta espacio-temporalmente desde el sujeto cognoscente hacia el mundo sensible. Por eso mismo afirmó el político y filósofo romano Cicerón que “mi conciencia tiene para mí más peso que la opinión de todo el mundo”. Esto quiere decir que, en nuestra conciencia, vemos a modo de una película: lo que somos, lo que pensamos, lo que proyectamos ser en nuestra vida, los anhelos y objetivos que nos marcamos, en definitiva, todo el sentido de la vida misma, nuestro pasado, presente y objetivos futuros, en resumen, todo aquello que

hayamos decidido como sujeto cognoscente en la libertad abocada al mundo sensible. En este sentido, la vida se convierte en una carrera de obstáculos, en la que cada uno debe buscar su lugar, además de encontrarse a sí mismo en relación con los demás. Este es, de hecho, un camino difícil. Yo mismo, como filósofo activo, llevo toda la vida buscando el sentido filosófico de la vida, esto es, lograr la explicación racional que todo lo explique porque, al decir de Nietzsche, “nada es más necesario que la verdad y, en relación con ella, todo lo demás no tiene más que un valor de segundo orden”.

En verdad, no existe una explicación que sirva de consejo para todos los seres humanos ya que, cada cual, debe seguir su propio camino ascendente hacia la sabiduría pero, sí creo haber hallado un “mapa del conocimiento” en el cual todos los seres humanos puedan ver reflejadas sus vidas. Es decir, un cuerpo de conocimientos “esquelético”, que sirva de categorización de todas las vidas de los seres humanos. Eso es lo que he pretendido con este trabajo: conocer cuáles son nuestras potencialidades (cuerpo, mente y espíritu), para luego conocer cuáles son nuestras posibilidades de riqueza material (dinero), riqueza intelectual (conocimiento) y riqueza espiritual (amor), de manera que podamos orientar nuestras dialécticas (material, cognitiva y moral) hacia nuestra felicidad personal en relación con la humanidad.

Comprender este proceso es comprender la mitad del camino. En efecto, llegar a la felicidad personal solo nos garantiza un equilibrio racional y emocional desde nuestro ego hacia la humanidad y el mundo. Lo que logremos acumular en cualquiera de las riquezas será, a la postre, nuestra propia herencia personal. Pero, queda por recorrer la otra mitad del camino: la conciencia transpersonal.

3. CONCIENCIA TRANSPERSONAL

La otra mitad del camino es llegar a la felicidad transpersonal mediante el necesario equilibrio con la libertad sensible transpersonal, libertad intelectual transpersonal y libertad espiritual transpersonal. A su vez, en estas tres libertades subyacen tres preguntas para orientar la citada felicidad transpersonal:

- a) ¿Qué hacer con lo que tengo? Se entiende aquí, con lo que me sobra y no es necesario para mi sustento fisiológico, físico y social. No olvidemos que, en la libertad sensible transpersonal, tenemos suficiente riqueza para no depender del sistema productivo para nuestro sustento. No es mi caso ni el de muchos de nosotros, pero hay mucha gente rica que no sabe qué hacer con tanto dinero. Podemos seguir con actividades productivas, pues son la continuación de nuestra propia vida, pero, para nuestra felicidad transpersonal se impone satisfacer inquietudes superiores intelectuales o espirituales. Dicho de otro modo, a mayor riqueza dineraria, mayor es el compromiso hacia el mundo y la humanidad. Para ilustrar este apartado, voy a citar solamente un ejemplo en la persona del recientemente fallecido Pavarotti, el cual desarrolló actos transpersonales en ayuda de la Humanidad. Esta actitud transpersonal al hacer el bien a la humanidad con ayudas económicas, le valió el reconocimiento del Premio Libertad de la City de Londres así como de la Cruz Roja, como un agradecimiento espiritual en palabras del poeta trágico griego Sófocles: “La obra humana más bella es la de ser útil al prójimo”. Cuando se es inmensamente rico, las riquezas no sirven de nada en la tumba. Hay que revertirlas al mundo haciendo el bien, pues nada nos pertenece, todo es prestado. San Agustín ya reivindicó este pensamiento al decirnos que “quien toma bienes de los pobres es un asesino de la caridad. Quien a ellos ayuda, es un virtuoso de la justicia”.

- b) ¿Qué hacer con lo que sé? Todo lo que haya sido capaz de conocer y saber debe ser retornado a la propia humanidad de

donde procede. Todo lo conocido lo es en virtud de la dialéctica intelectual de la humanidad. Es en ella que hemos saciado nuestra sed de conocimiento y, es a ella, a la que nos debemos. Por tanto, debemos poner todos nuestros conocimientos al servicio de la humanidad de manera que nuestra aportación intelectual revierta en la evolución intelectual de la misma. En eso mismo consiste ser “transmisor de conocimientos”. Y en el sentido más estricto de moralidad, la actividad política debe asumir la responsabilidad de trabajar en pos del verdadero conocimiento que he intentado defender en este ensayo. Pero esta tarea me parece todavía inalcanzable, a tenor de los intereses partidistas que anteponen el engaño manipulador en bases a sondeos de opinión. Esta situación solamente puede ser superada mediante un auténtico conocimiento enraizado en la base del pueblo, de modo que se camine a través de un consenso cognitivo. Pero ello dista todavía de producirse hasta que no se supere el primer estadio del materialismo, sustituyéndolo por una auténtica conciencia humanística que instaure la igualdad y la justicia a nivel mundial. A la espera de ello, solo nos queda caminar en esa dirección mediante el tercer imperativo:

- c) ¿Cómo hacer el mayor bien? Esta es la actitud más dignificante y amorosa hacia nuestros semejantes y el mundo. Platón ya lo expresó magníficamente al decirnos que “buscando el bien de nuestros semejantes, encontramos el nuestro”. En verdad, dedicar la vida o lo que nos queda de ella hacia esta actividad, sería el justo precio por lo que hayamos podido recibir de la misma. Sería el fin último espiritual. A esa labor debería quedar subrogada la riqueza sensible: poner nuestros bienes materiales al servicio de la mejora de la humanidad. Algunos lo hacen mediante fundaciones, donaciones, financiaciones altruistas, etc. En definitiva, se trata de poner nuestra riqueza material que nos sobra al servicio de los desamparados.

Del mismo modo deberíamos proceder con la riqueza intelectual: poner todos nuestros conocimientos al servicio de la humanidad. El conocimiento científico, en cualquiera de sus áreas, no es patrimonio de unas pocas personas, sino que pertenece a la

humanidad. Por eso no es entendible que habiendo recursos para curar muchas enfermedades en los países subdesarrollados, no se lleven a cabo tales ayudas porque no producen los beneficios económicos a las multinacionales farmacéuticas o países capitalistas. El conocimiento de la medicina no debería ser patrimonio de unos privilegiados, sino que debería ser un derecho para toda la humanidad. Evidentemente, para lograr este estado de gracia, requiere primero elevar la conciencia de muchos países que detentan el poder cognitivo con ligazón al poder económico. Hay que empezar a soltar el lastre económico del fango materialista, para dejar paso a la vía cognitiva en forma de conciencia colectiva hacia la propia humanidad. Esta es, sobre todo, la piedra angular que postulaba anteriormente: el materialismo debe dar paso a un humanismo transpersonal y debe comenzar imperativamente no solo en las personas sino en los gobiernos y países occidentales, siendo la única finalidad la superación de los contrastes de desigualdad existentes en el mundo.

Conseguir este estado de felicidad transpersonal es, en sí mismo, un objetivo loable, pero difícil de conseguir. No obstante, de ello podemos tener conciencia transpersonal. Y me explico: hemos dicho al principio de este capítulo que la conciencia es un estado reflexivo en constante dialéctica consigo mismo y que, además, tiene proyección espacio-temporal. Quiere decir esto que, mediante la reflexión consciente, podemos entender como posible todo lo expuesto hasta aquí: nadie encontraría absurdo tener unas consideraciones transpersonales, es decir, pensar en el bien de la humanidad y del mundo. Otro cantar es la viabilidad de las mismas, pues pueden rayar lo utópicamente posible para nuestras propias circunstancias personales. Pero, en esta vida, no hay nada imposible. Cada persona debe ser consciente de su proyecto personal y transpersonal. Queramos o no, estamos abocados a tomar nuestras decisiones “libremente” para la mejor orientación de nuestra vida. No hay escapatoria, salvo que nos suicidemos y esto no entra en la dialéctica de la felicidad, sino que es más propio de un estado desequilibrado de la felicidad.

Consecuentemente, nuestra conciencia, tiene una dialéctica consigo misma: toma conciencia de su propio nacimiento sensible, intelectual y espiritual. Se percibe a sí misma como un acto psíqui-

co de un sujeto cognoscente abocado hacia un proyecto de felicidad personal y transpersonal. La responsabilidad de que se consiga o no recae en el propio sujeto cognoscente. Aquí, me he limitado a dibujar el esqueleto cognitivo por el cual pasamos todos los seres humanos sin excepción: sus potencialidades (cuerpo, mente y espíritu), sus riquezas (mundana, cognitiva y espiritual), sus correspondientes dialécticas (sensible, intelectual y espiritual) para lograr, con todo ello, la felicidad personal (o no) y la felicidad transpersonal (o no). Y como testigo de todo ello: la propia conciencia del sujeto cognoscente sujeta al condicionante espacio-temporal.

Si su conciencia, amigo lector, se identifica con lo expuesto hasta aquí, seguramente mi trabajo no habrá sido en vano. Solo en su conciencia, sabrá si habrá aprendido algo. Por mi parte, puedo decirle que este tema “Pensar en ser rico” es la culminación de años haciéndome preguntas acerca de mi relación con la humanidad y el mundo, con la única finalidad de exaltar las auténticas riquezas a las que todo sujeto cognoscente puede potencialmente alcanzar: el conocimiento y el amor, por encima de toda consideración materialista.

4. DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA: HACIA SU PROPIA EVOLUCIÓN

Este tema “Pensar en ser rico” ha sido un humilde intento de hacer sencillo y comprensible para cualquier sentido común el lugar que, como sujeto cognoscente, ocupamos en este mundo y en relación con los demás. “Pensar en ser rico” ha sido el discurso de mis propias inquietudes intelectuales y espirituales, para buscar una explicación coherente a nuestra existencia en el mundo. He tratado de intelectualizar mis ideas de modo que, a la luz del conocimiento, pudieran ser entendidas y comprendidas de un modo relativamente sencillo por cualquier persona. Es un discurso intelectual que desemboca en el mapa de las categorías de modo que cada persona pueda ubicarse a sí mismo en relación con el mundo y, además, vislumbrar el camino de “ascenso” a la racionalidad y a la espiritualidad pues “no hay ninguna razón por la que no se pueda enseñar a un hombre a

pensar”, en palabras del psicólogo norteamericano Skinner. Es un intento de demostrar que, mediante la actitud del filósofo activo hacia el conocimiento, nuestra conciencia evoluciona hacia una mayor comprensión: es el mismo proceso que perseguíamos en el colegio pero, ahora, se trata de un acercamiento “consciente” hacia el saber, es decir, porque cada uno lo decide libremente. Solo así estaremos más preparados para tomar nuestras decisiones en libertad y con conocimiento de causa, nunca mejor dicho.

Llegado este momento ha quedado claro que, otro de los objetivos de este ensayo, es realizar una reivindicación de la filosofía en el lugar que le corresponde: no en los estantes de las bibliotecas sino en la conciencia de cada uno. La esencia misma de la filosofía es el conocimiento y, conocer, es una actividad de nuestra propia conciencia para desenvolvernos mejor en el mundo, como bien lo expresó el filósofo romano Cicerón: “Aristóteles bajó la filosofía del cielo a la tierra”. He intentado elevar la conciencia de los lectores deseosos de “ser ricos”, hacia las auténticas riquezas que todos llevamos dentro: la del conocimiento y la del amor. Es con estas riquezas con lo que nuestra conciencia debe identificarse para lograr mayor felicidad en nuestra vida y con los demás seres humanos. En eso mismo consiste el “camino ascendente” de la conciencia personal expuesto en el anterior cuadro de ascensión: hallar el máximo de conocimiento hasta lograr la sabiduría. Sócrates lo dejó certeramente expresado (Ver Platón, *Apología de Sócrates*): “Y mientras me quede aliento y fuerza, no cesaré de buscar la verdad, de amonestaros y de adocctrinar a quienquiera de vosotros que me encuentre al paso, diciéndole a mi manera: cómo tú, mi estimadísimo, ciudadano del más grande y culto de los Estados, cómo no te avergüenzas de ocuparte con afán de llenar lo más posible tu bolsa, y de procurarte fama y honor y, en cambio, de la sabiduría y la verdad y de la mejora de tu alma nada se te da”.

Respecto a la riqueza material cuyo máximo fetiche es el dinero no podemos, todavía, soslayarnos de su embrujo, pues está presente inexorablemente en nuestro sistema capitalista, preso ahora de una crisis financiera mundial sin visos de solución a corto plazo. Sin embargo, sí podemos reorientar nuestras vidas, de modo que seamos menos esclavos de él y más libres respecto a nuestra posibilidad intelectual y espiritual. Solo así podremos dar un sentido

más pleno a nuestra vida a fin de que nuestra conciencia logre su felicidad personal y transpersonal.

Por mi parte, doy por concluida la exposición intelectual de este tema “Pensar en ser rico”. Como el más común de los mortales, debo seguir mi camino para lograr mi libertad sensible transpersonal. Voy a intentar lograrla mediante el uso de mi conocimiento en el “juego de la vida” por si acaso, como dijo el poeta latino Virgilio, “la fortuna favorece a los más audaces”. Por tanto, el reto de mi dialéctica sensible personal será intentar lograr mi libertad material transpersonal, es decir, la independencia económica respecto al sistema productivo capitalista. Esta osadía intelectual de lograr mi sustento material solo con mi conocimiento es el punto de partida para un segundo reto: desarrollar mi propio discurso intelectual hasta elevarlo a la categoría de transpersonal, es decir, hacer trascender todos los postulados de este trabajo a la categoría de reivindicación social, intelectual y espiritual. Espero lograr dicha libertad transpersonal, para curar mi “enfermedad”: tengo conciencia intelectual y espiritual transpersonales; pero estas no logran su realización porque estoy atrapado en la dialéctica sensible personal: soy un mortal más que debe trabajar para el sustento de mi familia, bajo las cadenas del capitalismo. Seguramente Dios, o el Ser, lo dispuso así para que llegara a escribir este libro, pero esta es una afirmación metafísica que, aquí, queda fuera de lugar por pertenecer al ámbito de la fe sin ninguna evidencia racional. El problema es, entonces, ¿cómo lograr el camino para librarme de la esclavitud sensible, como la mayoría de los mortales, para dedicarme acto seguido a la actividad intelectual transpersonal, esto es, aquella en que puedo expresar mis ideas para que puedan ser oídas socialmente?

Es la dialéctica sensible de querer trascender hasta la libertad sensible transpersonal, es decir, buscar la independencia económica, lo que ha inspirado este trabajo desde el “Pensar en ser rico” hasta el “Pensar en ser libre”. Ha sido mi propia dialéctica sensible, obsesionada con la libertad transpersonal, la que ha hecho trascender mi propia dialéctica intelectual personal hacia este ensayo. En este sentido, “el pasado me ha revelado la estructura del futuro” como expresara el filósofo francés Chardin. Y, como consecuencia de ello, emerge el sentido de mi vida que, hasta ahora, no estaba

consciente, a saber: mi sinsentido existencial y mis conocimientos intelectuales desorientados, de pronto, cobran forma de espiritualidad. Emerge la conciencia de que el conocimiento, sustento de toda dialéctica intelectual, así como el amor, sustento de toda dialéctica espiritual, son los impulsores de la dialéctica material de los hombres. Pero nosotros, pobres mortales, debemos redescubrirnos a nosotros mismos como sujetos cognoscentes, para dejar emerger esos nobles impulsos. Tenemos el imperativo racional y moral de volver a poner el conocimiento y el amor por encima del materialismo. Aunque sea probable que, yo mismo, no vea esta tarea acabada, los mismos imperativos racional y moral, me obligan a intentarlo en este sentido.

Obviamente, la dialéctica de mi felicidad personal se queda corta, pues mi conciencia tiene por objetivo alcanzar la felicidad transpersonal. Este será por tanto el objetivo a lograr. Sirva este reto como una apuesta de mi conciencia cognitiva contra el condicionante espacio-temporal que limita a todo sujeto cognoscente: es una carrera contra el tiempo. Desde nuestra limitada comprensión, el tiempo es un marcador de cuenta atrás hacia la muerte. La muerte es el fin de la vida y, ¿qué es la vida, sino una carrera de obstáculos contra la muerte? “Cada instante de la vida es un paso hacia la muerte”, en palabras del dramaturgo francés Pierre Corneille. Sin embargo, la vida después de la muerte sigue siendo nuestra esperanza metafísica.

Posiblemente, este tema “Pensar en ser rico: el camino ascendente de la conciencia personal”, invitara inconscientemente a hallar alguna fórmula para ser rico. Espero no haber defraudado a nadie pues, la riqueza, no solo está en el dinero. Como se ha podido comprobar, la riqueza está también en nuestra mente y en nuestro espíritu. Por tanto, para alcanzar la felicidad, nuestra dialéctica vital debe ser orientada hacia nuestras tres potencialidades: nuestro cuerpo, nuestro conocimiento y nuestra libertad en la relación moral con la humanidad.

Pero hay un silogismo en el propio título de este tema: se habla de pensar en ser rico, y no en cómo ser rico, aunque se han explicado los mecanismos para alcanzar la riqueza dineraria. El título es bien claro: pensar en ser rico. Y a esto nos hemos dedicado: a pensar. Solo con el pensamiento podemos acceder a nuestras pro-

pías riquezas interiores para potenciarlas hacia nuestra felicidad. Pero, fijaos en una cosa: el término “pensar” está puesto anterior y conscientemente al término “rico”, pero vuestra mente ha creado el silogismo de buscar la propia riqueza dineraria antes que el pensar acerca de ella. Esto ha pretendido este autor: “elevar” nuestra conciencia desde el pensamiento en la riqueza material hasta el pensamiento de la riqueza espiritual. Y esto pasa por acceder a la riqueza intelectual de nuestro conocimiento, propio también del mismo ser de nuestra conciencia ya que “la filosofía es un silencioso diálogo del alma consigo mismo entorno al ser”, como ya dejara claro Platón.

El mensaje final es bien claro: el sujeto cognoscente que haya “ascendido” en conocimientos en su conciencia nunca jamás podrá volver hacia atrás. Tiene ahora un deber moral consigo mismo y con la humanidad: consigo mismo al tener el imperativo racional de dirigir su mirada hacia el Conocimiento y, por otro lado, hacia la Humanidad al tener que dirigir sus acciones libres con conciencia espiritual.



3ª parte

Pensar en ser libre: El camino descendente de la conciencia transpersonal

CAPÍTULO I:

Desarrollo esquemático de “Pensar en ser libre”

CAPÍTULO II:

Los seis tipos de libertad

CAPÍTULO III:

Dialéctica de la felicidad material

CAPÍTULO IV:

Dialéctica de la felicidad intelectual

CAPÍTULO V:

Dialéctica de la felicidad espiritual



CAPÍTULO I:

**Desarrollo esquemático
de: “Pensar en ser libre”**



En el tema “Pensar en ser rico”, he desarrollado la metodología “ascendente” de la conciencia personal a través de la dialéctica de la felicidad material, la dialéctica de la felicidad intelectual y la dialéctica de la felicidad espiritual. Son tres estados de conciencia de los cuales participa toda persona en su vida. En dicha metodología se ha evidenciado todas las categorías que integran las citadas dialécticas, para conocer un “mapa cognitivo” a través del cual guiar nuestra vida hacia la felicidad personal así como la felicidad transpersonal. Hemos conocido a través de esas tres dialécticas, las tres riquezas a la que puede optar todo ser humano: el dinero, el conocimiento y el amor. La dependencia o el dominio de algunas o de todas esas riquezas genera en sí mismo un poder decisorio del individuo sobre su propia vida a través de la libertad individual, con el fin de hallar su propia felicidad personal. Como sujetos cognoscentes hemos “ascendido” cognitivamente mediante nuestra conciencia a través de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Ahora sabemos que las riquezas forman un binomio indisoluble con las libertades. Las propias riquezas del sujeto cognoscente, a saber, la material, la intelectual y la espiritual tienen que pasar por la criba de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, correlativamente reflejada en las antinomias “riqueza-pobreza”, “libertad-esclavitud” y “conocimiento-ignorancia”.

En la antinomia riqueza-pobreza debe desenvolverse cada sujeto cognoscente para hallar su propia riqueza material, con la finalidad de satisfacer sus necesidades biológicas, físicas y de bienestar social. En la antinomia libertad-esclavitud debe el mismo sujeto cognoscente lograr la realización de su espacio de libertad para intentar hallar la pretendida felicidad. Pero es en ese intento vital donde el individualismo radical pierde toda noción del sentido de la vida, pues la búsqueda de la felicidad queda presa de las antinomias riqueza-pobreza y libertad-esclavitud. Por eso mismo digo que se vive en una “ontología existencial ilusoria”, porque cada sujeto cog-

noscente busca dotar de sentido a su vida al perseguir la dialéctica de la felicidad personal, obviando el “eslabón” del conocimiento perdido. Este “eslabón” del conocimiento es la propia conciencia de las capacidades de libertad a las que tiene opción cada sujeto cognoscente. El conocimiento de ese “eslabón”, genuinamente hablando es que, como sujetos cognoscentes tenemos acceso a seis tipos de libertades. Un conocimiento fundamental, filosóficamente hablando, que hay que extraer del tema “Pensar en ser rico”, es que, para alcanzar la felicidad personal, hay que conocer las libertades inherentes al sujeto cognoscente y deducir su combinatoria “ascendente” para identificarla con el ideal de felicidad deseado. Es decir, se puede estar existencialmente en uno determinado nivel pero, paradójicamente, podemos tener conciencia de querer alcanzar otro nivel. Este desajuste entre el nivel existencial y el ideal es lo que puede producir la falta de felicidad, pues existe una tensión en querer alcanzar una meta. Enumeremos de momento estas seis libertades y luego pasaremos a su desarrollo “ascendente”:

- a) La libertad sensible personal (LSP)
- b) La libertad sensible transpersonal (LST)
- c) La libertad intelectual personal (LIP)
- d) La libertad intelectual transpersonal (LIT)
- e) La libertad espiritual personal (LEP)
- f) La libertad espiritual transpersonal (LET)

Cada sujeto cognoscente puede ubicarse existencialmente en cualquiera de estos seis tipos de libertad, pero con una excepción en la regla de juego de la propia antinomia: solo se puede estar existencialmente en un solo tipo de libertad sensible, intelectual y espiritual a la vez, aunque nuestra conciencia, sin embargo, sí tiene la capacidad de querer llegar a un nivel superior. Nuestra existencia está encadenada mediante nuestros condicionantes biológicos, familiares y sociales a la circunscripción de nuestro propio entorno sensible, intelectual y espiritual. Sin embargo, la conciencia cognitiva es “atemporal” pues mediante el entendimiento puede conocer el pasado para desenvolverse mejor en el presente y, por último, planificar su futuro, generalmente orientado a la búsqueda de la felicidad.

Hay que tener en cuenta que una persona solamente puede estar en una situación de libertad, sea personal o transpersonal, respecto a las tres dialécticas (sensible, intelectual o espiritual). En efecto, en primer lugar, la persona que está en el estado de subsistencia biológica o social, o incluso en la pobreza (libertad sensible personal) no puede ser a la vez rica con acceso a los placeres y la lujuria (libertad sensible transpersonal). Es evidente que se trata de una antinomia: se está en una situación o se está en la otra, esto es, es imposible ser rico y pobre en un mismo momento espacio-temporal. Ahora bien, pongamos por caso, que la persona del bajo escalafón social es agraciada con un premio millonario en un juego de azar. En este caso pasa directamente a tener la libertad sensible transpersonal. El caso contrario también puede darse: un rico puede volverse pobre y, por tanto, perder su condición de libertad sensible transpersonal para devenir en libertad sensible personal. En ambos casos se evidencia que el dinero, es un factor decisivo para que la libertad sea ejercida ya sea como libertad personal o como libertad transpersonal en el dominio de los sentidos pero, repito, jamás se pueden dar las dos condiciones a la vez, si bien se puede pasar de un estado de libertad a otro. Para los más críticos con este planteamiento divisorio de la libertad debo advertir que, posteriormente, desarrollaremos los propios límites de esos seis tipos de libertad, ateniéndonos a los propios criterios científicos que ya han sido estudiados en anteriores capítulos, fórmulas generalmente encaminadas a establecer los límites y umbrales entre la pobreza y la riqueza. Por tanto, de momento, solamente me limito a realizar la formulación conceptual de los tipos de libertad a los que puede optar cada sujeto cognoscente y, consecuentemente, conocer su organización ontológica de un modo inteligible. Es una mera descripción ontológica de la libertad personal en relación con las propias riquezas del sujeto cognoscente: la riqueza sensible (dinero), la riqueza intelectual (conocimiento) y la riqueza espiritual (amor), descubiertas en la ascensión racional de la conciencia personal a través del tema anterior “Pensar en ser rico”.

Del mismo modo ocurre con la libertad intelectual: es personal o es transpersonal, pero nunca ambas a la vez, aunque bien puede darse un discurrir intelectual que lleve a la persona de uno a otro estado. En tercer lugar, la antinomia se da también en la libertad

espiritual: se tiene la libertad espiritual personal o se tiene la libertad espiritual transpersonal, pero nunca ambas a la vez. Sin embargo, a través del propio discurso vital de la persona, se puede pasar de un estado al otro, generalmente de la libertad espiritual personal a la libertad espiritual transpersonal.

Una vez establecidos los límites antinómicos (de dos en dos) respecto a las tres libertades —sensible, intelectual y espiritual—, podemos deducir la combinatoria de las libertades individuales a la cual puede tener acceso cualquier persona. Esta combinatoria es así: $2 \times 2 \times 2 = 8$ niveles existenciales y de conciencia. Previamente a ellos, existe otro nivel existencial, denominado “nivel 0”, como inicio vital al cual estamos abocados todo ser humano. Este nivel 0 es siempre previo a los ocho niveles existenciales y de conciencia porque, en el transcurso de la psicología evolutiva de la conciencia (Piaget), el bebé, el niño y el adolescente no tienen acceso a la libertad con plena conciencia y responsabilidad. Las necesidades fisiológicas (primer nivel de la “pirámide de Maslow”) son generalmente atendidas por los padres durante el tiempo de madurez del bebé hasta la edad adulta. La libertad se inicia lentamente en la etapa de la adolescencia para confirmarse en la edad adulta. Y cabe recordar que, este ensayo acerca de la libertad, se refiere siempre a la libertad ejercida de un modo consciente (o no) por la persona adulta, como posibilidad vital dentro de su propio contexto biológico, familiar y social. Veamos entonces los diferentes niveles combinatorios de estos seis tipos de libertades a los cuales puede acceder todo sujeto cognoscente pero, ahora, alumbrada mediante el “eslabón” del conocimiento. De hecho, no es más que la propia esquematización de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad planteada en el preámbulo metodológico pero, ahora, estructurada bajo la perspectiva epistemológica de la “psicología evolutiva de la libertad”:

“Pensar en ser rico”:

0) Inicio vital: necesidades fisiológicas (Maslow)

- | | | | |
|---------------------------|--------------------|---|--------|
| 1) LSP + LIP + LEP | Dialéctica | > | Primer |
| | de la | > | nivel |
| 2) LST + LIP + LEP | felicidad material | > | social |

**“Pensar en ser libre”:**

- | | | | |
|---------------------------|-----------------------|---|---------|
| 3) LSP + LIT + LEP | Dialéctica | > | Segundo |
| | de la | > | nivel |
| 4) LST + LIT + LEP | felicidad intelectual | > | social |

“Pensar en ser feliz”:

- | | | | | | |
|---------------------------|----------------------|---|--------|---|---|
| 5) LSP + LIP + LET | Dialéctica | > | Tercer | = | DIALÉCTICA
DE LA
FELICIDAD
TRANSPERSONAL |
| 6) LST + LIP + LET | de la | > | nivel | | |
| 7) LSP + LIT + LET | felicidad espiritual | > | social | | |
| 8) LST + LIT + LET | | | | | |

Estos ocho niveles no están puestos al azar. En efecto, como se ha evidenciado en “Pensar en ser rico”, la conciencia de una persona sigue el camino ascendente, arrancando en la dialéctica de la felicidad material, para luego pasar a la dialéctica de la felicidad intelectual y, por fin, a la dialéctica de la felicidad espiritual. Son tres órdenes jerárquicos de crecimiento y evolución que se dan en la persona: en el primer estadio (dialéctica de la felicidad material) se intenta pasar de la LSP a LST, pero no se está todavía ni en la LIT ni en la LET. En el segundo estadio (dialéctica de la felicidad intelectual), se está en la LIT, independientemente de tener LSP

o LST, pero no se está todavía en la LET. Y por último (dialéctica de la felicidad espiritual) se accede a la LET, pudiendo combinarla con cualquier estado de LSP, LST, LIP o LIT.

Más adelante, se justificará cada uno de estos niveles existenciales y de conciencia que determina el ámbito de actuación y, por ende, la libertad de una persona. Veremos cómo algunas personas pasan de un nivel a otro. Pero lo que sí es común a todas las personas es que el camino ascendente de la conciencia pasa desde el nivel primero en camino ascendente hasta el octavo. Algunas personas pasan de niveles más rápidamente que otras. Algunas no pasarán nunca de nivel: los más pobres (nivel cero) son los más desfavorecidos y viendo el estado actual de hambruna en el mundo, es evidente y lamentable que millones de personas no pasarán al nivel uno.

Se evidencia que la dialéctica de la felicidad personal abarca los niveles 0, 1, 2, 3 y 4, porque el sujeto cognoscente está inmerso vitalmente en la búsqueda de la felicidad personal sin haber dado el salto a la libertad espiritual transpersonal (LET: niveles 5 al 8). En estos primeros cuatro niveles se hallan la mayoría de seres humanos: pocos son los que tienen la oportunidad de pasar a la LET. Esto requiere una espiritualidad volcada hacia la humanidad misma, en actos y pensamiento, sacrificando por ello mismo, en muchos casos, la propia felicidad personal.

Por ello mismo, a la dialéctica de la felicidad transpersonal le corresponden los niveles 5, 6, 7 y 8. En estos cuatro niveles se encuadran las personas que dedican su vida, en cuerpo y alma, al mejoramiento de la humanidad, desde la plena conciencia del compromiso moral adquirido y ejercido hacia la propia humanidad. Esto queda evidenciado a través de una lectura pormenorizada del tema "Pensar en ser rico": se inicia el arranque cognitivo a través de la sensibilidad en la cual estamos vitalmente absorbidos todos los humanos (niveles 0, 1 y 2) y, sin embargo, haciendo acopio de superación personal a través de la conciencia ascendente, se logra discernir las riquezas a las que se puede optar, a saber, el conocimiento (nivel 3 y 4) y el amor (niveles 5 al 8). Siguiendo dicha correlación, mi obra filosófica queda estructurada de la siguiente manera:

PENSAR EN SER RICO: es el camino “ascendente” de la conciencia personal desde el mundo sensible (niveles 0, 1 y 2), para vislumbrar el conocimiento (niveles 3 y 4) y el amor (niveles 5 al 8) como auténticas riquezas del ser humano. Es un ascenso cognitivo para pasar de una conciencia materialista a una conciencia humanística. Se evidencia que hay que pasar de la felicidad personal (egoísta) a la felicidad transpersonal (altruista). Todas las personas cuyo modo de vida estén en estos niveles 0, 1 y 2 conforman el primer nivel social: la vida existencial. En realidad, este primer nivel social lo conforma la gran mayoría de la población. Por encima se halla la clase intelectual, como segundo nivel social, los cuales son representados en los niveles 3 y 4.

PENSAR EN SER LIBRE: es el camino “descendente” de la conciencia transpersonal, como transmisora de conocimiento (niveles 3 y 4), representado por toda la clase intelectual que domina el segundo nivel social. Podría ser también, por ejemplo, la presente obra que intenta despejar la incógnita cognitiva de la libertad, para ser intelectualizada y comprensible para todos, en base a conocimientos ciertos así como a una metodología científica. Se trata de demostrar que hay que pasar de la filosofía tradicional (fin del salvaje materialismo sustentado por el capitalismo) a la filosofía transpersonal (segundo renacimiento humanístico), teniendo ahora conocimiento de los límites y niveles de la libertad, para ser educada cognitiva, pedagógica y socialmente.

PENSAR EN SER FELIZ: es el camino “descendente” de la conciencia transpersonal como conciencia solidaria y el fin último más loable del objetivo de la vida (niveles 5, 6, 7 y 8). La psicología tradicional (dualista: cuerpo y mente) deviene en una apertura hacia la psicología transpersonal (integración del espíritu humano). En ello debe basarse el auténtico conocimiento humano: hacia el pleno desarrollo de las potencialidades humanas, desde el cuerpo, hacia la mente, para el espíritu humano. Tal será el objetivo del tercer trabajo en el futuro. Las personas cuyo modo de vida queda encuadrado en los niveles 5 a 8 conforman el tercer nivel social: la vida espiritual.

A través de esta trilogía, habré intentado demostrar cómo evoluciona la conciencia, en los dos sentidos de su evolución:

- 1) El camino “ascendente” de la conciencia del sujeto cognoscente, es decir, adquirir más y más conocimientos encaminados hacia la sabiduría: un camino de crecimiento personal, de perfeccionamiento como persona para intentar, con ello, lograr la felicidad personal en relación con los demás seres humanos.
- 2) El camino “descendente” de la conciencia transpersonal, en tanto que transmisora de conocimientos y conciencia solidaria. Aquí toca aplicar todos los conocimientos adquiridos en el camino ascendente cognitivo de la conciencia del punto anterior. Al aplicar los conocimientos adquiridos es como se demuestra la auténtica sabiduría.

Con todo ello, espero justificar el mapa de “ascenso” y “descenso” de la conciencia, reconvirtiendo la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad en una auténtica ontología existencial en base al conocimiento pedagógico de la libertad. Con ello quedaría restaurado el “eslabón perdido” en la sociedad materialista sustentada en un capitalismo desenfrenado, para que resurja con fuerza el auténtico conocimiento de la libertad redirigido hacia la propia humanidad. En el siglo XXI, la libertad debe poder ser estudiada y educada en las aulas, siguiendo el mismo paralelismo cognitivo de la psicología evolutiva de Piaget. Este ensayo reivindica que la pedagogía de la psicología evolutiva de la libertad, sea reconvertida en praxis para el comportamiento adulto. En las personas adultas descansa la responsabilidad acerca de la libertad para los designios de la propia humanidad. Y para dicho objetivo debe servir el “mapa cognitivo” de la evolución de la conciencia a través de su propia libertad: solamente comprendiendo mejor cómo gestionar nuestra libertad con una finalidad eminentemente espiritual, podremos contribuir a mejorar este mundo así como enlazar dicha libertad con la felicidad personal y colectiva.

CAPÍTULO II:

Los seis tipos de libertad



Hemos relacionado en el capítulo anterior, los seis tipos de libertad a los que puede optar todo sujeto cognoscente que, en la combinación ascendente, da lugar a ocho niveles existenciales y de conciencia. Es a través del tema “Pensar en ser rico” como se ha argumentado y conceptualizado dichas libertades. Pero, no obstante, vamos a realizar una somera descripción de cada tipo de libertad para una mayor concreción conceptual que nos permita, posteriormente, comprender los diferentes niveles existenciales y de conciencia con el punto de mira puesto en la búsqueda de la felicidad personal y la felicidad transpersonal.

1. LIBERTAD SENSIBLE PERSONAL (LSP)

Esta es la libertad más básica y primaria para cualquier ser humano, pues es una condición de la libertad en relación con el entorno físico, gracias a las libertades conquistadas a través de la historia de la humanidad, ahora reguladas por derechos con garantía para la propia libertad del individuo, pero dentro de los límites establecidos por la sociedad. Es lo que modernamente es conocido como “estado de derecho”, dentro del cual cada sujeto halla el propio sentido a su libertad física ajustándose a las normas y leyes establecidas socialmente. El sujeto cognoscente está inmerso en una sociedad capitalista donde, el dinero, es un valor que determina el grado de libertad física que puede disfrutar, ateniéndose a los modos de obtención de riqueza que ya han sido desarrollados en el preámbulo metodológico.

Cabe destacar que hay personas que no tienen acceso a este mínimo de libertad establecido en las modernas democracias, es decir, aquellas personas subsumidas en la pobreza sin acceso a la libertad, pensamiento conceptualizado como “nivel 0” en el capítulo

anterior e identificándolo con el primer nivel de la “Pirámide de Maslow”: la satisfacción de las necesidades fisiológicas. En los términos defendidos por Amartya Sen, vistos anteriormente, la libertad no es posible si no existe una “capacidad” como medida de obtención de la libertad para elegir entre distintos modos de vida. Es obvio que, en las regiones más pobres del mundo, donde la pobreza provoca hambrunas y muertes por inanición o falta de cuidados sanitarios, la insatisfacción de las necesidades fisiológicas es esa carencia de las “capacidades” aludidas por Sen para poder optar a la pretendida libertad. Dicho de otro modo: donde hay pobreza, no hay libertad. Por ello mismo, este “grupo social de pobres”, lo conceptúo como “nivel 0”, sin ningún ánimo peyorativo, sino como simple enumeración, lo cual correlativamente, corresponde al primer nivel de necesidades fisiológicas que Maslow ya supo conceptualizar en su “pirámide”: la jerarquía de las necesidades humanas, una teoría psicológica sobre las motivaciones humanas en sentido ascendente.

Consecuentemente, como en la pobreza no existe libertad, estos millones de seres subsumidos en la más extrema miseria no tienen la más mínima posibilidad de vislumbrar algo de libertad para sus vidas, en el moderno concepto que disfrutamos actualmente en Occidente. Es por ello mismo que, en este mundo globalizado de las telecomunicaciones, el pobre tiene conciencia y visos de querer “ascender” por los caminos de la “Pirámide de Maslow”: es un deber vital para este sujeto cognoscente, intelectualmente en estado primitivo, desear de un modo ontológico su propia “bondad”. Es por ello mismo que se producen las emigraciones de muchas personas desesperadas, para salir de su pobreza y buscar la riqueza observada en Occidente, a riesgo de perder la vida en el intento.

Hecha esta salvedad conceptual acerca del nivel 0, que se refiere al ser humano que busca satisfacer sus necesidades fisiológicas exento de toda libertad, se evidencia que la libertad tiene su frontera delimitada científicamente a través de Maslow y de Sen respectivamente. Sen marca el límite de la libertad justamente allí donde Maslow ubica la primera motivación natural: la satisfacción de las necesidades fisiológicas. Por ello mismo, esta clara delimitación científica, me permite conceptuar “la libertad sensible personal” haciéndola corresponder con el segundo nivel de la “Pirámide de

Maslow”: las necesidades de seguridad y protección, equivalente a nuestro concepto de “dialéctica de la felicidad material”. La primera modalidad de libertad que tiene acceso el sujeto cognoscente, una vez cubiertas sus necesidades fisiológicas, es la que hemos definido: la libertad sensible personal. Una libertad que puede ser medida en valor dinerario de modo que este capital dote de capacidad financiera a una persona para lograr metas materiales. Son grados de riquezas que se evidencian en las clases sociales aunque, actualmente, se tiende hacia una homogeneización de todas ellas. El dinero es ese “fetiché” de Marx que se convierte en un objetivo a lograr para el mejor desenvolvimiento de la persona en la sociedad capitalista. El máximo estado de libertad que corresponde a la “libertad sensible personal” (LSP) es lograr la libertad financiera, es decir, la riqueza que nos pueda permitir ser libre respecto a nuestras acciones en el mundo. Esta libertad financiera, en realidad, lo que nos proporciona es ser dueño de nuestro tiempo y, por ende, de nuestra vida. Ya hemos aludido anteriormente a que existen estudios estadísticos científicos acerca del concepto de “umbral económico” que nos permita acceder a dicha libertad financiera. Estos estudios denotan que la variante fundamental más valorada después de la libertad, es la felicidad. Todo ello ya forma parte de nuestro preámbulo metodológico donde quedó formulada la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Pero ahora, en este concepto de “libertad sensible personal”, el sujeto cognoscente combina su estadio primario de libertad con la búsqueda de riqueza. Como ya he intentado demostrar anteriormente, el binomio riqueza-libertad, no solo se ha podido leer a través de la historia de la humanidad, sino que es inherente de un modo ontológico al propio ser humano. Por tanto en la “libertad sensible personal” (LSP), el sujeto cognoscente actuará a través de su propia libertad para alcanzar sus propias riquezas. Pero como hemos visto también, las riquezas del sujeto cognoscente no solo son dinerarias, sino que pueden ser también intelectuales o espirituales, pero a estas últimas les corresponde sus respectivas libertades que luego desarrollaremos.

Consecuentemente, la libertad sensible personal (LSP) es la libertad ejercida por el sujeto cognoscente, desde su subjetivo entendimiento para “idealizar” las riquezas que quiere alcanzar

mediante el fetiche del dinero, siendo la máxima libertad personal alcanzar la libertad financiera que le permita tomar las riendas de su tiempo y de su vida. Los que no logran este objetivo final se quedan en este primer nivel de “libertad sensible personal”, pero con la conciencia de intentar satisfacer sus necesidades de seguridad y protección al modo de Maslow. Los que logran la libertad financiera para tomar los designios de su vida acceden al siguiente nivel de libertad que conceptualizo como: libertad sensible transpersonal.

2. LIBERTAD SENSIBLE TRANSPERSONAL (LST)

Habiendo conceptualizado la libertad sensible personal (LSP) anterior, limitando con la libertad financiera, para que el sujeto cognoscente sea dueño de su tiempo y de su vida, queda evidente que en la actual “libertad sensible transpersonal” (LST) tienen cabida todas aquellas personas que popularmente suelen llamarse “ricas”. La riqueza es esa idealidad de felicidad perseguida por muchos capitalistas, lo cual desemboca en los pecados del capitalismo ya citados. Este capitalismo libertino se ha convertido ahora en una crisis financiera mundial. Estos pecados del capitalismo son los que han provocado una desviación del sentido de humanidad. La civilización actual es víctima de su propia historia: ha perdido el “eslabón” del conocimiento como sustento moral de todos los avances sociales y tecnológicos actuales. Esta civilización está “perdida” en la propia búsqueda de la riqueza llamada “dinero”: tal es el abuso del sistema neoliberal propugnado por el capitalismo que solo busca el enriquecimiento de unos pocos, a costa del empobrecimiento de la mayoría de la población mundial, sin ningún signo de remordimiento moral. Bien al contrario, la concentración de riquezas en unas pocas manos lo es en base al expolio de los recursos naturales y la sobreexplotación de los pueblos pauperizados. Es un imperialismo capitalista en toda regla.

Cuando he definido mi concepto de “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, no es por mero capricho sino que, como se ha visto en el preámbulo metodológico, la riqueza y la libertad es un binomio que se desarrolla en la propia historia de la

humanidad. De un modo historicista entonces, la actual civilización está en el tránsito doloroso de buscar dotar de sentido al concepto de riqueza de un modo más universal. La riqueza actual ya sabemos a dónde nos ha conducido: a una crisis financiera global que pone en peligro los derechos adquiridos de un modo histórico mediante el ejercicio de la libertad, esto es, los niveles de seguridad física, de empleo, de recursos, moral, familiar, de salud, de propiedad privada, en suma, los propios contenidos del nivel primero de la “libertad sensible personal” correlativo al segundo de la “Pirámide de Maslow”: las necesidades de seguridad y protección.

Por tanto, la actual civilización está desorientada en su propia “borrachera” de riqueza, ya que en nombre de su representante el dinero sirve como arma de poder para la exclusiva libertad de los potentados financieros o corporaciones económicas que, como se ha visto, están en manos de unos pocos hombres en el mundo: por ello mismo se puede realizar una lista Forbes de los hombres más ricos del mundo. Históricamente, como ya he citado al principio de este trabajo, los ricos han sido los auténticos privilegiados en disfrutar de la libertad. Este binomio de riqueza-libertad ha sido una constante a través de cualquier estamento de poder, independientemente del signo político o religioso, en toda clase dominante social. Pero la paradoja que se está produciendo en la actualidad es que el afianzamiento de las libertades en los seres humanos ha hecho crecer un nivel de conciencia de libertad a la cual nadie está dispuesto a renunciar. Riqueza y libertad han ido de la mano históricamente pero, ahora, han desembocado en una crisis de la riqueza, pues los recursos productivos necesarios para cubrir todas las necesidades creadas por el desenfreno materialista no alcanzan para cubrir todos los deseos optativos desde la libertad de cualquier sujeto cognoscente. Hay un choque entre el límite de riqueza que nos puede proveer la madre naturaleza y las ansias de libertad sensible y consumismo desenfrenado al cual puede, “libremente”, optar cualquier persona. En suma, la riqueza es el paradigma del capitalismo, pero la libertad es el paradigma ontológico que emerge en la conciencia colectiva, de modo que hay una cada vez mayor conciencia de que la antinomia riqueza-pobreza debe ser superada, pues la amplitud de libertad generada tiende a explotar todo el potencial de la riqueza. Esto en cifras estadísticas, de cualquier signo meto-

dológico científico, evidencia que la antinomia riqueza-pobreza ha tocado fondo y que debe ser revertida hacia un equilibrio interior. Ello solamente puede realizarlo la propia conciencia colectiva que conoce ahora los límites de su propia libertad, reconvertida en libertinaje. La libertad de la humanidad ha evolucionado también intelectualmente, es decir, ahora se puede leer que la humanidad debe aprender a saber gestionar la libertad, pues está limitando suicidamente con la riqueza, a la vista de todos los desastres ya conocidos: crisis financieras, guerras, pobreza, declive medioambiental, poder económico en unas pocas manos, consumismo desenfrenado, fanatismos religiosos y terrorismos indiscriminados.

Por todo ello tiene razón de ser la concepción de este ensayo “Pensar en ser libre”, al querer evidenciar que, ahora, la humanidad debe ser capaz de educarse en la libertad colectiva. Pero hasta la presente, nunca se había dado tal choque entre riqueza y libertad en el plano material, por eso ahora le corresponde a la razón colectiva establecer las pautas cognitivas que rijan moralmente esta civilización a través de la antinomia riqueza-pobreza. Ello solamente puede realizarse desde una reflexión acerca de la propia riqueza y la propia libertad. Por eso mismo, mi pensamiento filosófico se ha iniciado con el “Pensar en ser rico” para luego el “Pensar en ser libre”, dos fundamentos cognitivos encaminados a desentrañar las riquezas y libertades, no solo de la humanidad como finalidad, sino eminentemente las del propio sujeto cognoscente.

Estos dos pensamientos acerca de la riqueza y de la libertad son los fundamentos ontológicos que se evidencian en la realidad y en la inteligibilidad del Ser para captar cognitivamente dicha realidad. La cognición del Ser tiene que desentrañar el binomio riqueza-libertad, ahora en crisis, para redirigir los designios de la humanidad, y solo lo puede realizar desde la correcta interpretación racional de la libertad colectiva en interrelación con la individual. ¿Ahora bien, quién tiene esa fórmula que debe poner de acuerdo a tantos poderes fácticos económicos, potencias militares, fanatismos religiosos y terrorismos indiscriminados? Es una cuestión que las clases políticas deberían abordar de un modo inmediato a través de las instituciones mundiales reconocidas.

El cambio de peso en la balanza, de modo que la riqueza adquiera cada vez menos importancia en detrimento de la libertad colec-

tiva, es un tránsito que puede durar algunas generaciones todavía. Es evidente que hay ya organizaciones que claman el sentido de humanizar a la riqueza de modo que sea una libertad a la que pueda optar toda la humanidad. Los esfuerzos son ingentes pero todavía insuficientes, porque no hay una conciencia filosófica de ello que sirva de revulsivo para luchar en ese sentido. Es por eso que, como filósofo activo, solo intento contextualizar una paradoja de la historia que toca desentrañar conceptual y filosóficamente bajo los auspicios de los camaradas científicos. Como ya he citado anteriormente, el pensamiento a través de nuestra conciencia es atemporal, es decir, se puede leer el pasado, para interpretar el futuro y vislumbrar algo del futuro. Es ese mismo pensamiento que ha evolucionado históricamente hacia la presente conciencia colectiva. Todos los pensadores de la historia, se han enfrentado a desentrañar filosóficamente el problema epistemológico propio del contexto de su época. En la época que me ha tocado vivir, como pensador, he tenido que enfrentarme vitalmente con el binomio riqueza-libertad, para intentar alcanzar mi propia libertad intelectual. Ello ha propugnado la emergencia de mi propia conciencia a la conceptualización filosófica de los pensamientos aquí expresados.

La crisis planteada en esta “libertad sensible transpersonal” solo puede tener visos de solución a través del correlativo tercer nivel de la “Pirámide de Maslow”, pues responde ahora a unas necesidades de afiliación y afecto que necesita la humanidad. El individuo tiene necesidades de asociación, participación y aceptación para ser parte de una comunidad y organizaciones sociales donde encontrar el compañerismo, el afecto y el amor. Esta necesidad amorosa, a modo de principio ontológico, está operando en la humanidad para dar fuerza a la “inteligibilidad” encarnada en la razón, en su lucha por desentrañar la correcta cognición de la libertad colectiva. Esta lectura que realicé como sujeto cognoscente, en tanto que filósofo activo hacia el conocimiento, es lo que me ha permitido conceptualizar y desarrollar mi propio pensamiento filosófico expresado hasta aquí. Esto me provoca actualmente un desajuste emocional, pues tengo clara conciencia de tener una “idea clara y distinta”, como diría el propio Descartes, de la situación actual de la civilización: se está en el cambio de un materialismo moribundo al tránsito de una racionalidad “espiritual” muy incipiente, como si fuera un simple bebé.

Esta “idea clara y distinta” la he hallado, yo también, en el *cogito ergo sum* para que me guíe en los sucesivos pasos de la investigación de la verdad. Dicha investigación me conduce a evidenciar cómo se produce la evolución de la conciencia cognitiva que corresponde a nuestra civilización: el conocimiento de la psicología evolutiva de la libertad desde la epistemología, como tesis de este ensayo.

Ahora, ya conocemos las diferencias conceptuales entre la “libertad sensible personal” (LSP) y “la libertad sensible transpersonal” (LST). La diferencia estriba básicamente en las riquezas representadas por el fetiche del dinero. Hemos visto que el espíritu amoroso, subyacente a la humanidad, fuerza a la razón a la correcta comprensión y gestión de la libertad. Mi aportación filosófica tiene como objetivo el evidenciar dicha comprensión de la libertad a través de este trabajo, mas la gestión o “praxis” de dicho conocimiento seguramente será tardío en su aplicación. Para argumentar y hacer comprensible dicho planteamiento, debe realizarse desde la plena intelectualidad. Pero la intelectualidad es ese proceso que está asimismo expuesto a la antinomia conocimiento-ignorancia. La prueba de ello es que hemos distinguido dos tipos de libertades intelectuales: “la libertad intelectual personal” (LIP) y “la libertad intelectual transpersonal” (LIT).

3. LIBERTAD INTELECTUAL PERSONAL (LIP)

Es la libertad de pensamiento a la que se refiere la Real Academia Española de la Lengua como derecho de manifestar, defender y propagar las opiniones propias, pero el límite de dicha opinión está regulado por leyes que, propiamente dicho, establecen los límites intelectuales de expresión para no rebasar las buenas costumbres y la invasión de la libertad de los demás conciudadanos. Esta libertad de pensamiento enlaza con la libertad sensible personal (LSP) descrita anteriormente, pues permite la toma de decisiones libremente de las personas, dentro del marco del estado de derecho, para alcanzar su propia idealidad de felicidad. Correlativamente, este estado de libertad intelectual personal (LIP), queda subsumido

al cuarto nivel de la “Pirámide de Maslow” en la cual se determina que el sujeto cognoscente buscar satisfacer sus necesidades de estima. Maslow distinguió dos tipos de estima: la estima alta concierne a la necesidad del respeto a uno mismo, e incluye sentimientos tales como la confianza, competencia, maestría, logros, independencia y libertad. Este tipo de estima queda relacionado con mi concepto de “libertad intelectual personal” (LIP). Y, en segundo lugar, la estima baja que concierne al respeto de las demás personas, lo cual será relacionado con la “libertad intelectual transpersonal” (LIT) que veremos a continuación.

Lo que realiza Maslow en su “pirámide” es una división del nivel sensible entre las necesidades fisiológicas (nivel 0 para nosotros, pues está exento de libertad) y las necesidades de seguridad y protección que, para nosotros, corresponde a la “libertad sensible personal” (LSP), tendente a lograr la “dialéctica de la felicidad material”. En su ascensión de la jerarquía de las necesidades, Maslow tiene la virtud de advertir y saber diferenciar entre necesidades fisiológicas primarias, necesidades de seguridad y protección, necesidades de afiliación y afecto y por fin las necesidades de autoestima para llegar a la autorrealización. El acierto de Maslow es haber identificado: las necesidades sensibles (necesidades fisiológicas y necesidades de seguridad y protección), espirituales (necesidades de afiliación y de afecto) e intelectuales (necesidades de estima). Pero ha jerarquizado estas necesidades de un modo lineal, en sentido ascendente, sin tener en cuenta que la persona está predispuesta de un modo ontológico hacia la libertad y, como se ha visto, tenemos seis tipos diferentes de libertad, subdivididos de dos en dos en la sensibilidad, la intelectualidad y la espiritualidad. Consecuentemente, los elementos conceptuales de Maslow son certeros en su apreciación pero, a mi entender, deben ser recolocados en base a la proposición que defiende en este ensayo: una psicología evolutiva de la libertad a la que puede optar todo sujeto cognoscente, mediante la ascensión de su conciencia cognitiva a través de la felicidad material, la felicidad intelectual y la felicidad espiritual, en orden a conseguir la felicidad personal y la felicidad transpersonal.

La autoestima del sujeto cognoscente, es decir, su propia interacción en forma de reflexión de sí mismo, no es un objetivo a alcanzar piramidalmente según nos insta Maslow sino que, a mi

entender, la intelectualidad es inherente al propio sujeto cognoscente desde que es poseedor de la libertad sensible personal (LSP). Los sentimientos de logros, independencia y libertad que persigue el sujeto cognoscente, son realizados en un contexto social donde conviven intrínsecamente, a la vez, la libertad sensible personal (LSP) y la libertad intelectual personal (LIP). Estas dos libertades son inherentes al estado de derecho que nos garantizan dichas libertades. Cuestión diferente es, después, cada cual como filósofo pasivo o activo respecto al conocimiento, lograr o no los objetivos idealizados para alcanzar su propia felicidad. Cada cual será dueño de alcanzar sus objetivos, en la medida que sus pensamientos sean razonablemente encaminados a las correctas acciones a realizar en libertad.

El verdadero acierto de Maslow es haber diferenciado entre la autoestima, libertad intelectual personal (LIP) para nosotros, y la estima concerniente al respeto de las demás personas, es decir la libertad intelectual transpersonal (LIT) que veremos a continuación.

4. LIBERTAD INTELECTUAL TRANSPERSONAL (LIT)

Esta libertad se refiere a la posición de poder intelectual a través de los mecanismos sociales previstos a tal efecto (política, económica, periodística, científica, religiosa, etc.), a los que el sujeto cognoscente puede dirigir sus opiniones de la anterior libertad intelectual personal (LIP), para adquirir relevancia respecto a las demás personas: necesidad de atención, aprecio, reconocimiento, reputación, estatus, dignidad, fama, gloria, e incluso dominio, en los mismos términos que corresponde a la segunda forma de estima descrita por Maslow. El cuarto nivel de estima (alta y baja) de la “Pirámide de Maslow” queda, en este trabajo, subdividido en la libertad intelectual personal (LIP) y la libertad intelectual transpersonal (LIT). Eso es así porque la intelectualidad del sujeto cognoscente dirige alternativamente sus pensamientos, primero hacia sí mismo (libertad intelectual personal - LSP) y, luego, hacia los demás (libertad intelectual transpersonal - LIT). Desde su libertad personal, cada

sujeto cognoscente mediante su pensamiento toma decisiones y acciones que condicionan su devenir existencial. Quedará por ver más adelante cómo se realiza realmente la “ascensión” intelectual desde la conciencia personal a la conciencia transpersonal. No olvidemos el sentido último de este trabajo: intentar demostrar de un modo epistemológico la libertad dentro de la cual evoluciona la conciencia del sujeto cognoscente. Por tanto, de momento solamente estamos conceptualizando las seis tipos de libertad a las que puede optar cada sujeto cognoscente. Quedará por evidenciar en el capítulo siguiente cómo se interrelacionan dichas libertades para constituir ocho niveles existenciales y de conciencia.

5. LIBERTAD ESPIRITUAL PERSONAL (LEP)

Este concepto ya ha sido definido como nuestra propia elección moral respecto a la riqueza espiritual del mundo: el mundo, la humanidad, uno mismo y Dios. Esta libertad espiritual personal (LEP) es aquella libertad que tenemos cada uno de nosotros en nuestra conciencia, siendo responsables de nuestra propia moralidad en cada acto de nuestra vida en relación con los demás humanos. Es la sensibilidad de los seres humanos, en términos de afecto y amor en la terminología de Maslow, que se proyecta fuera de sí: hacia el mundo y la humanidad. Según Maslow tiene que ver con el desarrollo afectivo del individuo, las necesidades de asociación, participación y aceptación, que se satisfacen mediante las funciones de servicios y prestaciones que incluyen actividades deportivas, culturales y recreativas. El ser humano por naturaleza siente la necesidad de relacionarse, ser parte de una comunidad, de agruparse en familia, con amistades o en organizaciones sociales. A través de todo ello es como el sujeto cognoscente encuentra la amistad, el compañerismo, el afecto y el amor.

En primera instancia, esta libertad espiritual personal (LEP) en el sujeto cognoscente está inherentemente conexiónada con la libertad sensible personal (LSP) y la libertad intelectual personal (LIP). No olvidemos, como se ha demostrado ya anteriormente, que cada acto (sensible) del individuo es la expresión de su pen-

samiento (intelectual) en relación con la riqueza espiritual elegida libremente (amor). La libertad personal del individuo está obligada a interrelacionar las tres libertades que de un modo ontológico le corresponde: la libertad sensible (acción), la libertad intelectual (pensamiento) y la libertad espiritual (amor). Esta posición de espiritualidad personal desde la libertad está basada fundamentalmente en el egocentrismo del sujeto cognoscente. Es una relación espiritual con la humanidad que no trasciende en acto y pensamiento más que en el propio entorno familiar y social del propio sujeto cognoscente. Por eso mismo lo conceptualizo como “libertad espiritual personal” (LEP). Cuando esa espiritualidad se transforma en una aportación positiva altruista hacia la humanidad, con evidencia clara y distintas en actos y pensamientos, se puede optar a transformar esta “libertad espiritual personal” (LEP) en “libertad espiritual transpersonal” (LET).

6. LIBERTAD ESPIRITUAL TRANSPERSONAL (LET)

Este estado de libertad corresponde a aquellas personas que, de manera totalmente libre y abnegada, hacen de la humanidad su objetivo último vital en pensamiento y en acción. La dialéctica de la felicidad personal, egocéntrica y egoísta, queda supeditada a la dialéctica de la felicidad transpersonal, una actitud humanista y altruista cuyo objetivo es la defensa de la libertad y la felicidad de la humanidad. Sería el estado propio de la autorrealización que Maslow establece en la cúspide de su “pirámide”. Se trata de satisfacer las necesidades más elevadas para dotar de sentido a la vida mediante el desarrollo potencial de una actividad. Pero Maslow, psicológicamente, situó el nivel de autorrealización como eslabón último de “necesidad de ser” en el propio sujeto cognoscente, no diferenciando la otra autorrealización holísticamente superior: la identificación de dicho sujeto cognoscente con el objetivo último, a saber, la humanidad. Lo que Maslow no ha sabido dilucidar es que, a través de las seis libertades conceptuadas en este ensayo, la autorrealización es posible en diferentes niveles de conciencia que corresponden existencialmente a ocho niveles evolutivos a

través de tres libertades: la libertad sensible, la libertad intelectual y la libertad espiritual, conceptuadas de dos en dos. Es decir, hay personas que pueden lograr la autorrealización en su felicidad material, en su felicidad intelectual o en su felicidad espiritual, tres dialécticas vitales y secuenciales subyacentes a la felicidad personal y la felicidad transpersonal. Ese potencial recorrido de autorrealización se inicia con la dialéctica de la felicidad personal que todo sujeto cognoscente experimenta en el camino “ascendente” de su conciencia a través de los cuatro primeros niveles. La conciencia de autorrealización personal conlleva la opción de seguir evolucionando hacia la conciencia de la felicidad transpersonal, correspondiente a los niveles quinto, sexto, séptimo y octavo. Cuando un sujeto cognoscente logra la felicidad transpersonal, cuyo objetivo es la libertad y la felicidad de la humanidad, solamente lo puede realizar desde una opción de “libertad espiritual transpersonal” (LET), es decir, cuando hay coincidencia entre sus actos humanitarios libremente elegidos y sus pensamientos espirituales. Lo que quiero evidenciar es que, para Maslow, la autorrealización es un objetivo psicológico en forma piramidal hasta lograr un paroxismo emocional tendente a la felicidad personal, al lograr superar los diferentes niveles de las necesidades biológicas, de adaptación social, de afiliación, afecto y autoestima, concretándose todo ello en el desarrollo de una potencial actividad. No está exento de razón al establecer dicha jerarquía de necesidades. Nosotros vamos a seguir el mismo camino propuesto solo que, ahora, vamos a reposicionar la “Pirámide de Maslow” según nuestra concepción de las seis libertades expuestas en este capítulo, en una combinatoria “ascendente” hacia la felicidad personal y felicidad transpersonal, como objetivo de todo sujeto cognoscente. Consecuentemente, los cinco niveles de la “pirámide de Maslow” quedan reconvertidos en ocho niveles existenciales y de conciencia, ahora claramente objetivables a través de las correspondientes libertades —sensible, intelectual y espiritual—, que operan en cada nivel. Mediante la identificación objetiva de las libertades que operan en cada sujeto cognoscente, será posible evidenciar el nivel existencial y de conciencia de toda persona gracias a una metodología psicológica elaborada a tal efecto. La conciencia ya no es un concepto abstracto sino perfectamente identificable mediante los actos y pensamientos de las personas,

correlativamente reflejados en las libertades ejercidas en cada nivel. Con la objetivación del nivel existencial y de conciencia de una persona, queda el camino despejado para aseverar el correspondiente nivel de autorrealización alcanzado, o no. La felicidad, consecuentemente, puede ser mensurable en función de las diferencias entre el nivel existencial y el nivel de conciencia. Sería, por fin, la famosa fórmula mágica de la felicidad, perseguida por muchos pero ahora objetivamente demostrable a través de la “psicología evolutiva de la libertad”, como tesis de este trabajo.

CAPÍTULO III:

Dialéctica de la felicidad material



En el preámbulo metodológico, se ha demostrado que la Riqueza y la Libertad son un binomio conceptual presente a través de la historia de la humanidad, que opera de un modo ontológico en cada ser humano. Por tanto, metodológicamente, había que descubrir primero las posibles riquezas a la que todo sujeto cognoscente podía optar. Hemos leído a través de la historia del pensamiento económico a dónde nos ha llevado este capitalismo libertino: hacia una crisis financiera mundial que pone en peligro las libertades conquistadas históricamente. Este choque histórico que actualmente está presenciando la humanidad, entre la riqueza y la libertad, propugna la necesidad de un conocimiento superior acerca de la libertad, con una finalidad eminentemente humanística. Por ello mismo, la finalidad de este ensayo sería el “Pensar en ser libre”, el intento de fundamentar de un modo epistemológico las opciones de libertad, para la conciencia individual así como para la conciencia colectiva.

Ahora bien, primeramente era imprescindible “Pensar en ser rico”, para desentrañar y hacer evidentes las propias riquezas a las que puede optar de todo sujeto cognoscente: la riqueza sensible (dinero), la riqueza intelectual (conocimiento) y la riqueza espiritual (amor). Estas tres riquezas, correlacionándolas con la libertad, han desembocado en una conceptualización de seis tipos de libertad que hemos visto en el capítulo anterior. La combinatoria de estas seis libertades, conceptualizadas de dos en dos mediante el dinero, la razón y el amor, ha sido desarrollada en el capítulo primero a modo de esquema, evidenciando la existencia de ocho niveles existenciales y de conciencia en tanto que potencial posibilidad para cada ser humano. Ahora toca explicar cada uno de esos ocho niveles existenciales y de conciencia a los que puede optar todo sujeto cognoscente.

Como se puede observar en el desarrollo esquemático del capítulo uno, la “dialéctica de la felicidad material” abarca a los siguientes niveles existenciales y de conciencia:

- Nivel 0: inicio vital, según el primer nivel de las necesidades fisiológicas de Maslow. Corresponde este estado a la más

extrema pobreza que, como hemos visto en el capítulo anterior, no hay “capacidades” en palabras de Sen, para elegir libremente un modo de vida.

- Nivel 1: LSP + LIP + LEP
- Nivel 2: **LST** + LIP + LEP

Estos tres niveles de libertades, propiamente dos, pues en la pobreza no hay libertad, constituyen mi concepto de “dialéctica de la felicidad material” que ya ha sido argumento en la segunda parte “Pensar en ser rico”, lo cual, correlativamente, corresponde al segundo nivel de seguridad y reaseguramiento de Maslow. No obstante, ahora, vamos a realizar una profusión conceptual de dichos niveles, de modo que queden explicitados desde posicionamientos científicos e intelectuales. Hay que dotar de razón de ser de cada nivel, para poder proseguir posteriormente con la conceptualización final de mis pensamientos filosóficos.

Nivel 0: inicio vital. Las necesidades fisiológicas

Maslow evidenció que todo ser humano tiende a satisfacer sus necesidades primarias, la escala más baja en su pirámide, antes de buscar las de más alto nivel. Estas primeras necesidades se refieren a la satisfacción mediante la comida, bebida, sueño, refugio, aire fresco, una temperatura adecuada, etc. Consiste en buscar la propia satisfacción de las necesidades físicas inherentes a todo ser humano. Como se ha evidenciado a través de la “historia de la riqueza”, la humanidad ha evolucionado creando riquezas para la mayor satisfacción de los sentidos, perdiéndose con ello en el consumismo desenfrenado al que nos ha conducido este capitalismo libertino. Pero la sociedad también ha logrado llegar a superiores niveles de satisfacción para el ser humano: la felicidad intelectual y la felicidad espiritual. Sin embargo, como hemos dejado claro en el preámbulo metodológico, persiste la antinomia riqueza-pobreza en la actual civilización y, como se ha demostrado con datos objetivos, la riqueza actual del mundo se halla en manos de unos pocos países, corporaciones financieras o personas, evidenciando la divergencia con la extrema pobreza. Esta divergencia creciente entre riqueza y pobreza

ha sido posible gracias a las libertades conquistadas históricamente, libertades utilizadas bajo el auspicio del capitalismo para crear cada vez mayor riqueza, pero a costa de crear asimismo mayor pobreza.

Como ya he argumentado anteriormente, donde hay pobreza no hay libertad. Por tanto en este apartado no hay un posibilismo de conceptualizar la libertad, debido a la ausencia de la misma. Pero sí que existen estudios estadísticos y científicos acerca del concepto de pobreza: el Coeficiente de Gini es una medida de la desigualdad ideada por el estadístico italiano Corrado Gini, para medir la desigualdad en los ingresos así como la distribución desigual. El coeficiente de Gini es un valor numérico entre 0 y 1, donde 0 corresponde con la perfecta igualdad (todos tienen los mismos ingresos) y 1 corresponde con la perfecta desigualdad (una persona tiene todos los ingresos y los demás ninguno). El índice de Gini es el coeficiente de Gini expresado en porcentaje, y es igual al coeficiente de Gini multiplicado por 100. Aunque el coeficiente de Gini se utiliza para medir la desigualdad de los ingresos, también puede utilizarse para medir la desigualdad en la riqueza. Este uso requiere que nadie disponga de una riqueza neta negativa. El coeficiente de Gini se calcula mediante una correspondiente fórmula que, por su complejidad conceptual matemática, obviaremos aquí. Sin embargo, sí podemos detallar el índice de Gini en varios países. Algunos valores del informe de 2007 eran los siguientes:

1	Namibia: 70,7	17	Zambia: 52,6
2	Lesoto: 63,2	18	El Salvador: 52,5
3	Botswana: 63,0	19	Hong Kong: 52,3
4	Sierra Leona: 62,9	20	Guatemala: 50,0
5	Rep. Centroafricana: 61,3	21	Perú: 49,8
6	Bolivia: 60,6	22	Argentina: 48,3
7	Sudafrica: 59,3	23	Costa Rica: 46,5
8	Paraguay: 56,8	24	Uruguay: 45,2
9	Zimbabwe: 56,8	25	Estados Unidos: 45,0
10	Brasil: 56,7	26	Venezuela: 42,0
11	Panamá: 56,4	27	Portugal: 38,5
12	Nicaragua: 55,1	28	Italia: 36,0
13	Honduras: 55,0	29	España: 32,5
14	México: 54,6	30	Suecia: 25,0
15	Colombia: 53,8	31	Dinamarca: 23,2
16	Chile: 53,8		

Sobre un total de 122 países, el promedio ponderado es de 40,5. La mejor distribución, Dinamarca. La peor, Namibia.

A través de este estudio científico se puede concluir que hay una evidente desigualdad de la riqueza entre los diferentes países pero que, correlativamente, está directamente relacionada con la libertad. Los países más ricos tiene las cuotas más altas de libertad para sus ciudadanos, ocurriendo lo contrario en los países con extrema pobreza: la inexistencia de libertad como “capacidades” que hemos descubierto anteriormente a través del premio Nobel Amartya Sen.

Primer nivel existencial y de conciencia: LSP + LIP + LEP

Este primer nivel existencial está compuesto por la “libertad sensible personal” (LSP), la “libertad intelectual personal” (LIP) y la “libertad espiritual personal” (LEP). Estos tres estados de libertades personales a lo que opta todo sujeto cognoscente han sido explicados conceptualmente en el anterior capítulo. Son las propias libertades básicas existentes en un estado de derecho, a través de las cuales se pretende lograr satisfacer las necesidades de seguridad en los términos de Maslow: la seguridad se convierte en el consiguiente objetivo principal, una vez satisfechas las necesidades fisiológicas. La sociedad tiende a proporcionar esa seguridad a sus miembros: la seguridad física, la seguridad de salud, la seguridad de empleo, de ingresos y recursos, la seguridad moral, familiar y de propiedad privada.

Es evidente que los logros de esas necesidades son “ideales” de felicidad personal que persigue todo sujeto cognoscente mediante sus tres libertades (sensible, intelectual y espiritual) en relación con su sociedad. En este nivel de libertad personal, el sujeto cognoscente pone todo su esfuerzo intelectual en intentar cubrir las citadas necesidades en beneficio de sí mismo y de sus seres queridos. Se produce esa dialéctica sensible personal sustentada en el valor dinerario, por la propia intelección “ideada” de cada sujeto cognoscente. En este primer nivel existencial de libertades, la masa poblacional de un país, a través del neoliberalismo permitido por el capitalismo, busca alcanzar sus propias cuotas de riquezas para cubrir

las satisfacciones citadas anteriormente. Pero, como el medio por excelencia para alcanzar dicho objetivo es el dinero, símbolo del capitalismo de esta civilización occidental, la riqueza se convierte en el primer objetivo ontológico del ser humano. El ser humano, ahora, busca su libertad financiera, como se ha visto anteriormente, con el fin de disponer de su tiempo y de su vida, es decir, no ser un “esclavo capitalista”. Hay conciencia de que la libertad financiera es un medio para realizarse en el plano ontológico superior: el de la libertad. La libertad genuina consiste en ser dueño de su propio tiempo para intentar satisfacer necesidades intelectuales y espirituales superiores, como se ha demostrado a través de este trabajo. El ser humano, una vez cubiertas las necesidades sociales vistas aquí, busca su propia felicidad al intentar dar el salto desde la riqueza a la libertad. Realiza un recorrido a través de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad que hemos visto en el preámbulo metodológico. En esta sociedad capitalista, esa libertad está condicionada financieramente. Por eso mismo, la libertad financiera es un objetivo que se persigue, consciente o inconscientemente, por todos nosotros como un medio para alcanzar el dominio espacio-temporal sobre nuestra vida. Ahora bien, lograr esa libertad financiera es, hoy en día cada vez más difícil, pues como se ha explicado anteriormente, existe un choque conceptual entre la riqueza y libertad en nuestra civilización. Los recursos naturales están sobreexplotados, de modo que, la “ascensión” de la riqueza en la humanidad ha tocado techo, pues no hay posibilidad de que todos los seres libres puedan acceder al máximo de riqueza.

Relacionando este primer nivel existencial de libertades con la “Pirámide de Maslow”, el sujeto cognoscente satisface sus necesidades de seguridad, a la vez que satisface también sus necesidades de afecto y de amor. De hecho, la motivación existencial de desear cubrir esas necesidades de seguridad es el propio amor hacia los seres queridos. La libertad espiritual personal (LEP) ejerce aquí la fuerza subyacente para atender esas necesidades, a través de la libertad sensible e intelectual amparada por el estado de derecho. En dicho proceso, cada persona busca establecer su propia felicidad pero, como se ha visto anteriormente, se interponen dos fuerzas, la de adaptación y comparación social, que producen desviaciones de la felicidad debido al cálculo erróneo del sujeto cognoscente, el

cual desvía los bienes básicos a los de adaptación. Esas desviaciones por “cálculo erróneo” producen las enfermedades sociales como sentido de desorientación de la propia humanidad: el consumismo desenfrenado, la anorexia, la bulimia, las adicciones a las drogas y al juego, la corrupción, la avaricia y, sobre todo, los pecados del capitalismo ya enumerados anteriormente como causa de la actual crisis financiera mundial. Este sentido de desorientación en la humanidad tiene repercusión como potencial peligro para el propio sujeto cognoscente, si no logra establecer el correcto equilibrio de todo ello en su propia conciencia cognitiva. La Paradoja de Easterlin ya nos demostró que la felicidad no solo depende del dinero sino de otros factores como la estructura genética, las relaciones familiares, la comunidad, los amigos, el trabajo, los valores personales y, sobre todo, la libertad. Si una ventaja tiene la libertad financiera es que, con ella, se puede tener acceso a los mejores bienes materiales, pero dicho objetivo no debe convertirse en una obsesión a costa del desequilibrio emocional de la persona. No hay que desviarse de las otras riquezas propias del sujeto cognoscente: la intelectual (conocimiento) y la espiritual (amor). En este primer nivel existencial de libertades, las tres riquezas —dinero, conocimiento y amor—, se interrelacionan mediante tres libertades personales (LSP+LIP+LEP) para intentar lograr la felicidad mediante el fetiche del dinero: es la búsqueda de la felicidad mediante la satisfacción de las necesidades biológicas así como de bienestar físico y social. Un proceso de dialéctica de la felicidad material que arrancó con el nivel 0, y que continúa ahora con la libertad personal: lograr la libertad financiera para dar el paso hacia el segundo nivel de libertad: la libertad sensible transpersonal (LST).

La consecución de la felicidad personal o autorrealización en los términos piramidales de Maslow es posible en este primer nivel existencial: solamente es necesario el correcto equilibrio entre las tres libertades, sin caer en las desviaciones sociales de “enfermedad” que hemos citado antes. La felicidad personal es por tanto posible como autorrealización del propio sujeto cognoscente, si se atiende a los conocimientos implícitos que hemos explicado aquí. No obstante, como el límite de este primer nivel existencial de libertades está en lograr la libertad financiera, algunas personas pasan al segundo nivel: la libertad sensible transpersonal (LST).

Segundo nivel existencial y de conciencia:

LST + LIP + LEP

Conseguir la libertad financiera es conseguir esa “libertad sensible transpersonal” (LST) que, mediante el dinero, nos permite ser dueño de nuestro tiempo y de nuestra vida. Es un estadio de libertad a partir del cual el sujeto cognoscente puede buscar una superior autorrealización a través de la dialéctica de la felicidad intelectual y la dialéctica de la felicidad espiritual que en capítulos posteriores analizaremos. Pero de momento, al alcanzar la libertad financiera, puede concluirse que el sujeto cognoscente ya tiene plena conciencia de su independencia respecto a la sensibilidad. Ahora tiene poder de decisión con plena libertad sobre las acciones y movimientos en el mundo sensible. Puede orientar libremente su vida y, por ende, desprenderse del determinismo económico que tiene esclavizado a todos los que están en el anterior primer nivel de libertad sensible personal (LSP). Con ello queda completada su “dialéctica de la felicidad material”, pues tiene satisfechas sus necesidades fisiológicas del nivel 0, sus necesidades de seguridad y protección, así como las necesidades de afiliación y el afecto, llegando a la autoestima y la consecución de su independencia y libertad. Aquí también, la autorrealización o felicidad personal del sujeto cognoscente es posible si logra el correcto equilibrio emocional, es decir, no tomar las desviaciones sociales “enfermas” causadas por el capitalismo. En este estado de LST se puede satisfacer necesidades más elevadas que en la LSP, ya que esta está condicionada por la dependencia a la “esclavitud capitalista”.

Haber evolucionado cognitivamente a través de la “dialéctica de la felicidad material” hasta lograr la libertad financiera, equivale a un recorrido ontológico a través de la riqueza para alcanzar la libertad respecto al mundo sensible. El “Pensar en ser rico” se ha concretado en el plano material o de riqueza dineraria pero, no hay que olvidar que, el sujeto cognoscente, tiene necesidades superiores de satisfacción, a saber, intelectuales y espirituales. Por tanto, queda recorrido para que la conciencia del sujeto cognoscente evolucione hacia niveles superiores de autorrealización.

Hay que dejar muy claro que los ocho niveles existenciales y de

conciencia a través de las tres dialécticas —a saber, dialéctica de la felicidad material, dialéctica de la felicidad intelectual y dialéctica de la felicidad espiritual— no presuponen la obligatoriedad de pasar escaladamente del primero al octavo nivel. Es obvio que, de momento, solamente estoy realizando una descripción conceptual de cada uno de esos ocho niveles. Lo que sí defiendo es que, la conciencia de todo sujeto cognoscente, como posibilidad, puede evolucionar a través de cada uno de los ocho niveles, siempre en dicho orden progresivo, persiguiendo el camino de autorrealización correspondiente a cada nivel, un proceso ascendente que puede durar toda una vida, o no. Las personas que no tienen conocimiento del presente ensayo no tienen conciencia cognitiva de su propio nivel, sino que simplemente realizan su discurrir por la vida en función de sus propias decisiones tomadas desde la libertad. Este trabajo, lo que evidencia, es que la libertad tiene una evolución ontológica que se refleja en los ocho niveles existenciales y de conciencia, propiamente nueve niveles con el conceptuado como “cero”. Sin embargo, recordemos que las personas subsumidas en la pobreza no tienen libertad como se ha demostrado anteriormente, por tanto no tienen cabida, lamentablemente, en la epistemología acerca de la libertad, tesis final de este ensayo.

Los condicionantes biológicos, familiares y sociales del propio sujeto cognoscente son determinantes en la orientación hacia la búsqueda de la felicidad personal o la felicidad transpersonal, como hemos analizado en el “Pensar en ser rico”. El estudio del psicologismo en el sujeto cognoscente con la finalidad de evaluar su nivel existencial y de conciencia, se abordará oportunamente más adelante. El lector atento habrá observado que cada nivel queda conceptuado como nivel “existencial y de conciencia”. Es decir, en cada nivel existencial (definido mediante sus correspondientes libertades sensible, intelectual y espiritual), la conciencia del sujeto cognoscente se halla sensiblemente “encarcelada” en términos platónicos. Lograr la felicidad personal en base al correcto equilibrio entre las libertades sensible, intelectual y espiritual, se convierte en un imperativo ontológico para cada sujeto cognoscente. Ahora bien, cuando las motivaciones intelectuales y espirituales de la persona toman conciencia de un superior estadio de autorrealización, la “dialéctica de la felicidad material” queda suplantada

por otro objetivo más inminente: conseguir la “dialéctica de la felicidad intelectual” y la “dialéctica de la felicidad espiritual”, dos estadios ontológicos jerárquicamente superiores. La motivación o tensión hacia estos objetivos superiores puede crear un desequilibrio emocional que afecte a la felicidad personal ya que se puede estar existencialmente en un determinado nivel y, sin embargo, podemos tener conciencia de querer alcanzar otro nivel existencial. Por tanto, la autorrealización de un determinado nivel existencial quedará subsumida en una superior autorrealización que el sujeto cognoscente va desarrollando a través del estado evolutivo de su propia conciencia. Más adelante, nos adentraremos en estos conceptos de equilibrios y desequilibrios que conforman la pretendida felicidad personal y felicidad transpersonal. De momento, conviene saber que el análisis combinatorio de los seis tipos de libertad es lo que evidencia los ocho niveles existenciales y de conciencia. Estos ocho niveles existenciales y de conciencia no son más que el propio desarrollo de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad que persigue todo sujeto cognoscente, ahora identificados en tres secuencias ontológicas: la dialéctica de la felicidad material (sensibilidad), la dialéctica de la felicidad intelectual (razón) y la dialéctica de la felicidad espiritual (amor). Y todo ello, con una finalidad ontológicamente superior: la felicidad personal y la felicidad transpersonal.



CAPÍTULO IV:

**Dialéctica de la felicidad
intelectual**



Una vez satisfechas las necesidades fisiológicas así como las necesidades de seguridad y adaptación a través de la dialéctica de la felicidad material visto en el anterior capítulo, al sujeto cognoscente se le abre la opción de satisfacer inquietudes intelectuales superiores a través de la “dialéctica de la felicidad intelectual”. La libertad intelectual personal (LIP) en la citada dialéctica de la felicidad material estaba al servicio de lograr la satisfacción material (fisiológica, de bienestar y de seguridad), así como la satisfacción intelectual (actitud activa hacia el conocimiento), bajo la inherente motivación del afecto y el amor que actúa a través de la libertad espiritual personal (LEP). Los niveles existenciales y de conciencia denominados cero, primero y segundo, vistos en el capítulo anterior de la “dialéctica de la felicidad material”, corresponden al primer nivel social representado en la mayoría de la población, es decir, el sustrato productivo de la sociedad. De dicha cárcel, solamente pueden salir aquellos que lograran su libertad financiera, es decir, su libertad sensible transpersonal (LST).

El segundo nivel social corresponde a la clase intelectual que, propiamente dicho, tiene acceso a la “libertad intelectual transpersonal” (LIT). A este tipo de libertad solamente tienen acceso aquellas personas que por su posición o formación social, pueden opinar en la tribuna pública para expresar su posición intelectual: los políticos, los periodistas, la curia eclesiástica, los líderes sindicales, los intelectuales o científicos, los banqueros, en definitiva, cualquier sujeto cognoscente que, desde su posición institucional, poder social, económico o religioso, puedan expresar o defender sus ideas. Ahora, en la “dialéctica de la felicidad intelectual”, lo verdaderamente importante ya no es la satisfacción de necesidades básicas en el sentido que apuntaba Maslow, sino el desarrollo intelectual del sujeto cognoscente según sus ideas políticas, científicas, sociales o culturales. Es gracias a dichas ideas que se reivindican nuevos derechos en el debate social. La LSP y la LST pueden ser una u otra opción que pueden darse en el propio sujeto intelectual

pero, en la dialéctica de la felicidad intelectual, el dinero ya no es un elemento prioritario. La mayoría de intelectuales con prestigio reconocido tienen, generalmente, resueltas sus necesidades pecuniarias para satisfacer sus necesidades básicas. Sin embargo, es importante hacer hincapié que, algunas personas con libertad financiera, procedente del primer social, están en una posición más beneficiosa para reivindicar sus ideas intelectuales. Los ricos y famosos tienen, en la mayoría de los casos, más repercusión en los medios sociales. En muchos casos buscan ese reconocimiento de autoestima que propugnaba Maslow, a través del reconocimiento social. Ello deviene muchas veces en una intelectualidad amarillista en los medios de comunicación, pero sustentado mayoritariamente por la ignorancia de los integrantes del primer nivel social que proyectan sus deseos o envidias en dichos personajes de la prensa rosa y del papel couché. Estos personajes, a los efectos de este ensayo, no tienen a mí entender el más mínimo interés, pues pocos son los que puedan contribuir realmente con alguna aportación verdaderamente intelectual en beneficio de la sociedad.

Por tanto, en la “dialéctica de la felicidad intelectual”, tienen genuinamente cabida el grupo social antes definido con verdadero poder intelectual sobre la sociedad. Todo sujeto cognoscente situado en esta “dialéctica de la felicidad intelectual” tiene también la posibilidad de autorrealización, pues la defensa de las ideas intelectuales producen asimismo una felicidad personal, siempre y cuando se logre el correspondiente equilibrio entre las tres libertades sensible, intelectual y espiritual. En este segundo nivel social, correspondiente a la clase intelectual, hay dos niveles existenciales y de conciencia, a saber:

Tercer nivel existencial y de conciencia:
LSP + **LIT** + LEP

Cuarto nivel existencial y de conciencia:
LST + **LIT** + LEP

El único diferencial entre este tercer y cuarto nivel existencial y de conciencia es básicamente la capacidad de la propia libertad finan-

ciera. El dinero sigue siendo un fetiche que puede abrir muchas puertas. Obviamente, el poder económico unido al poder intelectual es, entonces, un potente binomio de poder. No estamos aquí prejuizando la moralidad de las ideas intelectuales, sino exclusivamente detallando cómo se combinan las libertades a las que puede optar todo sujeto cognoscente. Llegar al tercer nivel existencial y de conciencia mediante la LIT es, en muchos casos, factible por el reconocimiento que la sociedad otorga a intelectuales, científicos, artistas, políticos, economistas, etc. Estos reconocimientos sociales tienen sus correlativas distinciones como los Premios Nobel o los Premios Príncipe de Asturias, por citar algún ejemplo.

Ahora bien, cuando dicho reconocimiento social a la intelectualidad se une al poderío económico, constituye el cuarto nivel existencial y de conciencia. De facto, las personas que están en este cuarto nivel existencial y de conciencia, mueven muchos de los hilos de la riqueza y la libertad del mundo: son poderosos intereses económicos y políticos que solo buscan la felicidad personal de un modo egoísta. Por ello mismo acaba en este cuarto nivel mi conceptualización de la dialéctica de la felicidad personal: el límite de todo sujeto cognoscente es buscar la felicidad personal o autorrealización, primero, a través de la dialéctica de la felicidad material y, segundo, a través de la dialéctica de la felicidad intelectual. La pregunta pertinente en este punto es ¿dónde se sitúa la moralidad entre tantos niveles? La moralidad, como se ha visto a través de “Pensar en ser rico” está identificada en la libertad espiritual personal (LEP) y la libertad espiritual transpersonal (LET). La libertad espiritual personal (LEP) busca prioritariamente satisfacer las satisfacciones de afecto y de amor de un modo egocéntrico en el sujeto cognoscente en relación con la humanidad, es decir, busca la satisfacción de su propia libertad y felicidad personal, a través de los cuatro primeros niveles existenciales y de conciencia visto hasta aquí. Pero cuando un sujeto cognoscente transfiere su amor a la humanidad, en acto y pensamiento, para defender la libertad y la felicidad de la humanidad, independientemente del campo ejercido, pasa a defender la “libertad espiritual transpersonal (LET) que corresponde a los niveles existenciales cinco, seis, siete y ocho. Dicho de otro modo, la conciencia del sujeto cognoscente ha podido evolucionar a través de la satisfacción de sus necesidades fisio-

lógicas y de seguridad, a través del afecto y del amor y de la propia intelectualidad, con el objetivo de lograr la pretendida felicidad personal, es decir, lograr sucesivos estados de autorrealización a través de la dialéctica de la felicidad material y la dialéctica de la felicidad intelectual. Es un proceso “ascendente” de la conciencia personal hacia la dialéctica de la felicidad personal, en el cuidado de su lado sensible, intelectual y espiritual en relación con la humanidad, coexistiendo asimismo la conciencia “descendente” en tanto que transmisora de conocimientos y conciencia solidaria en relación con la citada humanidad. Pero, cuando se produce un “vuelco” en la conciencia, pasando de personal a transpersonal de modo que el objetivo vital del sujeto cognoscente se entrega en actos y pensamientos al mejoramiento de la humanidad, ya no se busca solamente la felicidad personal sino que esta halla su propia autorrealización en la dialéctica de la felicidad transpersonal: la libertad y la felicidad de la humanidad.

CAPÍTULO V:

Dialéctica de la felicidad espiritual



En consecuencia, cuando un sujeto cognoscente busca su propia autorrealización de la felicidad personal, supeditándola a la felicidad de la humanidad, obtiene un estado superior de autorrealización o felicidad transpersonal. La entrega incondicional a la felicidad espiritual de la humanidad es una dialéctica que conlleva cuatro niveles existenciales y de conciencia:

Quinto nivel existencial y de conciencia: LSP + LIP + **LET**

Sexto nivel existencial y de conciencia: LST + LIP + **LET**

Séptimo nivel existencial y de conciencia: LSP + LIT + **LET**

Octavo nivel existencial y de conciencia: LST + LIT + **LET**

Siguiendo correlativamente la combinatoria ascendente de los seis tipos de libertades, a los niveles quinto y sexto le corresponden la libertad intelectual personal (LIP), así como a los niveles séptimo y octavo le corresponden la libertad intelectual transpersonal (LIT). Del mismo modo, al nivel quinto le corresponde la libertad sensible personal (LSP) y al nivel seis la libertad sensible transpersonal (LST). Por último, al nivel siete le corresponde la libertad sensible personal (LSP) y al nivel ocho la libertad sensible transpersonal (LST).

Se ha establecido en la segunda parte de este libro que, la ascensión de la conciencia se realiza de un modo ontológico, siguiendo correlativamente la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Es obvio que, desde el punto de vista de dicha cosmovisión, el orden jerárquico comienza en la dialéctica de la felicidad material, luego la dialéctica de la felicidad intelectual y, por fin último, la dialéctica de la felicidad espiritual. Del mismo modo ontológico, el sujeto cognoscente debe ascender con una

jerarquía de libertades en el mismo orden ascendente. De ahí los ocho niveles existenciales y de conciencia al combinar los seis tipos de libertades, subdividas de dos en dos. Concluyendo, la conciencia del sujeto cognoscente tiene la posibilidad de evolucionar a través de los ocho niveles existenciales desarrollados, mediante la interacción de las tres libertades —sensible, intelectual y espiritual— correspondiente a cada nivel.

Cuestión diferente es la evaluación del grado de felicidad personal y felicidad transpersonal alcanzada por cada sujeto cognoscente o, en términos de Maslow, la correspondiente autorrealización. Para Maslow, la autorrealización se sitúa en la cúspide piramidal de cinco niveles, coincidiendo con el desarrollo de la potencial actividad de la persona, es decir, “llegar a ser todo lo que pueda ser”. Sin embargo, a través de los seis tipos de libertades a las cuales puede optar todo sujeto cognoscente, la autorrealización en nuestro ensayo, puede alcanzar ocho niveles en sentido ascendente, ateniéndonos a las secuencias existenciales y de conciencia experimentables en términos de libertades. Cuando existe un correcto equilibrio emocional entre las tres libertades de cada nivel, se puede declarar la felicidad o autorrealización del sujeto cognoscente en el nivel correspondiente. Sin embargo la autorrealización, en nuestro trabajo, evoluciona desde el nivel cero sin libertad, para potencialmente llegar hasta el octavo nivel. Para detectar en qué nivel existencial y de conciencia se halla cada sujeto cognoscente, debe ser objeto de un trabajo de campo propio de la psicología para situarlo frente a las categorías que ya hemos desarrollado en el “mapa cognitivo” de la segunda parte. Ese trabajo de psicología, encaminado a determinar la felicidad alcanzada por cada sujeto cognoscente en relación a los ocho niveles existenciales y de conciencia, será el objeto específico de otro libro a desarrollar en el futuro: “Pensar en ser feliz, de la psicología tradicional a la psicología transpersonal”.

De momento se puede conceptualizar que la felicidad o autorrealización lograda por el sujeto cognoscente es efectiva cuando, en un mismo nivel existencial, se tiene la clara conciencia de felicidad alcanzada en dicho nivel. Es decir, la persona es consciente de su felicidad en el mismo nivel existencial que se encuentra. Sin embargo, cuando la conciencia, en tanto que atemporal, plantea deseos o motivaciones hacia niveles superiores, sin que le corres-

ponda el nivel existencial efectivamente, se produce entonces distorsiones de la felicidad. Cuando la “idealidad” de felicidad se halla en un nivel que no corresponde con el existencial, se produce una tensión de la persona en busca de dicha autorrealización: hacer coincidir su “idealidad” de felicidad con su correspondiente nivel existencial. Esta “idealidad” de felicidad se produce, primeramente, en los deseos de satisfacción de las necesidades fisiológicas orientadas hacia la dialéctica de la felicidad material. La segunda “idealidad” de felicidad se produce también a nivel intelectual, para intentar el recorrido de la dialéctica de la felicidad intelectual. Por último, la “idealidad” de felicidad espiritual encuentra su realización en la dialéctica de la felicidad espiritual. Es así que, cada sujeto cognoscente, en virtud del nivel existencial y de conciencia adquirido, interactúa mediante sus tres libertades -sensible, intelectual y espiritual-, con las correlativas dialécticas de la humanidad: la evolución social, la evolución del pensamiento y la evolución moral de la humanidad. El caminar existencial por la vida a través de la conciencia de cada sujeto cognoscente, evidenciará si logra alcanzar la pretendida felicidad personal y felicidad transpersonal. Pero ello debe ser corroborado por un trabajo de campo del ámbito psicológico, lo cual será desarrollado en un próximo trabajo: “Pensar en ser feliz”.

Establecer el grado de felicidad de una persona en base a los seis tipos de libertades en correlación con los ocho niveles existenciales y de conciencia conceptualmente desarrollados en esta tercera parte del ensayo, requiere una justificación y argumentación científica que en su momento se abordará. De momento, tenemos conceptualizados los seis tipos de libertades a los que puede optar cada persona, en correlación con los ocho niveles existenciales y de conciencia. En dicho recorrido a través de la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, el conocimiento de dichas libertades y niveles, es un imperativo racional y moral para alcanzar los sucesivos estados de autorrealización en la dialéctica de la felicidad personal y la posterior dialéctica de la felicidad transpersonal. Esta “ascensión” en la autorrealización a través de ocho niveles existenciales y de conciencia es un proceso que, todo sujeto cognoscente de cualquier época o lugar geográfico, ha perseguido en función de las libres decisiones tomadas a partir de su propias riquezas sensi-

bles, intelectuales y espirituales. Dicho de otro modo, la conciencia de cada persona viene condicionada por sus propias libertades en el ámbito físico, en el ámbito intelectual y en el ámbito espiritual. La interacción de dichas libertades en forma de pensamiento es lo que determina las acciones “libremente” elegidas. La libertad ejercida por la humanidad ha seguido un cierto caminar anárquico pues, aunque es un derecho universalmente reconocido, no hay un consenso cognitivo y filosófico acerca de ella. Ahora, mediante la conceptualización de los seis tipos de libertades que operan en todo sujeto cognoscente, es posible el establecimiento de una pedagogía de la psicología evolutiva de la libertad. Este ensayo pretende leer y evidenciar las categorías ontológicas que operan en el propio sujeto cognoscente. El conocimiento humano prosigue su pertinente camino ascendente gracias a profundos pensadores que intentan racionalizar la relación del sujeto cognoscente con el objeto. Kant tardó diez años de su vida en la conceptualización de su *Crítica de la Razón Pura* para lograr dar cuenta de la relación y conexión entre nuestras facultades intelectuales y sensibles. Este ensayo acerca de la epistemología de la libertad pretende seguir el mismo camino cognitivo, es decir, la intelección de las diferentes libertades que operan en todo sujeto cognoscente en relación con la existencia. Una correcta epistemología de la libertad que pueda ser educada y transmitida generacionalmente, permitirá una mejor orientación para la autorrealización, no solamente de las personas, sino eminentemente para lograr la paz y felicidad en la humanidad.

Con ello, podemos concluir de acuerdo con Aristóteles que “el todo es más que la suma de sus partes”. Este principio general del holismo, resumido concisamente de su *Metafísica*, es aplicable al modo como evoluciona la conciencia personal en su caminar ascendente, a través de la “dialéctica de la felicidad material”, luego la “dialéctica de la felicidad intelectual” y, por fin, “la dialéctica de la felicidad espiritual”. Las dos primeras, integradas en la “dialéctica de la felicidad personal” y subsumida esta a la “dialéctica de la felicidad transpersonal”. Esta tesis holística tendrá que ser refrendada a través de las propiedades del método científico que corresponde desarrollar en la tercera parte de la trilogía: “Pensar en ser feliz, de la psicología tradicional a la psicología transpersonal”.

4ª parte

De la filosofía tradicional a la filosofía transpersonal

CAPÍTULO I:

La filosofía tradicional: crisis del capitalismo

CAPÍTULO II:

La filosofía transpersonal: el segundo renacimiento humanístico

CAPÍTULO III:

La perspectiva holística



CAPÍTULO I:

La filosofía tradicional: crisis del capitalismo



En el preámbulo metodológico, he planteado la dicotomía entre “Pensar en ser rico” o “Pensar en ser libre”. La “historia de la riqueza” a través de la historia del pensamiento económico ha desembocado, en nuestra época, en un salvaje neoliberalismo como defensor a ultranza de un libre mercado capitalista como mejor garante del equilibrio institucional y el crecimiento de un país. Este sistema capitalista ha persistido en el tiempo como proposición de un “idealismo” de vida para lograr la felicidad en base a la creciente satisfacción de riquezas. Sin embargo, al conceptualizar la riqueza, hemos demostrado que la verdadera riqueza estriba en ser dueño de su tiempo, es decir, ser dueño de la propia libertad. El binomio riqueza-libertad es un fundamento ontológico que se ha perpetuado a través de la historia de la humanidad, evidenciando las antinomias a la que todo sujeto cognoscente debe enfrentarse existencialmente: la antinomia riqueza-pobreza y la antinomia libertad-esclavitud. Esta vorágine ascendente de la riqueza y de la libertad colectiva ha sido posible gracias a las transformaciones políticas que ampliaron las libertades de los individuos. Pero la paradoja que se está dando en nuestra época contemporánea es que el binomio riqueza-libertad está en conflicto, pues los pecados del capitalismo han permitido la creación de unos poderes fácticos económicos en manos de unos pocos individuos, en detrimento de la pobreza y la libertad de la gran mayoría de la población mundial. Es por ello que voces autorizadas como Amartya Sen, José Saramago, John Kenneth Galbraith y Joseph Stiglitz se han rebelado contra la excesiva riqueza creada en base al engaño y la falsedad endémica a través de un entramado de corporaciones financieras y económicas, provocando con ello una creciente divergencia con la pobreza mundial.

La crisis de la sociedad del bienestar es una crisis de carácter ontológico, pues no hay suficientes recursos naturales para generar tanta riqueza que pueda satisfacer al derecho de libertad de toda

persona en perseguir las riquezas materiales. Existe una creciente conciencia de la libertad que apunta hacia un cambio de paradigma en la naturaleza humana: el objeto del pensamiento no debe solamente ser dirigido hacia las riquezas materiales sino hacia la auténtica riqueza ontológica de todo ser cognoscente, a saber, la libertad. Es la propia libertad de todo individuo en buscar su felicidad desde la primaria necesidad de satisfacer sus necesidades básicas y sociales. Esta actividad vital tendente a satisfacer la “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, solo puede ser resuelta mediante la propia capacidad cognoscente de cada individuo. Es a partir de los propios conocimientos inherentes a cada cual como deberá “ascender” para lograr sus propias riquezas, sus propias libertades y consecuente felicidad. Alvin Toffler, a través de su *Tercera Ola*, reivindica una nueva etapa del desarrollo humano, económico y social basada en el conocimiento. El conocimiento se convierte en la esperanza de hallar alguna posible solución tanto a nivel individual y colectivo, para salvar la crisis actual contemporánea, sustentada en una ausencia de referentes morales dentro del binomio riqueza-libertad. Por ello mismo se ha concluido en el preámbulo metodológico con el concepto de “eslabón” perdido del conocimiento, con la finalidad cognitiva de reinterpretar “la ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad. Dicho eslabón había que redescubrirlo en el propio sujeto cognoscente a través de un “ascenso” racional, por un lado, a través del “Pensar en ser rico” para descubrir sus auténticas riquezas (el conocimiento y el amor) y, por otro lado, a través del “Pensar en ser libre” para descubrir una “psicología evolutiva de la libertad” con finalidad pedagógica. Tal es el objetivo perseguido por este ensayo: la verdadera conciencia de nuestras propias riquezas, el conocimiento y el amor, jerárquicamente superiores a la idealidad de felicidad con base en un materialismo desenfrenado que nos hacer perder el sentido de la realidad. Seguidamente hay que “Pensar en ser libre” para conocer cómo operan en nuestro subjetivismo los tres elementos diferenciadores de las seis libertades: el dinero, el conocimiento y el amor.

Consecuentemente, la civilización actual, frente a la crisis conceptual y existencial del binomio riqueza-libertad, debe reorientar el pensamiento colectivo para subsanar los errores propios del capitalismo libertino que nos ha llevado a una crisis mundial sin prece-

dentos, pues afecta a la propia felicidad de la humanidad. En este sentido, Julio Silva-Colmenares nos propone que la felicidad es una categoría científica en “construcción”. Nos propone un “modo de desarrollo” para satisfacer las necesidades espirituales, sociales y materiales de los miembros de una sociedad. La libertad y la felicidad no deben ser fines en sí mismos, sino caminos para avanzar en la “humanización de la sociedad”. Una sociedad “centrada” en el ser humano. Según él, el ascenso en la humanización debe ser concretado en la construcción de una sociedad con crecimiento compartido y competencia regulada para el desarrollo humano con libertad y felicidad. Ello requiere una acción mancomunada del mercado y el Estado, junto a una tercera mano: la solidaridad social. Pero esta solidaridad social debe ser educada en las conciencias particulares y, hasta la presente, no existe un consenso cognitivo colectivo en cómo debe ser pedagógicamente impartida la libertad, de forma que logre un correcto equilibrio frente a las necesidades de riquezas inherentes al ser humano. Por eso mismo adquiere razón de ser la formulación epistemológica de una “psicología evolutiva de la libertad” a través de los nuevos niveles existenciales y de conciencia a los que puede optar todo sujeto cognoscente.

El pensamiento acerca de la riqueza y de la libertad como reflexión filosófica inicial del preámbulo metodológico ha sido conceptualizado finalmente en tres dialécticas. En primer lugar, la dialéctica de la felicidad material, presente en todo ser humano de un modo ontológico, con la finalidad de lograr la satisfacción de sus necesidades fisiológicas, básicas y sociales a través del fetiche del dinero. En segundo lugar, la dialéctica de la felicidad intelectual, tendente a satisfacer las inquietudes del pensamiento a través de la razón. Y, en tercer lugar, la dialéctica de la felicidad espiritual, cuyo objetivo es lograr satisfacer las necesidades superiores de humanización del Ser. A partir de dicho mapa cognitivo, todo sujeto cognoscente puede conocer cuál es su nivel existencial y de conciencia en relación con las “seis libertades”. A partir de dicho conocimiento, el sujeto tiene una cosmovisión con un fundamento cognitivo para ubicarse racionalmente en los nueve niveles existenciales y de conciencia. Desde dicha comprensión, cada sujeto cognoscente tiene entonces conocimiento de un mapa para la correcta orientación que debe seguir toda conciencia, sea individual o colectiva.

Respecto a la conciencia individual, ya hemos argumentado cómo debe “ascender” hasta intentar lograr la sabiduría como suprema referencia para tomar sus decisiones en libertad con conocimiento de causa. La felicidad de toda persona debe fundamentarse en el correcto equilibrio de sus tres libertades —la sensible, la intelectual y la espiritual—, a través de los ocho niveles existenciales y de conciencia. Sin embargo en el ascenso a través de dichos niveles existenciales, la conciencia experimenta una transformación “ascendente”, tendente a supeditar la felicidad personal a la felicidad transpersonal. En la dialéctica de la felicidad personal subyace la ontológica necesidad de satisfacer la dialéctica de la felicidad material (dinero) y la dialéctica de la felicidad intelectual (conocimiento), pero orientados de un modo egocéntrico en la propia individualidad. Por ello mismo, la libertad económica, se ha convertido en un libertinaje financiero donde ha predominado la avaricia y la especulación junto a una ausencia de moralidad, como paradigma de la presente crisis actual. El sujeto cognoscente, que ahora es conocedor de las tesis hasta aquí planteadas, puede tener un mapa cognitivo para la correcta orientación de su conciencia hacia valores de libertad y felicidad con finalidad en la propia humanidad. Es así como puede dar el salto desde la conciencia personal que solo persigue la felicidad personal, a la conciencia transpersonal tendente a la dialéctica de la felicidad transpersonal: la libertad y la felicidad de la propia humanidad.

Pero en cuanto a la conciencia colectiva se refiere, está desde un punto de vista historicista llegando al final del recorrido de la riqueza con total libertad. La conciencia de libertad, consensuada en crecientes derechos humanitarios, desmonta los propios pilares del capitalismo. El capitalismo ha sido el paradigma final de la propia “historia del pensamiento económico”. El capitalismo, como ideal de felicidad con base en la riqueza dineraria, ya no tiene recorrido si no es con la interposición de una profunda reflexión en relación con la libertad de todos los individuos de este mundo globalizado. El espectacular avance que ha supuesto la globalización del conocimiento a través de las modernas tecnologías de la comunicación como internet, por ejemplo, ha dado paso a una era que ya anunciaba Toffler: la del conocimiento. Estamos actualmente asistiendo a una convulsión mundial en la noosfera,

gracias a las revelaciones que ha realizado Julian Assange a través de WikiLeaks: está dejando al descubierto las vergüenzas y el despotismo del imperialismo capitalista de los Estados Unidos de América. El conocimiento no debe usarse como arma despótica sino que debe emanar del pueblo y para el uso público del pueblo. Es a partir de dicho conocimiento como debe la actual humanidad dejar atrás la filosofía tradicional, cuya consecuencia ha sido la presente crisis mundial con carencia de referentes morales, para pasar a la filosofía transpersonal: la libertad y la felicidad de la humanidad. La “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad, sustentada en la libertad de todo sujeto cognoscente para lograr su felicidad a través de la riqueza, requiere una reformulación ontológica. Esta reformulación debe iniciarse con la “psicología evolutiva de la libertad” pretendida en este ensayo. Ahora bien, como idea y formulación científica incipiente, pienso que la sociedad tardará alguna que otra generación para convertir en praxis los postulados filosóficos defendidos en este trabajo. No obstante, es mi deber como filósofo activo proseguir con las conclusiones finales de mis pensamientos, independientemente de su desconocimiento por la clase intelectual actual.

La presente crisis del capitalismo está inmersa en el intento de resolución de las antinomias riqueza-pobreza y libertad-esclavitud, pues persisten sus males intrínsecos: consumismo desenfrenado, dominio de poderes fácticos económicos, guerras con fines económicos, sobreexplotación de los recursos naturales, desorientación del sentido de humanidad, pobreza extrema y falta de espiritualidad consensuada que desemboca en fanatismos radicales con tintes terroristas. Un panorama desolador para los objetivos de humanización aludidos anteriormente. La “ontología existencial ilusoria” riqueza-libertad-felicidad perseguida por la civilización actual solamente puede ser superada mediante el restablecimiento del “eslabón” perdido del conocimiento. Tal es el objetivo de este ensayo: intentar una reflexión cognitiva de la riqueza y la libertad en profundidad, filosóficamente hablando, para hallar el recorrido ontológico del Ser en la búsqueda de su propia “bondad”, a saber, hacer cognoscible su propia espiritualidad. Ahora, a través del mapa cognitivo de los nueve niveles existenciales y de conciencia desarrollados anteriormente, se puede tener conocimiento de la

interacción de la conciencia individual con la conciencia colectiva, a través de los seis tipos de libertades.

El sujeto cognoscente que haya sabido ascender racionalmente a través de mis conceptos filosóficos estará en un estado de conciencia cognitiva superior, pues tiene elementos científico-filosóficos para ubicar tanto su existencia como su conciencia en relación con la conciencia colectiva. Dicho de otro modo, el lector puede ahora tener una correcta cosmovisión desde la racionalidad. Estará en una posición privilegiada para orientar su libertad, nunca mejor dicho, con conocimiento de causa. Sin embargo, la conciencia colectiva está agonizando en la dialéctica de la felicidad material: el capitalismo ya no tiene recorrido si no es subsumido a la intelección del problema. Por ello mismo puedo afirmar que la crisis del capitalismo es el punto final al recorrido de la “historia de la riqueza” vista a través de la historia de la humanidad. La humanidad debe proceder a un nuevo “renacimiento”. Este renacimiento de la humanidad debe repetir la asignatura que quedó pendiente con el primer renacimiento humano que se produjo en Europa Occidental en los siglos XV y XVI. Este primer renacimiento fue fruto de la difusión de las ideas del humanismo, las cuales determinaron una nueva concepción del hombre y el mundo. Este renacimiento simbolizó la reactivación del conocimiento y el progreso tras siglos de estancamiento causado por la mentalidad dogmática establecida en la Europa de la Edad Media. Este renacimiento presuponía una marcada conciencia histórica individual. Ahora en el inicio de este siglo XXI, se está produciendo un nuevo estancamiento causado por el binomio riqueza-libertad. La riqueza ha desembocado en un materialismo libertino sin fronteras para la libertad. En nombre de la libertad, los imperios económicos han propiciado la creciente divergencia de la antinomia riqueza-pobreza en el mundo. Es imperativo el resurgimiento de un segundo renacimiento: la marcada conciencia histórica universal. Es decir, el primer renacimiento abrió las puertas de la libertad a la conciencia individual. Pero este segundo renacimiento que propugno debe ser una integración simbiótica de las conciencias individuales en la conciencia colectiva. Esto supone una intelección acerca de las libertades individuales en relación con la conciencia colectiva. Esta formulación filosófica es el objeto propio de este trabajo: establecer una “psicología

evolutiva de la libertad” para la conciencia individual en relación con la conciencia colectiva. Esto presupone pasar de la conciencia individual, históricamente heredada en el primer renacimiento, a la conciencia transpersonal cuya finalidad es la propia humanidad. En otras palabras, la conciencia individual debe devenir en un “ascenso” hacia una conciencia humanística, es decir, no una conciencia basada en el egocentrismo, sino en el altruismo o solidaridad social. Esto, en mis conceptos expuestos, equivale pasar de la dialéctica de la felicidad personal a la dialéctica de la felicidad transpersonal.



CAPÍTULO II:

La filosofía transpersonal: el segundo renacimiento humanístico

A. Introducción histórica

B. Evolución ontológica de la personalidad



A. INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

Según la definición de la enciclopedia libre Wikipedia, la psicología transpersonal es un movimiento psicológico no científico que considera que la psicología y la espiritualidad son dos aspectos complementarios del desarrollo humano, por lo que intenta realizar una integración entre la práctica psicológica y principios espirituales, tanto occidentales, como el cristianismo, como orientales, como el budismo o el yoga. El objetivo principal del desarrollo humano sería para todos la trascendencia del sentido de sí mismo, para lograr identificarse con una conciencia mayor. Así, Ken Wilber distingue tres niveles en este desarrollo:

- a) El nivel pre-personal: es el momento de desarrollo en que los seres humanos aún no tienen conciencia de su mente (bebés pequeños, que no tienen todavía una teoría de la mente).
- b) El nivel personal: se alcanza cuando el niño toma conciencia de que es una persona que piensa, diferente a otros.
- c) El nivel transpersonal: es el nivel que se alcanza por medio del desarrollo espiritual, y consiste en trascender la identificación con el cuerpo y la mente, para alcanzar un nivel de conciencia mayor.

Es obvio que, toda la argumentación filosófica de este ensayo, tiene como objetivo concluyente justificar ese nivel de conciencia superior que apunta Ken Wilber. Y es también evidente que la lectura de la obra de este autor ha influenciado todo mi pensamiento filosófico hasta desarrollar todos los postulados que he defendido hasta aquí. Por tanto, desde estas líneas mi profundo respeto y

reconocimiento a este insigne y profundo pensador, como iniciador de la filosofía transpersonal. Puesto que mi tesis final apunta hacia una “psicología evolutiva de la libertad” con interrelación con los diferentes niveles de conciencia del sujeto cognoscente, es pertinente ahondar en las premisas historicistas de la citada psicología transpersonal.

El término “psicología transpersonal” suele englobar a una serie de pensadores y psicólogos que, habiendo desarrollado diferentes estilos terapéuticos, tienen en común la aceptación de la espiritualidad del ser humano. La psicología transpersonal considera que la psique es multidimensional, existiendo diversos “niveles de conciencia”. Los orígenes de esta corriente toman forma al final de la década del 60 y, pese a contar con brillantes exponentes como Abraham Maslow, Stanislav Grof y Ken Wilber, ha sido ignorada sistemáticamente en el ámbito académico de la psicología. La psicología transpersonal no reniega de otras escuelas de pensamiento como el psicoanálisis ni se plantea como opuesta. Lo correcto sería decir que intenta ir más allá. Para la visión transpersonal, los desarrollos de Freud han sido de fundamental valía en el desarrollo de la ciencia psicológica al incluir la idea del inconsciente en una disciplina que se encontraba atada al racionalismo positivista. Indudablemente, el psicoanálisis abrió las posibilidades de comprensión de la psique humana. La psicología transpersonal promueve otra apertura incluyendo la dimensión espiritual del ser humano. El psicoanálisis es un modo de abordaje ideal para los distintos tipos de neurosis, la histeria y otras psicopatologías. Pero lo que el psicoanálisis y otras corrientes han descuidado es el estudio del ser humano sano.

Muchos consideran a Jung como el primer psicólogo transpersonal, por su estudio de los arquetipos, su ampliación del concepto de libido y la resistencia a reducir al hombre a su sexualidad. Jung consideraba al inconsciente como “un principio creativo e inteligente, que vinculaba al individuo con la totalidad de la humanidad, la naturaleza y el conjunto del cosmos”. Además de la existencia del inconsciente individual “descubierta” por Freud, Jung postula la existencia de un inconsciente colectivo, compartido por toda la especie humana. Para Jung, más allá de los condicionamientos culturales que definen sus formas de manifestación, la espiritualidad es un principio intrínseco a la psique humana.

Por otro lado, Abraham Maslow fue uno de los primeros investigadores interesados en estudiar la psicología de los seres más “avanzados” que ha dado la historia de la humanidad. Lo que le interesaba era examinar a los seres psicológicamente más sanos, por supuesto, una rara minoría en la que incluyó a Cristo y los místicos de otras culturas. Lo que infirió, después de estudiar exhaustivamente la vida de estos hombres “iluminados”, era que no tenían su identidad puesta y encerrada en su persona, en su ego, en su historia. Tenían un sentido de identidad más amplio, que iba más allá de su personalidad, una identidad “transpersonal”. Su identidad se ampliaba hacia una comunión con la totalidad de los fenómenos, con la totalidad de los seres. Maslow se interesó por el estudio de las que denominó “experiencia cumbre” sugiriendo que dichas experiencias pueden ser supra-normales en vez de subnormales. Tales experiencias de plenitud que muchas personas han experimentado aunque sea por unos instantes, pueden ser un indicio de un potencial humano. Uno de los desarrollos de Maslow que sentó precedentes en el impulso de la psicología transpersonal fue su teoría de las “necesidades”. Ya hemos aludido anteriormente a dichas necesidades conocidas como “La pirámide de Maslow”. No obstante es pertinente hacer referencia a su trabajo titulado *Una teoría de la motivación humana* publicado en 1943, en el que expone la existencia de una jerarquía de necesidades. En el punto más básico de la jerarquía ubica a las necesidades fisiológicas que se traducen en la necesidad de alimento: las personas que tienen hambre se ven imposibilitadas de concebir ninguna otra necesidad. Satisfechas las necesidades del alimento, irrumpen las necesidades de seguridad, a las que vincula con el anhelo de contar con ciertos hábitos regulares que alejen la posibilidad del miedo y del dolor. A continuación aparecen las necesidades de amor y de pertenencia. Es decir, cuando una persona logra un lugar estable donde vivir y un ingreso de dinero regular, empieza a sentirse impulsada a lograr la satisfacción sexual, una pareja, amigos, hijos y la pertenencia a un grupo. Satisfechas las necesidades de amor, emergen las necesidades de estima, a las que describe como necesidades de “evaluación estable y elevada de sí mismo, de amor propio y de la estimación de los demás”. Por último, en la cima de la pirámide menciona a la “necesidad de autorrealización”, que atañe a la realización del

propio potencial, llegar a ser todo lo que se pueda ser. Dentro de esas necesidades de realización, Maslow incluye la necesidad de conocimiento y de trascendencia. Estas necesidades “superiores” forman parte de la naturaleza psicológica del ser humano residiendo también en el inconsciente y, aunque en la mayoría de las personas no se despliegan, existen, cuando menos como potencialidad. Este enfoque piramidal de las necesidades según Maslow, como se ha visto anteriormente, lo he reinterpretado a la luz de los seis tipos de libertades a que puede optar todo ser humano, orientadas hacia la dialéctica de la felicidad material, dialéctica de la felicidad intelectual y dialéctica de la felicidad espiritual, dentro de un objetivo superior de la dialéctica de la felicidad personal y la dialéctica de la felicidad transpersonal.

Ken Wilber es, con toda seguridad, el más erudito de los teóricos relacionados con lo transpersonal. Sus desarrollos son muy extensos pero basta apuntar que ha sido un estudioso de la psicología tanto occidental como oriental. Concluye que la espiritualidad y la religiosidad son características de la psiquis humana, aunque se ocupa de diferenciar la religión exotérica de la esotérica. Cuando en psicología se habla de religión y espiritualidad, raramente se distingue entre lo exotérico y lo esotérico. En palabras de Wilber, “la religión esotérica no te pide que tengas fe en nada o que te sometas dócilmente a algún dogma. La religión esotérica, por el contrario, consiste en un conjunto de experimentos personales que llevas a cabo científicamente en el laboratorio de tu propia conciencia. La religión esotérica no se basa en las creencias sino en una experiencia validada y verificada públicamente por un grupo de iguales que también han llevado a cabo el mismo experimento. Ese experimento es la meditación”. En este punto concuerdo totalmente con su criterio, pues mis reflexiones meditativas de varias décadas acerca de la conciencia, se han convertido para mí en algo casi obsesivo hasta lograr la expresión de mis pensamientos filosóficos en este trabajo.

La psicología transpersonal propone para los problemas espirituales técnicas que van más allá de la palabra, como la meditación y la respiración holotrópica de Grof. Stanislav Grof experimentó científicamente con el LSD y otras sustancias psicodélicas. En sí mismo y en cientos de personas descubrió que bajo los efectos de

estas sustancias alteradoras de la mente se generaban estados en los cuales emergían a la conciencia facetas normalmente no conscientes, material biográfico inconsciente, recuerdos de la vida intrauterina y estados de probable naturaleza transpersonal.

Para finalizar este resumen de introducción, cabe aclarar que la psicología transpersonal es una cuestión de contexto. Esta corriente considera que el psiquismo se manifiesta en diferentes niveles de conciencia. En este contexto, la terapia trabaja según el nivel de conciencia en que se encuentre el paciente conservando la conciencia del espectro total de la existencia. El psicólogo transpersonal detecta el nivel de conciencia del paciente y lo ayuda a superar los conflictos propios de ese nivel. Lo que en realidad define la orientación transpersonal es el modelo de la psique humana que reconoce la importancia de las dimensiones espirituales o cósmicas y el potencial evolutivo de la conciencia, en palabras de Grof.

Por mi parte, toda la orientación de este ensayo ha tenido como intencionalidad filosófica hacer objetivos los diferentes niveles de conciencia a la que puede optar todo ser humano, desde las más básicas según Maslow a las más espirituales defendidas por Wilber. El objetivo de mi pensamiento filosófico ha sido desentrañar los presupuestos evolutivos de la conciencia a través de los seis tipos de libertad fundamentados en la tríada que sustenta a todo ser humano: el lado sensible, la intelectualidad y la espiritualidad. Para relacionarse con los demás, la sociedad enseña a cada individuo unos patrones de percepción y comportamiento así como un sistema de creencias que podemos llamar personalidad (que en griego significa máscara). Esta máscara se interpone entre lo que somos —pura conciencia— y el mundo social. Por desgracia, perdemos la conciencia de nuestro origen sin forma, identificándonos con el instrumento que hemos ido creando como necesidad de adaptación social, considerando a la personalidad como nuestro yo. En realidad, lo transpersonal engloba a toda experiencia o modelo del ser humano que da un paso más allá (trans) de ese disfraz, abarcando la conciencia como una dimensión espiritual de la naturaleza humana y un potencial de crecimiento y autorrealización.

B. EVOLUCIÓN ONTOLÓGICA DE LA PERSONALIDAD

Una vez sabido que la conciencia personal, sustentada en el egocentrismo, debe evolucionar hacia una conciencia transpersonal, a saber, una dimensión altruista y espiritual hacia la humanidad, voy a tratar de hacer más comprensible este estado evolutivo en la personalidad de todo sujeto cognoscente.

Ya sabemos que Maslow fue el iniciador de la psicología humanista, algo que fue más importante que su propia teoría. Su famosa jerarquía de las necesidades humanas está edificada sobre cinco grandes bloques:

1ª. Las necesidades fisiológicas

Estas incluyen las necesidades que tenemos de oxígeno, agua, proteínas, sal, azúcar, calcio y otros minerales y vitaminas. También se incluye la necesidad de mantener el equilibrio del PH y de la temperatura. Otras necesidades incluidas son aquellas dirigidas a mantenernos activos, a dormir, a descansar, a eliminar desperdicios, a evitar el dolor y a tener sexo. Menudo repertorio de necesidades fisiológicas. Hemos aludido anteriormente a la antinomia riqueza-pobreza. Bajo este prisma, ¿no es, la pobreza extrema existente en buena parte del mundo, una necesidad que está por satisfacer? Millones de personas se están muriendo en muchos países pobres, por no poder cubrir las necesidades antes apuntadas por Maslow. En tal situación existencial no hay libertad para acceder hacia niveles superiores de realización humana: es una lucha diaria por la supervivencia física. Por eso mismo, queda conceptualizada como “nivel 0” en la escala evolutiva ascendente de los niveles existenciales y de conciencia personal. Vuelvo a recordar que esta numeración no tiene nada de peyorativo respecto a las personas que viven dicha situación de pobreza. Es una simple enumeración, entendida como el nivel existencial más básico que hay que satisfacer para poder ascender a niveles superiores en la conciencia de la personalidad. En la pobreza extrema no hay capacidades básicas para satisfacer las necesidades biológicas, como ya ha demostrado

el Premio Nobel Sen y, consecuentemente, no hay opciones de libertad hacia el desarrollo de la personalidad de las personas. Para muchos que viven en la miseria, el éxodo en pateras hacia los países ricos, a riesgo de jugarse la vida, es la única opción para intentar lograr dicha libertad. En Occidente, como ya ha quedado demostrado, disfrutamos de libertades que permiten el crecimiento de la personalidad del individuo. Estas libertades socialmente establecidas son el inicio del nivel existencial “1”, donde el individuo puede acceder a su propia “libertad sensible personal” (LSP). Este tipo de libertad tiene su correlación con el segundo bloque de Maslow:

2ª. Las necesidades de seguridad y reaseguramiento

Una vez compensadas las necesidades fisiológicas, al individuo le comienza a preocupar las cuestiones de seguridad, protección y estabilidad. Para lograrlas cuenta con su propia intelección. Entra aquí en juego su “libertad intelectual personal” (LIP) que, junto a su propia “libertad espiritual personal” (LEP), conforma el primer nivel existencial y de conciencia (LSP + LIP + LEP) en el desarrollo de la personalidad del individuo. Sus decisiones, sus acciones, su libertad intrínseca en su propia conciencia, propugna caminar hacia lo que he denominado “dialéctica de la felicidad material”, consistente básicamente en lograr alcanzar el segundo nivel existencial en la escala de libertades: lograr la independencia económica (LST + LIP + LEP). El afortunado que alcanza dicha libertad está en situación de disponer totalmente de su tiempo para poder orientar sus acciones en el mundo. Aquel que posea la “libertad sensible transpersonal” (LST), es decir, suficiente activo financiero para no depender exclusivamente de un empleo, se ubicará en lo que denomino segundo nivel existencial y de conciencia. Cuidado con este nivel, pues es el deseado por la mayoría de seres humanos. Como se ha visto anteriormente, el disponer de una fortuna económica no es sinónimo de felicidad. Para lograr dicha felicidad es necesario un equilibrio entre sus tres potencialidades: la física, la intelectual y la espiritual, como ha quedado demostrado en capítulos anteriores. Veamos ahora el tercer bloque de Maslow.

3ª. Las necesidades de amor y de pertenencia

Cuando las necesidades fisiológicas y de seguridad se completan, entra en escena las terceras necesidades: la amistad, la pareja, tener niños y relaciones afectivas en general, incluyendo la sensación general de comunidad. Este bloque de Maslow es exactamente lo que corresponde a mi concepto de “libertad espiritual personal” (LEP), presente en los cuatro primeros niveles existenciales y de conciencia. Maslow conceptúa una jerarquía piramidal pero, a mi entender, la intelectualidad y la espiritualidad es intrínseca al ser de todo individuo. Por tanto no pueden ser interpretadas esas necesidades en un simple orden jerárquico, sino que toda persona desde su libertad racional y libertad espiritual, va conformado su propia conciencia acerca de su existencia. Toda persona, a partir del primer nivel existencial de libertad (LSP + LIP + LEP), está inmersa en la dialéctica de la felicidad material, tendente a intentar alcanzar el segundo nivel existencial de libertad (LST + LIP + LEP). Por tanto mi concepto de “dialéctica de la felicidad material”, engloba a estos dos niveles existenciales, donde la frontera que determina uno y otro nivel es la propia riqueza dineraria, entendida esta como una capacidad de libertad de acción personal en el propio proyecto vital de la personalidad. Pasemos al cuarto bloque de Maslow:

4º. Las necesidades de estima

Según Maslow, ahora nos preocupamos por la autoestima. Distinguió entre dos necesidades de autoestima: una, alta y otra, baja. La baja es la del respeto de los demás, la necesidad de estatus, fama gloria, reconocimiento, atención, reputación, apreciación, dignidad e incluso dominio, lo cual se logra a través de la “libertad intelectual transpersonal” (LIT), presente en el tercero y cuarto nivel. La autoestima alta comprende las necesidades de respeto por uno mismo, incluyendo sentimientos tales como confianza, competencia, logros, maestría, independencia y libertad, la cual se logra a través de la “libertad intelectual personal” (LIP), presente en el primer y segundo nivel. En los países modernos, la mayoría de nosotros tenemos lo que necesitamos en virtud de nuestras necesidades fisiológicas y de seguridad. Por fortuna, casi siempre tenemos un poco de amor y pertenencia, pero es tan difícil de conseguir en realidad. Esta necesidad de estima, alta y baja, corres-

ponde y se identifica con nuestro concepto denominado “dialéctica de la felicidad personal”. En dicha dialéctica, la conciencia del individuo experimenta la experiencia de pasar de la “dialéctica de la felicidad material” a la “dialéctica de la felicidad intelectual”. Ahora ya no se tiene el punto de mira en obtener la libertad a través de las propias riquezas mundanas y materiales representadas por el dinero. Ahora la conciencia del individuo, mediante esa necesidad de estima, orienta sus acciones hacia la comprensión de sí mismo y la expresión de su intelectualidad a través del tercer nivel existencial (LSP + LIT + LEP) así como el cuarto nivel existencial (LST + LIT + LEP), tal como se ha descrito con anterioridad. La autoestima tiene su expresión en la intelectualidad de todo individuo. Recordemos que, en el ascenso de la conciencia a través de los cuatro primeros niveles existenciales que he descrito, en realidad, se conforma su propia “dialéctica de la felicidad personal”. Es decir, la conciencia del individuo está todavía subsumida al egocentrismo. Todas las acciones y pensamientos no han alcanzado todavía un nivel de espiritualidad que suplante al “yo” por “el otro”, es decir, un miramiento hacia el bien de los demás y del mundo. Cuando ese estado de conciencia transpersonal emerge en la personalidad del individuo, la “libertad espiritual personal” (LEP), presente en los cuatro primeros niveles existenciales, evoluciona hacia la “libertad espiritual transpersonal” (LET), que conformarán la “dialéctica de la felicidad espiritual” de los niveles cinco, seis, siete y ocho. La propia conciencia ya no busca, entonces, su propia “dialéctica de la felicidad personal” sino la “dialéctica de la felicidad transpersonal”. Este estado de actualización de la conciencia a través de la “libertad espiritual transpersonal” (LET) tiene su correlación en el quinto bloque de Maslow:

5°. La autorrealización

Maslow utilizó una gran variedad de términos para referirse al mismo, tales como “motivación de crecimiento, necesidades de ser y auto-actualización. Se trata del continuo deseo de llenar potenciales, a “ser todo lo que pueda ser”. Pero para llegar a esta autorrealización, hay que tener satisfechas las necesidades primarias, por lo menos hasta cierto punto. Desde luego, esto tiene un cierto sentido: si estás hambriento, intentarás conseguir comida; si estás inseguro,

hay que estar continuamente en guardia; si estás aislado y desamparado, se necesita llenar esa falta; si hay un sentimiento de baja autoestima, hay que defenderse de ese estado o compensarlo. Según Maslow, cuando las necesidades básicas no están satisfechas, no puedes dedicarte a llenar tus potenciales. Entonces, según él, solo existe un puñado de personas que sean verdadera y predominantemente auto-actualizadas. Incluso aventuró que tan solo era un 2%. Para saber exactamente lo que quiso decir con auto-actualización, era pertinente analizar a aquellas personas que consideró auto-actualizadas. Así, para él, eran personas centradas en la realidad, capaces de diferenciar lo que es falso o ficticio de lo que es real y genuino. También eran personas centradas en el problema, es decir, que enfrentan los problemas de la realidad en virtud de sus soluciones. Los auto-actualizados poseían también una manera peculiar de relacionarse con los demás. En primer lugar tenían una necesidad de privacidad, y se sentían cómodos estando solos. Asimismo, eran resistentes a la enculturación, esto es, que no eran susceptibles a la presión social. De hecho eran inconformistas en el mejor sentido. Poseían también lo que Maslow llamaba “valores democráticos”, o sea, que eran abiertos a la variedad étnica e individual, incluso defendiéndola. Tenían la cualidad del interés social, la compasión y la humanidad. Disfrutaban de las relaciones personales íntimas con pocos amigos cercanos y miembros familiares, más que un montón de relaciones superficiales con mucha gente. Eran personas creativas, inventivas y originales, con una tendencia a vivir con mayor intensidad las experiencias que las demás personas. “Una experiencia pico” como lo denomina Maslow es aquella que te hace sentir como fuera de ti; como perteneciente a un Universo; como pequeño o grande en virtud de tu pertenencia a la naturaleza. Estas experiencias tienden a dejar huella sobre las personas que las viven, cambiándoles a mejor; muchas personas buscan estas experiencias de forma activa. También son llamadas experiencias místicas y constituyen parte importante de muchas religiones y tradiciones filosóficas. En definitiva, Maslow acaba resaltando la espiritualidad presente en toda conciencia, la cual va evolucionando desde lo “personal” a lo “transpersonal”. Es una libertad espiritual que está presente en toda conciencia humana pero requiere una auto-actualización que pasa por agregar al “yo” el concepto del “otro”, es decir una evolución de

la conciencia tendente a buscar la felicidad, no solamente la de uno mismo, sino también del resto de la humanidad. Conceptualmente está muy bien pero, según mi teoría de la “psicología evolutiva de la libertad”, la “experiencia pico” tiene su correspondiente plasmación vital a través de cuatro niveles existenciales y de conciencia, los cuales conforman la “dialéctica de la felicidad transpersonal”. Porque también Maslow abordó el tema de la felicidad. Según él las personas auto-realizadas, para ser felices, necesitaban: verdad, bondad, belleza, integridad y trascendencia de los opuestos, vitalidad, singularidad, perfección y necesidad, realización, justicia y orden, simplicidad, riqueza, fortaleza, sentido del humor, búsqueda de lo significativo y autosuficiencia, es decir, no dependencia. Esto último equivale a decir que, en el ser humano, la libertad es un bien deseado. Maslow aborda el problema de la libertad. Pero no se ha percatado de que la libertad está presente en todo ser consciente a través de las tres libertades en potencia: la libertad sensible, la libertad intelectual y la libertad espiritual. Cada una de estas libertades puede ser personal o transpersonal. La combinación de dichas libertades de dos en dos es la episteme que justifica la razón de ser de los ocho niveles existenciales y de conciencia que conforman mi tesis: la “psicología evolutiva de la libertad” de este trabajo que, junto al nivel “0”, son en realidad nueve niveles existenciales y de conciencia. Maslow supo detectar certeramente los cinco bloques de las necesidades humanas, pero no estableció ni explicó cómo evolucionaban dichas necesidades a través de la conciencia personal de cada individuo, en interrelación con las intrínsecas libertades de todo ser: la libertad sensible, la libertad intelectual y la libertad espiritual.

Concluyendo, la conciencia de toda personalidad no solamente está impulsada por la jerarquía de necesidades que estableció Maslow, sino que dichas necesidades van evolucionando en la conciencia de toda persona en función directa a las libertades —sensible, intelectual y espiritual—, presentes en todo ser cognoscente. Mi tesis de la “psicología evolutiva de la libertad” propugna que existen los citados ocho niveles existenciales y de conciencia con sus correspondientes autorrealizaciones: una graduación ascendente de la felicidad, desde la felicidad personal hasta la felicidad transpersonal. Hago hincapié en diferenciar el nivel existencial del nivel de conciencia, porque la existencia de una persona puede estar cir-

cunscrita a un nivel determinado pero, su conciencia en tanto que atemporal, puede tener el punto de mira en otro nivel, siempre en sentido ascendente. Por ejemplo, se puede estar existencialmente en el nivel primero y tener conciencia de querer alcanzar el nivel octavo. El diferencial de conciencia respecto al existencial es la razón por la cual se llegue o no a alcanzar la felicidad. A medida de que la conciencia personal evoluciona mediante las autorrealizaciones en sus correspondientes libertades, es decir, auto-actualizándose según Maslow, la felicidad ella misma se transforma. En efecto, la percepción psicológica de la felicidad es bien diferente en cada uno de los nueve niveles existenciales y de conciencia. Siguiendo con el ejemplo anterior, una persona que está existencialmente en el nivel uno y tiene la felicidad sensible, intelectual y espiritual correspondiente a dicho nivel, puede que no busque conscientemente alcanzar otro nivel. Sin embargo, otra persona con inquietudes inquisitivas puede tener conciencia de querer pasar del nivel uno al octavo por ejemplo; este tipo de personas tenderán a tener más ansiedad e infelicidad por la disconformidad entre su conciencia y su nivel existencial real. Por tanto, la felicidad es un componente muy importante cuando está interrelacionada con las propias libertades del individuo. La combinación de esas libertades de dos en dos, tesis de este ensayo, es lo que origina ocho niveles existenciales y de conciencia. A la identificación del nivel existencial con su correspondiente nivel de conciencia, le corresponde su pretendida felicidad o autorrealización; sin embargo, a mayor diferencial entre el nivel existencial y el nivel de conciencia, mayor será la infelicidad. Para justificar esa hipótesis de la felicidad es pertinente esperar al desenlace de la trilogía con el “Pensar en ser feliz”. De momento, ya hemos “pensado en ser ricos” y seguidamente “pensado en ser libres”. “Pensar en ser feliz” tendrá su correspondiente construcción epistemológica, solamente si se ha desengranado todas las potenciales riquezas y libertades a las que puede optar todo ser humano. Y tal ha sido el objetivo de este ensayo.

Hay pocas críticas que se le pueda hacer a la teoría misma de Maslow. La crítica más común concierne a su metodología, es decir, haber escogido a un número reducido de personas que él mismo consideraba auto-actualizadas. En su defensa se puede decir que él entendía esto y consideraba su trabajo simplemente como un punto

de partida. Esperaba que otros partieran y siguiesen desarrollando la idea de una manera más rigurosa. Y tal ha sido mi pretensión en este ensayo: trascender la “psicología evolutiva de la conciencia” de Piaget cuando entra en contacto con la libertad inherente a todo ser humano, y no solamente a unos cuantos elegidos. “Pensar en ser libre” pretende ser, entonces, una “psicología evolutiva de la libertad” presente en toda conciencia humana tendente a buscar su propia felicidad. No olvidemos nuestra hipótesis inicial: riqueza, libertad y felicidad son tres conceptos que van unidos de la mano. Son categorías ontológicas presentes en todo ser consciente, como se ha visto en el preámbulo metodológico. Nuestra conciencia ha evolucionado al conocer nuestras riquezas interiores, a saber, el conocimiento y el amor. Pero acto seguido estas riquezas están interrelacionadas con nuestra existencia mediante nuestras facultades de libertad: la libertad sensible, la libertad intelectual y la libertad espiritual. Es la combinatoria existencial de estas tres libertades lo que ha dado lugar a los ocho niveles existenciales y de conciencia. La cima de dicha conciencia es la conciencia transpersonal que tiene su campo de autorrealización en la “libertad espiritual transpersonal” (LET), es decir, cuando volcamos toda nuestra experiencia, nuestro saber y nuestros medios en reducir las antinomias riqueza-pobreza, libertad-esclavitud y conocimiento-ignorancia. Dicho de otro modo, nuestro lado más espiritual sale a flote para dedicarnos en pensamiento y en acción hacia la humanidad. Es la máxima expresión de felicidad que, personalizando en algunos ejemplos, podemos citar a la Madre Teresa de Calcuta o el recién fallecido Vicente Ferrer. ¿Hay algún acto más amoroso que dedicar toda una vida a los más desamparados y desprotegidos? Las conciencias individuales deben seguir evolucionando hacia una sinergia espiritual de la humanidad. El debate de cambio de conciencia está actualmente servido: el materialismo extremo como ideal de felicidad desencadenado por el capitalismo ha muerto con la filosofía tradicional. La filosofía tradicional está moribunda, víctima de sí misma. El hombre libre del primer renacimiento ha llevado dicha libertad hasta los límites que conocemos en la actualidad: poder armamentístico, declive ecológico, terrorismos radicales de cualquier signo y decadencia de las religiones como referentes morales. Las conciencias individuales tienen que evolucionar para

converger en una nueva conciencia colectiva, sustentada en un racionalismo espiritual. Pero ello solamente será posible si, desde los diferentes ámbitos de la sociedad (político, educativo, organizaciones no gubernamentales, estamentos de derechos humanos, etc.), se aúnan esfuerzos para reducir las abismales diferencias que hay entre ricos y pobres. La riqueza y la libertad son dos conceptos que están colisionando como dos trenes frontalmente: no hay suficiente riqueza en el mundo para satisfacer a las libertades emergentes en formas de creciente derechos humanos tendentes al igualitarismo. Si no se produce un trasvase de la riqueza hacia los más pobres, el conflicto mundial está servido. De hecho, la actual crisis financiera globalizada no es más que la consecuencia de la avaricia de unos pocos en acumular riquezas, a costa del resto de la inmensa población mundial.

Concluyendo, este ensayo pretende establecer la nueva “psicología evolutiva de la libertad”, con carácter educativo para las futuras generaciones. La libertad debe poder ser conquistada, luego racionalizada y, finalmente, educada. Una mayor conciencia de la libertad conlleva un mejor conocimiento de la felicidad por lograr. Pensar en la felicidad, será el final de la trilogía. De momento ya hemos establecido las necesarias premisas acerca de la libertad. Llevar estas premisas a la práctica educativa y transmisión generacional llevará seguramente décadas. Pero, no obstante, como filósofo activo, es un imperativo seguir buscando comprender las profundidades del ser humano. Tal es el devenir de la humanidad: intentar que toda conciencia personal converja hacia una conciencia colectiva todavía por realizarse. Como dijo Penrose, ahora el objetivo no está en la física sino en descubrir las profundidades de la conciencia. Y esto pasa por conocer nuestras potencialidades sensibles, intelectuales y espirituales en relación con sus correspondientes libertades. La conciencia ha evolucionado y ha sido descubierta a través de la “psicología evolutiva” de Piaget. Ahora toca enlazar dicha evolución de la conciencia con la “psicología evolutiva de la libertad”, tesis de este ensayo. Solamente así se podrá establecer el fundamento último buscado por todo ser humano: la felicidad.

CAPÍTULO III:

La perspectiva holística

- 1. La teoría holística**
- 2. Mi visión holística**
- 3. El colapso del Kosmos**
- 4. Altermundismo y visión-lógica**
- 5. Hacia la visión centáurico-planetaria**



1. LA TEORÍA HOLÍSTICA

Hablar de la evolución de la conciencia, ya sea personal o colectiva, presupone implícitamente el reconocimiento de la existencia de un comienzo (pasado), de un momento actual en el cual se adquiere conciencia cognitiva (presente) y la posibilidad de aseverar tesis pendientes de una posterior demostración (futuro). Es decir, se hace necesario conocer el mecanismo mediante el cual existen conocimientos que nos llegan desde el pasado, conforman nuestro actual estadio cognitivo y la posibilidad de seguir evolucionando científica y filosóficamente. A partir de 1968 cobra especial interés la *Teoría General de los Sistemas* expuesta por el biólogo Ludwig Von Bertalanffy. En la *Teoría General de los Sistemas* se define a un sistema como un conjunto de elementos que, relacionados ordenadamente entre sí, contribuyen a determinado objeto, asimismo que todos los sistemas están formados por elementos de interacción y que estos elementos son a su vez sistemas; es decir, que todo lo que nos rodea tiene una vinculación entre sí. En dicho ámbito científico y filosófico, la teoría del holismo es comunmente asumida y se hace imprescindible referirnos a ella, conformándose en un hilo conductor para la exposición teórica de mis pensamientos filosóficos. Para un acercamiento sinóptico a dicha teoría del holismo, voy a valerme de un trabajo monográfico de la psicóloga e investigadora Jacqueline Hurtado de Barrera (2000), a los cuales iré aportando mis propios comentarios entre paréntesis:

La holística es una corriente filosófica contemporánea que tiene su origen en la filosofía antigua, aunque el primero en utilizar formalmente el término fue el filósofo sudafricano Jan Christiaan Smuts, en su libro "Holismo y Evolución" (1926). Pero más que holismo, más que doctrina de la totalidad, la reflexión en torno a la investigación se hace desde la holística, entendida esta como una forma integrativa de la vida y del conocimiento que advierte sobre la importancia de apreciar los eventos

desde la integralidad y su contexto. En holística el concepto de paradigma queda contenido en el de sintagma. Según la etimología de paradigma, la palabra se deriva de las raíces “para”, que significa “del lado de” y “mostrar”, es decir, “mostrar del lado de”, lo cual corresponde a una posición que en filosofía se denomina “perspectivismo”. Así, las descripciones, propuestas y soluciones que proceden de un paradigma surgen de una postura o perspectiva particular, que por ser parcial, siempre deja algo fuera. Por su parte, un sintagma (metáfora asociada a la lingüística) es una pauta de relaciones que integra un conjunto de eventos en un todo con sentido unitario, abstraído de una globalidad mayor, y en el cual cada uno de los eventos tiene valor por la relación con los otros eventos del holos. Un sintagma puede verse como integración de paradigmas y alude a las vivencias, como también a los procesos del conocimiento, que surgen como expresión integrativa de variadas maneras, eventos y circunstancias, con criterio dinámico. La investigación holística presenta la investigación como un sintagma de los diferentes modelos epistémicos; la concibe como un proceso global, evolutivo, integrador, concatenado y sinérgico, con aspectos secuenciales y simultáneos. Trabaja los procesos que tienen que ver con la invención, con la formulación de propuestas novedosas, con la descripción y la clasificación, considera la creación de teorías y modelos, la indagación acerca del futuro, la aplicación de soluciones, y la evaluación de proyectos, programas y acciones sociales, entre otras cosas.

Algunos de los principios de la holística aplicados a la investigación, son los siguientes:

a) Principio de continuidad.

La holística plantea que la realidad, más que estar constituida por “cosas” con límites propios, es una totalidad única de campos de acción que se interfieren. Por tanto, los “elementos” del universo, más que constituir condiciones físicas separadas, son eventos, es decir, evidencias dinámicas que se reorganizan constantemente, en donde cada evento de un campo contiene y refleja todas las dimensiones de dicho campo (Weil, 1983). La investigación es, entonces, un proceso continuo que intenta abordar un evento cualquiera, como evento en sí y, a su vez, como evidencia de totalidad. Como proceso, la investigación no tiene fronteras o divisiones en sí misma. Una investigación tiene sentido en sí misma, pero fundamentalmente por lo que le antecede como también por el futuro investigativo que contiene.

- *El principio de continuidad en el proceso metodológico:*
En la actividad investigativa los procesos ocurren de manera simultánea y de manera secuencial, al mismo tiempo. El énfasis en ciertos procesos, propio de algunas fases de la investigación, proporciona a la actividad investigativa una cierta apariencia secuencial. Sin embargo, son muchos los eventos que se dan simultáneamente y el investigador debe estar preparado para asumirlos de esa manera.

- *El principio de continuidad en la selección del tema:*
Para la holística, el universo es una sola realidad, de modo que los límites son abstracciones del ser humano que le permiten aproximarse al conocimiento, focalizando su atención en un evento específico de su interés. Lo que hace el investigador (en términos de la psicología de la Gestalt), es un proceso figura-fondo, en el cual focaliza su atención sobre un evento o una serie de eventos específicos y los trae como figura, dejando el resto de los eventos como fondo.

- *Los objetivos como logros sucesivos en un proceso continuo:*
Una de las claves de la investigación holística está en que, en lugar de centrarse en el método, se centra en los objetivos como logros sucesivos en un proceso continuo. Así, las disputas entre diversos paradigmas de la investigación desaparecen. En investigación holística los objetivos se han organizado en cuatro niveles y se han clasificado en diez categorías: explorar, describir, comparar, analizar, explicar, predecir, proponer, modificar, confirmar y evaluar.

- *Los holotipos de investigación como fases del proceso:*
En investigación holística hay diez holotipos de investigación, los cuales se derivan, cada uno, de los diez objetivos básicos: investigación exploratoria, descriptiva, analítica, comparativa, explicativa, predictiva, proyectiva, interactiva, confirmatoria y evaluativa. Estos holotipos están ligados en una secuencia continua y, al igual que los objetivos, cada holotipo de mayor profundidad contiene los holotipos anteriores; son fases de un proceso permanente, en el cual la realización de cada holotipo abre paso al siguiente. Así, los holotipos se organizan en lo que se denomina el Ciclo Holístico de la Investigación.

- *El ciclo holístico como continuidad:*
El ciclo holístico es un modelo que integra, organiza y concatena los holotipos de investigación como momentos de un proceso continuo y progresivo, en el cual lo que un investigador deja a un cierto nivel, otros investigadores lo retoman para hacer de cada conclusión un punto de partida. (El ciclo holístico como continuidad ha sido el proceso mediante el cual he reconvertido los cinco niveles de la “Pirámide de Maslow” en los nueve niveles existenciales y de conciencia, como objetivo de este ensayo: “la psicología evolutiva de la libertad” como concatenación de la “psicología evolutiva de la conciencia” desarrollada por Piaget).

b) Principio de evolución: la investigación como devenir.

El proceso de investigación transcurre en el devenir de la humanidad, por lo que es expresión de su propio proceso evolutivo; por eso, los niveles de conocimiento que la humanidad alcanza en los distintos momentos de la historia son manifestación del propio desarrollo interior que esta ha ido logrando a lo largo de su evolución. (Este principio justifica mis inquietudes acerca de hallar comprensión del propio sentido evolutivo de la conciencia personal en la interrelación con la conciencia colectiva).

c) Principio holográfico: el evento contiene al todo.

Según el principio de que cada evento de un campo contiene y refleja la totalidad del campo, en investigación holística cada aspecto y momento de la investigación contiene y refleja la investigación completa y es coherente y armónico con el todo. Esto es lo que hace posible la armonía como expresión estética, y el holograma de la investigación, recurso de gran ayuda para los procesos de asesoría y tutoría. (Tal es el objetivo pretendido por este ensayo: que la “psicología evolutiva de la libertad” sea un imperativo pedagógico para las futuras generaciones).

d) Principio del conocimiento fenomenológico: el investigador como “ser en situación”.

Toda investigación es realizada por un investigador, que como persona está inserta dentro de un contexto y vive en una situación particular, por lo tanto, no es posible olvidar que cada investigación será abordada con los recursos, motivaciones, interpretaciones, modelos teóricos y enfoques

propios de la persona que la lleva a cabo. (Es precisamente por mis propias circunstancias personales, en tanto que víctima y esclavo del sistema capitalista, como mi dialéctica intelectual ha trascendido holísticamente mi dialéctica sensible, para conectar con la dialéctica espiritual en tanto que un “holos” superior y jerárquicamente idealizado).

e) Principio de integralidad: la holopraxis como vivencia holística.

La holopraxis de la investigación es una vivencia holística en la cual se integran las dimensiones del ser humano – biofisiológica, volitiva-social, intelectual, ética y trascendente – y cuyos objetivos también abarcan todas esas dimensiones: conocimiento, búsqueda del bien y preservación de la vida. (Es obvio que, todo sujeto cognoscente que haya seguido con rigor intelectual mi trabajo, habrá observado cómo mis vivencias holísticas son un recurrente permanente en la trama argumentativa de mi pensamiento filosófico).

- *Ventajas de la investigación integrativa:*

La investigación holística constituye un modelo que permite organizar y sistematizar la información y el conocimiento relacionado con la metodología de la investigación. En la investigación holística, los tipos de investigación más que modalidades constituyen etapas del proceso investigativo universal. Esta característica marca la apertura hacia la integración de los diversos enfoques en las distintas disciplinas. Por otra parte, la investigación holística le permite al científico orientar su trabajo dentro de una visión amplia pero al mismo tiempo precisa, y le da apertura hacia la transdisciplinaridad. Así, lo que para él es conclusión, para otros es punto de partida (Pafer, 1976). (Soy consciente y, en varias ocasiones así he dejado constancia, que como simple mortal no veré la praxis pedagógica de la “psicología evolutiva de la libertad”; sin embargo confío en que mis pensamientos formen parte de la “herencia transpersonal”, en la medida de que puedan ser sumados a la historia del pensamiento; con ello, cumplo conscientemente mi función de eslabón dentro del ciclo holístico como continuidad).

Otro aporte que proporciona la investigación integrativa consiste en propiciar una mayor trascendencia de lo científico. La ciencia, que

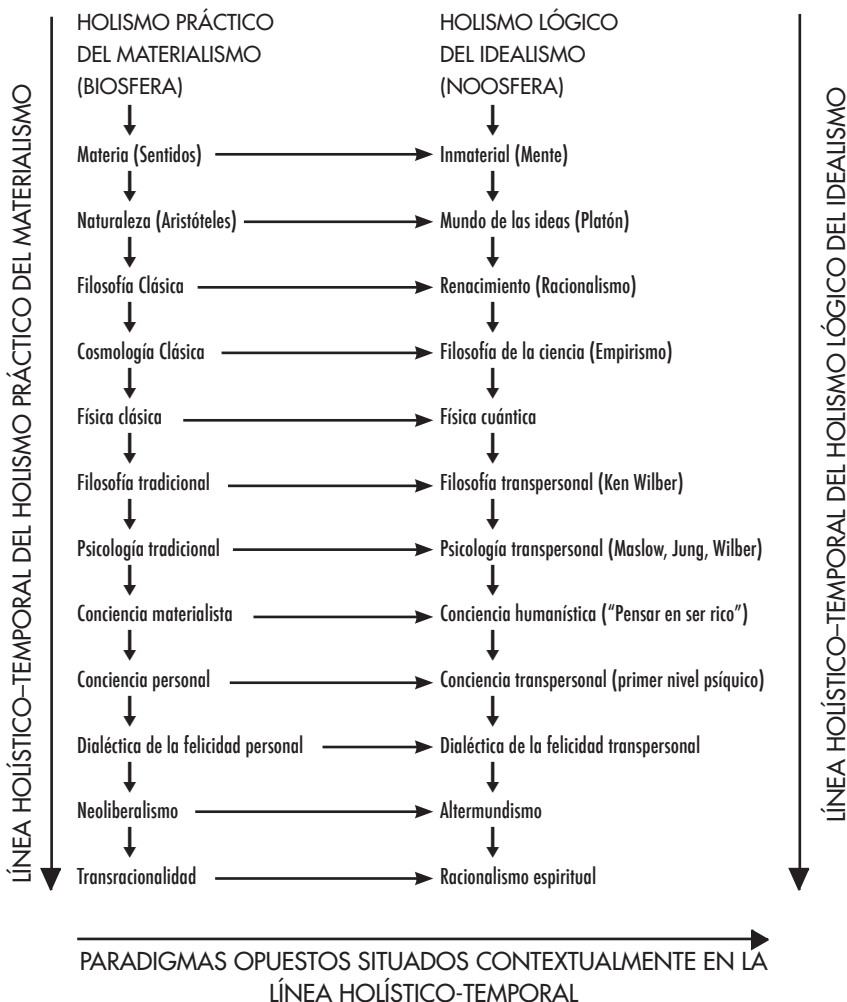
se encontraba limitada al campo de lo intelectual, como también a lo eminentemente práctico, se manifiesta hacia las otras dimensiones del ser y de la sociedad. Además, para la investigación holística se tiende a superar la división binaria tradicional entre ciencia formal y ciencia fáctica, entre conocimiento vulgar y conocimiento científico, entre ciencia y tecnología. La investigación holística abre una ventana novedosa que motiva y estimula a dar aportes propios y universales y ayuda al investigador a comprender las distintas fases por la que atraviesan los procesos creativos de la investigación. La investigación holística le devuelve a la inventiva humana y a la creatividad el lugar de privilegio que le corresponde dentro del proceso científico. (No hay mayor aporte propio y universal que la consideración del Amor como fuerza subyacente en las personas, cuyo correlato sería la solidaridad social, para lograr la paz, la justicia global y la felicidad de las personas así como la felicidad colectiva de la propia humanidad. Un objetivo tan loable como utópico en las actuales circunstancias donde el neoliberalismo prima la avaricia, el egocentrismo y la acumulación de riquezas de unos pocos frente a la miseria y pobreza cada vez más persistente de la mayoría de la población mundial).

2. MI VISIÓN HOLÍSTICA

A mi parecer, Ken Wilber es el filósofo que mejor ha sabido aplicar la teoría holística a los conocimientos filosóficos y científicos. Recomiendo fervientemente la lectura de sus obras y, más concretamente, dos: *El espectro de la conciencia* y *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. Es imposible, para todo genuino pensador, quedar impasible después de conocer la obra de uno de los más grandes pensadores de nuestro tiempo: se ha convertido, definitivamente, en mi mentor intelectual. A este propósito, tengo la certeza de que los postulados defendidos en mis ensayos no son más que una expresión holística surgida de la fuente de saber de este paradigmático y profundo pensador contemporáneo.

Prosiguiendo con la teoría holística, ha llegado el momento de proponer mi propia visión integrativa de modo que mis tesis acer-

ca de la evolución de la conciencia personal y colectiva tengan la imperativa conexión con la historia social y cognitiva de la humanidad. Para ello propongo el siguiente sintagma con los correspondientes paradigmas opuestos, holísticamente subyacentes en estos dos holotipos: el holismo práctico del materialismo y el holismo lógico del idealismo.



Estas dos visiones holísticas son derivaciones conceptuales de la filosofía del lenguaje del “primero” y el “segundo” Wittgenstein. La tesis fundamental de su *Tractatus* es la estrecha vinculación estructural (o formal) entre lenguaje y mundo, hasta tal punto que “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”. En efecto, aquello que comparten el mundo, el lenguaje y el pensamiento es la “forma lógica”, gracias a la cual podemos hacer figuras del mundo. Otra tesis fundamental del *Tractatus* es la “identidad” entre el lenguaje significativo y el pensamiento, dando a entender que nuestros pensamientos (las representaciones mentales que hacemos de la realidad) se rigen igualmente por la lógica de las proposiciones, pues “la figura lógica de los hechos es el pensamiento”. Este planteamiento basado en la filosofía del lenguaje de Wittgenstein, fundamenta mi concepto: *El holismo lógico del idealismo*.

El segundo Wittgenstein llega al convencimiento de que el punto de vista adecuado es de carácter pragmatista: no se trata de buscar las estructuras lógicas del lenguaje, sino de estudiar cómo se comportan los usuarios de un lenguaje, cómo aprendemos a hablar y para qué nos sirve. Mientras que para el primer Wittgenstein había un solo lenguaje, a saber, el lenguaje ideal compuesto por la totalidad de las proposiciones significativas (lenguaje descriptivo), para el segundo Wittgenstein el lenguaje se expresa en una pluralidad de distintos “juegos de lenguaje” (del que el descriptivo es solo un caso). El primer Wittgenstein definía lo absurdo o insensato de una proposición en tanto que esta rebasaba los límites del lenguaje significativo, mientras que el segundo Wittgenstein entiende que una proposición resulta absurda en la medida en que esta intenta ser usada dentro de un juego de lenguaje al cual no pertenece. En síntesis: el criterio referencial del significado es reemplazado por el criterio pragmático del significado. Esto segundo fundamenta nuevamente mi otro concepto: *El holismo práctico del materialismo*.

El *holismo práctico del materialismo* corresponde al ámbito de los sentidos a través de las necesidades fisiológicas, necesidades de seguridad y de bienestar social, entre otras, que han sido vistas anteriormente a través de la “Pirámide de Maslow”. También se incluye en este holotipo todas las visiones segmentadas de la realidad, desligado de su complemento ideal y esencialmente superior: el *holismo lógico del idealismo*. De hecho, cada paradigma del *holismo*

práctico del materialismo es histórica, social y holísticamente superado por el correspondiente paradigma del *holismo lógico del idealismo*. La desviación patológica, a nivel psicológico, social y moral, del *holismo práctico del materialismo*, es la avaricia, la codicia, el egoísmo y el egocentrismo y, cómo no, cognitivamente, la ignorancia de una idealidad superior de conocimiento. Esta enfermedad patológica es trascendida por el *holismo lógico del idealismo* correspondiente al mundo de las ideas, mediante el altruismo, la filantropía, la bondad y el amor al prójimo y, también, mediante la búsqueda inquisitiva del saber Universal. Esta diferenciación conceptual no debe ser interpretada como una mera división intelectual, sino más bien como una dialéctica entre ambos holotipos, presente en la historia social, cognitiva y moral de la humanidad. Las ideas han sido el motor de la evolución humana: desde la filosofía griega, pasando por el primer renacimiento humanístico, la conciencia colectiva de dicha humanidad se ha *desvelado* a sí misma a través del racionalismo, el empirismo y las diversas ramas científicas hasta llegar a la actual física cuántica, por ejemplo. Del mismo modo, la moralidad humana presente en dicha conciencia colectiva a través de los Derechos Humanos, se ha hecho objetiva para todo ser cognoscente. Y todo ello ha sido posible mediante la aportación cognitiva de todos y cada uno de los filósofos activos que han contribuido a dicho *desvelamiento* a través de la historia del pensamiento. No debe interpretarse el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo* como simples opuestos sino que, en esencia, son la representación de todos los opuestos presentes en la evolución social y cognitiva en la historia de la humanidad (conciencia colectiva) así como en el discurrir vitalista de todo sujeto cognoscente (conciencia personal). Dicho de otro modo, la conciencia colectiva así como la conciencia personal participan ontológicamente del *holismo práctico del materialismo* así como del *holismo lógico del idealismo*, en cada una de las manifestaciones paradigmáticas en el orden temporal. Coexisten ambos holotipos dentro de cada paradigma presente en la historia del pensamiento. No podemos negar que la filosofía clásica, la cosmología clásica, la física clásica, la filosofía tradicional y la psicología tradicional estén desprovistas de “ideas propias”. Bien al contrario, el *holismo lógico del idealismo* está presente en cada uno de los paradigmas del *holismo práctico del materialismo*; pero ocurre

que, con la perspectiva temporal de nuestro siglo XXI, la teoría holística nos permite ubicar cada paradigma en el contexto histórico que le es propio, ya sea en el *holismo práctico del materialismo* o en el *holismo lógico del idealismo*. Así, vamos adquiriendo conciencia cognitiva sobre el orden temporal en el que acontecen los eventos paradigmáticos; nuestra perspectiva, en este siglo XXI, es superior en el nivel propio de la holística cognitiva. Por eso mismo, cuando un paradigma es trascendido temporal y holísticamente, es posible catalogarlo en uno de estos dos holotipos: el *holismo práctico del materialismo* o el *holismo lógico del idealismo*. Estos dos holotipos, por explicarlo metafóricamente, serían como el ADN. Así como en los organismos vivos, el ADN se presenta como una doble cadena de nucleótidos, en la que las dos hebras están unidas entre sí por unas conexiones denominadas puentes de hidrógeno, en nuestros dos holotipos subyace una transcendencia holística de todo paradigma desde lo *material* a lo *ideal*. Serían entonces dos conceptos opuestos aunque cada cual ha adquirido vida propia según su propio contexto histórico, social, cultural y moral. La transcendencia de los opuestos ha sido perseguida perennemente, ya sea desde una perspectiva intelectual y conscientemente presente en la búsqueda inquisitiva de todo pensador o científico, o bien, a través de la propia dialéctica social, cultural e histórica de la humanidad. Así como el ADN sufre variaciones y modificaciones biológicas en la escala evolutiva de la vida, ocurre lo mismo con la concepción materialista e idealista, desde la perspectiva de estos dos holotipos: el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo*.

3. “EL COLAPSO DEL KÓSMOS”

Es obvio que, en el actual estadio de la humanidad, todavía persisten las antinomias *pobreza-riqueza*, *esclavitud-libertad* e *ignorancia-conocimiento*, como opuestos todavía sin resolución. Por ello mismo, mi discurso filosófico se ha iniciado en la *ontología existencial ilusoria* riqueza-libertad-felicidad, propiciada por la ceguera propia de los que viven en la caverna, según la famosa alegoría de Platón. Frente a ello, he argüido el concepto del *eslabón perdido* del conocimiento: la

necesaria ascensión al exterior de la caverna, mediante nuestra conciencia cognitiva, hasta llegar al mundo inteligible. Pero las *astucias de la razón* y la *burla de la historia*, en palabras de Hegel, es que la historia conduce a los hombres que creen conducirse a sí mismos, como individuos y sociedades (determinismo histórico). Sin embargo, el sujeto cognoscente es el único con capacidad para descifrar la burla y paradoja sarcástica de la historia, tal como nos recomienda el propio Hegel. Y para ello, nada más valioso que valerse del imperativo cognitivo de Kant: “Todo nuestro conocimiento arranca del sentido, pasa al entendimiento y termina en la razón”.

Había que comenzar por los sentidos. Como ya he argumentado en alguna ocasión, soy un esclavo más del capitalismo, máxima expresión del *holismo práctico del materialismo* revestido ahora bajo la capa del neoliberalismo financiero y globalizado que esclaviza al resto de la humanidad. No obstante, mi empeño socrático en hallar la sabiduría, ha desembocado en mi primer ensayo *Pensar en ser rico, de una conciencia materialista a una conciencia humanística*¹, con la única finalidad de llevar un poco de luz dentro de la caverna, mediante la alegoría del humor. Dicen que “más vale una imagen que mil palabras”, por este motivo las viñetas de humor. Pero no por ello he descuidado el lado intelectual y cognitivo, de ahí las citas de ilustres pensadores. La conclusión de dicho primer trabajo era bien clara: dibujar una cosmovisión para el sujeto cognoscente de modo que, la filosofía, no se vea como algo alejada y difusa, sino con presencia en la propia conciencia de cada persona. “Pensar en ser rico” es un libro, entonces, con una técnica mayéutica para que cada cual descubra en su interior la importancia jerarquizada del conocimiento y el amor, por encima del *holismo práctico del materialismo*, disfrazado ahora de un consumismo desmedido que acentúa las enfermedades sociales y psicológicas.

Siguiendo a Kant, el conocimiento arrancado en los sentidos debía pasar al entendimiento. Por eso mismo, este segundo trabajo holísticamente superior al primero, “Pensar en ser libre, de la filosofía tradicional a la filosofía transpersonal”, ha pretendido establecer la *psicología evolutiva de la libertad* con una finalidad emi-

¹ MARTOS GARCÍA, AMADOR. *Pensar en ser rico. De una conciencia materialista a una conciencia humanística*. 1ª Edición. 2008. ISBN 9788461233205.

nementemente pedagógica para las futuras generaciones. Ardua labor que, seguramente, este mortal pensador no verá acabada. No obstante, el imperativo racional y moral desentrañado en el “Pensar en ser rico” debía proseguir su destino, a saber, hacer cognoscible la relación entre la conciencia personal del sujeto cognoscente y la conciencia colectiva alcanzada por el actual estadio de la humanidad. Piaget desentrañó todos los estadios de la evolución de la conciencia hasta que el joven adolescente entrara en contacto con la libertad. Ahora, tocaba establecer una epistemología de la *psicología evolutiva de la libertad*, para ser transmitida a las generaciones venideras. Finalmente, *Pensar en ser feliz, de la psicología tradicional a la psicología transpersonal* será un trabajo a desarrollar en el futuro para establecer epistemológicamente los niveles de autorrealización o felicidad, pertenecientes propiamente a los nueve niveles existenciales y de conciencia expuestos en este trabajo. Pero antes de ello, me ha parecido perentorio realizar el desentrañamiento del actual estadio de la conciencia colectiva de la humanidad, en tránsito desde la *filosofía tradicional* a la *filosofía transpersonal* como tesis holística que, respectiva y contemporáneamente, tiene su reflejo en el *neoliberalismo* y el *altermundismo*.

Por tanto, la misma razón propugnada por Kant, me incita a una división conceptual de los dos próximos trabajos: el primero, concierne en saber en qué consiste la citada *filosofía transpersonal* y cuál es su significación en la presente crisis humanitaria. Ello requiere darle relevancia a los movimientos sociales emergentes más conocidos como el *altermundismo*, frente a este abrupto *neoliberalismo*, máxima expresión del capitalismo globalizado, que nos tiene sumidos en el *holismo práctico del materialismo*; en segundo lugar, una vez realizada dicha descripción social de la conciencia colectiva, habrá que ahondar en el psicologismo de la persona para establecer la “epistemología de la felicidad”. Consecuentemente, los títulos correlativos de ambos trabajos posteriores serán:

- Neoliberalismo y altermundismo: los paradigmas del s. XXI.
- Pensar en ser feliz, de la psicología tradicional a la psicología transpersonal.

La pretensión de ambos trabajos es postular y argumentar el paradigma contemporáneo del *neoliberalismo* así como del emergente *altermundismo*, presentes en la interrelación de la conciencia personal con la conciencia colectiva; un trabajo metodológicamente complejo pues es imperativo realizar una descripción del *mapa* sociológico, para luego adentrarse en el *mapa* de la psicología personal. Con ambos *mapas*, el sociológico y el psicológico, podrá evidenciarse, entonces, la relación de la conciencia personal con la intersubjetividad presente en la conciencia colectiva. Soy consciente, siguiendo el pensamiento de Hegel, que la contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad. Por ello mismo son perennes los opuestos, contemporáneamente representados por el neoliberalismo y el altermundismo, subyacentes respectivamente a los dos holotipos: el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo*. Siguiendo a Hegel, solamente aquello que encierra una contradicción se mueve. Nuestra imaginación capta la identidad, la diferencia y la contradicción pero no la transición de lo uno a lo otro. Por ello mismo, los paradigmas que abarcan los diversos estadios cognitivos y evolutivos de la humanidad no suelen ser captados por los sujetos cognoscentes subyugados a los pensamientos de su época y contexto social. No obstante, al profundo pensador, le es permitido mediante su pensamiento atemporal proseguir por el camino ascendente de la conciencia personal hacia la sabiduría, hasta lograr la expresión filosófica o científica, según proceda, para expresar bajo una nueva perspectiva holística la evidencia de los eternos opuestos, en la misma línea del pensamiento de Heráclito: al uso de los sentidos y de la inteligencia, hay que agregarle una actitud crítica e indagadora; la mera acumulación de saberes no forma al verdadero sabio, porque para Heráclito lo sabio es “uno y una sola cosa”, esto es, la teoría de los opuestos. Con ello, la historia del pensamiento filosófico y científico, van *desvelando* holísticamente la conciencia cognitiva del Ser, a través de las conciencias personales y la conciencia colectiva, entendida esta última como intersubjetividad de conciencias personales inmersas en un proceso evolutivo de percepción, asunción y posterior transmisión de valores culturales, educativos, cognitivos y morales. Ambas conciencias, la personal y la colectiva, tienen como objetivo evolutivo alcanzar la conciencia cósmica, primer nivel psíquico entendido

según Ken Wilber como “...*el reino de la conciencia transpersonal o mística inicial, ... la identificación temporal con plantas, animales, humanos, aspectos de la naturaleza, o incluso toda la naturaleza (el misticismo de la naturaleza, conciencia cósmica)*”.²

La relación de paradigmas opuestos del esquema anterior y su consiguiente resolución en virtud de la *Lógica Dialéctica* de Hegel, posibilita evidenciar cómo ha ido evolucionando la conciencia colectiva a través del pensamiento filosófico y científico hasta llegar al siglo XX y este inicio del siglo XXI, al modo como ha sido expuesto en el sintagma que incluye al *holismo práctico del materialismo* y al *holismo lógico del idealismo*. Se podrían hacer más subdivisiones paradigmáticas, pero no es el objeto de este ensayo entrar en más profusión en la clasificación de los diversos y muy variados estadios evolutivos de la conciencia. Este trabajo ya ha sido excelentemente realizado por Ken Wilber a través de sus “cuatro cuadrantes”.³ En este tramo final del ensayo, el objetivo es establecer una línea holístico-temporal de la historia de la humanidad, primero, en el sentido conceptual, cognitivo y paradigmático de lo *material* a lo *ideal* y, segundo, en el sentido en cómo se relacionan dichos paradigmas a través de la historia de los holismos respectivamente superiores; es decir, establecer la evolución holística de cada paradigma subyacentemente integrado en el paradigma superior dentro de un orden temporal, respectivamente en el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo*. Cabe destacar que el *holismo práctico del materialismo* se ha *desvelado* en la actualidad en el paradigma del neoliberalismo, el cual usa todo el potencial cognitivo de los antecedentes paradigmas, para beneficio de una minoría de personas detentadoras del poder fáctico económico, en detrimento de la libertad, la riqueza y la felicidad del resto de la población mundial, como ha quedado demostrado en el transcurso de este trabajo. Por ello mismo, el *holismo lógico del idealismo* intenta resolver el actual conflicto mundial de la humanidad inmersa en guerras con fines económicos, en declive ecológico y en terroristas de cualquier signo político o religioso. La resolución de dichos

2 WILBER, KEN. *Sexo, Ecología, Espiritualidad*. 2ª Edición. Gaia Ediciones. 2005. ISBN 8484451283, Nota 8 del capítulo 8.

3 *Ibíd.* p. 241.

conflictos que amenazan a la especie humana pasa por el *holismo lógico del idealismo*, permitiendo que desde la racionalidad emerja una espiritualidad, no basada en fundamentalismos y dogmas religiosos, sino en una racionalidad espiritual como emergencia holísticamente superior. Ken Wilber, aunando razón y espiritualidad (lo mejor de Occidente y lo mejor de Oriente respectivamente) es un paradigmático representante de la *filosofía transpersonal* al haber integrado la filosofía perenne en la propia racionalidad. No obstante, la *filosofía transpersonal* así como la *psicología transpersonal*, en tanto que conocimiento y ciencia incipientes sustentados en una *racionalidad espiritual*, no han alcanzado todavía el concepto sociodinámico de *masa crítica* para desbancar al terrorífico neoliberalismo. Pero existen atisbos sociales que vislumbran una emergencia holística de la *racionalidad espiritual* en vía de consolidación a través del movimiento *altermundista*, definido así en la Wikipedia: “Movimiento antiglobalización (del inglés *antiglobalization*), antimundialización (del francés *antimondialisation*), alterglobalización o altermundismo, es un amplio conjunto de movimientos sociales formado por activistas provenientes de distintas corrientes políticas, que a finales del siglo XX convergieron en la crítica social al denominado pensamiento único neoliberal y a la globalización capitalista. Acusan a este proceso de beneficiar a las grandes multinacionales y países más ricos, acentuando la precarización del trabajo y consolidando un modelo de desarrollo económico injusto e insostenible, y socavando la capacidad democrática de los Estados, entre otros aspectos negativos. Generalmente, los activistas y simpatizantes mantienen una ideología izquierdista, contraria al liberalismo económico (economía de mercado y comercio libre). Existe cierta controversia sobre el término que define a este movimiento. Sus partidarios prefieren el término “altermundismo” o “alterglobalización” para evitar definirse por oposición y porque el término “antiglobalización” daría una imagen imprecisa y negativa. El nombre altermundismo viene precisamente del lema “Otro mundo es posible”, nacido en el Foro Social Mundial, que cada año reúne a movimientos sociales de izquierda política internacional”.

4. ALTERMUNDISMO Y VISIÓN LÓGICA

Como conclusión, el lector podrá observar que mi pensamiento filosófico tiende a justificar y defender desde la teoría holística, las citadas tesis altermundistas. Soy consciente de que, en mi vida, se me ha etiquetado en numerosas ocasiones como un idealista. Por lo menos soy fiel a mis pensamientos y estos, insaciablemente orientados a la búsqueda de verdades, me han llevado por el *camino ascendente* de la conciencia personal hacia la sabiduría, un camino solitario para el filósofo activo. Por ello mismo hablo del concepto “soledad del pensador”, antes aludido e identificado ejemplarmente con Kant. El ascenso cognitivo en soledad por todo genuino pensador es un caminar angosto pues, cuando no se halla consuelo y explicaciones en el *mundo de los sentidos*, se ve obligado a recluirse en el *mundo de las ideas* para dar expresión a todo su potencial intelectual. Con ello va alejándose poco a poco del sentido común de sus congéneres, para adentrarse en la excitante aventura de reinterpretar la realidad bajo el paradigma correspondiente a la época que histórica, social y culturalmente le ha tocado vivir. Tal es la aventura intelectual en soledad que ha propugnado mi primer ensayo “Pensar en ser rico”, que reivindica pasar holísticamente de una *conciencia materialista* a una *conciencia humanística*, mediante el ascenso hacia la racionalidad y la espiritualidad. Del mismo modo, el presente trabajo pretende enlazar holísticamente la *filosofía tradicional* con la *filosofía transpersonal*, como imperativo cognitivo en la resolución de los problemas mundiales. Para ello, he evidenciado en este ensayo la tesis de la *psicología evolutiva de la libertad* como necesidad pedagógica perentoria. Por último y, tras la exposición de este capítulo final, se hace más comprensible la necesidad de abordar la *filosofía transpersonal* como revulsivo holístico del *altermundismo*, en tanto que son una continuación paradigmática del *holismo lógico del idealismo*, como antídoto al nefasto y también paradigmático *neoliberalismo* del *holismo práctico del materialismo*. He ahí, por tanto, la justificación de ese próximo trabajo cuyo objetivo es hacer cognoscible el estado actual de la conciencia colectiva: el drama ecológico de la biosfera, las hambrunas humanas, las miserias de los países pauperizados, las guerras con fines económicos

y, como causa de todo ello, los poderes manipuladores de unos pocos en la sombra aunque ahora identificados como el “Club de Bilderbeg”, una concentración de la plutocracia en contra de la inmensa mayoría de la población mundial. Denunciar la corrupción globalizada, prohibir los paraísos fiscales, evitar las especulaciones financieras y restablecer las democracias de los Estados, ahora en manos de los “mercados”, son un principio imperativo para que la felicidad colectiva no sea secuestrada por unos pocos desaprensivos que dominan el mundo. En definitiva, una denuncia de la actual plutocracia como mal endémico del capitalismo.

Este *mapa* sociológico contemporáneo de la conciencia colectiva a través del *holismo práctico del materialismo* (neoliberalismo) y del *holismo lógico del idealismo* (altermundismo) justifican, entonces, mi próximo trabajo “Neoliberalismo y altermundismo: los paradigmas del s.XXI”. Dicho título predica un trabajo para desarrollar ampliamente el *holismo lógico del idealismo* contemporáneo, iniciado por Ken Wilber a través de la *filosofía transpersonal* hasta desembocar en el *altermundismo*. Mi deuda intelectual con este profundo pensador (en sentido holístico, pues sus pensamientos filosóficos han propiciado la emergencia de los míos), requiere asimismo establecer la equivalencia lingüística entre mis conceptos filosóficos y los del propio Ken Wilber. Mis tesis filosóficas solamente pueden adquirir vida propia en tanto que son una progresión holística de la filosofía perenne maravillosamente racionalizada por Ken Wilber, máximo representante de la ya conocida como *filosofía transpersonal*. De hecho, los dos holotipos presentados aquí como *holismo práctico del materialismo* y *holismo lógico del idealismo* se identifican respectivamente con la biosfera y la noosfera, en palabras de Wilber:

“...la naturaleza dialéctica de la visión-lógica, es decir, la unidad de opuestos concebida mentalmente (como “interpenetración mutua”) es una de las señales de la estructura integral, es “intrínseca a la conciencia aperspectival emergente”. Pero el énfasis, obviamente, está en la integración. Georg Feuerstein, el más brillante intérprete de Gebser, dice de la estructura integral-aperspectival: “esta estructura de conciencia naciente permite, por vez primera en la historia humana, la integración consciente de todas las estructuras previas (pero presentes), y a través de este acto de integración la personalidad humana se convierte en, por así

decirlo, transparente para sí misma...”. De forma similar, la conciencia centáurica-integral aún el cuerpo y la mente en una nueva transparencia; la biosfera y la noosfera, una vez diferenciadas, pueden ser integradas de nuevo. Feuerstein, por tanto, se refiere a esta nueva estructura como “psicosomática”, lo que implica la “resurrección del cuerpo”, hecho evidenciado en movimientos tales como la medicina holística y la sensibilidad ecológica. “Es un suceso totalmente corporal —dice— sentido a través de la vivencia corporal. No se aleja de la existencia corporal en ningún sentido. Más bien se basa en la aceptación inquebrantable y en la confianza primal en la corporeidad. Es el cuerpo-mente transparente”.⁴

Wilber sigue diciendo más adelante:

“La división social del trabajo puede unir a la humanidad extensivamente, pero solo en el nivel del compartir material. Los “verdes” pueden unir a los ciudadanos del mundo extensivamente pero solo en el nivel en que todos tenemos un cuerpo. Pero hará falta un movimiento de visión-lógica de enorme poder integrador (integral-aperspectival y universal-integral) —(altermundismo en este ensayo)— para unir a los ciudadanos del mundo sobre una base centáurica (concepto de intersubjetividad colectiva superior al nivel racional, desarrollada en sus “cuatro cuadrantes”): todos tenemos en común materia, cuerpo y mente (por no mencionar el Espíritu y un Yo anteriores a todo ello). Los “verdes” han producido una plataforma prometedora, pero es tan solo eso (y en la medida que obvide el intercambio noosférico), será simplemente absorbida por las estructuras egoico-racionales de producción capitalista, y simplemente tendremos un Mc Donalds que venderá hamburguesas en bolsas reciclables, lo que no merece en absoluto el nombre de Transformación Planetaria. Entre tanto, la “plataforma” para la cultura mundial emergente está siendo construida por los mercados internacionales de intercambio material-económico, y por el creciente intercambio de estructuras de racionalidad, en particular las de la ciencia empírico-analítica y la información transmitida por ordenador (la “Era de la Información” es simplemente la “Era de la Noosfera”); todas ellas son supranacionales en su carácter esencial —(capitalismo versus neoliberalismo en este

⁴ Ibid. p. 237.

ensayo)—. *En cuanto a la transformación misma, está siendo construida en el corazón y en la mente de aquellos “individuos” que están evolucionando hacia la visión centáurico-planetaria —(pasar de una conciencia personal a una conciencia transpersonal en este ensayo)—. Estos individuos están creando un “potencial cognitivo” bajo la forma de nuevas “visiones del mundo” (en este caso centáurico-planetarias), que a su vez retroalimentan a las “instituciones sociales” convencionales actuales, hasta que la visión del mundo previamente “marginalizada”, pase a anclarse en formas institucionales que pueden catapultar la conciencia colectiva hacia un nuevo orden de libertad (nota 43: Es decir, el movimiento general de la transformación cultural va desde el cuadrante superior izquierdo del potencial cognitivo individual —(conciencia intelectual personal y transpersonal en mi discurso filosófico)— al inferior izquierdo de la visión colectiva; en primer lugar, es marginal pero acaba encajándose en las instituciones sociales (cuadrante inferior derecho), y en ese momento las instituciones básicas automáticamente ayudan a reproducir esa visión del mundo (cuadrante inferior izquierdo) y a socializar al individuo (cuadrante superior derecho) en las generaciones sucesivas, actuando como “marcadores de la transformación”, una transformación comenzada, en primer lugar, en un momento de emergencia individual creativa y de trascendencia). La revolución, como siempre, vendrá desde dentro y se irá encajando en la forma externa”.*⁵

Véase la similitud de esta exposición con mi concepto de “soledad del pensador”, en el proceso de creación de pensamientos filosóficos o científicos primogénitos atemporales respecto a sus congéneres contemporáneos. Ya he citado el caso paradigmático de Kant al tardar dieciséis años en escribir y recibir el reconocimiento a su *Crítica de la Razón Pura*; pero Ken Wilber es un ejemplo paradigmático contemporáneo como iniciador de la *filosofía transpersonal*, al aunar la razón y la espiritualidad. Si bien su obra es conocida y divulgada mundialmente, no ha calado todavía en las instituciones educativas tradicionales para ser transmitida generacionalmente. Es por ello que, otros y yo mismo, actuamos holísticamente en la expansión de su pensamiento.

5 *Ibíd.* p. 245.

Prosigue Wilber:

“En este punto, aparte del trabajo interno que cada uno de nosotros podemos hacer individualmente, personalmente no veo ningún colectivo que manifieste ese interior nuevo y más profundo”.⁶

En defensa de esta conclusión escéptica de Wilber sobre la visión contemporánea, es imperativo recordar que, según la *Lógica Dialéctica* de Hegel, la contradicción es la raíz de todo movimiento y vitalidad, el principio de auto-movimiento y, solamente aquello que encierra contradicción se mueve, como he intentado demostrar más arriba a través de los paradigmas que evolucionan holísticamente a través de los dos holotipos: el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo*. Así, en cada época de la historia persiste un paradigma pendiente de solución, hasta que emerge holísticamente su opuesto: es la resolución dialéctica entendida desde la perspectiva de la historia de Hegel. Ahora bien recordemos que, según Hegel, la imaginación corriente capta la identidad, la diferencia y la contradicción, pero no la transición de lo uno a lo otro. Wilber mismo deposita en los *individuos* lo que él denomina la *conciencia aperspectival emergente*, lo cual fomenta el *movimiento general de la transformación cultural*, un proceso de socialización desde el individuo a las instituciones y, desde estas, a la transmisión generacional. Por tanto, sin menospreciar la apreciación escéptica de Wilber acerca de la actual situación de nuestro mundo, es cierto que el neoliberalismo financiero globalizado está esclavizando a la humanidad en general, como he demostrado a lo largo de este trabajo, impidiendo que la felicidad sea extensible a la colectividad mundial y no solamente a una minoría de personas que detenta el poder capitalista. Pero también es cierto que existen movimientos “antiglobalización”, “anticapitalistas”, “anti-consumistas”, “ecologistas”, “humanistas”, “ONG” etc., es decir, movimientos emergentes que agrupo nominalmente como *altermundismo*, a mi humilde entender, un paradigma emergente contemporáneo del *holismo lógico del idealismo*, como proceso holístico tendente a neutralizar

6 Ibid. p. 245.

el paradigmático *neoliberalismo del holismo práctico del materialismo*. Desde la “soledad del pensador”, comparto la posición escéptica de Wilber, pues toda idea está sometida a la transición histórico-temporal desde la primogénita creación en el propio pensador hasta que sea convertida en praxis, como el mismo Wilber ha demostrado en *el movimiento general de la transformación cultural*. Me ahorraré citar innumerables ejemplos personificados en grandes pensadores que han experimentado dicha “soledad del pensador” hasta que sus ideas han sido aceptadas y asumidas social y culturalmente. Sin embargo, a modo de paradigma de la propia evolución del pensamiento, sirva de ejemplo los dos holotipos desarrollados en este capítulo final: el *holismo práctico del materialismo* y el *holismo lógico del idealismo*. Los paradigmas expuestos en dicha secuencia holística, ¿no demuestra en sí mismo, cómo un paradigma abarca una época, por no decir siglos, en la evolución cognitiva de la humanidad? Por tanto, cada sujeto cognoscente está existencialmente condicionado por el paradigma de la conciencia colectiva propia de su contexto social, moral e histórico que le ha tocado vivir. Y, en nuestra actual civilización, nos ha tocado vivir bajo el yugo esclavizador del capitalismo, como he intentado demostrar a través de este ensayo. La Historia, ella misma, está fraguando su salida del paradigma del neoliberalismo, expresión contemporánea del *holismo práctico del materialismo*. Y ello, a mi parecer, se atisba en la emergencia de una nueva conciencia colectiva que, en palabras de Wilber, *está siendo construida en el corazón y en la mente de aquellos “individuos” que están evolucionando hacia la visión centáurico-planetaria*. Es por ello mismo que, en mi primer ensayo “Pensar en ser rico”, he querido denotar dicha visión con el subtítulo “de una conciencia materialista a una conciencia humanística”. Un ensayo, recordémoslo, que propone una metodología mayéutica para que todo sujeto cognoscente progrese por el *camino ascendente* de la conciencia personal hasta lograr la sabiduría. Un camino basado en la racionalidad y la espiritualidad, en la misma línea de pensamiento que propone Wilber. Acto seguido y, coincidiendo con Wilber, dicha conciencia personal debe evolucionar por el *camino descendente* de la conciencia transpersonal, en tanto que transmisora de conocimientos y conciencia solidaria. Ese primer trabajo tenía la intencionalidad de hacer cognoscible la filosofía, no como libros en los estantes de las librerías, sino como cognición

ascendente presente en la propia conciencia de las personas. En este segundo ensayo, holísticamente superior al primero, la “psicología evolutiva de la libertad” en la conciencia del sujeto cognoscente tiene su contraposición en los paradigmas presentes en la conciencia colectiva de la historia de la humanidad. Y, la *visión-lógica* indica claramente que la actual civilización se halla presa del paradigma neoliberal, máximo exponente del capitalismo financiero y globalizado en poder de unos pocos individuos, perpetuando así las antinomias *riqueza-pobreza*, *libertad-esclavitud* y *conocimiento-ignorancia*. El capitalismo, como he demostrado a lo largo de este trabajo, ha nacido fruto de la *filosofía tradicional*. Ambos, *filosofía tradicional* y capitalismo (o *neoliberalismo* en su máxima expresión depredadora) son paradigmas del *holismo práctico del materialismo*; ahora le toca el turno a la emergencia holística, respectivamente, de los paradigmas de la *filosofía transpersonal* y el *altermundismo*. Ello es otro de los objetivos perseguidos en este trabajo: hacer evidente el cambio de paradigma desde la *filosofía tradicional* a la *filosofía transpersonal*, cuyo máximo exponente de esta última es Ken Wilber. Pero la Historia no se detiene ahí pues está emergiendo el paradigma denominado *altermundismo* para trascender histórica y holísticamente a su paradigma opuesto: el *neoliberalismo*.

5. HACIA LA VISIÓN CENTÁURICO-PLANETARIA

Ken Wilber ha sido mi mentor intelectual en tanto que el conocimiento de su obra ha permitido la emergencia holística de una *visión-lógica* en mi conciencia cognitiva. Ello ha devenido en mi discurso filosófico, postulando así la tesis de la *psicología evolutiva de la libertad* que permita enlazar epistemológicamente la *filosofía tradicional* con el paradigma holísticamente superior, a saber, la *filosofía transpersonal*. Y ello pasa por evidenciar la evolución de la *conciencia personal* hacia la *conciencia transpersonal*, cuyos paradigmas holísticamente superiores son, respectivamente, la *dialéctica de la felicidad personal* y la *dialéctica de la felicidad transpersonal*. La siguiente transcendencia holística superior es, a su vez y respectivamente, el *neoliberalismo* así como el *altermundismo*. Con ello,

creo, he logrado lo que el propio Wilber denomina *la conciencia aperspectival emergente*, una contextualización de mi pensamiento filosófico en los paradigmas propios de este incipiente siglo XXI. Consecuentemente, podré seguir evolucionando dicho pensamiento a través del *mapa* sociológico, un trabajo posterior que abarcará y evidenciará la trascendencia holística desde el paradigma del *neoliberalismo* al paradigma del *altermundismo*, como objetivo de la conciencia colectiva que se está gestando en la humanidad. Después, quedará pendiente el desarrollo del trabajo “Pensar en ser feliz, de la psicología tradicional a la psicología transpersonal”.

La *filosofía transpersonal* al igual que la *psicología transpersonal*, ya han sido iniciadas en la línea holístico-temporal, como ha quedado patente en la perspectiva histórica vista en el capítulo anterior, sin embargo no han alcanzado todavía el concepto socio-dinámico de *masa crítica*. Es dicho concepto sociológico el que posibilita la emergencia de un paradigma en la conciencia colectiva, lo cual ha sido magníficamente explicado por Wilber en su teoría de los “cuatro cuadrantes” (ver nota de más arriba y, en más profundidad, su obra *Sexo, Ecología, Espiritualidad*). En el esquema de las líneas holístico-temporales, aparecen los paradigmas argumentados en este ensayo, por un lado, la *conciencia materialista*, la *conciencia personal* y la *dialéctica de la felicidad personal* y, por otro lado, la *conciencia humanística*, la *conciencia transpersonal* y la *dialéctica de la felicidad transpersonal*, respectivamente subyacentes al *holismo práctico del materialismo* y al *holismo lógico del idealismo*. Es en el *holismo lógico del idealismo* donde cobra vida mi pensamiento filosófico, para cumplir con los principios holísticos vistos al principio de este capítulo: el principio de continuidad; el principio de evolución: la investigación como devenir; el principio holográfico: el evento contiene al todo; el principio del conocimiento fenomenológico: el investigador como “ser en situación”; y por último, el principio de integralidad: la holopraxis como vivencia holística. Es así como logro, por tanto, plena *felicidad intelectual personal* al acabar este ensayo fundiéndome en un “abrazo cósmico” al modo expresado más arriba por Wilber:

“...la naturaleza dialéctica de la visión-lógica, es decir, la unidad de opuestos concebida mentalmente (como “interpenetración mutua”) es una de las señales de la estructura integral, es “intrínseca a la conciencia aperspectival emergente”. Pero el énfasis, obviamente, está en la integración”.

Desde la “soledad del pensador”, solamente me queda desear que la emergencia holística desde esta *felicidad intelectual personal* hacia la *felicidad intelectual transpersonal* no sea una espera demasiado larga. Vivir con la *conciencia transpersonal* sin que tenga su correspondiente reflejo en una felicidad existencial es una patología, en este caso racional, pues cuando “*a través de este acto de integración la personalidad humana se convierte en, por así decirlo, transparente para sí misma...*” sin que sea vista, comprendida o tan solo apreciada por lo demás, no hace más que resignarme al encarcelamiento en la propia “soledad del pensador”. Siempre me queda el consuelo de seguir evolucionando por las “*profundidades de lo divino*”.⁷ Un consuelo de *felicidad espiritual* identificado con el *holismo lógico del idealismo*, cuyo devenir histórico tiene como misión la emergencia de un paradigma siempre holísticamente superior a cualquiera otro del *holismo práctico del materialismo*. Si la conciencia personal solamente puede aprehender (en su máxima expresión racional) la realidad sensible y mental a través de la *visión-lógica* y, ello, solamente es accesible a los “*individuos*” que *están evolucionando hacia la visión centáurico-planetaria*, es evidente que existen entonces diferentes niveles de gradación en la percepción y evolución consciente de cada uno de los individuos. Ello justifica, entonces, el puente epistemológico desde la *psicología evolutiva de la conciencia* de Piaget hacia mi tesis de la *psicología evolutiva de la libertad* que propugna nueve niveles existenciales y de conciencia para todos los individuos en su discurrir vitalista. Dicho de otro modo, nuestra naturaleza sensible, a través de los sentidos, evoluciona a través de la biosfera mediante nueve niveles existenciales, directamente relacionados con la combinatoria ascendente de las seis libertades estudiadas anteriormente. Pero la conciencia cognitiva que es propiamente atemporal y con posibilidad para acceder a la citada *visión-lógica*, se desapega de su encadenamiento existencial mediante la huida hacia adelante a través del *holismo lógico del idealismo*. Es decir, vivimos existencialmente encadenados al mundo de los sentidos a través del *holismo práctico del materialismo* pero, siguiendo la alegoría platónica de la caverna, paradójicamente nuestra conciencia cognitiva tiene la capacidad de

7 Ibid. Capítulo 8.

evolucionar por el *holismo lógico del idealismo* para hallar comprensión y conocimiento acerca de nuestra propia conciencia personal y/o transpersonal (según el estado evolutivo de cada cual), para hallar una identificación histórico-racional dentro de los paradigmas que contextualmente nos ha tocado vivir. Así, retomando mi tesis acerca de los nueve niveles existenciales y de conciencia de la *psicología evolutiva de la libertad*, la felicidad de toda persona halla su episteme en el diferencial directamente proporcional entre el *nivel existencial* y el *nivel de conciencia* alcanzado. Cuando el nivel existencial coincida con el nivel de conciencia, podrá declararse plenamente feliz a una persona, siempre y cuando cumpla con los correspondientes axiomas de las libertades, a saber:

- Axioma de la libertad sensible: mi libertad sensible encuentra su identificación en mi discurso intelectual y espiritual, orientados hacia la intelectualidad y la espiritualidad de la humanidad. Mi felicidad sensible, por tanto, encuentra su realización en mi propio discurso intelectual y espiritual: soy feliz porque vivo como pienso y como amo, un bello pensamiento ya expresado por el escritor español Miguel de Unamuno, al decirnos “siente el pensamiento, piensa el sentimiento”.
- Axioma de la libertad intelectual: mi libertad intelectual encuentra su identificación en mi discurso intelectual y espiritual, orientados hacia la intelectualidad y espiritualidad de la humanidad. Mi felicidad intelectual, por tanto, encuentra su realización en mi propio discurso intelectual y espiritual: soy feliz porque definiendo lo que pienso y lo que amo.
- Axioma de la libertad espiritual: mi libertad espiritual encuentra su identificación en mi discurso intelectual y espiritual, orientados hacia la espiritualidad de la humanidad. Mi felicidad espiritual, por tanto, encuentra su realización en mi propio discurso espiritual: soy feliz porque pienso en el bien de la humanidad, en el mismo sentido que ya lo expresó Aristóteles: “La felicidad consiste en hacer el bien”.

Sin embargo, cuanto más diferenciación entre el nivel existencial de una persona respecto a su nivel de conciencia, mayor será la infelicidad, pues no habrá coincidencia entre su *holismo lógico del idealismo* (es decir, su percepción e ideal de vida propia y de su visión del mundo), respecto a su *holismo práctico del materialismo* (es decir, la equivalencia existencial y el modo de vida respecto al ideal deseado). Dicha infelicidad siempre puede acceder al recurso placebo que proporciona la espiritualidad, con el fin de no caer en un nihilismo que nos haga perder el sentido de la vida. Sin embargo, lo más conveniente es luchar para que nuestro nivel existencial de infelicidad logre ascender hasta nuestro propio nivel de conciencia. Solamente así se podrá, entonces, alcanzar plenamente la felicidad: cuando vivo como pienso y amo (felicidad sensible); cuando definiendo lo que pienso y lo que amo (felicidad intelectual); y por último, cuando pienso en el bien de la humanidad (felicidad espiritual). Como ya ha quedado expuesto en el capítulo correspondiente, los nueve niveles existenciales y de conciencia están jerárquica y metodológicamente estructurados bajo las tres felicidades citadas. En la conciencia de cada cual descansa la posibilidad de alcanzar la máxima felicidad en función de si llega o no a la *visión-lógica*, es decir, *la unidad de opuestos concebida mentalmente (como “interpenetración mutua”),... intrínseca a la conciencia aperspectival emergente*, un punto de inflexión de la *emergencia de la naturaleza humana*,⁸ que el propio Wilber concluye hacia un *pluriculturalismo*:

“...para quienes han comenzado a emerger con la *visión-lógica centáurica*, para los que toman posiciones en la conciencia global más allá del *localismo estrecho*, para los que intentan afirmar una *identidad centáurica que integre fisiosfera, biosfera y noosfera (tanto en hombres como en mujeres)*, y para los que buscan el significado existencial y global —para esos pocos—, la simple vivencia de la *perspectiva planetaria (es decir, el aperspectivismo integral) crea pequeñas bolsas de conciencia avanzada, pequeñas bolsas de “potencial cognitivo” que lentamente, pero con seguridad, retroalimentan las visiones colectivas del mundo y las instituciones sociales mismas; una vez encajadas en lo material e institucionalizadas,*

8 Ibíd. Capítulo 5.

*estas estructuras actúan automáticamente, por así decirlo, como guías para la transformación de todos los que seguirán.*⁹

Después de tan reconfortante pasaje, mi “soledad del pensador” ya no es percibida como un encarcelamiento dentro del mundo de las ideas, sino que siento en mi fuero interno la necesidad de proseguir en la investigación de la verdad, un camino solamente reservado a los que, en conciencia, están dispuestos a atravesar y superar el espejismo del mundo de los sentidos. Mi idealismo se sostiene por una actitud cognoscitiva (*holismo lógico del idealismo*) que inherentemente pervive a través del materialismo (*holismo práctico del materialismo*). Sería por tanto un idealismo objetivo, en la misma línea del idealismo alemán y, más concretamente, de Kant. Pero Kant es al mismo tiempo materialista, pues contempla la existencia del mundo exterior, independientemente del hombre, cognoscible para este, aunque no en su totalidad; *la cosa en sí* es para Kant un residuo del idealismo. El idealismo que propugno no consiste en aquello que está frente al sujeto como algo dado que existe por sí mismo, sino en aquello que está en el sujeto como “un contenido de su conciencia”, una característica esencial del filósofo activo que no se conforma con la apariencia de la existencia. Los que nos hallamos en esta similitud de pensamiento creemos en una realidad superior inexorablemente ligada a la estructura intrínseca de la conciencia humana. En la historia de la humanidad, son muchos los sabios, místicos y avatares que preconizan que la existencia individual no consiste en una espontaneidad surgida exclusivamente de la evolución biológico-materialista; bien al contrario, el cosmos está regido por leyes universales que trascienden al objeto y al sujeto consciente, abriendo un horizonte hacia *las profundidades de lo divino*, en palabras de Wilber:

“...la razón y la visión-lógica llegan a su madurez en la experiencia directa - inicial, preliminar, pero inconfundible - de un Yo verdaderamente universal, común a todos los seres; en una experiencia directa de la unidad de la fisiosfera, biosfera y noosfera, como expresión y ámbito de ese Yo o alma; tanto es así que se entiende que ese Yo es anterior, interior, y está más allá de la materia, la vida y la mente, de forma que, a pesar de

9 *Ibíd.* p. 253.

*la gloriosa irradiación del espíritu encarnado, la materia, la naturaleza y la civilización, todas ellas, se “retiran ante su Dios”;... el nivel sutil, este proceso de “interiorización” o “dentro y más allá” se intensifica —una nueva trascendencia con una nueva profundidad, una nueva amplitud, una conciencia más alta, una identidad más expansiva— y el alma y Dios entran en un matrimonio interno aún más profundo que desvela, en sus cumbres, la unión divina entre el Alma y el Espíritu;...el misticismo naturaleza-nación da lugar al misticismo de la Deidad, y el Dios interno se anuncia en términos jamás soñados...”*¹⁰

Entonces, el pensador ya no se halla encarcelado en la soledad de sus ideas, pues sabe que su profundo misticismo es un silencioso diálogo entre él y su Dios. Un misticismo alejado de todo convencionalismo exotérico religioso. Se trata de un misticismo esotérico como conjunto de conocimientos y enseñanzas filosóficas de difícil acceso para los no iniciados o ajenos a la *visión-lógica*:

“... un misticismo de nivel psíquico que es una identidad consciente con la fisiosfera, la biosfera y la noosfera;... ¿qué tiene esto que ver con la moralidad? Todo;... al ver a todos los seres sensibles como expresión del mismo Yo, todos los seres son tratados como el propio Yo. Y esa toma de conciencia es la única fuente de la verdadera compasión, una compasión que no pone al yo en primer lugar (egocéntrica), o a una sociedad en particular (sociocéntrica), o a los humanos (antropocéntrica), y tampoco intenta actuar simplemente desde el pensamiento “como” si todos estuviéramos unidos (mundicéntrica), sino que respira directa e inmediatamente el aire común y bombea la sangre del Corazón y Cuerpo comunes a todos los seres;... tratar a los demás como a uno mismo no es un imperativo moral que debe ser obligado como deber o imposición dificultosa, sino que ocurre de forma tan fácil y natural como el amanecer o la luz de la luna; esta unidad moral, en el nivel psíquico, se hace obvia de forma directa por primera vez y se manifiesta en la compasión natural”.¹¹

Concluyo este ensayo con la satisfacción de creer que ha quedado meridianamente despejado el actual panorama filosófico de este incipiente siglo XXI, a saber, que la *racionalidad* con la mirada puesta preeminentemente en la biosfera (capitalismo versus consumismo) se

10 *Ibíd.* p. 353

11 *Ibíd.* Capítulo 8. p. 348 a 352

trascenderá a sí misma para integrarse en su dominio natural: la noosfera. Los *dioses* plutocráticos de la biosfera serán destronados de su poder por las emergentes *conciencias transpersonales*. La incipiente *visión-lógica* es una apertura racional que propiciará que la *racionalidad* alcance su mayoría de edad, un proceso que puede aletargarse a través de muchas generaciones, hasta que el *altermundismo* sea un paradigma plenamente objetivable gracias a su *masa crítica*. Hay que precisar que el paradigma del *altermundismo* se inició en el primer Foro Social Mundial celebrado en Porto Alegre en el año 2001 y puede tardar algunas décadas hasta alcanzar dicha *masa crítica*. Cuando la *racionalidad* llegue a dicha madurez, la humanidad alcanzará una perspectiva planetaria desde el siguiente paradigma en el orden histórico-temporal: *la transracionalidad*, lo que Wilber denomina *visión centaúrica-planetaria*. Pero muchos serán los problemas a superar para que el paradigma del *altermundismo* dé paso al paradigma de la *transracionalidad*: la profunda brecha entre ricos y pobres, la xenofobia y la definitiva instauración práctica de los Derechos Humanos. Será un estadio bastante duro para la humanidad pues habrá que reconsiderar todas las formas obsoletas de producción así como todos los modos de interrelación entre la población mundial, pues la preservación de la vida o biosfera, será el común denominador para evitar la hecatombe. Para que la *racionalidad* se instale con mayoría de edad en la noosfera, la conciencia colectiva deberá transitar hacia una pedagogía con la mirada puesta en la *conciencia transpersonal* (esta es la finalidad pedagógica del presente ensayo). Cuando se logre afianzar el concepto socio-dinámico *masa crítica* de modo que, en la conciencia colectiva, predomine una mayoría de *conciencias transpersonales*, podrá entonces darse por iniciado el periodo de la *transracionalidad*. Será un momento cumbre para la humanidad, pues la *racionalidad* habrá conectado con la *espiritualidad humana*: será la culminación del segundo renacimiento humanístico, a saber, la integración simbiótica de las conciencias individuales en la conciencia colectiva. La noosfera emergerá desde su propia *interioridad o racionalidad*, cobrando cada vez más fuerza el paradigma de la *transracionalidad*. Pero la dialéctica de la historia seguirá su propio camino pues, a dicha *transracionalidad*, le surgirá su propio opuesto paradigmático: la *racionalidad espiritual*. Si la *transracionalidad* será un paradigma de integración de la *racionalidad* en la *espiritualidad humana* a través del *altermundismo* (en

una acepción exclusivamente racional alejada de todo dogma religioso), la *racionalidad espiritual* será un paradigma para conseguir que la *transracionalidad* se integre y trascienda a través de la espiritualidad misma. Será una época de convulsiones en el seno de las religiones pues la *transracionalidad* deberá atender a los fervores y dogmas religiosos como jamás antes se hubiera visto. En definitiva, dos paradigmas opuestos más que nos depara la historia, la *transracionalidad* y la *racionalidad espiritual*, una manifestación más del *Eros* y *Ágape* de Wilber, una expresión más del *holismo práctico del materialismo* y del *holismo lógico del idealismo*, el devenir eterno de los opuestos expresándose a través del mundo de los sentidos y del mundos de las ideas. Dos mundos irreconciliables en el mundo objetivo, pues nunca se alcanza el *omega* final. Un *alfa* y un *omega* que solamente pueden ser trascendidos desde la profundidad de la conciencia.

DEDICATORIA

Dedico este libro a todas aquellas personas afanadas hacia la comprensión del sentido de la vida. La vida adquiere sentido cuando los actos ejercidos en libertad son dirigidos hacia la verdadera comprensión del sentido de nuestra existencia. Nuestra existencia es, en sí misma, efímera, pues al nacer ya nos dirigimos inexorablemente hacia la muerte. En ese intervalo de lucidez de la conciencia, pocos son los que se ejercitan en la noble tarea de hallar algún conocimiento como rector del propio sentido de la vida. A ello se han dedicado preferentemente filósofos y científicos de todos los tiempos. Cada cual, dentro del contexto sociocultural de su época, ha intentado dar una respuesta a la eterna pregunta: ¿Qué sentido tiene la existencia?

Así ha evolucionado la historia de la humanidad, con seres humanos a la búsqueda de verdades, con la esperanza de hallar una superior comprensión de nuestra existencia a través de cada descubrimiento científico o intelectual. Sin embargo, esa búsqueda de verdades se convierte en un camino solitario para todo genuino pensador. En primer lugar, porque hay que reinterpretar todas las verdades de la historia del pensamiento, a la luz de su propio contexto social, intelectual y espiritual. En segundo lugar porque, aportar algún conocimiento añadido a dicha historia del pensamiento, es tarea ingente y difícil, de acceso limitado solamente a los más perseverantes en dicha tarea. Y, por último, la tarea de buscar verdades que puedan ser añadidas a la historia del pensamiento es un trabajo que, en muchas ocasiones, ocupan muchos años por no decir toda la vida del genuino pensador.

Consecuentemente, todo buscador de verdad, se enfrenta inevitablemente a su propia soledad pensativa al intentar realizar la citada dialéctica intelectual hacia la comprensión del sentido de la vida. “La soledad del pensador” es un concepto al cual ya me he referido cuando he hablado de Kant. Este ilustre pensador es el paradigma de dicho concepto al haber tardado diez años en escribir su *Crítica de la Razón Pura* y seis más en que fuera reconocida su obra. Sin embargo, es imprescindible referirse a Ken Wilber como el paradigmático filósofo contemporáneo, el cual se recluyó durante tres años en su “soledad del pensador” para, según sus palabras: *“...busqué una filosofía mundial. Busqué una filosofía “integral” que entretajara de manera creíble los diversos contextos pluralistas de la ciencia, la moral, la estética, las filosofías orientales y occidentales, y las grandes tradiciones de sabiduría del mundo. No al nivel de los detalles, lo cual es definitivamente imposible; sino al nivel de las grandes generalizaciones orientadoras: un modo de sugerir que el mundo es verdaderamente uno, indiviso, completo, y que se relaciona con-*

sigo mismo de todas las maneras posibles: una filosofía holística para un “Kósmos” holístico: una filosofía mundial, una filosofía integral”¹². Como Kant y Wilber, muchos pensadores de la historia han escrito página a página la historia del pensamiento humano. Sin embargo, la singular particularidad del genuino pensador no es buscar el reconocimiento egoísta a sus investigaciones, sino que dicho reconocimiento revierta en una superior comprensión del sentido de la vida. Esa “soledad del pensador” se convierte entonces en un camino interior. Solamente aquellos que la han experimentado pueden comprender esa experiencia casi mística en la cual el que busca halla su propia felicidad en el objeto hallado, ya sea este un descubrimiento científico, una concepción filosófica o una aportación espiritual para la humanidad. Tal es el devenir de la existencia: descubrir el sentido de la vida humana.

Como he intentado demostrar en este ensayo, toda existencia humana pasa por experimentar no solamente la propia existencia física abocada hacia la muerte, sino también una vida intelectual con apertura hacia una espiritualidad. Dicha espiritualidad humana no tiene consenso cognitivo pues la fe de las religiones y la metafísica no ha hallado el común acuerdo para orientar la existencia de la humanidad. Por ello mismo, este mundo se halla inmerso todavía en las antinomias “riqueza-pobreza” y “libertad-esclavitud”, azotando a las actuales civilizaciones con dolor y sufrimiento. El único camino para superar dichas antinomias pasa por resolver la antinomia “conocimiento-ignorancia”, lo cual va requerir varias generaciones. El conocimiento científico actual intenta desgranar los límites de la naturaleza humana pero, el reto más inmediato de la humanidad, es hallar un consenso sobre los designios de nuestro mundo decadente. Nos va la propia existencia en ello: si no logramos una racionalidad espiritual, la espiritualidad irracional acabará con nuestra existencia. Tal es la finalidad que, desde mi “soledad del pensador”, he intentado transmitir a través de este ensayo. Que se consiga o no ya no es de mi incumbencia, pues a buen seguro, la muerte me llegará antes de ver realizada mi concepción filosófica. No obstante, es un imperativo de todo genuino pensador, pensar sobre dichas cuestiones e intentar transmitir las. Así ha ocurrido con el discurrir de la historia del pensamiento y creo que, todavía, seguirá pasando durante algunos siglos.

La integración de las conciencias individuales en una sola conciencia colectiva es un objetivo loable pero a la vez tan lejano que, por ello mismo, quiero dedicar este libro a todos los genuinos pensadores que han obrado y obrarán desde su “soledad del pensador” en el mejoramiento de la raza humana, una especie entre la animal y la divina. Conseguir erradicar el que “el hombre sea un lobo para el hombre” será la propia antesala para acercarse a la plena espiritualidad de la humanidad.

12 *Ibid.* La génesis de *Sexo, Ecología, Espiritualidad*, p. 11-18.

De la filosofía tradicional a la filosofía transpersonal

Esta obra no reflexiona solo sobre el capitalismo, que también. Y no se reduce, en cuanto a género, a: manual de autoayuda, tratado sociológico y ensayo de ética y epistemología. En una línea clásica, aunque muy atenta a los avances de la ciencia y el pensamiento contemporáneos, replantea una serie de cuestiones actuales y argumenta el cambio de paradigma que está sufriendo la humanidad: la conciencia histórica individual, surgida del *primer renacimiento humanístico* de los siglos XV y XVI, se dirige siglos después hacia un *segundo renacimiento* y una nueva concepción del hombre y del mundo. Cada ciudadano de este mundo globalizado participa de este doloroso tránsito histórico mediante su conciencia -esa gran desconocida y, paradójicamente, tan presente en nosotros.

El interés filosófico de la obra se centra en desentrañar un mapa cognitivo que sirva de guía para los diferentes niveles de la conciencia y, al mismo tiempo, ayude a trascender el ego limitado e individualista. La obra recoge denuncias contra los dioses plutocráticos, los abusos de poder, los falsos mitos de la propaganda, la ontología existencial ilusoria, la cesión de libertad personal, el declive ecológico, los desequilibrios sociales y territoriales. Mas no se queda en alegato sino que formula alternativas dotado de una voz sosegada y resiliente, de múltiples lecturas y experiencias.

El planeta necesita bondad y también argumentos y materiales de esperanza: “Más libros, más libres”.